



Primera edición

GUILLERMO CANO

7 capítulos

EL MAESTRO

ISBN: 978-628-7666-64-1

Colombia, agosto de 2025

257 páginas



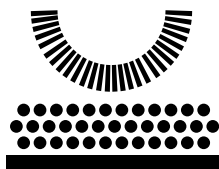
EL PAÍS DE GUILLERMO CANO

Esta colección es un homenaje a la vida y obra de uno de los más importantes defensores del periodismo y de la libertad de prensa de nuestro país. En los tres libros, la figura de Guillermo Cano se presenta desde distintos lugares: como redactor y director de *El Espectador* –con sus destacados aportes al periodismo nacional a través de sus columnas y editoriales–; como hombre de familia y amigo –a través en los testimonios de familiares y compañeros de los equipos de trabajo que lo acompañaron durante toda su vida profesional–, y como un humano sensible y crítico con la realidad de su tiempo.

El País de Guillermo Cano busca conectar a las nuevas generaciones con uno de los personajes centrales de nuestra historia reciente y su incansable trabajo durante más de cuarenta años dentro de *El Espectador*, a la vez que es tributo y homenaje para todos aquellos que tuvieron el placer de conocerlo.

Este libro rinde homenaje al inolvidable director en la voz de sus colegas y colaboradores: de los maestros que le enseñaron el arte del periodismo, recién llegado a la redacción, a sus dieciocho años, hasta los jefes de redacción, redactores, reporteros gráficos, corresponsales y columnistas que supieron interpretar sus entusiasmos y preocupaciones por el país, sobre todo cuando avizoró los riesgos que corría el periodismo independiente por cuenta de enemigos oscuros. Que se haya convertido en mártir de la libertad de prensa es prueba fehaciente de que el periódico que condujo durante más de tres décadas cumplió con el deber de la verdad. Aquí se recogen los legados culturales, políticos y deportivos del polifacético y visionario Guillermo Cano. En cada uno de los siete capítulos se resalta el aporte de esos «tripulantes de un barco de papel» que acompañaron al timonel en su trasegar como reportero raso, codirector y director en esos largos cuarenta años. Esta polifonía de voces añade valor testimonial y documental a la historia del diario, que aquí se cuenta con los detalles más vívidos del acontecer cotidiano de la redacción.

TEXTOS DE MARYLUZ VALLEJO MEJÍA



EL PAÍS DE

Guillermo Cano

1925  2025

© Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes de Colombia

© El Espectador / Comunican S. A.

© Héctor Daniel Osuna Gil, por sus ilustraciones

© María José Medellín Cano, por el epílogo

MINISTERIO DE LAS
CULTURAS, LAS ARTES
Y LOS SABERES DE COLOMBIA

Yannai Kadamani Fonrodona
Ministra

Luisa Fernanda Trujillo Bernal
Secretaria General

Adriana Martínez-Villalba
*Directora Biblioteca Nacional
de Colombia*

Diego Pérez Medina
*Líder de Proyectos Editoriales
Biblioteca Nacional de Colombia*

EL ESPECTADOR

Fidel Cano Correa
Director

Ofelia Muñoz Castillo
Jefe Centro de Documentación

COMITÉ DEL CENTENARIO
GUILLERMO CANO

Daniel Montoya Aguillón
Luisa F. Acosta Guerrero
Valeria Baena Robledo
Fernando Cano Busquets

Marisol Cano Busquets
Jorge Cardona Alzate
Lina Castaño Cárdenas
María Jimena Duzán Sáenz
Ximena Gama Chirolla
Katia González Martínez
Adriana Martínez-Villalba
Diego Pérez Medina
Marta Ruiz Naranjo
Maryluz Vallejo Mejía

EQUIPO EDITORIAL

Maryluz Vallejo Mejía
Investigación y textos

Diego Pérez Medina
Coordinación editorial

Jesús Goyeneche Wilches
Edición de textos

Camila Cardeñosa Echeverri
*Diseño de colección
y dirección de arte*

Fiorella Ferroni Polchlopek
Diagramación

David Niño Moros
Asistencia editorial

Sergio Garnica
Amalia Hurtado Palacio
Camila Palomares Rodríguez
Andrés Velásquez López
Asistencia de investigación

Fotografías y textos
*Centro de Documentación
El Espectador / Comunican S. A.*

Primera edición: Bogotá, D. C.,
agosto de 2025

ISBN: 978-628-7666-64-1

El Ministerio de las Culturas, las
Artes y los Saberes y la Biblioteca
Nacional de Colombia no son
responsables de las opiniones
recogidas en los presentes
textos. Los autores asumen
de manera plena y exclusiva
toda responsabilidad sobre su
contenido.



Primera edición

GUILLERMO CANO

7 capítulos

EL MAESTRO

ISBN: 978-628-7666-64-1

Colombia, agosto de 2025

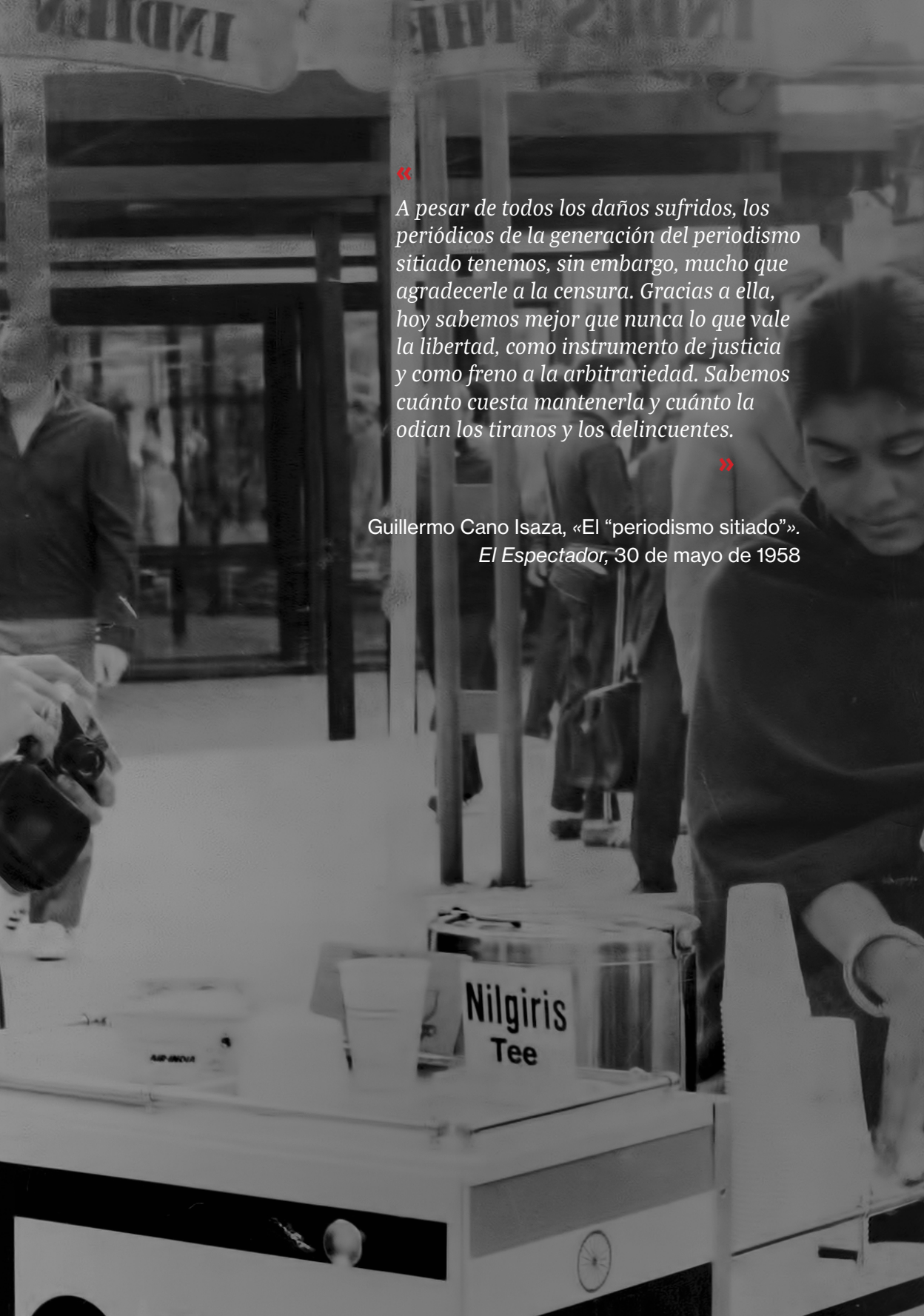
257 páginas



EL ESPECTADOR



Guillermo Cano y su esposa Ana María Busquets en la Villa Olímpica de Múnich 72. Ella fue la única periodista colombiana acreditada y él terminó escribiendo sobre la masacre de once atletas judíos por terroristas palestinos en el llamado «Septiembre negro».



«

A pesar de todos los daños sufridos, los periódicos de la generación del periodismo sitiado tenemos, sin embargo, mucho que agradecerle a la censura. Gracias a ella, hoy sabemos mejor que nunca lo que vale la libertad, como instrumento de justicia y como freno a la arbitrariedad. Sabemos cuánto cuesta mantenerla y cuánto la odian los tiranos y los delincuentes.

»

Guillermo Cano Isaza, «El “periodismo sitiado”».

El Espectador, 30 de mayo de 1958

Palabras iniciales
**EL PAÍS DE
GUILLERMO
CANO**

Pág. 11

Presentación
**EL TIMONEL
DE UN BARCO
DE PAPEL**

Pág. 15

**EL PERIODISTA
ENTRE
PLUMÍFEROS**

Pág. 23



**EL
CAZA-
TALENTOS**

Pág. 45

**EL EDITOR DE
«INCANABLES»**

Pág. 83

**EL
ECOLOGISTA**

Pág. 115

**EL
PROMOTOR
DEPORTIVO**

Pág. 139



EL SABUESO JUDICIAL

Pág. 167

EL DEFENSOR DE LA LIBERTAD DE PRENSA

Pág. 195



BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Pág. 221

Epílogo EL ABUELO QUE NO CONOCÍ

Pág. 227

OSUNA, EL CRÍTICO GRÁFICO

Pág. 241

Palabras iniciales

EL PAÍS DE GUILLERMO CANO

— YANNAI KADAMANI FONRODONA —

EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE GUILLERMO CANO ISAZA, COLOMBIA vuelve los ojos hacia una figura fundamental de su historia reciente. En este homenaje, Guillermo Cano se convierte en el símbolo para que podamos conversar sobre aspectos esenciales de nuestra sociedad: la libertad de prensa, los derechos humanos, el acceso a la información, el compromiso ético con la verdad, la necesidad de visitar con mirada crítica nuestra historia, entre muchos otros temas.

La Biblioteca Nacional de Colombia y el Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes, en alianza con *El Espectador*, presenta la colección El País de Guillermo Cano, compuesta de tres libros que celebran el centenario de su nacimiento con una mirada plural, cercana y crítica: una biografía

ilustrada en formato de cómic, una selección de sus textos periodísticos y un conjunto de perfiles escritos a partir de entrevistas, archivos y fuentes históricas. Tres libros que serán distribuidos gratuitamente en las bibliotecas de la Red Nacional de Bibliotecas Públicas, para llegar a todas las regiones del país y poner la palabra de Guillermo Cano al alcance de nuevas generaciones.

UN RECORRIDO POR LA COLECCIÓN

El primer volumen, titulado *Don Guillermo*, es una biografía ilustrada que reconstruye momentos clave de la vida de Guillermo Cano desde su ingreso a *El Espectador* hasta su asesinato en 1986. Dividido en seis capítulos y desarrollado por un equipo de ilustradores dirigidos por Pablo Guerra y Laura Valentina Álvarez, este libro ofrece una narrativa visual poderosa, que permite a los lectores conocer los hitos más representativos de su trayectoria personal y profesional. El relato culmina con la marcha del silencio, una manifestación ciudadana espontánea que siguió al magnicidio y que simbolizó el rechazo colectivo a la violencia contra el periodismo.

El segundo volumen, *El periodista*, presenta una selección de crónicas, columnas y editoriales escritos entre 1949 y 1986. Con curaduría y comentarios del periodista Jorge Cardona Alzate, esta antología ofrece una lectura directa de la voz de Guillermo Cano y permite recorrer una parte de la historia contemporánea del país a través de su mirada aguda. En estos textos se refleja su capacidad para interpretar los acontecimientos de su tiempo, cuestionar el poder, analizar con claridad los dilemas públicos y, sobre todo, defender sin ambigüedades el principio de libertad de expresión. Desde los primeros escritos hasta su última columna, mantuvo una posición ética coherente y una sensibilidad que equilibraba la opinión crítica con la observación precisa de la realidad.

El tercer libro, *El maestro*, fue escrito por la periodista Maryluz Vallejo y recoge siete perfiles que retratan las distintas facetas de Guillermo Cano: el editor riguroso, el reportero de calle, el formador de equipos, el sabueso judicial, el ecologista, el promotor deportivo, el defensor de la libertad de prensa, entre otras. Con base en entrevistas, archivos de prensa y documentos históricos, Vallejo construye un retrato coral que permite comprender la influencia de Cano en el periodismo colombiano. Este volumen cierra con un epílogo de María José Medellín, nieta de Guillermo Cano, quien desde la experiencia personal reflexiona sobre el legado de un abuelo al que no llegó a conocer, pero cuya presencia ha estado siempre viva en su memoria y en la historia del país.

UNA VIDA DEDICADA AL OFICIO

Guillermo Cano comenzó su carrera periodística a los dieciocho años, en la redacción de *El Espectador*. Aprendió el oficio desde sus bases: en la calle, buscando noticias; en el taller, armando páginas; en la redacción, acompañando y formando equipos. Nunca buscó el protagonismo personal. Por el contrario, escribió poco con su nombre, pero trabajó mucho en silencio, asegurando que el periódico fuera una plataforma de opinión libre y rigurosa.

Durante sus más de cuatro décadas en el periódico, Guillermo Cano dirigió con coherencia una redacción pluralista, en la que convergían diferentes voces y miradas. Formó generaciones de periodistas que lo recuerdan como un maestro exigente pero justo, capaz de identificar talentos y de promover una cultura del rigor y la independencia. En tiempos de censura, violencia y presión política, mantuvo la convicción de que el periodismo debía cumplir una función pública esencial.

En uno de sus editoriales más recordados, escrito en agosto de 1984, afirmó: «Solo la independencia, el carácter, la objetividad y el buen criterio del periodista y de los medios pueden vencer las tormentas terribles en el nuevo mundo amenazado por todas partes de la libre información». Esta declaración sigue vigente y constituye un principio rector para quienes creen en el periodismo como ejercicio de libertad.

UNA MEMORIA PARA EL PRESENTE

Esta colección no busca idealizar a su protagonista ni congelar su imagen en el bronce. Por el contrario, propone una lectura viva y crítica de su legado. Invita a conocer su trabajo, a comprender las circunstancias que enfrentó y a dialogar con su pensamiento desde las preguntas de hoy. En un país donde el periodismo independiente sigue siendo desafiado por intereses ilegítimos, desinformación, discursos de odio y nuevas formas de censura, el ejemplo de Guillermo Cano cobra relevancia.

También busca acercarse a nuevas generaciones de lectores, que quizá apenas conocen su nombre, pero que ahora tendrán la oportunidad de leerlo, verlo, imaginarlo y pensar el país a partir de su experiencia. En ese sentido, esta colección es una invitación a la reflexión crítica sobre la historia reciente de Colombia y sobre el rol del periodismo en la construcción de una sociedad democrática.

Guillermo Cano fue asesinado por decir la verdad. Hoy lo recordamos para que la libertad de expresión siga siendo posible. Este homenaje no repara lo irreparable, pero sí honra lo imprescindible: la vida de un periodista que

no cedió ante la intimidación ni el poder; que creyó que el periodismo debía ser incómodo, crítico y valiente. Su legado nos obliga a seguir defendiendo el derecho de todos los colombianos a estar informados, a disentir, a expresar nuestras ideas, a construir colectivamente una democracia incluyente, participativa y pacífica.

Ministra de las Culturas, las Artes y los Saberes

Presentación

EL TIMONEL DE UN BARCO DE PAPEL

MARYLUZ VALLEJO MEJÍA

COMO ESCRIBIÓ HÉCTOR MUÑOZ –PERIODISTA CON VENA DE HISTORIADOR– a la muerte de don Guillermo, él reconocía que lo que hace a un periódico no es solamente el director sino el equipo humano. «*El Espectador* siempre ha sido un equipo», solía repetir. De su padre, Gabriel Cano, aprendió que había que matricularse desde muy joven en la «Universidad de Periodismo de *El Espectador*», de la que han salido brillantes promociones.

Por eso este libro rinde homenaje al inolvidable director en la voz de sus colegas y colaboradores: de los maestros que le enseñaron el arte del periodismo, recién llegado a la redacción, a sus dieciocho años, hasta los jefes de redacción, redactores, reporteros gráficos, corresponsales y columnistas que supieron interpretar sus entusiasmos y preocupaciones por el país, sobre todo cuando avizoró los riesgos que corría el periodismo independiente por cuenta de enemigos oscuros. Que se haya convertido en mártir de la libertad

de prensa es prueba fehaciente de que el periódico que condujo durante más de tres décadas cumplió con el deber de la verdad.

Aquí se recogen los legados culturales, políticos y deportivos del polifacético y visionario Guillermo Cano. En cada uno de los siete capítulos se resalta el aporte de esos «tripulantes de un barco de papel» (bella imagen acuñada por Lino Gil Jaramillo¹) que acompañaron al timonel en su trasegar como reportero raso, codirector y director en esos largos cuarenta años. Los periodistas veteranos, quienes a su vez recibieron lecciones de los viejos Cano, ayudaron a mantener a flote ese espíritu independiente y creativo entre las nuevas generaciones, nutrieron las páginas de opinión e hicieron parte de los comités editoriales que trazaron el rumbo doctrinario del diario decano de Colombia.

El tropo de «escuela» también alude a los periodistas y reporteros gráficos que comenzaron en oficios menores, como ayudantes en la sala de máquinas, «patinadores», «malacates» y «cargaladrillos» –en el argot de la época– quienes, con sus ganas, su talento y sobre todo con el empujón del director, escalaron posiciones hasta convertirse en figuras del diario. Esa escuela constituyó una familia con el mismo ADN periodístico.

La polifonía de voces, tomadas de las páginas de *El Espectador* en los años en que lo habitó y lo orientó don Guillermo Cano, sumadas a los recuerdos de muchos reporteros y colaboradores, añaden valor testimonial y documental a la historia del diario, que aquí se cuenta con los detalles más vívidos del acontecer cotidiano de la redacción.

Esta recreación histórica permite a las nuevas generaciones, que crecieron con sofisticadas tecnologías, adentrarse en la prehistoria del periodismo. Porque en este relato se ve la transición de los periodistas empíricos a los profesionales y la paulatina llegada de las mujeres a cubrir fuentes tradicionalmente destinadas a los hombres y a ocupar cargos de responsabilidad. Así mismo, se aprecia la transformación de las prácticas periodísticas, algunas que hoy en día serían inadmisibles: entrevistar a menores de edad víctimas o victimarios, viajar en los medios de transporte del Ejército para llegar a zonas rojas y hacer la reconstrucción de los crímenes para tomar los reportajes gráficos. Por no mencionar la pasión taurina de don Guillermo, que hoy causaría su cancelación.

¹ Al parecer, el escritor se inspiró en la forma de proa que tenía el edificio Monserrate, ubicado en la avenida Jiménez.

Se sorprenderán también los jóvenes con las cartas de los lectores, que llegaban en sobres timbrados desde todas las ciudades y «los municipios olvidados del país» –como se llamó una popular serie de los cincuenta–, lectores con las voces más críticas y a la vez más agradecidas con el periódico. Y, en general, descubrirán esa rica prosa descriptiva de los viejos cronistas, veteada de humanidad.

Además, se muestra el país desde las regiones en la voz de sus corresponsales, esos con quienes don Guillermo mantuvo un diálogo permanente porque quiso combatir el centralismo informativo, sin olvidar que muchos periodistas de la redacción eran de provincia. En particular, el director siguió el pulso de las ediciones de la Costa y de Antioquia, que se volvieron diarias para celebrar los noventa años del periódico.

Trasapelada con la historia nacional, la del *El Espectador* que aquí se narra empieza y termina con las tantas formas de violencia que marcaron el país en el periodo abarcado. Pero este libro no profundiza en ese contexto: se limita a dibujarlo, a dejar hitos, personajes y evidencias que el lector sabrá encajar.

De este repaso de las figuras inconfundibles de las secciones de opinión e información del periódico (con inevitables omisiones porque todos los tripulantes destacados no cabrían ni en el arca de Noé) queda claro que, por alguna rara predestinación, la mayoría de los periodistas de *El Espectador* forjaron su talante en la misma fragua por su independencia, honestidad y pasión por el oficio. Quien aparece en todos los capítulos, y no premeditadamente, como una sombra larga del director y amigo, es Gabriel García Márquez. El lector sabrá por qué. Quedaron por fuera, por razones de espacio, los legendarios linotipistas –salvo doña Celia Morales, la primera mujer en este oficio–, y todos los responsables de sacar un periódico agradable por su diseño e impresión.

Como testigo y narrador visual de esas distintas épocas del periódico, nadie mejor que el maestro Héctor Osuna para inmortalizar los rasgos de los tripulantes más destacados, como se verá en la apertura de cada capítulo. Por algo escribió el director: «Cada caricatura de Osuna es un editorial del periódico»².

Ya que se trata de reconstruir la trayectoria periodística de Guillermo Cano en el periodo demarcado desde su entrada al periódico, en 1943, hasta

2 «Los dos libros del año, Osuna de frente», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 18 de diciembre de 1983.

su última y fatal salida del edificio de la avenida 68, en 1986, la estructura de los capítulos tiene un desarrollo cronológico que permite apreciar el acumulado de experiencia y conocimiento del director y paladear los textos de un escritor de quilates³.

Su visión del país quedó recogida en un enorme repertorio de libros originados en series periodísticas o en ficciones de sus reporteros y colaboradores del que damos cuenta en el capítulo de «El editor de “incanables”». Así mismo, se exaltan sus facetas de ecologista, sabueso judicial, promotor deportivo, defensor de la libertad de prensa, todas ellas cobijadas por el cazatalentos que, con su intuición y criterio, supo armar un equipo con espíritu de cuerpo. De ahí el ambiente de camaradería que sobrevoló en la redacción, esa que el director recorría a diario con cierta ansiedad por las chivas que depararía la jornada. Luego se sentaba a escribir a máquina el «Día a día», el editorial o la «Libreta de apuntes» a la velocidad de crucero de sus dedos índices.

En el epílogo de este libro, la periodista María José Medellín Cano se inspira en el relato que escribió don Guillermo sobre don Fidel Cano, el abuelo que tampoco conoció. Al «Avi» –como le decían las primas mayores de María José– acabó conociéndolo por el relato familiar y por sus escritos en *El Espectador*, su legado más transparente.

3 Curiosamente, don Guillermo tuvo como homónimo al dueño de la Galería Cano, famosa joyería de diseños precolombinos con baño de oro.

AGRADECIMIENTOS

A TODOS LOS COLEGAS Y FAMILIARES DE GUILLERMO CANO QUE COMPARTIERON sus recuerdos y archivos para completar este perfil colectivo de *El Espectador*: Rufino Acosta, Antonio Andraus, Óscar Alarcón, María Cristina Alvarado, Sara Marcela Bozzi, Juan Guillermo Cano, Fernando Cano, Marisol Cano, Ana María Busquets de Cano, Sonia Cárdenas, Jorge Cardona Alzate, María Teresa del Castillo, Francisco Carranza, Félix Carrillo, Manuel Drezner, Alberto Donadio, María Jimena Duzán, Clemente Forero, Marcela Giraldo, Leonel Giraldo, Guillermo González, María Teresa Herrán, Juan José Hoyos, Gloria Moreno de Castro, Alexandra Pineda, Margarita Vidal y Germán Yances.



Guillermo Cano y Gabriel García Márquez.
10 de septiembre de 1983. Fotografía de Vladimiro
Posada, cortesía de *El Espectador* / Comunican S. A.



Primera edición

GUILLERMO CANO

7 capítulos

EL MAESTRO

ISBN: 978-628-7666-64-1

Colombia, agosto de 2025

257 páginas

TEXTOS DE MARYLUZ VALLEJO MEJÍA
EPÍLOGO DE MARÍA JOSÉ MEDELLÍN CANO

Guillermo Cano, ya como director del periódico en los años cincuenta, junto a su padre don Gabriel (de pipa y boina vasca) y, en el extremo izquierdo, el poeta Ciro Mendiá, sus primeros maestros. Lo acompañan sus hermanos Luis Gabriel y Alfonso (de espaldas). Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL PERIODISTA ENTRE PLUMÍFEROS



«HAY QUE APRENDER AL PIE DE LA VACA», FUE LA CONSIGNA de los Cano mayores. Y recién graduado de bachiller del Gimnasio Moderno, en 1943, Guillermo Cano tuvo la suerte de entrar sin peaje a la mejor universidad con las «vacas sagradas» del periodismo, aunque muchos creían que su verdadera vocación era la de «novillero».

Cuando yo llegué a la redacción llevado de la mano de don Gabriel me fueron presentados todos ellos y no con cierta inquietud, temor y timidez escuché las instrucciones que les dio a los reporteros y cronistas estrella: «Enséñenle lo que ya ustedes saben. Y que se meta al barro recogiendo noticias, buscando “chivas”, no importa qué tan desagradables sean. Y que se unte de tinta aprendiendo a armar las páginas del periódico, a leer al revés (una costumbre que aún me queda y me divierte). Y no lo elogien. Regáñenlo».

Esto escribió Guillermo Cano en la «Libreta de apuntes» sobre sus inicios en *El Espectador*¹. Entre esos maestros y colegas mencionó a Próspero Morales, Darío Bautista, Eduardo Zalamea Borda (Ulises), José Salgar y Luis

¹ «Cuentos de tres generaciones», *El Espectador*, 29 de noviembre de 1981, 2A.

Elías Rodríguez, quienes al filo del mediodía se reunían en un café a intercambiar noticias con colegas de otros periódicos. Desde esos tempranos años cuarenta, cuando empezó su aprendizaje en la vieja sede de la carrera Séptima, la complicidad de la sala de redacción se extendió a los cafés y a los billares cercanos.

Por aquello de que cada maestrillo trae su librillo², el novel periodista recibió tres manuales: de su padre Gabriel, de su tío Luis y de José Mar –menos conocido como José Vicente Combariza–. Los dos últimos formaron un tándem tan perfecto que su estilo editorial se camuflaba. Si don Luis fue director del periódico desde 1915 hasta 1949, José Mar fue su alma ideológica gemela como subdirector por largo tiempo. Ambos ingresaron al Parlamento y combinaron la entrega al Partido Liberal y a *El Espectador*. Solo se diferenciaron en el talento oratorio, que no se le dio a don Luis, quizá por la timidez congénita de los Cano. Don Gabriel reemplazó a finales de 1949 a su hermano Luis, quien no alcanzó a disfrutar el retiro porque murió pocos meses después. En septiembre de 1952 le entregó a su hijo Guillermo la dirección de *El Espectador*. Sin embargo, decidió acompañarlo en la codirección hasta finales de 1973, cuando se retiró discretamente, sin hacer declaraciones ni balances. Guillermo sí lo despidió, con un editorial titulado «El retiro de un gran director»:

[...] solo la sagacidad y el ojo penetrante del columnista Efraín Lezama Ramírez, «Doctor Rayo», que vive leyendo palabra por palabra de todos los diarios, entrevió el retiro de Gabriel Cano y escribió en su columna «Zig-zag» –respetando durante once meses el silencioso alejamiento de mi padre de la dirección plena del diario–, una hermosa nota.

Mientras vivió don Gabriel, sus hijos –a quienes llamaba «los cuatro ases» porque era un consumado jugador de póker– hacían una escala mañanera en su casa, camino al periódico, y realizaban un primer consejo editorial alrededor de la cama del patriarca, bajo la atenta mirada de Ma Luz.

El homenaje más contundente se lo hizo Guillermo Cano en el discurso para recibir en su nombre el Premio de Periodismo Simón Bolívar a la Vida y Obra, el cual tituló «Don Gabriel Cano, don Gabriel D'Anuncio, don Gabriel Quijote»³. El remoquete irónico de D'Anuncio lo usaban amigos y

2 Librillo, para seguir con la alegoría, se le llama al tercer estómago de la vaca.

3 *El Espectador*, 19 de agosto de 1980, 5A.

contradictorios, asistidos de razón –explica su hijo–, que también lo consideraba un Quijote:

Convencido y consciente de que un periódico sin un equilibrio económico adecuado tarde o temprano es incapaz de cumplir su misión de informar y de orientar en completo acuerdo con la libertad responsable de prensa, don Gabriel lo mismo escribía cuidadosamente un editorial o pulía un verso que vigilaba atentamente el flujo y el reflujo de los anuncios. Con los editoriales sostenía una antorcha ideológica. Con los anuncios esa antorcha se alimentaba para no extinguirse.

[...] Su pluma ha sido, como la lanza del Hidalgo español, un arma punzante que, con adjetivos y sustantivos, ha rechazado la presión económica, combatido los inmerecidos privilegios, destruido monopolios aberrantes, dejado tendidos en el campo a los poderes de la vil moneda.

Al cumplirse veinticinco años de la muerte de Luis Cano, el 20 de julio de 1975, Guillermo Cano publicó una semblanza «del tío que sí alcancé a conocer» (en alusión a la titulada «El abuelo que no conocí», sobre don Fidel Cano). En ella rindió tributo al maestro, como se aprecia en estos párrafos testimoniales:

A Luis Cano lo recuerdo como un hombre de un carácter tan firme como afable, cuando yo, un tímido estudiante de bachillerato, solía concurrir a su casa, donde recibía de él deferentes muestras de cariño, dentro de las cuales iba deslizando sutilmente, como lo hacía en sus editoriales, ideas sobre libertad y conceptos y conocimientos sobre periodismo, pero más que todo consejos respecto de la honestidad y la firmeza que deben presidir el ejercicio de la profesión, «si alguna vez, como ojalá ocurra, te decides a ser periodista».

[...] Al ingresar a *El Espectador* hace treinta años, días más o días menos, por la puerta del aprendizaje práctico en las mesas de armada, untándome de tinta las manos imprevistas, hube de servir no pocas veces de «malacate» a Luis Cano, para trasladar de su oficina a los linotipos las hojas sin rayas, repletas de palabras indescifrables, en una caligrafía que milagrosamente traducían con increíble fidelidad Pacho Pulgarín o la señorita Celia [Morales], dos de los más antiguos linotipistas del periódico. [...] Lentamente, de la armada a la redacción, fue desarrollándose el progreso de mi trabajo en el periódico.

Más adelante cuenta que recién asesinado Jorge Eliécer Gaitán, el 9 de abril de 1948, él se fue corriendo de su casa hacia el periódico. De allí vio salir lentamente, cojeando de su pierna izquierda, al tío Luis:

Su cabeza blanca sobresalía por entre la turbamulta. Me acerqué a él.

–¿Para dónde vas?

–Para Palacio...

–Permíteme acompañarte...

–No. Quédate aquí. En el periódico te necesitan...

Por último, del escritor, abogado y diplomático José Mar, que murió en 1967, se despidió en el «Día a día» del 14 de septiembre:

José Vicente Combariza fue uno de los ases del gran póker de prosistas boyacenses que se adueñaron, con derechos indiscutibles, de la buena prosa colombiana en una época de oro, ciertamente, de la crónica y del editorial periodísticos. Con Armando Solano, por ejemplo, constituyó un binomio estelar en las páginas de este periódico.

Tiempo después, en junio de 1982, el columnista cartagenero Ramiro de la Espriella le rindió tributo al autor del «Glosario sencillo», quien firmaba como Maitre Renard y escribía con «esa elemental profundidad nada pedante, esa gracia alada, esa honda capacidad de síntesis». Cabe resaltar que los dos apreciados editorialistas, Solano y Combariza, se alejaron de la línea editorial del periódico, pues adhirieron a la candidatura de Jorge Eliécer Gaitán en 1946. Luis Cano lo lamentó en un editorial, pero respetó la decisión.

La cátedra más intensiva la recibió Guillermo Cano de Eduardo Zalamea Borda, Ulises, maestro y amigo «de uña y carne», como decía su discípulo. De esa estrecha relación dan fe las cartas que se cruzaron entre 1960 y 1962⁴, cuando Ulises tuvo su «paloma» diplomática como delegado permanente de Colombia ante la Unesco en París. La primera misiva, del 1.º de febrero de 1960, va dirigida a Gabriel, Luis Gabriel y Guillermo, a quienes les recuerda que justo ese día cumplía treinta años de ejercicio periodístico ininterrumpido, de los cuales pasó veinticinco en *El Espectador*, en donde aprendió a vivir la política entre bambalinas y a conocer toda la *petite histoire*. En estas líneas rememora su trayectoria:

4 Correspondencia del archivo familiar custodiado por Mariana Serrano Zalamea, nieta de Eduardo Zalamea Borda.

Primero publicaba solamente comentarios anónimos, después algunos que suscribí con seudónimo y, por último, desde hace veinte años, la columna «La ciudad y el mundo». Desde 1945 se me hizo el honor de llamarme a compartir con don Luis Cano –uno de los más grandes escritores políticos de Colombia en todos los tiempos– la columna editorial. En septiembre de 1948 fui nombrado subdirector y cuando, en noviembre de 1949, don Luis decidió retirarse de la profesión que tanto había honrado y desde la cual había servido a la República y al liberalismo en forma aún no cabalmente apreciada, esa columna quedó bajo mi exclusiva responsabilidad hasta la fecha, salvo las ocasiones en que don Gabriel quiso ocuparla con sus admirados escritos. No creo que haya muchos ejemplos en Colombia ni fuera de ella de periodistas que durante un lapso tan prolongado hayan visto acumulados sobre su persona tantas y tan grandes responsabilidades profesionales, intelectuales y políticas. Lo que ello significa psicológica y aun físicamente, y el escribir todos los días del mes y del año sin excepción alguna, han de ser el origen de una fatiga que podría, de prolongarse, tener resultados tan fácilmente previsibles como poco deseables.⁵

En efecto, el cuerpo le pasó factura en 1963 por esa entrega sin pausa. Esta correspondencia tiene entonces el valor de un testamento inédito de «Ulisesitos» a «Chin»⁶. En esas cartas, Ulises examinó el panorama político nacional e internacional y le dio línea editorial a su coequipero como si escribiera desde «el riñón de los acontecimientos»⁷. En ellas reiteró los principios innegociables de *El Espectador*, entre ellos el rechazo categórico a las dictaduras de cualquier cuño, y en el plano nacional, el apoyo al modelo del Frente Nacional «SIN CASARNOS CON NINGÚN CANDIDATO CONSERVADOR». Y, por supuesto, el irrestricto respaldo al presidente Alberto Lleras Camargo. (Aunque Ulises cuestionó la cercanía de su elegido, Carlos Lleras Restrepo, a la corriente ospinista, tanta que «ya no parece casado con Mariano sino arrejuntado y enchamico, que es mucho peor». De todas formas, le vaticinó la presidencia en 1966).

5 Mariana Serrano Zalamea, *Ulises en un mar de tinta* (Bogotá: Editorial Uniandes, 2015), 279.

6 Así encabezan sus cartas. «Chin» por Conchito, el seudónimo que usaba Guillermo Cano en sus crónicas taurinas de juventud.

7 En este archivo solo se conservan dos misivas de Guillermo Cano.

En lo periodístico, su llamado fue a preservar la objetividad sin meterle opinión a la información; a mantener la independencia, como lo dice en otro momento: «[...] estoy convencido de que hay que darle al lector todas las noticias políticas desnudas, sin un solo adjetivo, porque todo adjetivo es una opinión». Insistió, además, en hacer «un 20 de Julio de la Independencia Periodística». Estos principios los absorbió Zalamea Borda de los Cano mayores. En carta del 25 de octubre de 1960 reconoció que se graduó sin mala nota de «la mejor escuela de carácter, de civismo, de patriotismo, de liberalismo, de calidades morales y de capacidad profesional que tenga el país y probablemente la lengua española». Pero su más bella declaración de amor al oficio la escribió tras la visita que le hizo al célebre comentarista Art Buchwald en su oficina del *Herald Tribune* en París, a quien invitó a publicar su columna en *El Espectador* (que por cierto duró varios lustros):

No había vuelto a respirar, hace año y medio, la atmósfera de las redacciones de los diarios –idéntica en Bogotá, en París, en Nueva York y probablemente en Pekín– ni durante tan prolongado lapso había llegado a mi olfato el único perfume que no han logrado superar los Lanvives ni los Guerlaines: el perfume intelectual de la tinta de imprenta, que despeja la mente y alegra el corazón –como el buen vino– aunque ennegrezca las manos y los pulmones.⁸

En esa última temporada de vida, el gran prosista Zalamea Borda siguió enviando su columna «Fin de semana», además de dos editoriales semanales y colaboraciones especiales. Igualmente, se tomó el trabajo de pescar los gazapos de los redactores, de jalar las orejas por algunos editoriales y de hacer observaciones generales sobre el periódico (que le pedían los jefes José Salgar y Álvaro Monroy). Anunciaba a su corresponsal paquetes con artículos interesantes de periódicos y revistas europeas para que los tradujeran, en especial series para el *Dominical* de Gonzalo González, GOG. Los periódicos que puso como modelo para *El Espectador*, por su responsabilidad informativa y respeto a las ideas, eran el *New York Times*, el *Herald* y *Le Monde*. En lo personal, no se privó de hacerle la crónica de los partidos de fútbol a los que asistió, ya que ambos eran forofos del balompié. Siempre se despedía con afectuosos saludos para «Ana Eme» y «los peques», y en una carta recordó lo bien que lo pasaron esos días que compartieron en París con sus familias.

8 Eduardo Zalamea Borda, carta del 14 de noviembre de 1961.

Tras recibir la noticia del Premio Nobel de Literatura para Gabriel García Márquez, Guillermo Cano recordó esos tiempos en que Ulises proclamó a los cuatro vientos desde la BBC de Londres que ¡*El Espectador* era el mejor periódico del mundo!:

Era la autoestimulación que produjo durante un prolongado periodo de tiempo si no el mejor periodismo del mundo, sí el periodismo más creativo e imaginativo de mucho tiempo en Colombia. Alfonso Castillo Gómez, Ulises, Salgar, Darío Bautista, GOG, Germán Pinzón, Guillermo Lanao, Hernán Merino, Mike Forero Nougues, Álvaro Monroy, Enrique Alvarado, Alberto Garrido, «el Perro» Sánchez, Felipe González Toledo y muchos más que se pierden en la niebla de la memoria. Vieja y nueva camada de periodistas con audacias mayores y menores de treinta años. ¡Qué tiempos aquellos!⁹

En su vida profesional, Guillermo Cano se encontró con una generación de periodistas de opinión mayores que él, como Abelardo Forero Benavides (entrañable amigo de don Luis), Enrique Caballero Escovar, Eduardo Caballero Calderón, Alfonso Palacio Rudas (el Cofrade), Lino Gil Jaramillo, el Doctor Rayo, Antonio Panesso Robledo (Pangloss) y Jorge Padilla. Todos escribían habitualmente la columna «Día a día» a petición de don Luis o de don Gabriel (como lo haría Guillermo Cano, un tiempo después, con sus editorialistas dilectos).

Sus primeros jefes de redacción fueron José «el Mono» Salgar –quien entró de trece años al periódico y a los veintidós reemplazó a Alberto Galindo–, Darío Bautista y Guillermo Lanao. En la plantilla de reporteros figuraban Luis Elías Rodríguez, Carlos Mahecha, Rogelio Echavarría, Paulo E. Forero y Felipe González Toledo: de lo más granado del gremio.

Seguramente contagiado por su ingenioso coequipero en la dirección del *Dominical* Álvaro Pachón de la Torre, mago de la crónica novelada, Guillermo Cano escribió en 1948 algunas crónicas de carácter más literario, entre ellas la titulada «Cómo se exterminan la pulga y la rata», sobre un par de gringos jóvenes que introdujeron en Colombia un moderno sistema para exterminar estas plagas, el cual aplicaron después de estudiar muy seriamente la

9 Libreta de apuntes, *El Espectador*, 24 de octubre de 1982, 2A.

psicología de las ratas criollas. En esta pieza, infaltable en las antologías del autor, maneja el humor y el elemento sorpresa¹⁰.

Pachón de la Torre murió en un accidente automovilístico junto con otros dos periodistas del *Dominical* (Gustavo Wills Ricaurte y Álvaro Umaña Forero) cuando regresaban en auto de la fiesta de despedida de soltero de Guillermo Cano. Este, devastado, le rindió homenaje con el perfil titulado «Mi personaje inolvidable», publicado el 29 de marzo de 1953, con un retrato a color en portada en el que Merino revivió al finado. En esta semblanza, Guillermo Cano precisó que mucho antes de conocerlo en el periódico había leído los informes sobre la guerra europea que publicó en su revista *Contra-Ataque*. Contó que en su casa hablaban de él con admiración por haber dado la chiva del estallido de la Segunda Guerra Mundial en *El Liberal* porque se pasaba escuchando radiodifusoras extranjeras hasta la madrugada. Recordó que en su última semana de vida puso a prueba su frágil sistema nervioso porque la cita para entrevistar a Enrique Santos Montejó, Calibán, se tardó más de lo esperado. Al fin la dejó lista con un contundente título: «Una roca en el mar de la opinión». Su propósito era iniciar una serie de reportajes con periodistas de fuste.

¡Cabía tanto en su imaginación fecunda! Pero esa imaginación fecunda y esa inteligencia especialísima, y esa capacidad de trabajo y esa adaptación rapidísima a todos los medios –escribía un artículo, una nota, un editorial, una necrología y una crónica social con la misma buena voluntad y con el mismo acierto que planteaba tipográficamente una página del *magazine*– se han quedado fatalmente truncas.

El Narrador Indiscreto, como firmaba Pachón de la Torre, además de excelente cronista fue un gran lector, faceta que resaltó José Luis Díaz-Granados:

Su cultura e información acerca de los más diversos temas locales, nacionales, universales, se plasman a cabalidad en cada uno de sus textos. Dominaba con sinigual destreza la poética de Poe y Baudelaire, como las distintas etapas de la historia de Colombia, la guerra mundial del 39 o las modas de 1951. Y podía referirse sin rubor alguno, con altura,

¹⁰ En 1946, Guillermo Cano publicó otras crónicas sobre la vida cotidiana en Bogotá de corte más impresionista. Cabe decir que su estilo empezó a madurar en el *Dominical*.

profundidad y delicia, a los problemas de la magia, la invención del helicóptero, el deporte o el partido liberal.¹¹

Entre sus famosos «Reportajes sensacionales» figura uno que publicó después del Bogotazo, evento que dejó preparados a los lectores para fuertes sacudones: «Colombia contribuyó a la guerra atómica». Allí contó cómo nuestro país exportó a la planta atómica de Estados Unidos uranio y berilo, minerales que los geólogos norteamericanos ubicaron en yacimientos de Santander, según la revelación que le hizo al periodista uno de los ingenieros del proyecto.

Gonzalo González, GOG, una de las luminarias de *El Espectador* desde los años cuarenta, nació en Aracataca como su primo lejano García Márquez, pero bien podría ser el segundo aracataño más genial. José Salgar dijo que «por muchos años quien sobresalió como el sabio en nuestras cuatro paredes fue Gonzalo González GOG. Todos le reconocíamos el título de maestro en lenguaje y periodismo». Llegó a Bogotá a estudiar Derecho y a trabajar en el periódico, recomendado por el entonces rector de la Universidad Nacional Gerardo Molina.

También fue célebre por un exitoso programa de radio, *Los catedráticos informan*, del que saltó a la columna «Preguntas y respuestas», en la cual demostró su conocimiento sobre todo lo divino y lo humano. Solo abandonó temporalmente la columna para irse a colonizar las selvas del Baudó a mediados de los cincuenta, una aventura en la que lo acompañaron más de trescientos «locos» del país, de todas las profesiones y oficios.

El mejor retrato de GOG lo escribió Jorge García Usta en el *Magazín Cultural* con motivo de su natalicio:

GOG fue una figura única en el panorama cultural colombiano. Criaba plantas exóticas y canarios en su oficina de *El Espectador*. Ganó el premio Mergenthaler en 1957. Fue maestro nacional de ajedrez. En el programa de televisión «Miles de pesos por su respuesta», de Gloria Valencia de Castaño y Antonio Panesso Robledo, respondió a todas las intrincadas preguntas sobre psicoanálisis. Dictó clases de derecho en la Universidad de Santo Tomás (dicen que en sus años mozos perdió la plata de su matrícula en un juego de póker y que amarraba una

11 José Luis Díaz-Granados, comp., *Crónicas de un Narrador Indiscreto: Obra selecta de Álvaro Pachón de la Torre* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2006), XI-XII.

pierna a la pata de la cama porque era sonámbulo) y cultivó con esmero el esperanto.¹²

Tras el cierre de *El Espectador*, forzado por la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla a comienzos de 1956, casi la totalidad de la redacción se mudó a *Sucesos*, un semanario que fundaron y dirigieron en comandita Felipe González Toledo, Rogelio Echavarría y Paulo E. Forero, con la gerencia de Darío Bautista. El semanario, que reunió a los mejores escritores de la cocheda del *Dominical*, circuló más de cinco años y fue un éxito editorial por la eficaz combinación de crónicas judiciales que parecían novelas policiacas, reportajes folletinescos y deportes. Con razón dice Juan José Hoyos, investigador del periodismo narrativo, que esta década del cincuenta, la más difícil del siglo para la prensa colombiana, fue de oro para el periodismo.

En el primer número de *Sucesos*, sin firmar para evitarles problemas a los editores, Guillermo Cano publicó una crónica sobre su amigo, el torero español Luis Miguel Dominguín, y su esposa, la actriz italiana Lucía Bosé. Una oda al amor que se profesaba la pareja fuera de los reflectores: «Lucía y Luis, un matrimonio feliz».

Darío Bautista fue un experimentado periodista político y económico, hechura del peso pesado que fue Alberto Galindo en la prensa liberal. García Márquez definió a Bautista como «una rara especie de contra-ministro de Hacienda, que desde el primer canto de los gallos se dedicaba a amargarles la aurora a los funcionarios más altos».¹³

Empezó desde abajo, vendiendo suscripciones del periódico, y escaló hasta llegar a ser subdirector y autor de la columna «Bajo el signo de \$». Nacido en Neiva, llegó a Bogotá en 1932 y al año siguiente se vinculó a *El Espectador*. Cultivó el ya desaparecido y delicioso género de la crónica parlamentaria y, a la vuelta de los años, en 1968, sostuvo la serie «Indiscreciones de un periodista», por la que pasó lo más selecto de la clase política. Vivió cuarenta y cinco años en su hogar editorial. Para Palacio Rudas, exalcalde de Bogotá, exministro y veterano editorialista del diario, era difícil separar la trayectoria de los dos brillantes huilenses, Alberto Galindo y Darío Bautista, de quienes fue pupilo. Y así recordó al último:

¹² Jorge García Usta, «GOG en el corazón: Cien años de Gonzalo González», *Magazín Cultural*, 22 de febrero de 2021.

¹³ Gabriel García Márquez, *Vivir para contarla* (Bogotá: Editorial Norma, 2002), 516.

Dario Bautista es para mí claro espejo de periodistas. Más aún, lo contemplo como el periodista por antonomasia, como verdadero autodidacta del oficio, que aprendió y se perfeccionó buscando afanosamente la noticia, manoteando la tipeadora, entendiéndose con linotipistas, correctores y estereotipadores. Se untó de tinta y se quemó con el plomo. El campo universitario no fue su escuela. Se instruyó en *El Espectador*. Allí encontró los maestros y manejó los materiales de enseñanza.

Y sobre sus especialidades escribió a renglón seguido:

Además de fiel relator de los sucesos cotidianos fue un certero orientador de la opinión pública. En sesudos artículos y ponderados editoriales señalaba rumbos al gobierno y a los líderes del sector privado. Sus diarias notas en torno al mercado bursátil, cuando la Bolsa de Bogotá actuaba de filtro de la corriente monetaria y era claro indicador de la economía, las devoraban literalmente los hombres de negocios [...] En este campo del periodismo moderno, la economía, fue un innovador.¹⁴

Por su parte, Bautista dijo de Galindo, a quien conoció como jefe de redacción en *El Espectador*, que dejó «tiras de piel y cadáveres de cosas en todas y cada una de sus dependencias». Recordó la maestría con la que elaboraba el viejo tablero que colgaba del balcón de *El Espectador*, en la sede de la Séptima. Tan atrayente que algún parroquiano le ofreció a don Luis Cano comprárselo porque allí había noticias que no encontraba en el periódico.

Según Jorge Cardona, periodista e historiador de *El Espectador*, Galindo tenía fama de chiviador y de sus tiempos de reportero siempre se recordó entre los colegas el día en que logró infiltrarse en una convención conservadora y dio a conocer en primicia la consigna que Laureano Gómez había impartido a sus copartidarios: «¡Acción intrépida contra el gobierno liberal!» (de López Pumarejo).

Con la vara alta puesta por los citados editorialistas y columnistas, don Gabriel convenció a su hijo de tener una columna. «El Gran Capitán me dijo que fuera apuntando, Día a día, en una libretica, apuntes brevísimos que encontrara merecedores de ampliar o simplemente mencionar en la “Libreta de apuntes”. Y lo he venido haciendo», escribió en esa columna donde dejó avances de sus memorias¹⁵. A partir de entonces (1979) y hasta su muerte,

14 Dario Bautista Olaya, prólogo a *El personaje y los hechos: Testimonio de un reportero* (Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1984), xv.

15 «Cuentos de tres generaciones», *El Espectador*, 29 de noviembre de 1981, 2A.

mantuvo este espacio dominical que le permitió sostener con los lectores una conversación distendida sobre temas del ámbito público y privado.

COLEGAS INSPIRADORES

En distintos momentos, Guillermo Cano cohabitó en las páginas editoriales con varias generaciones de escritores de excelsa prosa que hicieron parte del clan Cano. Con nadie menos que Alberto Lleras Camargo, el mayor estilista de la prensa colombiana, que escribió duros editoriales contra el régimen dictatorial de Rojas Pinilla y luego dirigió *El Independiente* (que sustituyó a *El Espectador*). Con Alfonso Castillo Gómez, a quien el biógrafo de periodistas Luis Carlos Adames definió como

[...] un auténtico cachaco por raigambre y temperamento [...] que a lo largo de su vida alternó con presidentes y altos dignatarios, con dirigentes del comercio, la banca y la industria, jerarcas de la Iglesia y eminentes políticos. Su humor fue fino y delicado, punzante pero nunca malintencionado. Por eso no tuvo enemigos.¹⁶

Y con el todopoderoso Lucio Duzán, que ayudó a sobreaguar la crisis económica cuando la dictadura obligó al cierre de *El Independiente*. Su fórmula de crear la revista comercial *Graficarte* para la difusión de la hípica con sus famosas apuestas del 5 y 6, el fútbol y el ciclismo atrajo avisos a tutiplén.

Duzán, que toda su vida añoró un grado de periodista, escribía editoriales y dos veces a la semana su columna «Hora cero». Con estilo sedoso y claro comentaba temas de política internacional porque era adicto a las revistas extranjeras; hacía la crónica política nacional con tono ecuánime; hablaba de economía y de finanzas como el más versado, y muchas columnas las dedicó a comentar libros, algo que haría años después don Guillermo en su «Libreta de apuntes».

A su muerte, ocurrida en octubre 1976, Guillermo Cano lo recordó como uno de los «tripulantes de un barco de papel»,

[...] cuya columna se convirtió para muchos lectores en un faro que guiaba en los tiempos de tormentas o que enviaba señales de advertencia sobre los peligros por venir o que, en momentos de calma, acentuaba la tranquilidad de los espíritus distrayéndolos con su irresistible invitación a la aventura de descubrir nuevos horizontes a las inquietudes

¹⁶ Luis Carlos Adames, *Periodistas, violencias y censuras* (Bogotá: Fundación Universidad Central, 1999), 362.

literarias, políticas y sociales y –por qué no– turísticas de los colombianos. Pero además compartió el timón de mando en la conducción editorial de *El Espectador* sin que hubiéramos tenido jamás que rectificar ninguna de sus orientaciones. Sacaba tiempo de donde parecía imposible, para escribir reportajes y crónicas memorables.¹⁷

Uno de los amigos más cercanos de Guillermo Cano fue Duzán. Ellos, junto con Roberto Arenas Bonilla, Jaime Pinzón y Fabio Lozano Simonelli se reunían en sus famosos almuerzos de los jueves. También hicieron parte de su círculo más íntimo Alfonso Palacio Rudas y el poeta Ciro Mendía, quien era como su segundo papá y que solía acompañar a los Cano de vacaciones al Hotel Pradomar, en Puerto Colombia.

Pese a la diferencia de edad, Guillermo Cano también fue amigo de doña Inés Gutiérrez de Montaña (más conocida como Inés de Montaña), a quien don Gabriel invitó en 1961 a escribir una columna que vinculara a la gente con el periódico. Ese espacio se llamó «I. M. contesta», y durante veinte años se volvió el buzón sentimental de lectoras y lectores, agradecidos con los consejos de esta psicóloga sin cartón¹⁸. Otras columnistas de finales de los cincuenta fueron Esmeralda Arboleda, Maruja Vieira y Helena Cano Nieto. Más adelante se destacaron tres colaboradoras desde Medellín: Rocío Vélez de Piedrahíta, Clarita Duperly de Restrepo y doña Sofía Ospina de Navarro.

En 1967, cuando el periódico cumplió ochenta años, figuraban en la nómina de columnistas, además de los citados Duzán y Castillo Gómez, Iáder Giraldo, Hernando Giraldo, Pangloss, Abelardo Forero Benavides, Manuel Drezner, Alfonso Palacio Rudas, María Teresa Herrán y Juan Mendoza-Vega.

Al celebrar los noventa años, en 1977, el periódico mantenía buena parte de ese equipo editorial, y se sumaron las voces de Alberto Mendoza, Óscar Alarcón, Consuelo Araújo Noguera (la Cacica), María Jimena Duzán y Miguel Garzón. La acreditada columna «Alfa y omega» de Abelardo Forero Benavides quedó por fuera cuando este aceptó la dirección de *El Periódico* de Consuelo de Montejo.

¹⁷ Guillermo Cano, «Posdata a la autobiografía de un periódico: 1967-1977», en Gabriel Cano, *Apuntes de un espectador* (Medellín: Biblioteca Pública Piloto, 1979), 470.

¹⁸ Nada que ver con el primer consultorio sentimental de «La doctora Ki-Ki», en el que Emilia Pardo Umaña respondía con guasa a los desesperados lectores y lectoras.

En los años ochenta se tomaron las páginas de opinión los columnistas Gonzalo Mallarino Botero (quien desde su «Ventana al mundo» se ocupó de la coyuntura internacional), Pedro Gómez Valderrama, Carlos Villalba Bustillo, Eduardo Caballero Calderón (Swann), Ramiro de la Espriella, Fabio Lozano Simonelli, Eduardo Mendoza Varela, Jaime Vidal Perdomo, Antonio Caballero, Alfredo Vásquez Carrizosa, Roberto Cadavid (Argos), William Jaramillo Gómez, Jorge Child y María Teresa Herrán, entre otros. En el ámbito cultural llevaron la voz cantante Miguel Garzón, Manuel Drezner y Gilberto Bello. Este último escribió largo tiempo la crítica de cine, género que inició García Márquez en *El Espectador* en 1954.

DESPEDIDAS CON «LIBRETAS»

En la «Libreta de apuntes», Guillermo Cano empaquetó el género de la semblanza, tan connatural a sus maestros. Entre ellas las más conmovedoras las escribió a la muerte de los amigos del oficio. Pero no fueron las típicas necrológicas llenas de lugares comunes como coronas fúnebres, sino de anécdotas y de reconocimientos a sus legados. Caben citarse las de Ciro Mendía, Alfonso Castillo Gómez, Fabio Lozano Simonelli, Alberto Galindo, Lucas Caballero Calderón (Klim) e Inés Gutiérrez de Montaña, nombres ya familiares en este recuento.

«Luto en la Libreta» tituló la columna en la que reprodujo un cruce de cartas entre doña Inés de Montaña y él. En la primera misiva, de febrero de 1979, doña Inés recordó que en 1949 llegó a *El Espectador* y ahora le pedía que retirara el lingote que llevaba su nombre en la Sección B (la sección femenina) porque presentaba su renuncia al periódico aunque no a su columna. Don Guillermo le respondió que eso sería

[...] como una petición de divorcio o de separación de cuerpos entre quienes existe desde hace 30 años una plena identificación de afectos y de ideales, de esfuerzos y de lealtades [...] Y cuando le digo lo anterior es porque estoy convencido de que entre usted y *El Espectador* existe el indisoluble sacramento del matrimonio, es decir, que están unidos hasta que la muerte los separe. Y que el día esté muy lejano.

Pero ese día llegó pronto, en junio de 1981.

Cuando le tocó el turno al escritor Ciro Mendía, el amigo maduro que heredó de sus mayores, comenzó con este musical réquiem:

Yo le llamaba Poeta. Él me llamaba Negro. Creo que lo conocí de siempre y él de siempre me conoció. Para mí fue un segundo padre, tan bueno

como el verdadero que vive, gracias a Dios; un hermano tan comprensivo como los de sangre, que viven, gracias a Dios. Por todo eso y por mucho más me atrevo a escribir ciertos episodios personales de su vida, que son parte de mi vida, cuando Ciro Mendiá, mi Poeta, ha muerto.

Dice que desde que tenía uso de razón compartió con quien fuera una especie de alma gemela:

Simplemente el Poeta, mi Poeta, comenzó a formar parte de la vida mía. Aquí en Bogotá, más tarde en Medellín, luego en el medio trópico de Villeta, más tarde en la Costa Caribe y en sucesión interminable donde él estuviera y yo estuviera [...] Nos ligaba, si no los lazos de la sangre, si el maravilloso conducto de la identificación en las alegrías y en los dolores, pero sobre todo y por siempre, un no sé qué coincidente criterio sobre el eterno e indescifrable misterio de la vida y de la muerte, de sus alegrías y de sus frustraciones.¹⁹

A la muerte de Fabio Lozano Simonelli –vecino de columna y coeditorialista– declaró la «orfandad intelectual» en que los dejaba a él, al periódico, al país y al Partido Liberal después de tantos años juntos. Recordó que quien lo descubrió para la política fue el expresidente Eduardo Santos y para el periodismo Gabriel Cano, porque las dos vocaciones las traía en la sangre. Muerto antes de doblar el medio siglo, su vinculación al periódico le ocupó media vida, «sin que hubiera ni un sí ni un no». Además de la lealtad incondicional del amigo, destacó así su talento como escritor público:

Yo me sorprendía y me quedaba admirado cada día al tener la oportunidad de leer anticipadamente a su publicación las columnas de Fabio o sus editoriales porque eran, sin la menor duda, modelo del mejor periodismo y del más depurado y profundo lenguaje político. Y mi admiración crecía ante la versatilidad de sus conocimientos de los problemas y las situaciones más complejas, nacionales y extranjeras y ese sexto sentido para adivinar, acertando, los desarrollos de los acontecimientos que a otros nos parecían tan difusos, confusos e indescifrables.²⁰

¹⁹ «Recuerdos muy personales», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 14 de octubre de 1979.

²⁰ «Fabio Lozano Simonelli. El político y el periodista», *El Espectador*, 20 de noviembre de 1983, 2A.

Una de las semblanzas más conmovedoras la dedicó Guillermo Cano a Klim, a quien visitó en su apartamento con su hermano Luis Gabriel para ofrecerle asilo como columnista en *El Espectador* después de que tuviera que renunciar a *El Tiempo* por atacar al presidente López Michelsen²¹. Tras varios whiskies sellaron el trato, que duró los tres años de vida que le quedaban al mejor escritor de humor que tuvo la prensa colombiana, quien inició su carrera periodística en *El Espectador* en 1936 alentado por don Luis Cano.

Era un regreso bienvenido y sobre todo un regreso oportuno porque el país necesitaba en ese entonces, y lo siguió necesitando hasta su muerte, de la columna de Klim (antes Lukas) para combatir los excesos, la inmoralidad, desnudar personajes y exhibirlos en «meros cueros», ante sus compatriotas. El país se va a sentir, se siente ya, huérfano de un gran guía que, con su sentido del humor, el difícil oficio de escribir con humor le ofrecía tres días a la semana el plato fuerte de la agudeza mental de un genio.

En 1982, a solo un año de la partida de Klim, Inés de Montaña y Gabriel Cano, le tocó despedir al ingenioso «barman» de la «Coctelera», Alfonso Castillo Gómez, en cuyas exequias se confundieron las lágrimas con las risas porque todos los dolientes tenían una anécdota para contar. Don Guillermo recordó la vez que asistieron a un evento de prensa en Cali, y después «de una tensa y dramática sesión de un congreso, manipulado desde la dictadura infamante que padeció Colombia en los primeros años de la década del cincuenta», se fueron a bailar al Club San Fernando

[...] y Alfonso, haciendo honor al título tiempo atrás ganado de caballero, de «playboy» y de excelente bailarín, se apoderó de la pista danzando «Pachito e ché» y tantas otras tonadas de la moda de entonces. Más tarde, mejor dicho, a la madrugada, fuimos a dar a una cantina elegante, donde casualmente se encontraba Leo Marini, ídolo también en ese entonces. Vieja amistad teníamos con el gran Leo y fue entonces cuando Alfonso y el cantante se convirtieron en dúo que amenizó horas y horas [...] Y es que si Alfonso era serio cuando tenía que ser serio, era bohemio cuando tenía que ser bohemio.

En su «Libreta», don Guillermo lamentó no solo la pérdida irreparable de un amigo sin par, que ya no podría enviar

²¹ De hecho, *El Espectador* recibió a los tres Caballero (Lucas, Eduardo y Enrique), que renunciaron a *El Tiempo* en marzo de 1977.

[...] como lo hizo por más de treinta años el pan de cada día de sus cuartillas pulcramente escritas, pero acaso más nos duele saber que ya no podremos encontrarnos de nuevo, amigo y amigo, en tertulias interminables o en rápidas charlas telefónicas, en solemnes sesiones protocolarias, en la intimidad de su hogar o de mi hogar.

Pero don Guillermo no solo escribió obituarios, también despidió a los vivos por los buenos servicios prestados a la profesión. En 1984 lo hizo con Alberto Galindo, quien se fue del periódico a dirigir *El Liberal* cuando Guillermo Cano debutó en la redacción. Recapituló su ascenso en *El Espectador* desde que ingresó muy joven, proveniente del Huila, departamento que muchos años después lo elegiría senador. «A su nervio, a su dedicación, a ese sexto sentido del trabajador de prensa que se llama el olfato periodístico, se debieron muchos, muchísimos de los éxitos de este diario».

En la «Libreta» del 26 de octubre de 1986, poco antes de su muerte, Guillermo Cano despidió a su tocayo Guillermo Lanao²², quien empezó su carrera en los tempranos cuarenta como reportero de asuntos laborales hasta que ascendió a jefe de redacción del periódico. En su última época sostuvo la columna «Apuntes del redactor». Cuando el periodista (al que apodaban el Niño por su juvenil apariencia) anunció su retiro después de cuatro décadas, don Guillermo escribió:

Yo ingresé al periódico creo que después de uno o dos años de haber llegado a nuestra empresa este guajiro inteligente y agudo, que hizo en *El Espectador* toda la carrera profesional, desde el aprendizaje de la armada, en medio de la tinta y de los linotipos, hasta alcanzar la jefatura de redacción, pasando por las más variadas categorías de su oficio: reportero, cronista, comentarista, diseñador y, por encima de todo, honestidad y sacrificio en una profesión que tantos signos de degradación presenta en estos tiempos.

No se privó en esa despedida de contar una anécdota sin desperdicio: que el Niño era bohemio y fumador empedernido (como la mayoría de periodistas de la época), tanto que un día se fue de paseo al campo y ¡se asfixió de tanto aire puro! Tan mal se puso que terminó en una clínica.

²² En su reemplazo asumió como nuevo editor de Bogotá y jefe de información Juan Pablo Ferro, quien entró en 1984 a la *Revista del Deporte*. Después asumió como coordinador y editor de la edición del domingo y se casó con Marisol Cano.

Por su parte, Luis Carlos Adames contó que, tras el triunfo de la revolución en Cuba, Fidel Castro mandó una delegación para que visitara los periódicos suramericanos. «Lanao en esos días desempeñaba la jefatura de redacción de la edición nacional. Les publicó un reportaje, se fotografió con los barbudos y luego, en una entrevista con Antonio Pardo, opinó que la revolución no era comunista». Poco después le negaron la visa a Estados Unidos²³.

Don Guillermo también le dedicó una «Libreta» en vida al Mono Salgar cuando cumplió los cincuenta años en la casa editorial, el 31 de julio de 1983²⁴. En ella resaltó al maestro de periodistas de varias generaciones por su capacidad para adaptarse a los cambios tecnológicos, de manejar «todos los endiablados misterios de la composición en frío», como antes era capaz de tomar con sus manos los calientes lingotes de plomo y de leer al revés. «No hay, vivo, ningún periodista de tiempo completo y dedicación extra y absoluta al periodismo, con una vida y una obra completa y tan realizada como José Salgar», escribió.

La dedicación y la lealtad la demostró cuando se fue a dirigir *El Vespertino*, hermano de tinta de *El Espectador*, en 1964, sin abandonar sus labores en el matutino. Por las campañas cívicas que desarrolló en este tabloide recibió el Premio Mergenthaler de periodismo de la Sociedad Interamericana de Periodismo. Y cuando cerró *El Vespertino*, en 1980, volvió a la jefatura de *El Espectador* y continuó con su columna «El hombre de la calle», que duró treinta años. El periodista político Iáder Giraldo decía que el Mono no era un jefe de redacción sino un alfarero, como recordó Juan Gossaín en alguna entrevista: «Usted le entregaba al Mono un pedazo de greda en bruto y él le devolvía un periodista hecho y derecho».

Guillermo Cano lo conoció cuarenta años atrás en la redacción, cuando Salgar, cuatro años mayor que él, era reportero de calle y Alberto Galindo, su jefe implacable, le colgó en el «gancho» sus primeras colaboraciones, así como él habría de colgarle originales al que luego sería premio nobel de literatura. Por ello terminó el elogio citando la frase de García Márquez: «Eso de la explotación del mono por el hombre es una farsa... La verdad es que Salgar es la explotación del hombre por el mono...».

²³ Adames, *Periodistas, violencias y censuras*, 378.

²⁴ Salgar completó 65 años en *El Espectador* antes de retirarse a finales del siglo.

«¡MENOS LITERATURA Y MÁS PERIODISMO!»

Precisamente Salgar fue famoso entre los reporteros de sucesivas generaciones por frenarles sus veleidades poéticas, empezando por García Márquez. Aunque en una entrevista que le hizo María Isabel Rueda cuando cumplió noventa años, el Mono contó que, por el contrario, le pidió a Gabo: «Ahora sí ponle a ese náufrago un poco de cisne», y por cuenta de ese consejo «llenó la crónica periodística de chispa, sin decir mentiras».

El cronista Germán Pinzón, cuyo estilo vanguardista debió haber estremeado a los mayores de la tribu, lo llamaba «el temible Salgar», pero a la vez reconoció «su alma tierna» y los consideró –a él y a don Guillermo– como sus papás «absurdamente jóvenes». También evocó la frase típica de don Gabriel: «Jefecito, hay que castigar el estilo». Pero esa recomendación no fue óbice para que tanto él como Ulises y don Guillermo le entregaran una columna de opinión, «Botella al mar», a finales de los cincuenta.

Así como en *El Espectador* se hablaba de los Cano vivos y los Cano muertos, también hubo cercanos periodistas que dejaron sus vástagos en esta casa. Los Montaña (Inés y Gabriel) a sus hijas María Inés y Aura, corresponsales en Estados Unidos; los Caballero legaron como columnista al más joven y contestatario de la estirpe, Antonio, hijo de Swann, que afilaba simultáneamente sus estoques allí y en la revista *Alternativa*. José Mar dejó a su sobrino, Leopoldo Combariza Díaz, columnista sobre temas de arquitectura. Lucio Duzán, sin proponérselo porque se le adelantó un infarto, heredó la «Hora cero» a su hija María Jimena; Gonzalo Mallarino Botero le pasó la tribuna que tuvo por cinco lustros a su tocayo Mallarino Flórez, también escritor. Mike Forero Nougues le dio el relevo a su hijo Clemente; Darío Bautista al columnista Darío Bautista Vargas; Carlos Murcia a su hijo tocayo; Jorge Téllez a Mauricio Téllez, periodista económico; José Salgar a Carlos Salgar, que fue redactor de nacionales y de Bogotá. Y Próspero Morales Pradilla, que estuvo en el periódico hasta 1946, dejó a su hijo Antonio en los setenta para que se lo formaran en esta casa editorial.

En la ya citada columna «Cuentos de tres generaciones», Guillermo Cano recordó que, así como don Gabriel le pidió al célebre autor de la columna «El mirador de Próspero» que ayudara a prepararlo, Próspero le pidió hacer lo mismo con su hijo: «Aquí le traigo a este “cachifo” para ver si te sirve en el periódico, le gusta el periodismo, pero te advierto, recordando a don Gabrielito, que le gusta más la literatura». Justamente recuerda don Guillermo que su papá también le decía a Próspero Morales: «Jefecito, ¡menos literatura y más periodismo!».

Por la misma época, el célebre fotógrafo Sady González (amigo de Próspero) le consiguió una cita con el director a su hijo Guillermo González Uribe, que estaba empezando la carrera de Comunicación porque había abandonado la de Ingeniería Civil. Cuenta este último que «fue amor a primera vista porque nos entendimos de una. Cuando me preguntó si escribía, yo le respondí que sí, que tenía mis cuentos, pero él me dijo: “No, mijito, eso guárdelos para usted, ¡aquí es a conseguir noticias todos los días!”»²⁵.

De estas nuevas generaciones que él contribuyó a formar, en muchos casos con ambiciones literarias, versará el siguiente capítulo.

²⁵ Comunicación personal, 6 de junio de 2025.

A Gabriel García Márquez lo descubrió Guillermo Cano como cronista y desde entonces hicieron la dupla perfecta de escritor-editor. Años después le dio «la alternativa» –como se dice en la jerga taurina– a la Cacica. Coincidieron en el coctel de inauguración del Salón de Arte 90 años *El Espectador* en la Galería Arte Independencia, en octubre de 1977. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL CAZA-TALENTOS



EN SUS MEMORIAS, GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ CONTÓ que la primera lección importante de reportero la tuvo en la redacción de *El Espectador* una tarde de 1954 «en que cayó sobre Bogotá un aguacero que la mantuvo en estado de diluvio universal durante tres horas sin tregua». Al momento del cierre y desde los ventanales, los periodistas vieron pasar el desastre por la avenida Jiménez, impotentes, hasta que «de pronto, Guillermo Cano pareció despertar de un sueño sin fondo, se volvió hacia la redacción paralizada y gritó: –¡Este aguacero es noticia!»¹.

Su olfato «canino» lo tuvo de nascencia. Con él se hizo cronista, luego columnista y editorialista, pero saber dónde estaba la noticia y cómo enfocarla fue su fortaleza como director. Sin imponerse, supo persuadir a los periodistas para que siguieran las pistas que él les daba y regresaran con la deseada chiva.

La escena que rememoró García Márquez confirma que Guillermo Cano lo descubrió como periodista –y lo formó junto con el Mono Salgar–, por lo que el escritor se refería al «sinistro eje Concho-Mono-Gabo». Pero antes lo descubrió Ulises para la literatura y por eso lo llamaba «el padre».

¹ García Márquez, *Vivir para contarla*, 518.

En la correspondencia² entre Gabo y Chin –como se trataban– se transluce la estrecha amistad entre el director y el corresponsal exiliado en Europa, quien sufrió penurias debido a los batacazos propinados por la dictadura a la casa editorial. Por ello le pidió insistentemente al joven director que hablara con el viejo para que le mandaran su cheque de subsistencia. Tan dramáticos son los relatos de sus afugias, que más parece el *Epistolario de un joven pobre* de Klim. Desesperado llegó a ofrecerle a Concho su nueva especialidad: los comentarios hípicos. Claro que también le compartió sus impresiones de los países visitados, de amigos comunes, ideas para próximas series y no dejó de pedirle sus consejos de editor.

Más pobre que Gabo estaba *El Independiente*, que no pudo comprarle la serie de crónicas sobre su viaje a la Cortina de Hierro, que el autor calificó como «el mejor trabajo periodístico que he hecho hasta ahora». Esta serie, escrita entre 1955 y 1957, vino a ser publicada en la revista *Cromos* en 1959.

Guillermo Cano heredó de su padre el don de la predestinación, al que ayudó mantenerse bien informado para intuir por dónde estallaría la noticia. Cuenta Manuel Drezner que después del cierre de *El Tiempo*, don Guillermo le pidió que fuera a entrevistar al secretario de la ONU Dag Hammarskjöld porque presentía que podía haber alguna noticia. Drezner, que hablaba inglés, confirmó que el funcionario sí tenía intenciones de interceder por el diario clausurado, aunque aclaró que no se iba a meter en asuntos de política interna. Esa noticia le dio la vuelta al mundo y con su lacónica manera de elogiar, el director le dijo: «Sabe que esto no le salió mal, Drezner».

Con su papá se leían la mente para mantener la calidad periodística, sin ufanarse de nada, como un deber ser. Drezner recordó una campaña que lideraron para que los redactores escribieran corto, que tuvo notables resultados. José Salgar, por su parte, insistía en que fueran directo al grano, sin tanta floritura.

Manuel Drezner, el columnista más antiguo del periódico con setenta y seis años de colaboración ininterrumpida, conoció a Guillermo Cano en el Gimnasio Moderno cuando este dirigía *El Aguilucho*, periódico en el que colaboró Drezner, unos años menor. Por ello, cuando don Guillermo asumió la codirección del *Dominical*, le pidió que se encargara de los temas culturales y de la columna de música que dejó el maestro Otto de Greiff cuando se fue para *El Tiempo*. La primera columna apareció el 30 de abril de 1949 (recuerda con envidiable memoria) y, en adelante, entrevistó a músicos importantes

² Colección García Márquez, Harry Ransom Center, Universidad de Texas.

que se presentaban en Bogotá, como el violinista Yehudi Menuhin y el pianista José Iturbe, entre muchos otros³.

Cuando murió Álvaro Pachón de la Torre, Manuel Drezner reemplazó a don Guillermo en la dirección del *Dominical* en varias ocasiones. Allí publicó por primera vez un cuento de Pedro Gómez Valderrama titulado «Noticia de los cuatro mensajeros». En 1955, cuando GOG se tomó un receso, Drezner asumió la famosa columna «Preguntas y respuestas» –que más adelante heredaría Pangloss–, a la que llegaban unas mil cartas mensualmente. En esos siete años en que fue redactor de planta compartió oficina con García Márquez, quien además de superar con creces su cuota de cronista y escribir la columna de cine en Bogotá, aportó notas editoriales al «Día a día».

Esta sección editorial, con sus comentarios breves y ágiles, fue el campo de entrenamiento para los más dotados, a la vez que recibían la primera lección de humildad por el manto de anonimato que la cubría. A propósito, doña Ana María Busquets recordó la vez que se encontró con García Márquez en el archivo del periódico: «Me dijo que ya no sabía qué había escrito él y qué Guillermo»⁴.

En 1954, por intermedio de Mike Forero, llegó Germán Pinzón a la redacción. Un cronista de veinte años que llevaba «en la piel» a su admirado Curzio Malaparte. Miembro de la camada de los periodistas Pinzón Moncaleano, pronto se volvió cronista y enviado especial de *El Espectador*. En los siguientes seis años batió sus propias marcas de originalidad. En ese tiempo, escribió su antologista Juan José Hoyos:

[...] recorrió las calles de Bogotá, que entonces empezaba a convertirse en una gran ciudad; viajó a las montañas de Cundinamarca y del Tolima y a las selvas del Caquetá. También navegó por el Pacífico y el Atlántico. Y entrevistó a políticos, corredores de autos, guerrilleros, asesinos, presos, reinas de belleza, marineros.⁵

A Guillermo Cano lo conoció en sus veintinueve años, «ya con mechón blanco, heráldica familiar». Pronto se volvió para Pinzón un jefe protector y alcahueta, al igual que José Salgar. Su viuda Sonia Cárdenas recordó que le disculpaban las borracheras y ausencias porque sus crónicas estelares

³ Comunicación personal, 20 de febrero de 2025.

⁴ Comunicación personal, 6 de febrero de 2025.

⁵ Juan José Hoyos, prólogo a *Reportero hasta morir*, de Germán Pinzón (Bogotá: Planeta, 1999), 11.

compensaban las flaquezas. Cuando Germán y Sonia se casaron en 1966, el padrino fue José Salgar y la madrina Esmeralda Arboleda. La noticia salió en *El Espectador* con foto de Guillermo Sánchez, el Perro, y un titular muy evolucionado para la época: «Sonia Cárdenas se casa el sábado con el periodista Germán Pinzón»⁶. Ella, que era la secretaria privada desde hacía cuatro años del presidente electo Carlos Lleras Restrepo, le robó el protagonismo.

Ese mismo año (1954), los Cano apoyaron a Juan Mendoza-Vega para que se iniciara como reportero mientras estudiaba Medicina en la Universidad Nacional. Por haber participado en la marcha de los estudiantes que terminó en masacre –la primera de la dictadura de Rojas–, perdió la beca que le había adjudicado el Gobierno de Norte de Santander. Tras compartirle su preocupación al director, este le dijo que mandara artículos y le pagarían los que se publicaran. Poco después aceptó el turno «de la puñalada al papa», como él lo llamaba. A partir de 1958, el doctor Mendoza-Vega se volvió columnista en temas de salud y mantuvo su «Columna médica» por más de tres décadas. En su antología *Cuarenta años de periodismo médico* recordó a los maestros de *El Espectador*, «donde los aprendices teníamos una escuela que no podía ser reemplazada por universidad alguna, y en la que se daba tácita pero elocuente y permanente cátedra de la más estricta ética»⁷.

Don Guillermo Cano y Eduardo Zalamea Borda le echaron la soga al cuello a Héctor Osuna, que llegó a *El Espectador* en 1959 con sus caricaturas debajo del brazo para ofrecer sus servicios –con los que ya contaba *El Siglo*–, y al otro día empezaron a salir publicadas. Aunque era un seguidor laureanista confeso, los Cano se rindieron ante su talento para radiografiar con trazos la realidad colombiana y lo contrataron con exclusividad. Le dieron una oficina que le produjo claustrofobia, pues prefería su aislamiento monacal y mandar la caricatura diaria con La Chiva del periódico. Tan hábil se mostró para captar los rasgos fisionómicos de las figuras públicas, que el periódico le hizo una exposición en 1964 con cincuenta personajes de la arena política.

Su serie de caricaturas, que inicialmente se llamó «Monerías» –con cinco caricaturas en disposición vertical–, se consolidó en 1966 como «Rasgos y rasguños», nombre que le sugirió su papá, Vicente Osuna, también artista al igual que su madre. En esa especie de crónica gráfica, que abría página,

⁶ *El Espectador*, 19 de mayo de 1966.

⁷ Juan Mendoza-Vega, *Cuarenta años de periodismo médico: Crónicas y columna médica* (Bogotá: Academia Nacional de Medicina, 2002), 76.

dispuesta horizontalmente, se parapetó la línea editorial gráfica del diario, porque los Cano y Osuna formaron desde entonces una dupla perfecta. En el prólogo de *Osuna de frente*, Gabriel García Márquez le puso la estola a Osuna (que había tenido vocación sacerdotal) por su «rigor sacramental»:

Aunque se le considera como el caricaturista político más lúcido y feroz que ha tenido Colombia, su ferocidad es mucho más que política, porque es solo moral. Carece del cálculo matrero, de las pasiones efímeras, de los apetitos terrestres de los políticos. Su negocio parece ser la salvación de las almas.⁸

Lorenzo Madrigal, su otro yo⁹, reconoció en una columna que sus mentores fueron Lucas Caballero y el pintor Ignacio Gómez Campuzano. A los sesenta y seis años de labor ininterrumpida en *El Espectador*, es el segundo decano después de Manuel Drezner.

El mismo año en que Osuna se graduó de abogado en el claustro del Rosario y colgó el cartón, entró a la redacción Óscar Alarcón, quien también estudió Derecho. Llegó recomendado por su primo famoso García Márquez. Don Guillermo lo apoyó para que combinara sus estudios de Derecho en el Externado con el oficio de reportero y asistió orgulloso a su grado (como consta en una fotografía en la que él y Ana María acompañan al graduado y a sus padres)¹⁰. José Salgar lo puso a cubrir el turno de noche, cuando el jefe de redacción era Luis Palomino. Luego pasó a educación y terminó en política, cubriendo la Cámara de Representantes.

Fue don Gabriel quien lo puso a escribir los «Microlingotes» en *El Vespertino* porque le habían llamado la atención sus apuntes ingeniosos en la redacción, al estilo de las «greguerías» de Ramón Gómez de la Serna. Sencillamente le dio la orden de escribirlos y él, con tal de no aparecer expuesto en «el muro de la infamia» (donde publicaba los gazapos y los aciertos de sus redactores), aplicó su talento de repentista para escribir la columna que mantiene hasta hoy. Para afinar su estilo, don Gabriel solía obsequiarle revistas españolas como *La Codorniz*, publicación satírica contra el dictador Francisco Franco.

8 Gabriel García Márquez, prólogo a *Osuna de frente*, de Héctor Osuna. Biblioteca de El Espectador (Bogotá: El Áncora Editores, 1983), 7.

9 «Hablaré de mí mismo», *El Espectador*, marzo 10 de 2024.

10 Comunicación personal, 20 de febrero de 2025.

Los lazos del joven provinciano con *El Espectador* se terminaron de afianzar cuando ya graduado en Derecho y especializado en la Universidad de Roma, se casó en 1977 con Patricia Lozano, reportera de cultura y del Distrito. Se ennoviaron en la redacción, donde Alarcón primero conoció a su suegra, Leonor Daza de Lozano, reportera de sociales.

El bogotano Iáder Giraldo entró a «la Selección» de *El Espectador* en 1960 y pronto ostentó el número 10. Como en esos tiempos no existían líneas rojas (ni azules), quien fuera jefe de información política durante ocho años hizo parte del grupo de Los Gorilas¹¹: cuatro periodistas políticos que rodeaban con rendida admiración al presidente Guillermo León Valencia. Iáder Giraldo fue un cronista de singulares recursos que alternaba su leída columna «La semana política» con reportajes como el del pintor de brocha gorda, Eduardo Ospina, de 38 años, quien se casó con la millonaria Anatilde Tafur, de 75 años. Por esa historia recibió el Premio de Periodismo Hernando Caicedo de Cali, en 1967. Salpimentaba su picante estilo con expresiones coloquiales; titulaba con buril, echando chispas, y no le guardó reverencia a nadie, salvo a su mandatario payanés.

Como a Iáder, don Guillermo les veía la madera a los que podían destacarse en distintos oficios. A los periodistas los guiaba desde un mostrador de poco más de un metro de altura que dividía la sala de redacción y el pasillo hacia las oficinas. De hecho, cuando se le acercaba algún parroquiano despistado a preguntar por el director, él negaba con la cabeza y por dentro disfrutaba de su pilatuna, que fue leyenda en el periódico. Como no le gustaban las reuniones formales se volvió ritual que lo abordaran mientras él revisaba la correspondencia. Así cuenta Óscar Alarcón:

Debajo de aquel muro colocaban la correspondencia identificada para cada uno de los periodistas. De su buzón sacaba los sobres dirigidos a él y comenzaba a abrirlos y clasificarlos. Cuando estaba en esa tarea, que repetía varias veces al día, era el momento que uno aprovechaba para comentarle cualquier suceso o noticia para evitar llegar a su oficina y cumplir el protocolo de tocar la puerta o pedir cita.

El resto del tiempo permanecía en la sala de redacción, hablando con los reporteros y muchas veces se sentaba en un escritorio –vecino

11 El término «gorila periodístico» hizo carrera en esa década. Por ejemplo, Gonzalo Arango se convirtió en el «gorila» periodístico del poeta ruso Evgeny Evtushenko durante su visita a Colombia en 1968.

al de José Salgar— para escribir una pequeña nota, un pie de foto o para recibir una llamada telefónica.¹²

Otros periodistas talentosos que llegaron en los sesenta fueron Hernando Giraldo, Juan Gossain y Carlos Murcia. El primero, según Fernando Cano, «fue hechura de mi papá en la parte editorial, aunque lo fichó el abuelo», y su «Columna libre» era intocable. Giraldo, reportero y columnista aguerrido, ejerció un control político implacable durante más de treinta años en el periódico. A la Cacica Consuelo Araújo Noguera, su vecina de columna, le lanzó fuego amigo. Pero después de un retiro temporal, ella lo saludó afectuosamente:

Bienvenido, Nando, a esta tu casa que nunca debiste abandonar y que ojalá esa indignación permanente que mantienes ante tanta podredumbre y tanta injusticia, aliente tu permanencia en las páginas de este diario donde yo, tú, él, nosotros y ellos hemos librado tantas batallas contra la corrupción que al final hemos acabado ganando. Me satisface tu regreso...¹³

El periodista Juan Gossain empezó como corresponsal en 1968 luego de que don Guillermo recibiera una crónica suya sobre un hospital que llegó embalado en cajas a su pueblo, San Bernardo del Viento (Córdoba), como una donación del Gobierno inglés. Salió publicada una semana después con el título «Cartas desde San Bernardo del Viento». Gossain siguió enviando sus corresponsalías hasta que el periódico le mandó el pasaje para que viajara a la capital.

Al igual que a Gabo, le costó tiempo aclimatarse, pero su cálido estilo caribeño se impuso durante los tres años que prestó su pluma a *El Espectador*¹⁴. En una entrevista, Gossain declaró:

Bogotá me produjo dos de los mejores hallazgos de mi vida. Guillermo Cano, una cumbre moral, y José Salgar, el mejor jefe de redacción que

¹² Óscar Alarcón Núñez, «El Guillermo Cano que yo conocí», *El Diario Alternativo*, 13 de marzo de 2025. <https://www.eldiarioalternativo.org/copia-de-inicio-1>

¹³ Consuelo Araújo, Carta vallenata, *El Espectador*, 22 de julio de 1983, 3A.

¹⁴ En 1971 fue despedido de *El Espectador* por don Gabriel por haber firmado una carta de apoyo a la Revolución cubana, junto con sus colegas de económicas Javier Ayala e Isaías González. Pero volvió a escribir para el periódico en 1981, como se verá en el capítulo de «El ecologista».

yo he visto. Andaba con un lapicito rojo temible, todos decíamos: «Ahí viene el lápiz del Mono Salgar a tachar cosas».¹⁵

En otra remembranza de sus inicios en *El Espectador*, dijo de Guillermo Cano:

Pregono como un título de honor el haber sido su discípulo a la edad temprana en que un muchacho absorbe como una esponja todo lo que le enseñen, sea bueno o sea malo, y lo que aprendí de él es el capital verdadero de mi vida y de mi trabajo.¹⁶

En su «Crónica del día» mostró quiebre de cintura para hablar de todos los temas, pero en las entrevistas y crónicas políticas sobresalió su picardía. Cambiaba el tono para los temas de denuncia, como fue la serie de cinco entregas que hizo en diciembre de 1970, titulada «Misión a Muzo» sobre los conflictos de la zona esmeraldífera hasta llegar al mercado verde de la avenida Jiménez. Nada superó en osadía la aventura que vivió con un grupo de indocumentados colombianos al cruzar la frontera venezolana para narrar el infierno que los esperaba si eran atrapados por la Guardia Nacional, como les pasó. Para no prolongar su detención, enseñó la credencial de periodista y le permitieron regresar por carretera, sin necesidad de volver a atravesar un río, amarrado como lo hizo, porque no sabía nadar.

Carlos Murcia empezó en deportes y colaboró en la sección «Eldorado al vuelo» hasta que don Guillermo lo graduó de redactor político con todo y columna: «El periscopio político», un compendio de textos breves no exentos de chismes del poder. Más adelante tuvo la «Crónica política», un referente de los años ochenta. Algunos reporteros recuerdan que no se movía de la redacción, siempre estaba en su escritorio con el teléfono en la oreja, pero así conseguía chiviar a todo el mundo sin alterar su horario de oficina: de ocho a cinco.

Entre otros periodistas políticos de la época figuraron Hernán Gallego, quien cubrió el Congreso por diecisiete años; Héctor Giraldo Gálvez, Édgar Caldas y Álvaro García (sucesor de Iáder Giraldo, que le entregó el relevo a Murcia). La fuente económica la cubrían Javier Ayala, Jaime Viana y Jorge Téllez. Este último publicó en 1968 una crónica de la visita del presidente Carlos Lleras al Museo del Oro en su nueva sede del Parque Santander y su exclamación sirvió de título: «¡Cómo nos hemos empobrecido!».

¹⁵ María Alexandra Cabrera, «Gossain, el hombre que decidió dejar de ser el periodista más famoso», *Revista Bocas* 57, octubre 2016.

¹⁶ «Que Dios les pague», *El Espectador*, 10 de agosto de 2003, 33A.

El versátil Héctor Muñoz Bustamante cubrió distintas fuentes en el diario. Desde su ingreso a la redacción en 1967, a donde lo llevó Darío Bautista, se ocupó de temas de medio ambiente, ciencia y tecnología, educación, salud y hasta política indigenista, pero terminó consagrado a las series históricas.

Con la familiaridad que le dieron tantas visitas al periódico desde niño, donde su papá Mike Forero pasó media vida¹⁷, Clemente Forero Pineda se volvió colaborador del periódico en 1976, cuando se retiró de Planeación Nacional. María Teresa Herrán y él le propusieron a don Guillermo una serie investigativa, que el director aprobó y tituló «No nos digamos mentiras», que salió entre 1977 y 1978. En ella analizaban los temas desde la macroeconomía, como en la entrega titulada «¿Cuánto produce el turismo?» (4 de enero de 1978), en la que concluyeron, mediante estadísticas e indicadores nacionales y globales, que en Colombia faltaba una política turística. Clemente Forero también tuvo una columna propia, que salía los lunes, y para la que le sirvieron mucho los consejos de su papá. En 1978 recibió el Premio de Periodismo Económico del Simón Bolívar, por la serie de diez entregas titulada «El país de las maravillas» sobre política petrolera en el gobierno del Mandato Claro.

Hacia 1979 llegó Germán Yances. A los veintitrés años «y sin ser un Cano» –precisa él–, le encargaron la *Tele Revista* desde el número cero, que dirigió durante quince años. Lo que más agradeció fue el voto de confianza que le dio don Guillermo ante las arremetidas de los dueños de los medios y de programadoras, inconformes con su estilo crítico e independiente¹⁸. Uno de los primeros colaboradores de la *Tele Revista* fue Klim, pero duró poco porque escribía muy largo. Los más constantes fueron Azriel Bibliowicz y Martha Bossio. La revista salía el sábado, día de mayor venta del periódico, y jalonaba la circulación.

A sus veinticuatro años, Ignacio Gómez integró el equipo de investigación que dirigía Fabio Castillo. El segundo sábado de agosto de 1986, cuando solo llevaba cinco días en el periódico, fue a revisar el buzón de correspondencia y se cruzó con el director, que se le presentó afablemente y se puso a su disposición. También recordó –en un testimonio para el *Diario Alternativo* de Fabio Castillo–, el día que se escondió de don Guillermo en la redacción por el reclamo de un funcionario debido a una equivocación suya. Cuando se encontró con él, este le dijo con toda calma: «Ignacio, eso no es para sentirse

¹⁷ La saga familiar empezó con el escritor y periodista Guillermo Forero Franco.

¹⁸ Comunicación personal, 3 de abril de 2025.

tan mal, acostúmbrese a los reclamos y para que no se le olvide que siempre hay que volver a leer, porque es mejor encontrar los errores antes de la publicación»¹⁹.

Guillermo Cano también supo poner el ojo en la gráfica y alentó el trabajo de fotoreporteros como Alberto Garrido desde los inicios del *Magazín*. Su hazaña de penetrar las peligrosas selvas del Carare en busca de un avión de pasajeros para regresar con un documento gráfico exclusivo la recordó don Guillermo Cano a su muerte, ocurrida en 1968, después de haber servido por décadas al periódico como jefe de información fotográfica y luego jefe de personal. Otros notables reporteros gráficos en distintas épocas fueron Guillermo «el Perro» Sánchez, Daniel Rodríguez, Gabriel Sevilla, Carlos García Rozo, Humberto Rojas, Jairo Higuera, Jorge Torres, Rodrigo Dueñas y Francisco Carranza.

Para este último, sus «papás» en el periódico y en el oficio fueron don Guillermo, Alberto Garrido y Carlos Caicedo (el fotógrafo estrella de *El Tiempo*). A los tres les tiene un altar en su casa. Carranza, oriundo de Pachaquirá (Boyacá), entró a *El Espectador* en 1966, a los catorce años, como «malacate», es decir, el que hacía los mandados y llevaba los tintos a las juntas de redacción. Cuando le asignaron la oficina del director entró en pánico, pero «como era muy igualado» –dice él con su coloquial lenguaje²⁰– empezó a entrar en confianza con don Guillermo, a quien le llevaba sus gaseosas Lux, sus cigarrillos Kool, fósforos y antojos. Le repetía cual sirirí que quería ser periodista y don Guillermo, paciente y sonreído, le decía que tenía que estudiar y leer mucho. «Carrancita» se lo tomó en serio y, al terminar su turno, se quedaba en el archivo a leer periódicos viejos. Luego entró a estudiar en la nocturna y le llevó la matrícula al director para que se sintiera orgulloso. Hasta que Alberto Garrido, jefe de personal, le propuso ser reportero gráfico. (Ya don Guillermo le había visto el potencial).

En el laboratorio quedó asignado al jefe de fotografía, Carlos García Rozo, quien lo preparó a partir de 1967. Cuando terminaba la jornada se iba a tomar fotos al centro, y las mejores se las daba a los directores de *El Vespertino*, José Salgar y Pablo Augusto Torres. «Finalmente me dieron la alternativa como reportero gráfico en 1973, cuando me entregaron el carnet». Para entonces había conocido al maestro Carlos Caicedo, y decidió ser

¹⁹ Ignacio Gómez G., «Encuentros con el maestro», *El Diario Alternativo* (blog).
<https://revistacorrientes.com/encuentros-con-el-maestro/>

²⁰ Comunicación personal, 19 de mayo de 2025.

tan bueno como él. Se las arreglaba para ir a los viajes a donde fuera Caicedo, quien terminó cogiéndole cariño y enseñándole la alquimia del oficio. Hasta lo convenció de que se fuera a trabajar a *El Tiempo*, donde Enrique Santos lo contrató por más salario. Cuando fue a contarle a don Guillermo, muy avergonzado, este le dijo que tranquilo, que aprendiera mucho y cuando estuviera listo regresara al periódico. Lo despidió con abrazo y bendición. En menos de dos años, Patojo –su otro apodo– estuvo de vuelta en su casa periodística, donde don Guillermo le dobló el sueldo y lo destinó a cubrimientos especiales. Así mismo, le confió misiones difíciles, algunas relacionadas con Pablo Escobar, y todas las cumplió pese a los riesgos. Como también expuso su vida en la toma y la retoma del Palacio de Justicia, de las que quedaron imágenes emblemáticas.

Carranza recuerda que una de sus chivas fue la fotografía que le tomó a Alberto Santofimio cuando lanzó su candidatura presidencial en 1980, en el Salón Rojo del Hotel Tequendama. Le tomó una foto del rostro, con un pañuelo atravesado que le dio un toque de deformidad. El periódico la tituló «Rostro de caucho» y fue el hazmerreír de la campaña.

En cuanto al humor gráfico, los caricaturistas que sobresalieron entre los años cuarenta y ochenta fueron Hernán Merino, Álvaro Donado (Al Donado), José María López (Pepón), Ugo Barti (el favorito de Osuna), Consuelo Lago, Alfredo Garzón y el maestro indestronable Héctor Osuna²¹. Merino fue el primer gran retratista del *Dominical*. Con sus trazos modernos, fue un valiente escudero en la lucha contra la censura durante el régimen militar. Es famosa su caricatura en la que dos censores están dormidos sobre los escritorios de *El Espectador* y *El Diario Gráfico*, en medio de las telarañas, y cuando el reloj marca las doce menos cinco. A esas alturas (20 de enero de 1956), los dos periódicos estaban clausurados.

En los sesenta descolló Pepón con su crítica gráfica. En la caricatura titulada «Coctel político» (4 de julio de 1965) juntó a las figuras políticas del momento con el cura Camilo Torres y los Gorilas Iáder Giraldo y Camilo López, del séquito del presidente Guillermo León Valencia. Las infidencias de los diálogos desnudan a la concurrenceia.

21 Guillermo Cano no tuvo el gusto de conocer a Lorenzo Madrigal, como firma Osuna su columna de los lunes –que comenzó en 1989–, pero fue quien lo animó a escribirla.

LOS DUEÑOS DEL «BOTE»

Cuando a don Gabriel le dio el arrebato de renunciar en mayo de 1961 debido a un conflicto laboral que causó malestar en la empresa, le encargó a su hijo la dirección plena de *El Espectador* –desde 1958 él figuraba en la bandera como director de la edición de la mañana y Guillermo Cano de la tarde–. Este, abrumado, le respondió al «querido Viejosol» con una carta conmovedora por la sinceridad con que declinó el encargo y propuso una salida.

Empezó diciendo que no servía para dirigir un periódico porque no sabía manejar personal «ni oler la política», ni le gustaban los compromisos sociales. Pero en cambio sí se sentía capaz de responder por la producción del periódico, de orientar a los redactores en la búsqueda de las noticias y «de entregar diariamente un periódico a hora oportuna, bien presentado, atractivo, ágil y serio, lo que imprimiría circulación y simpatía». Finalmente, le dijo que conversara en mesa redonda con los demás Canitos y «las queridas socias», pero que pensara que esa fórmula, provechosa para el periódico, calmaría sus nervios.

Por nada cambiaba don Guillermo el placer de armar el periódico con su equipo de jefes de redacción, con quienes se reunía desde las 9:30 de la mañana para tomar las decisiones. Hasta cerrar la edición nacional no se iba a su casa, pero desde allí seguía pendiente de las novedades con la descarga de adrenalina que le producía el cierre. Incluso los fines de semana, si estaba en su casa de campo Fidelena, en la región del Tequendama (Cundinamarca), seguía monitoreando las ediciones por radioteléfono.

El «bote» le decían al bosquejo o plan de armada del periódico, página por página, sección por sección, con titulares tentativos y fotografías en proceso. En ese entonces, los jefes a cargo eran Enrique Alvarado Sotomayor, Guillermo Lanao y Álvaro Monroy, quienes luego les pasaron la posta a dos «cargaladrillos» de la casa: Luis Palomino y Pablo Augusto Torres.

En agosto de 2003, Jorge Cardona le dedicó una semblanza al fallecido Pablo Augusto Torres, quien entregó treinta años de su vida al periódico, donde ejerció como jefe de redacción nocturna cuando la muerte se les adelantó a sus planes de jubilación. Nunca salía antes de la medianoche y era el que recibía el periódico calientico, recién salido de la rotativa. Fue la mano derecha del Mono Salgar y el que respondía por el cierre, causante de todos los regaños. Cardona también destacó su faceta de promotor de la música colombiana y del folclor nacional. Hasta tuvo su propio sello discográfico y conformó la Estudiantina Colombia, con la que hizo varias giras al exterior.

En esa redacción que armó Guillermo Cano, uno de los silenciosos guardianes fue Enrique Alvarado Sotomayor, como escribió Cardona a su

muerte. Él empezó pasando cables, levantando textos en máquina de escribir, revelando fotos, o comprando los cigarrillos, hasta que se convirtió en redactor de planta y luego en jefe de redacción. «En los días difíciles de la censura, o en los tiempos de la dictadura de Rojas Pinilla, los aportes de Enrique Alvarado le fueron dando importancia en la redacción a la hora del cierre»²². La experiencia de treinta y cinco años en el periódico le permitió formar a varias generaciones en su otra carrera, la docente.

LAS MUJERES CON IMPRONTA

Apartado especial merece la nómina de mujeres en la época de Guillermo Cano, quien tuvo desde joven la imagen de la legendaria Emilia Pardo Umaña hablando a los gritos en la redacción y llevando la contraria a todos. Tomó un relevo más discreto doña Inés de Montaña, quien llegó a finales de los cuarenta y siguió vinculada al periódico hasta su muerte. Estaba casada con Gabriel Montaña, el Gato, periodista cultural del que enviudó en 1956. Tras el cierre de *El Espectador* y con la apertura de *El Independiente*, José Salgar le pidió a doña Inés que volviera a enviar sus colaboraciones desde Los Ángeles, a donde se fue a vivir con sus hijas. Allí terminó metiéndose en las grandes productoras y escribiendo de cine.

El periódico la acreditó para cubrir la visita del presidente Alberto Lleras Camargo a los Estados Unidos y, dada su cercanía con el mandatario y la primera dama, obtuvo crónicas exclusivas. Cuando se cumplieron los noventa años del periódico, Ana María y María Antonieta Busquets entrevistaron a «la decana del periodismo» en su oficina de dos décadas. Ella les reveló que sus primeros artículos los publicó en *El Tiempo* porque fue secretaria de doña Lorencita Villegas de Santos en la Liga Antituberculosa, y su marido era reportero político. Durante catorce años fue la enviada especial de *El Espectador* al Concurso de la Belleza de Cartagena y los cartageneros le tomaron mucho aprecio porque nunca hizo comentarios ríspidos sobre las candidatas.

A finales de los sesenta, cuando los *hippies* se volvieron personajes entre temidos y admirados, doña Inés entrevistó nada menos que al líder del movimiento en Bogotá, Manuel Quinto²³, quien protestó por la falsificación

²² *El Espectador*, 22 de septiembre de 2019.

²³ Sobrenombre de Manuel Vicente Peña, nieto del millonario Pepe Sierra. Con el tiempo cambió la onda pacifista por la publicación de libros polémicos de corte panfletario, como *El narcofiscal* y *El general 'Serrucho'*.

del hipismo que hacían los jóvenes burgueses, exclusivamente interesados en consumir marihuana.

Reconocimiento especial merece la primera periodista profesional del periódico: Flor Romero. Como cuenta en sus memorias²⁴, empezó recibiendo dictados o pasando a máquina los editoriales de don Luis y luego la trasladaron a la oficina del Doctor Pachoncito para ser secretaria del *Magazín*. Pero un día, don Guillermo le dio una orden perentoria: «Desde mañana serás redactora social del periódico». Ella le dijo que estaba loco porque era una provinciana que no conocía a la sociedad bogotana, a lo que él respondió: «Nosotros le vamos a ayudar. Además, es justamente eso lo que buscamos, una persona que no tenga nexos con los grupos sociales bogotanos para que haga una página imparcial y objetiva».

Tanto entusiasmo mostró por el periodismo doña Flor a los dos Cano que le dieron una beca para que cursara la carrera en la Universidad Javeriana. Así, desde 1949 hasta 1954, trabajó durante las mañanas en el diario y en las noches asistió a clases. Y le quedó tiempo para casarse con la bendición de sus padrinos y jefes.

La segunda periodista que recibió beca en la Javeriana fue Athala Morris Ordóñez, a finales de los cincuenta. Según le contó a Guillermo Romero Salamanca del Círculo de Periodistas de Bogotá, se presentó a un concurso que abrieron en *El Espectador* para contratar a un periodista de planta, al que le pagarían los estudios y le darían 500 pesos mensuales. El propio GOG le avisó que había sido seleccionada. Se graduó en 1961 y don Guillermo fue jurado de su tesis. Ese mismo año se casó, pero nunca dejó de ejercer su profesión. Después de salir del periódico, le pidieron que le hiciera una entrevista al director, y él le respondió: «No, señora, perro no come perro». En todo caso, ella le hizo una entrevista imaginaria, aprovechando que él era «un libro abierto».

Otras reporteras que ingresaron al *Magazín Dominical* desde finales de los cuarenta fueron Isabel Montaña de Boy (esposa del coronel Herbert Boy), quien escribía crónicas sobre moda, sección que heredó la artista Marlene Hoffmann; Amparo Hurtado de Paz, que escribía sobre arte; Ana Pombo de Lorenzana y Elvira Salcedo Román, a cargo de temas sociales y culturales. Esta última, en vísperas de la IX Conferencia Panamericana, hizo un recorrido por las nuevas instalaciones del Club Los Lagartos, el Hotel Continental, la Hostería El Venado de Oro y el restaurante Temel, dispuestas a recibir a

²⁴ Flor Romero, *El hechizo del destino* (Bogotá: Planeta, 2009), 21.

las comitivas internacionales. También visitó el Panóptico convertido en Museo Nacional, cuya inauguración fue frustrada por el Bogotazo.

Desde 1939 y hasta el cierre de *El Espectador*, Helena Cano Nieto escribió su columna «La lección de cada día», que retomó con la caída del dictador Rojas Pinilla. La única hija de don Luis Cano heredó el talento de escritora, aunque también le llegó por la vía materna porque su madre, Paulina, fue hermana de Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero. Helena estudió en la Universidad Nacional, pero su carrera docente la hizo en el Gimnasio Femenino. Tuvo oportunidad de vivir en Ginebra, París y Río de Janeiro, lo que le abrió el mundo, tan estrecho para sus coterráneas. A la hora de decidir su destino, prefirió dedicarse de lleno a la pedagogía y fundó en su casa el Gimnasio de Nuestra Señora, conocido como el colegio de la Nena Cano. En su columna impartía consejos de sentido común y abordaba asuntos de la vida cotidiana y urbana. En el noveno aniversario de la muerte de Luis Cano, resaltó las virtudes de ese patriota auténtico, «que fue el decisivo organizador de las victorias, pero no se le vio jamás entre los vencedores».

Más adelante tomó el relevo otra nieta de don Fidel Cano: Clarita Duperly Cano de Restrepo, quien durante diez años envió su columna desde Medellín. En 1978 hizo una selección en el libro *Jirones de vida*, en donde sobresalen sus recios principios católicos y patrióticos expresados de forma clara, como su nombre.

Las cuatro nueras de don Gabriel iniciaron bajo su égida, en 1967, la sección sabatina «Nos vamos de compras»: Ana María y María Antonieta Busquets, María Cristina Correa y Cecilia Martínez. Pero las Busquets (llamadas por Germán Pinzón «las Infantas de Cataluña») tuvieron sendas columnas que publicaban varias veces a la semana y colaboraban en la sección femenina de doña Inés.

Otra columnista de la sección femenina fue Tica de Ciontescu, hija del embajador de Rumania, quien inició su columna sobre alta cocina internacional en 1967 y luego publicó un exitoso libro de recetas. Decía Sonia Osorio (tan buena bailarina como cronista), que Tica de Ciontescu «es la causante de que todas las señoras “popoff” de Bogotá hayan pasado de hacer huevos fritos a confeccionar “paté de codornices”, “pollo a la Bombay” y todas las sutilezas de la cocina europea».

Y prueba de que la sección femenina de *El Espectador* también le abrió las puertas a las damas conservadoras fueron doña Sofía Ospina de Navarro y doña Bertha Hernández de Ospina, con las columnas de «Hogar» y «Huertas y jardines», respectivamente. Así, doña Bertha cambió su temido «Tábano»

por inofensivas orquídeas. Y en la otra orilla ideológica, María Teresa Herrán publicaba las «Ocurriencias de los jueves».

Las redactoras bajo la guía de doña Inés fueron Cecilia Santos de Palomino, Leonor Daza de Lozano y Amparo Hurtado. Cecilia era hija de Enrique Santos Montejo, Calibán, a quien le sacó la agilidad para escribir, pero sin belicoidad, y estaba casada con el jefe de redacción Luis Palomino. Desde 1966 hasta 1984 abarcó el espectro de instituciones sociales y culturales, y entrevistó a jóvenes gogó, hermanitas de los pobres, raponeros, deportistas mujeres, peluqueros, científicos y artistas de la televisión. Entre agosto y septiembre de 1974 hizo una serie que tituló «La fotografía distorsionada» con los catorce ministros del nuevo gabinete de López Michelsen.

En los noventa años de *El Espectador*, Cecilia Santos escribió una sentida semblanza de Celia Morales, la primera linotipista mujer del periódico, elegida por don Luis entre varios aspirantes varones en 1918. La hija del maestro Pedro Morales Pino vivió toda la evolución tecnológica durante sus sesenta años de servicio. Al morir, don Guillermo recordó en una «Libreta»²⁵ que la conoció de niño cuando lo iniciaron en los misterios de la composición e hizo un reconocimiento muy diciente en este apartado de mujeres:

Entre ese equipo humano, en una época en que ni se hablaba siquiera en estas tierras colombianas de la liberación femenina ni mucho menos de la igualdad de hombres y mujeres en su derecho a trabajar y de ser tratadas en su oficio de manera igual y equitativa, se encontraba doña Celia Morales [...] una de las más eficientes y preparadas linotipistas.²⁶

A Leonor Daza le decían la Pelusa, y escribía notas sociales para *El Espectador* y *El Vespertino*. Su hija Patricia llegó en los años setenta, recién graduada de la Javeriana, y doña Ana María Busquets la formó como pupila. Por ley natural entró a trabajar en el diario que conoció en tantas fiestas infantiles a las que la llevó su mamá.

Amparo Hurtado estuvo vinculada desde finales de los cincuenta y escribía básicamente sobre arte. José Salgar –que se convirtió en su cuñado– celebró en su columna del 14 de mayo de 1966 la graduación de Amparo como periodista de la Javeriana. Aunque dijo que la experiencia que había

²⁵ «Dos duelos muy especiales», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 4 de mayo de 1980, 2A.

²⁶ También recordó a los linotipistas que junto con ella «alumbraban un periódico casi sin errores»: Pacho Pulgarín, Humberto Correal, los Maldonado, entre otros.

acumulado en *El Espectador* y *El Vespertino* valía por cien tesis de grado. En sus últimos años se volvió corresponsal en Miami, donde abrió una galería de arte. Allí murió en circunstancias trágicas pocas horas antes de que mataran a don Guillermo. Un drama familiar que ensombreció al director y del que escribió su última nota de «Día a día» y dejó una «Libreta»²⁷.

Fue en la década del sesenta cuando las periodistas tocaron el «techo de papel» en *El Espectador*. Tres mujeres tuvieron especial brillo como reporteras y columnistas: María Teresa Herrán, Margarita Vidal y Consuelo Araújo Noguera. Las dos primeras entraron por la sección «Vida en las aulas», que registraba el acontecer en las universidades.

María Teresa Herrán empezó en 1965, cuando era estudiante de primer semestre de Derecho. Doña Inés de Montaña la invitó a escribir en «la mal llamada Sección Femenina» y poco después don Guillermo le dio la oportunidad de alojarse en las páginas editoriales²⁸. Al mismo tiempo escribía los «Reportajes diabólicos», en los que mostró sus agallas para entrevistar. Gozaba de tanta credibilidad que hasta el presidente Lleras Restrepo le pidió que lo entrevistara, mientras que García Márquez le aceptó una entrevista en Cartagena, ¡pero sin grabadora!²⁹. También le hizo un reportaje al obispo de Buenaventura, Gerardo Valencia Cano, no diabólico dada su dignidad, quien se le «confesó» en una escapada de la Conferencia Episcopal que se reunía en Bogotá³⁰. El único obispo que firmó el documento de la Golconda y quien se volvió la cabeza visible del movimiento prefería que no lo tildaran de «rebelle» porque no tenía la combatividad de otros clérigos latinoamericanos de la teología de la liberación, pero sí se consideraba un luchador por la Iglesia de los pobres.

Ella colaboró durante más de medio siglo con el periódico y en ese rol mantuvo una relación de absoluto respeto con los Cano. Fue famoso el escándalo que se armó en abril de 1968 por una columna suya de «Ocurrencias de los jueves», titulada «Un pariente pobre: Nariño». Allí planteaba que, detrás de los chistes sobre pastusos, se ocultaba una realidad de atraso y abandono

²⁷ En «Navidades negras», su última «Libreta de apuntes» –publicada póstumamente (21 de diciembre de 1986)–, se refirió a este crimen que cometió el hijo mayor de la periodista.

²⁸ Comunicación personal, 18 de marzo de 2025.

²⁹ Tiempo después, María Teresa creó con García Márquez y Jaime Abello la Fundación para la Libertad de Prensa (FLIP), en Cartagena.

³⁰ *El Espectador*, 7 de julio de 1969, 1 y Sección B (femenina).

de la que era cómplice el país entero, por la cual muchos nariñenses se sentían más ecuatorianos que colombianos. ¡Y se armó la de Troya! Cuenta María Teresa que se basó en información dada por un compañero pastuso³¹. Pese a la rectificación que hicieron ella y los editorialistas, los paisanos ofendidos quemaron ejemplares de *El Espectador*, destrozaron la oficina de *El Tiempo* (que entonces era un genérico de la prensa bogotana) y del gobernador y del alcalde para abajo enviaron cientos de cartas contra ella. Don Guillermo se mantuvo imperturbable y la tranquilizó. En la nota del «Día a día» titulada «A buen entendedor», subrayó la buena intención de la columnista, quien lejos de ser ofensiva hizo un llamado a la nación para que se ocupara de este departamento.

La andanada pasó y ella se volvió un referente del periodismo responsable. Por largos años tuvo su columna «Ocurrencias» y la última, «Gotas», salía al lado de la «Libreta de apuntes» del director, quien fue un admirador de su estilo de frases breves y punzantes.

Margarita Vidal, graduada de Periodismo en la Javeriana y con alguna experiencia en televisión, entró en 1967 a *El Espectador* referenciada por Iáder Giraldo, y recogió el guante de María Teresa en «Vida de las aulas». Pero la escuela la tuvo ella con don Gabriel, quien calificaba las notas con lápiz rojo; don Guillermo, excelente titulador y, por supuesto, José Salgar. Cuenta que a Darío Bautista le consultaba muchas cosas «porque era un sabio». Recuerda que su primer reportaje fue sobre el picador Melanio Murillo, que había sido corneado en una corrida en Montería y estaba hospitalizado. «Don Guillermo me dijo que se estaba muriendo y yo fui a la clínica a consolarlo. Cuando estaba allí, de pronto se abrió la puerta y entró el Cordobés y le dio un gran abrazo. Melanio resucitó»³². A ella, «don Gabrielito» la felicitó por el reportaje en su temido muro.

Hacia junio publicó una encuesta entre sectores intelectuales sobre la expulsión del país de la crítica de arte argentina Marta Traba. Luego publicó reportajes con el poeta ruso Evtushenko, que estuvo en la Universidad Nacional; con las artistas Ana Mercedes Hoyos y Feliza Bursztyn, con la actriz argentina Fanny Mikey, pasando por la tribu de los nadaístas. En 1968 dejó su columna y reapareció con «Crónicas de Margarita», entre 1974 y 1975, una imperdible colección de entrevistas de personalidad con políticos, artistas e intelectuales, que divulgó en versión televisiva e impresa. En este género

³¹ Comunicación personal, 17 de marzo de 2025.

³² Comunicación personal, 28 de abril de 2025.

se volvió maestra, pero siempre reconoció que en *El Espectador* aprendió los secretos del oficio con don Gabriel, Iáder Giraldo y don Guillermo.

En cuanto a la Cacica hay varias versiones sobre quién la bautizó así, que pasan por don Gabriel, Iáder Giraldo y Hernando Giraldo. Lo cierto es que fue a raíz de un viaje que hizo a Bogotá en 1969 para promover el Festival de la Leyenda Vallenata, iniciativa del gobernador del Cesar, Alfonso López Michelsen, que ella y el compositor Rafael Escalona volvieron realidad un año atrás. Entonces esa música era totalmente desconocida en el interior y, a partir de la visita a *El Espectador*, la Cacica quedó enganchada con Bogotá y con el periódico. Sobre ella escribió Óscar Alarcón:

Todavía recuerdo su imagen, con su estampa de mujer costeña, llegando a la redacción de *El Espectador* con su mochila guajira. Aun la veo escribiendo sus «Grandes Reportajes» y su «Carta vallenata» –picante, haciendo denuncias– [...] Consuelo era una mujer incomparable, amiga, sencilla, llena de alegría y siempre pensando en sus gentes y en su región. En una emisora de Valledupar, todos los días, invitaba a su pueblo a rebelarse contra los políticos corruptos y contra las maniobras de los gobernantes deshonestos.³³

En su «Carta vallenata» –tribuna que sostuvo por más de treinta años hasta su muerte–, la Cacica mostró su talante polemista, frentero y retador. Le casó pelea a su amigo Gabo por el abandono de Aracataca y en una columna transcribió la letra del vallenato compuesto por Armando Zabaleta en el que le sacó los trapitos amarillos al sol. A Marta Traba le dirigió una carta con rapapolvo «por la desafortunada nota de presentación que escribiste para el disco de la formidable Eliana» (intérprete y compositora, símbolo de la canción protesta)³⁴. Le dice que no se ponga a hablar de lo que no sabe, como es de música popular, porque corre el riesgo de «protagonizar lo que en lenguaje vallenato llamamos “pelea de tigre con burro amarrado” y en este caso, Marta, el tigre no eres tú», le asestó antes de despedirse con un «vallenatísimo abrazo».

Fueron célebres los «Grandes reportajes» de la Cacica por su habilidad para tirar de la lengua a los entrevistados y por darles la palabra a líderes

³³ Óscar Alarcón Núñez, «Consuelo Araújo Noguera, la juglar de los juglares», *Gaceta* 59: 10. En esta semblanza recuerda cómo la aguerrida Cacica fue víctima de un secuestro de las FARC, en 2001, del que no salió viva.

³⁴ Consuelo Araújo, «Al oído de Marta Traba», Carta vallenata, *El Espectador*, 8 de marzo de 1969, 2B.

de todas las corrientes. En ellos mostró el verbo afilado y el cuero de política, su otra vocación. Habló largo y distendido con Julio César Turbay Ayala cuando era candidato presidencial. Volvió a entrevistarle como presidente, a él a quien ella y el periódico habían cuestionado por su nefasto Estatuto de Seguridad (y eso que todavía no había sufrido la persecutoria que le montaron agentes del DAS en Valledupar, en 1981). Entrevistó a Alfredo Vásquez Carrizosa, defensor de los derechos humanos en esos años oscuros, y –cómo no– a Jaime Bateman, que tuvo la gentileza de invitarla a celebrar una entrevista en octubre de 1980 y después del «cautiverio» publicó en cuatro entregas las «confesiones» del comandante del M-19.

Uno de esos reportajes se lo hizo a Klim al mes de haberse retirado de *El Tiempo*. «Un diálogo entre dos gallos: el antilopista mordaz y la lopista furibunda», se lee de entrada. Avanzada la conversación en términos amables, ella dejó caer esta sincera observación:

El gallo que me resultó de más espuelas de las que yo suponía, se me salió de las cuerdas donde lo estaba amansando y se me fue pa'l centro del salón sin darme tiempo a prepararme. Casi que me coge de improviso porque yo esperaba hacerle las preguntas a mi tiempo y en mi modo. Pero él –que es veterano y curtido en estas lides– me mandó el ramalazo así de pronto, se salió de la poesía y de las otras pendejadas que estábamos hablando y me puso el nombre del presidente López como una estaca en la mitad del diálogo.³⁵

Esa «estaca» también se le clavó a don Guillermo en su relación con la Cacica por sus diferencias políticas. Ella, que era de un lopismo subido, defendía lo que el periódico cuestionaba: al presidente López Michelsen, al Grupo Grancolombiano y a la clase política tradicional. Además, dice Juan Guillermo Cano, ella no compartió el apoyo del periódico al proyecto del Nuevo Liberalismo y a su líder Luis Carlos Galán. En una columna se refiere a «ciertos furibundos, fanáticos, apasionados y radicales galanistas, de esos más realistas que el rey, que no le perdonan una al doctor López». Y alude a varios de esos «catones» con los que compartía páginas editoriales³⁶.

En los años setenta sobresalió María Jimena Duzán, quien a sus diecisiete años heredó la columna de su fallecido padre, Lucio Duzán. Así «Hora cero» pasó a llamarse desde 1976 «Mi hora cero». Además, fue colaboradora

³⁵ Lucas Caballero Calderón, *El Espectador*, 14 de abril de 1977, 5A.

³⁶ Consuelo Araújo, Carta vallenata, *El Espectador*, 12 de junio de 1982, 2A.

regular del *Magazín Dominical*. Quien la perfiló como columnista fue don Gabriel, pero el que la formó como reportera fue don Guillermo. Tanta confianza le tenía que delegó en ella enormes responsabilidades relacionadas con el conflicto armado. Lo que más valoró María Jimena en el director es que, para no replicar la burbuja bogotana de otros medios, «enviaba a sus pichones de periodistas a recorrer el país para que tuvieran sus propias impresiones»³⁷.

Héctor Muñoz, en un homenaje que le hizo a la familia Duzán, después del asesinato de Silvia Duzán, escribió que la inclinación por el periodismo le vino a María Jimena porque su padre, en los dos últimos años de vida, le dictaba los editoriales para *El Espectador* y ella también le pasaba a máquina la columna. «Terminó el bachillerato, estudió politología y ciencias sociales en la Universidad de los Andes, y luego se fue a París a leer, a visitar los grandes centros culturales, a empaparse de mundo intelectual». Muerto su papá, asumió la columna y se convirtió en editora internacional. «Es una periodista valerosa, realista, de enérgico estilo para decir verdades y denunciar a los delincuentes de todos los pelambres»³⁸, escribió Muñoz.

En la *Revista del Jueves*, que empezó a circular en 1977, un grupo de reporteras desarrolló una agenda propia. La dirigió Gloria Luz Cano, graduada en Periodismo y casada con Diego de Narváez, gerente de publicidad. Su hermana Clara Helena Cano de Guerrero la acompañó en esta aventura editorial³⁹. Otras periodistas fueron María Clara Mendoza, María Teresa del Castillo, Constanza Pachón de Serna e Inés Hurtado de Salgar (la segunda esposa del Mono), que escribía sobre cocina. La experimentada corresponsal en Nueva York, Myriam Luz, vino a entrenarlas y también las asesoró Elvira Mendoza.

María Teresa del Castillo quedó vinculada como periodista de planta para hacer entrevistas y reportajes. Recuerda el espaldarazo que le dio don Guillermo cuando el director de Colcultura, Carlos Valencia Goelkel, se empeñó en desmontar las instituciones musicales a su cargo. Durante varios meses ella escribió en contra de tan drásticas medidas, inspiradas en la filosofía de que la cultura era un asunto del sector privado, no del Gobierno. Don Guillermo no llegó ni a insinuarle que le bajara intensidad a su campaña⁴⁰.

³⁷ Comunicación personal, 20 de marzo de 2025.

³⁸ Héctor Muñoz, «Los Duzán, familia de periodistas», *El Espectador*, 29 de febrero de 1990, 12A.

³⁹ Eran hijas de Luis Gabriel Cano, el gerente.

⁴⁰ Comunicación personal, 4 de abril de 2025.

Tras siete años en la revista se retiró del periódico, pero don Guillermo le pidió que reemplazara en su columna de crítica musical a Hernando Caro Mendoza, quien se había ido para París. Como ella advirtió un vacío en la crítica de la ópera, sobre todo de la puesta en escena –que no abordaba Otto de Greiff–, María Teresa junto con Fernando Toledo y Teresa Macía crearon la columna «El fantasma de la ópera», con autoría igualmente fantasmal. El director respetó ese anonimato durante todos los años que se publicó porque así podían gozar de libertad. Hasta Gloria Zea mandó emisarios al periódico para desenmascarar a los críticos, pero los jefes nunca los delataron.

En 1976 entró al periódico María Cristina Alvarado, egresada de la Universidad de Antioquia. Venía de trabajar en Caracol, donde se aburría por ser la única mujer. Se le presentó a don Guillermo y le dejó una crónica sobre las mujeres que gobernaban en Tibasosa (Boyacá). Él quedó de llamarla después, pero cuando iba de salida del periódico le dijeron que volviera donde el director. Fue contratada como «croniquera» y la mandaron a cubrir ferias y fiestas, hasta que un día don José Salgar le propuso el cambio a política. «Fue fácil adaptarse porque el director y el subdirector se parecían en su manera suave de regañar», dice ella⁴¹.

Lo que más le agradeció a don Guillermo fue que le hubiera dado la oportunidad de hacerle una entrevista política a García Márquez en dos entregas⁴², aunque ella era reportera de educación. Tuvieron dos largas sesiones en sus apartamentos y, cuando trabajaban para la segunda entrega, se dieron sendas noticias: ¡Gabo tendría que irse al exilio y María Cristina estaba embarazada! (por eso su hijo se llama Gabriel Alberto). Cuenta que un día le dijo a don Guillermo que iba a pedir una licencia porque quería alimentar a su bebé. Él, siempre considerado, le respondió: «Sabes qué se me ocurre: consigue una guardería cerca y que La Chiva te lleve y luego te traiga».

En la redacción se destacó Marcela Giraldo Samper, quien afirma que don Guillermo les abrió las puertas a las mujeres para cargos de responsabilidad⁴³. A ella la nombró editora económica, la primera en Colombia y en un medio tan machista como el del periodismo económico⁴⁴. Ella hizo

41 Comunicación personal, 1 de abril de 2025.

42 «Gabo y los problemas nacionales», 14 de agosto de 1980, y «El país al borde de la disolución social», 16 de agosto de 1980, 5A.

43 Comunicación personal, 5 de abril de 2025.

44 En esa época solo había otras dos periodistas económicas del diario *El Mundo* de Medellín: Martha Hoyos de Jaraba y Amparo Alzate.

parte de la primera generación de periodistas que entraron a *El Espectador* por concurso en medio del debate entre los empíricos y los profesionales. El proceso en el que participaron cuarenta aspirantes para dos cargos duró varios meses y los profesores fueron Guillermo Cano, el Mono Salgar, Héctor Giraldo y Roberto Cadavid, Argos (que fue el tutor de Marcela). Y aunque no había terminado la carrera de Comunicación en la Javeriana porque se fue a vivir diez años a Europa, resultó elegida para ocupar el cargo de redactora laboral a finales de los setenta.

Al poco tiempo la nombraron editora económica porque, en medio de los escándalos financieros que copaban la agenda, don Guillermo quería a una periodista insobornable. Sin embargo, ella no participó en el equipo del caso Grancolombiano porque consideraba que era «una pelea política» en la que prefería no meterse, y su jefe respetó esa decisión. También la puso a editar a los columnistas económicos, entre ellos, Jorge Child. Marcela recuerda que sus jefes de redacción fueron Pablo Augusto Torres y Enrique Alvarado, «al que le decían “la Nevera” porque congelaba las noticias» (como la memoria es subjetiva, otros dicen que el congelador era el escritorio de José Salgar). Sus colegas de económicas eran Juan Álvaro Castellanos y José Suárez.

A comienzos de los ochenta se vincularon a la fuente política Aura Rosa Triana y Alexandra Pineda. Triana tuvo a su cargo el Congreso y cubrió la toma del Palacio de Justicia y el posterior proceso penal. Escribió la columna «Apuntes legislativos» y permaneció en el periódico hasta 1990.

Una tarde de julio de 1981, cuando Alexandra salía de la Cámara de Representantes, fue interceptada por miembros del M-19 que la «invitaron» a una rueda de prensa junto con Fernando González Pacheco. Pretendían enviar con ellos un mensaje de paz al presidente Turbay Ayala, justo cuando se venció el plazo de la amnistía. Estuvieron secuestrados durante veinticuatro horas en algún lugar de Bogotá, y en ese tiempo hablaron con Bateman, cuyos planteamientos quedaron recogidos en una peculiar «Cita con Pacheco» no televisada. Las tres entregas que publicó la periodista se titularon: «Siete horas en una pelea de ideas» (al calor de una botella de whisky), «Amnistía general o guerra total» y «Con López y Landazábal sería más fácil negociar».

Después de haber cubierto hechos importantes como el debate de la Ley de Amnistía, aprobada en 1982, y de haber entrevistado a Feliza Bursztyn cuando salió de su detención en las caballerizas de Usaquén, Alexandra se retiró del periódico en 1983 para irse a París a cursar una especialización. El 17 de diciembre de 1986 llamó a don Guillermo para saludarlo, porque ella

estaba de visita en Bogotá. Él la invitó a almorzar al otro día en el periódico, pero esa noche lo mataron⁴⁵.

LA RED DE CORRESPONSALES

Cuando Guillermo Cano asumió la dirección de *El Espectador* le dio una entrevista a José Raimundo Sojo de *Lecturas Dominicales* de *El Tiempo*. A la pregunta por sus planes, él respondió que mantendría la línea trazada por sus mayores, pero precisó su proyecto personal:

Me empeñaré en acrecentar la vinculación del periódico con el resto del país. Ya estamos adelantando la edición con el fin de que *El Espectador* llegue a todos los rincones del país. Queremos hacer un periodismo nacional. Los problemas nacionales han tenido y seguirán teniendo una especial prelación en nuestro diario.⁴⁶

Ese propósito explica la red de corresponsales de lujo que armó el director para mantener un contacto permanente con las regiones. Muchos de ellos pasaron de ser líderes sociales a periodistas y fueron claves para desarrollar las campañas cívicas que promovía *El Espectador*. Otros no fueron estrictamente corresponsales, sino colaboradores entusiastas; entre estos, sobresalieron los que cubrían deportes en la región Caribe. Por estos dolientes muchas poblaciones empezaron a figurar con sus riquezas y sus miserias en el mapa de Colombia. También nombró a un jefe de corresponsales, que ocupó esta posición durante años: Luis Elías Rodríguez.

De todas formas, como director era consciente de que los corresponsales siempre se quejaban por la falta de espacio «y de que en Bogotá se incurre en errores centralistas», como le dijo a la periodista cartagenera Sara Marcela Bozzi, autora de *Los decanos*. Lamentó la tiranía del espacio por no poder incluir todas las crónicas que quisiera, el género predilecto del periódico, para desarrollar una información con enfoque humano⁴⁷.

Quizás el primer corresponsal con quien Guillermo Cano tuvo cercanía fue Primo Guerrero, a quien el gobernador del Chocó puso preso y por quien el director hizo campaña en su defensa. Al recursivo corresponsal lo conoció

⁴⁵ Comunicación personal, 21 de abril de 2025.

⁴⁶ José Raimundo Sojo, «Guillermo Cano, el nuevo director», *El Tiempo*, 28 de septiembre de 1952.

⁴⁷ Sara Marcela Bozzi, *Los decanos* (Medellín: Biblioteca Pública Piloto y Universidad de Cartagena, 1987), 32.

García Márquez cuando fue a cubrir las reacciones que suscitaron en ese remoto departamento los planes que tenían tres vecinos ricos de repartírselo (Antioquia, Caldas y Valle). Así lo narra en sus memorias:

En la redacción del periódico dábamos por hecho que no había mucho qué hacer para impedir el descuartizamiento decretado por un gobierno en malos términos con la prensa liberal. Primo Guerrero, el corresponsal veterano de *El Espectador* en Quibdó, informó al tercer día que una manifestación popular de familias enteras, incluidos los niños, había ocupado la plaza principal con la determinación de permanecer allí a sol y sereno hasta que el gobierno desistiera de su empeño.⁴⁸

José Salgar le pidió a Gabo averiguar qué estaba pasando en el Chocó, y este se fue con el fotógrafo Guillermo Sánchez. Después del azaroso viaje en un avión Catalina, llegaron a un Quibdó desierto, sin signos de vida humana en la plaza. Luego encontraron al corresponsal en la hamaca haciendo «siesta a la bartola». Les reconoció que como las manifestaciones se fueron apagando por falta de temas, él se encargó de montar una movilización del pueblo «con técnicas teatrales». Concluyó: «Primo Guerrero, con una flexibilidad ética que quizás hasta Dios le haya perdonado, mantuvo la protesta viva en la prensa a puro pulso de telegramas»⁴⁹.

En 1952 se asomó un corresponsal gráfico sui géneris: Nereo López, que se vinculó al periódico referenciado por José Salgar y Alberto Garrido, y empezó a mandar sus fotografías desde Barranquilla. Cuenta su biógrafo Eduardo Márceles Daconte⁵⁰ que uno de los grandes sucesos del que dio primicia fue el secuestro del niño de cinco años, Nicolás Saade, el 5 de marzo de 1954. José Salgar lo llamó para que cubriera el caso, que tenía conmoción a la sociedad barranquillera. El reportero hizo un reportaje gráfico que empezó en la residencia de la familia Saade, en el barrio El Prado, y terminó con la captura del delincuente, que había exigido al padre del niño, cónsul del Líbano en esa ciudad, una suma de doscientos mil pesos por el rescate. Por este trabajo Nereo recibió una generosa recompensa económica de don Guillermo. Así mismo, enriqueció el *Magazín* con sus reportajes peculiares,

48 García Márquez, *Vivir para contarla*, 532.

49 García Márquez, *Vivir para contarla*, 535.

50 Eduardo Márceles Daconte, *Nereo López: Testigo de su tiempo* (Barranquilla: Caza de Libros, 2025), 34.

como el del «bailarín paralítico» en las fiestas de Barranquilla, en 1955. Un muchacho de dieciocho años a quien la poliomielitis dejó en muletas.

Antonio J. Olier, corresponsal en Cartagena desde 1974, le hizo la segunda al director en la gran campaña para combatir el desorden urbanístico de la ciudad, agudizado por la corrupción inmobiliaria. Juan Gossain recuerda con respeto al profesor de literatura que con sus enormes espejuelos de concha «más parecía un especialista en física nuclear». Después de tratarlo como colega en su oficina de *El Espectador* en Cartagena, Gossain destacó su decoro, su dignidad y sus principios porque nunca transigía en los asuntos éticos: «Para Olier el periodismo es un sacerdocio. Es una tarea apostólica. Es su sangre y sus huesos. Por eso mismo se ha ganado el respeto de la gente y el acatamiento de sus colegas»⁵¹.

Su músculo narrativo sobresale en la serie sobre el «Asalto de Morales» (Bolívar), ocurrido en 1975. Allí hizo un registro casi cinematográfico del asalto al cuartel de la Policía y a la Caja Agraria, treinta horas después de los hechos, cuando los habitantes parecían haber olvidado las descargas de fusil de «los bandoleros del ELN», que mataron dos agentes de la Policía. Los asaltantes, en cambio, no tuvieron bajas y hasta ganaron un nuevo hombre en sus filas, liberado del calabozo.

A Antonio J. Olier, que falleció en 1990, lo sucedió su esposa Carlota Mendoza. Desde 1967 ella estaba a cargo de los temas sociales y culturales, sin que faltara a los festivales de cine ni a los reinados, y desde 1972 escribió la columna «Torre de reloj».

En Santander pasó a la historia de la fotografía el reportero de Barrancabermeja, Guillermo Joya Zúñiga, que hizo el reportaje gráfico de la muerte del cura guerrillero del ELN, Camilo Torres, quien cayó muerto en combate en febrero de 1966. En la impresionante foto de portada, primicia de *El Vespertino* y de *El Espectador*, se ve con el pecho descubierto, barbado y con un gran hematoma en el ojo izquierdo. La foto, que reprodujo la prensa nacional e internacional, la tomó el reportero 48 horas después del enfrentamiento, cuando llegó al lugar de los hechos en un helicóptero del Ejército. Allí tomó fotos de los cinco guerrilleros muertos y del armamento.

⁵¹ Juan Gossain, texto de solapa del libro *Antonio J. Olier: Cincuenta años en cuartillas*, selección de Jorge García Usta (Cartagena: Editora Bolívar, 1989).

La primera corresponsal de las islas de San Andrés y Providencia fue Hazel Robinson, una sanandresana⁵² a quien en 1959 contrataron don Gabriel y don Guillermo después de leer una carta suya en la que narraba la vida cotidiana en San Andrés, cuando estaba en su furor la serie de «Los municipios olvidados». Hasta 1960 publicó treinta crónicas sobre el archipiélago en el *Magazín Dominical*. En los siguientes diez años siguió colaborando esporádicamente porque se fue a vivir al extranjero.

De reunirse sus escritos saldría un bellissimo volumen con la historia de San Andrés contada por una excepcional reportera y escritora, además de las fotografías que revelan esos paisajes, esa arquitectura y esos personajes con nombres extranjeros, todo tan ajeno al continente. Su vinculación al periódico es otro cuento, como recuerda ella:

Un día estaba leyendo *El Espectador* y alguien se preguntaba: ¿qué hace un fumador empedernido si en Colombia no hay picadura? Entonces compré un paquete y se lo mandé al periódico. Después recibí una carta de Guillermo Cano donde me agradecía la picadura y me pedía que le contara algo de San Andrés. Le gustó, lo publicó y me dijo: cuénteme más. Así seguí enviando notas con los aviones que venían cada quince días y las titulé «Meridiano 81». A la gente de San Andrés no le gustaron mis notas. Pensaban que me estaba burlando de la isla y me hicieron la guerra. Después de cinco artículos *El Espectador* me invitó a Bogotá. Don Gabriel Cano esperaba a una persona mayor y se llevó tremenda sorpresa [tenía veinticuatro años].⁵³

Emilio Zogby inició la corresponsalía desde San Andrés en 1979 y la sostuvo durante diez años. Uno de sus primeros informes fue la denuncia por la concesión del Cayo el Acuario a un ciudadano alemán que lo estaba explotando turísticamente después de haber expulsado a los nativos del lugar.

En una época en que San Andrés era vista como una enorme bodega de mercancías, Zogby desplegó en sus reportajes el patrimonio natural de la isla y su soberanía. Por ello se manifestó en contra de las pretensiones del nuevo gobierno sandinista, que fue apoyado por Colombia, de revivir el antiguo

⁵² Ofelia Muñoz Castillo, la encargada del archivo de *El Espectador*, organizó una exposición en San Andrés en 2022 sobre la obra periodística de esta desconocida corresponsal.

⁵³ Hazel Robinson Abrahams, *Sail Ahoy!!! (¡Vela a la vista!)* (Bogotá: Ministerio de Cultura, 2021), 12-13.

reclamo territorial de Nicaragua sobre los cayos e informó sobre las manifestaciones de rechazo de los isleños. Pasada esa tormenta, en 1982 presentó una serie de tres informes sobre Providencia, la isla «al borde del desahucio» por el consuetudinario abandono estatal. Allí recogió el descontento de los providencianos, que estaban padeciendo por falta de agua potable.

Sin contar a la Cacica, que gozaba de tribuna propia en *El Espectador* e hizo una serie de entrevistas con «Valores costeños», en Valledupar hubo dos corresponsales de larga vinculación: Mary Daza de Habib y Félix Carrillo Hinojosa. Este último, amigo de la Cacica, relata que don Guillermo le publicó sus primeras entrevistas con vallenateros sin apenas conocerlo⁵⁴. En 1982 llegó a *El Espectador* buscando al periodista Rodolfo Rodríguez, con quien había sido jurado en el Festival Vallenato. No pudo hablar con él, pero tuvo la fortuna de encontrarse con don Guillermo, que se interesó en el joven guajiro, quien, por si acaso, llevaba cuatro entrevistas trascritas a mano con famosos del vallenato. El director le pidió que las pasara a máquina en la redacción y las dejara con su secretaria Teresita de Sandoval. Tres días después se llevó tremenda sorpresa al ver publicada su primera entrevista con Leandro Díaz en la edición nacional. Y luego se publicaron las otras.

Entusiasmado, transcribió seis entrevistas más y se las llevó a don Guillermo. Él le dijo que le gustaba mucho su estilo, pero que no podía seguirle publicando en la sección nacional, pero sí en la edición Costa, que coordinaba Rodolfo Rodríguez. Allí mantuvo durante años sus colaboraciones vallenatas y guardó la imagen de don Guillermo como un «ángel vallenato», que les permitió lanzar el festival en el periódico. Del evento quedó una foto histórica: el director con Egidio Cuadrado, el maestro Escalona, Iván Villazón y Félix Carrillo.

La escritora Mary Daza también fue una destacada corresponsal de Valledupar durante veintitrés años. Nacida en un pueblo cercano a la serranía del Perijá, terminó estudiando periodismo en la Universidad de América, en Bogotá. Al igual que sus paisanos, también divulgó la música vallenata.

Los corresponsales en Medellín más destacados en la época de Guillermo Cano fueron Livardo Ospina, Federico Montoya, Luis Pareja Ruiz, Rodrigo Pareja y José Guillermo Herrera. Livardo Ospina, historiador de la prensa antioqueña, se destacó por la crónica judicial desde finales de los cuarenta, pero también colaboró con temas históricos en el *Dominical*. Cuando Medellín celebró 300 años, en 1975, Livardo Ospina y Rodrigo Pareja escribieron sobre

⁵⁴ Comunicación personal, 19 de marzo de 2025.

el origen de *El Espectador* en la calle de El Codo de la capital paisa, en 1887, y recogieron anécdotas de los Cano muertos.

El escritor Juan José Hoyos, quien fue corresponsal de *El Tiempo*, considera a don Luis Pareja una institución en el periodismo antioqueño.

Fue famoso por unas crónicas que hizo en las que se disfrazó hasta de mendigo para demostrar lo tan rentable que era pedir limosna y por sus investigaciones sobre corrupción política. Fue un periodista modelo de la vieja escuela, al que heredó su hijo.⁵⁵

Rodrigo Pareja se vinculó a *El Espectador* en 1965 y en los años setenta enfrentó los temas más duros de Antioquia como los secuestros (que pusieron a Medellín en «estado de emergencia cívica») y siguió en los ochenta con el narcotráfico emergente. En marzo de 1975 publicó una serie de siete entregas titulada «La fiebre del oro» sobre la minería artesanal e ilegal en Antioquia. Se enfocó en la explotación de los barequeros por los propietarios de las minas de Eldorado, en el Bajo Cauca (Caucasia). Allí barequeaban hombres, mujeres y niños, tantos que las escuelas se quedaron vacías y se dejó de cultivar la tierra.

Pareja dirigió la edición Antioquia hasta que desapareció en 1980 porque no aguantó la competencia con el nuevo diario liberal *El Mundo*. Su buen ojo le permitió descubrir a Roberto Cadavid, Argos, un ingeniero civil que se convirtió en el gazapero mayor de la prensa colombiana. Juan José Hoyos lo retrata como «uno de esos reporteros buenos, inteligentes, cultos. Muy aficionado a los tangos, a los caballos y gran billarista».

De José Guillermo Herrera cuenta Hoyos:

Fue una especie de discípulo de Rodrigo Pareja porque entró a trabajar como corresponsal auxiliar con el pequeño equipo de la edición *Antioquia*. Los acompañó el reportero gráfico Alfonso Benavides, un veterano fogueado en la guerra de todos los días. Cuando Rodrigo se retiró para coordinar los servicios de Caracol, José Guillermo asumió la dirección. Egresado de la Bolivariana, escribía muy bien, era tímido y muy honesto. Demasiado honesto, en una época en que había bastante corrupción por la alianza de los políticos y los narcotraficantes. Su compañero de redacción fue León Jairo Saldarriaga, que después se fue a *El Colombiano*.

⁵⁵ Comunicación personal, 29 de marzo de 2025.

De las mujeres se destacó María Cristina Arango de Tobón, que cubría cultura, especialmente música. Ya retirada, se convirtió en historiadora de la prensa antioqueña.

Julio Olaciregui empezó como corresponsal en Barranquilla en 1975, pero dadas sus preferencias por los temas culturales, fue colaborador permanente del *Magazín*. A partir de 1978 se volvió corresponsal en París, ciudad en la que se radicó definitivamente, y siguió enviando sus despachos al suplemento.

Y en Leticia hubo un corresponsal que fue, al igual que el director del periódico, víctima del Cartel de Medellín: Luis Roberto Camacho Prada. Además de ser corresponsal tenía su propio periódico, *Ecos del Amazonas*. En él se atrevió a denunciar a los capos de la mafia que se estaban adueñando del puerto sobre el río, en particular a Evaristo Porras, quien tenía sobornadas a las autoridades de la región fronteriza. Camacho Prada fue asesinado por orden de Porras en el parque central de Leticia el 16 de julio de 1986.

Entre los corresponsales internacionales sobresalió Uriel Ospina, que lo fue del *Dominical* desde París, y era un fino reseñista de libros, arte que le aprendió a su profesor Antonio Panesso Robledo en la Universidad de Antioquia, donde estudió Filología. Álvaro Pachón de la Torre, que se encontró con él para recorrer el Barrio Latino, lo describió como «salido de uno de los capítulos de Dostoievski, con el negro cabello un poco alborotado sobre los bondadosos ojos grises, y el largo mostacho cayendo lánguidamente sobre la sonrisa un poco infantil y cándida». Gonzalo Arango, quien fue pupilo del filólogo en la Universidad de Antioquia, lo consideraba un sabio, «serio como un tratado de metafísica».

Myriam Luz, corresponsal en Nueva York entre los años sesenta y setenta, enviaba crónicas sobre moda, vida social y cultural en las que desplegaba su fina observación. Pero también informaba de noticias judiciales, como la frecuente deportación de ciudadanos colombianos indocumentados. Ella fue quien informó de la primera guerra que se libró contra narcotraficantes como Griselda Blanco y Verónica Rivera (las reinas de la coca) en Estados Unidos, cuando el tema no se había dimensionado en Colombia.

Myriam Luz empezó en la emisora Nuevo Mundo de Bogotá y luego se radicó en Nueva York. Allí tenía un popular show radial y una columna que se distribuía en periódicos de Hispanoamérica. Por sus colaboraciones sobre la vida cotidiana en Nueva York, Klim le dedicó comentarios elogiosos. En 1975 recibió un reconocimiento de la Asociación Nacional de Mujeres

de Estados Unidos por su labor periodística y su gestión en las relaciones interamericanas.

A comienzos de 1970 dio la noticia de la aparición en inglés de *Cien años de soledad*, en la editorial Harper and Row, que sacó diez mil ejemplares. Ese año también fue una de las críticas de la historieta colombiana *La Gaitana*, de Serafín Díaz⁵⁶, que se empezó a publicar en enero en la edición diaria y en el *Magazín*, y se suspendió en mayo por la polémica que suscitó. Myriam Luz vio en la historieta «una glorificación del indio, pero no en términos aborígenes sino en términos blancos: la Gaitana de Serafín Díaz es una mujer blanca, específicamente, una réplica exacta de Raquel Welch centímetro por voluptuoso centímetro».

En abril de 1971, Myriam Luz publicó una serie titulada «Viaje al Polo Sur», con cuatro entregas sobre su viaje a la Antártida, en un largo trayecto desde Washington que hizo en un avión Hércules. Por supuesto, se fotografió con el uniforme verde que les dio la Marina, al ser ella la primera mujer de habla hispana que llegaba al punto más meridional del planeta. Tras recapitular las distintas etapas de su descubrimiento, definió el continente blanco como «un gigantesco tubo de ensayo donde científicos del siglo XX estudian fenómenos geológicos ocurridos durante la última Edad de Hielo». Eventualmente escribía sobre temas sesudos de política y economía porque cubría ruedas de prensa en Washington. Por ello cuando venía a Colombia organizaba ciclos de conferencias y giras por el país para hablar sobre asuntos relacionados con Estados Unidos.

En los años setenta, Óscar Alarcón fue corresponsal en Roma, donde cursó una especialización en ciencias administrativas. Desde allí dio la chiva del asesinato de Aldo Moro en 1978.

Lucio Duzán, que viajaba constantemente por sus negocios publicitarios, entrevistó al recién elegido presidente Salvador Allende en Chile, en 1970, y en mayo de 1971 mandó una serie de colaboraciones desde Caracas con temas como la industria petrolera, el disputado archipiélago Los Monjes y las relaciones comerciales con el vecino país. Recién muerto su papá, María

⁵⁶ Según Pablo Guerra, quien ha recuperado la historia de la historieta en la prensa colombiana, desde los años cuarenta hubo una tendencia a popularizar la biografía de personajes de la historia nacional. Opina que, con *La Gaitana*, *El Espectador* reaccionó a la historieta *Calarcá* de Carlos Garzón, publicada en *El Tiempo*.

Jimena Duzán recordó su cercanía con Allende, Neruda y Caldera, y esos vínculos internacionales que beneficiaron al periódico:

En Europa estuvo invitado por el gobierno francés al terminar la guerra. Vio a la Alemania nazi sentenciada a muerte. Estuvo cerca de André Malraux y del general De Gaulle. En una ocasión estuvo enfrente a Winston Churchill.

[...] Pero ni siquiera los viajes lo alejaban de la realidad colombiana. A él le mandaban periódicos hasta el fin del mundo. A veces nos parecía como si fuese una enfermedad, una obsesión. Pero cuando cogíamos un periódico estando a miles de kilómetros de nuestra tierra, nos sentíamos felices, como en casa.⁵⁷

Por su parte, Mike Forero Nougues aprovechaba sus frecuentes viajes internacionales con fines deportivos para escribir sobre otros temas, porque su curiosidad intelectual era inagotable.

LOS CANITO

Como en un parque de diversiones se sentían los hijos mayores del director, Juan Guillermo y Fernando, cuando iban al periódico con los primos los fines de semana. En el edificio Monserrate jugaban a esconderse detrás de los rollos de papel. Más grandes incursionaron en la sección de armada y empezaron a familiarizarse con los chibaletes. Pero la cancha de fútbol de la sede de la avenida 68 se volvió el lugar predilecto y poco a poco conocieron a los reporteros deportivos que tanto admiraban.

Juan Guillermo Cano entró en 1975 directamente al archivo para revisar la colección del periódico y así conocer su historia. Al estudiante de tercer semestre de Derecho le entregaron las cartas de los lectores para que las respondiera. De la redacción recuerda especialmente a Mike Forero, a Guillermo García y a Óscar Alarcón; a los jefes Guillermo Lanao y Pablo Augusto Torres –que manejaban *El Vespertino*– y a Enrique Alvarado y Luis Palomino, los principales editores. En 1977 coordinó la nueva edición Costa. Y a partir de 1979 fue jefe de información justo cuando estalló el escándalo del Grupo Grancolombiano y se conocieron los atropellos del Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala, los dos caballitos de batalla de su papá.

⁵⁷ María Jimena Duzán, «Nuestra “Hora Cero”», *El Espectador*, 19 de octubre de 1976, 1B.

«Lo admiraba por sus valientes notas editoriales en defensa de los Derechos Humanos», dice su hijo mayor, «de los cuales recuerdo mucho “Que viene el lobo”, que me dejó leer antes, muy consciente de que iba a ser duro». Por supuesto, Juan Guillermo escribía notas para «Día a día», un espacio clave en la línea editorial del diario. Y como los deportes también estaban en su mira, para sumarse a la comitiva del Mundial de 1982 en España, presidida por su papá y por Rufino Acosta, se preparó como fotógrafo. A todas estas, abandonó la carrera de Derecho. Su papá respetó esa decisión⁵⁸.

Don Guillermo también apoyó a Fernando en su propósito de volverse fotógrafo. Como el director era un gomoso por las cámaras y por todos los inventos tecnológicos, se compró la primera Polaroid que salió al mercado y la llevó a un paseo familiar, en el que se dio cuenta de que no serviría para el periódico. La misma fiebre tecnológica lo llevó a comprar varios transistores, hasta que salió el perfecto: un pequeño Sony negro que llevaba a todas partes (tan aficionado era a la radio de onda larga y corta, que le dedicó una «Libreta de apuntes» a «La gran era del transistor», en 1979, después de un viaje al Japón).

Fernando decidió abandonar la carrera de Comunicación en la Universidad Jorge Tardeo Lozano porque se aburrió del *bullying* que le hicieron «por ser un Cano», y se fue a estudiar Filosofía a la Universidad del Rosario. Como le quedaban las mañanas libres, su papá le permitió que fuera al laboratorio para recibir una cátedra intensiva. Allí les aprendió a esos ojos de lince que fueron Rodrigo Dueñas, Jairo Higuera, Francisco Carranza, Gabriel Sevilla, Vladimiro Posada y Manuel Rodríguez. Los jefes eran Luis Alberto Acuña y Germán Castro. Al cabo de un año, en 1975, se graduó en la técnica de laboratorio y empezó a ejercer la reportería gráfica, oficio que desempeñó hasta 1983, cuando asumió la codirección del *Magazín*. Simultáneamente escribió notas de deportes y empezó su columna «Cartas sobre la mesa».

Otro vástago precoz de la gran familia fue Fidel Cano Correa, actual director del diario. Con su *Fideloncito*, periódico que empezó a circular en la redacción en 1979, el reportero de catorce años mostró su vocación crítica y su pasión por los deportes. Lo acompañaba en la empresa Camilo Cano Busquets, columnista único y exclusivo. La Cacica le dedicó una «Crónica vallenata» al impreso que le competía a *El Espectador* en sus entrañas, pero solo circulaba en las vacaciones escolares. Y atinó al decir que don Fidel

⁵⁸ Comunicación personal, 14 de marzo de 2025.

Cano podía seguir descansando tranquilo en su tumba porque habría nuevas generaciones de reemplazo.

LECCIONES DE EDITOR

A Fernando le sorprendía ver cómo su papá tenía de claro el mapa de la actualidad porque todos los días leía cuatro periódicos y hasta los avisos clasificados, además de ver noticieros y escuchar emisoras internacionales; así mismo, llamaba a sus fuentes y conseguía noticias. Y hacía varias rondas por los puestos preguntándole a cada redactor «¿qué tienes para hoy?». «Por ello su equipo de redacción funcionaba como un relojito», acota Fernando⁵⁹.

Con sus hijos, al igual que con sus sobrinos, don Guillermo era un jefe muy estricto y poco dado a los elogios, más bien a la crítica, suave pero severa, y cuando sacaban un trabajo destacable, apenas les hacía un gesto con la mano o con la ceja.

Como lo dijo Guillermo Cano en el «Coloquio de Maryland» en 1975, el periodista del futuro debía estar cada vez más preparado para ejercer su profesión. Pero no debía perder su calidad humana de «periodista del Renacimiento». Una especie de periodista genérico, capaz de enfrentarse a cualquier tema, pero que ofreciera la mayor credibilidad con una fuente especializada. Por eso también creía necesario rotar a los periodistas de sección cuando consideraba que ya habían cumplido una etapa. Eso hizo con Antonio Andraus, a quien, después de haber estado quince años en la sección de deportes, nombró jefe de corresponsales, director de la edición Costa y terminó de editor jefe.

De las lecciones que les dejó a ellos y a muchos reporteros como editor fue su chispa para titular, habilidad que don Guillermo heredó de su papá. Óscar Alarcón recuerda que *El Espectador* fue el primero en pisar el tema del viaje a la luna, y don Guillermo le encargó coordinar una campaña de expectativa hasta que llegó el día esperado y tituló: «Luna! Luna! Luna!», aludiendo al «¡Tierra!, ¡tierra!, ¡tierra!» de Cristóbal Colón. Y cuando en la Convención Conservadora se cayó la candidatura de Misael Pastrana, tituló: «Al rojo vivo la convención azul». (A propósito, Fernando cuenta que el día que había elecciones, su papá y don Luis de Castro llegaban con camiseta roja al periódico). Frente a una medida inesperada del presidente Barco, el periódico tituló: «Timonazo de Barco».

⁵⁹ Comunicación personal, 1.º de abril de 2025.

Todos sus pupilos aprendieron que no podían dejarse chiviar porque era algo que mortificaba al director. Al otro día buscaban escondedero porque él tenía una manera particular de regañar. Cuenta Rufino Acosta que les decía: «¡No le da vergüenza venir chiviado! Y eso era una bofetada. Pero igual nos felicitaba cuando chiviábamos».

Las chiviadas más grandes que recuerda Juan Guillermo Cano ocurrieron en 1983: primero, la del terremoto de Popayán en Semana Santa, cuando la familia estaba de descanso, pero tampoco salía el periódico ni viernes ni sábado. (Al año siguiente, *El Espectador* empezó a salir religiosamente esos días santos). La segunda que atormentó al director el resto de vida fue la del accidente de Avianca en Madrid, a finales de noviembre, cuando estaban en la finca. El periódico no sacó ni una línea del siniestro en el que murieron Marta Traba, su esposo Ángel Rama y otros escritores latinoamericanos.

Jorge Cardona no olvida dos chiviadas que se le fueron hondo a don Guillermo: la muerte de Gloria Lara en 1982 y los diálogos con los barones del narcotráfico en Panamá, en 1984 (tras el asesinato del ministro Lara Bonilla), en reunión convenida con el expresidente López Michelsen. *Off the record*, el presidente Betancur le comentó el asunto al periodista Juan Manuel Santos, quien, por supuesto, tituló a seis columnas en *El Tiempo* y chivió a todo el mundo.

Una particularidad de don Guillermo como editor fue el bautizo de «Carta» o «Cartas» que les dio a algunas columnas, como las del Capi Ospina, «Carta desde Santa Marta»; la de su hijo Fernando, «Cartas sobre la mesa»; «Carta desde Medellín», de Luis Lalinde Botero; la «Carta vallenata» de la Cacica; «Carta de San Bernardo del Viento», de Juan Gossaín; «Carta desde Nueva York», de Myriam Luz; «Carta desde San Andrés», de Hazel Robinson; «Cartas de Alicita» (Alicia del Carpio, corresponsal en España desde finales de los setenta), entre otros corresponsales con cartas de acá y acullá.

A propósito del género epistolar, le interesaba tanto el contacto con los lectores que siempre cuidó la sección de cartas al director. Se ocupó de responder muchas misivas, aunque reconocía que era una tarea dispendiosa. Su hijo Fernando Cano detalla el ritual:

Leer la correspondencia era una de las labores que más disfrutaba y que más agradecía. En esa época sin redes, era el mejor sistema de comunicación con los lectores. Aquellas opiniones valiosas de ellos salían publicadas completas o resumidas según su valor, y aquellas que hacían denuncias o comunicaban problemas de región o de barrio las

dirigía a los encargados de las distintas secciones. Era su primera labor del día: despachar los cientos de cartas. Y la repetía en la tarde porque la correspondencia abundaba. En ocasiones, y si lo ameritaba, contestaba, pero el canal habitual era el gran espacio para las cartas publicadas en el periódico.⁶⁰

Una de las cartas que le puso «la piel de gallina» –en sus palabras– se volvió tema de su última columna, publicada póstumamente⁶¹. La envió Nohelia Tovar, la hija de un campesino desaparecido hacía ocho años en el municipio de La Palma (Cundinamarca). Allí le contaba al director el drama que había vivido su familia todos esos años buscando algún rastro del ser querido y le dejaba sus señas por si alguien tenía información. Al final de la «Libreta», don Guillermo pidió disculpas a los lectores si les había agitado la Navidad con la transcripción de esa desgarradora carta y elevó en su «Novena 86» una plegaria para que la familia Tovar tuviera noticias buenas o malas, pero al menos una certeza, que era mejor que seguir en el limbo. «¿Será posible el milagro?», se preguntó.

Como esa misma noche lo mataron a él, las Navidades fueron democráticamente negras para casi todas las familias del país.

⁶⁰ Comunicación personal, 1.º de abril de 2025.

⁶¹ «Navidades negras», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 21 de diciembre de 1986.

El director en los talleres de linotipo de la vieja sede de la avenida Jiménez, en los años cincuenta. Allí, Guillermo Cano se sentía en su tinta porque desde muy joven se interesó por la presentación del periódico y se internó en los talleres para familiarizarse con las máquinas y los chibaletes hasta aprender a leer al revés. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL EDITOR DE «INCANABLES»



GRACIAS AL OLFATO DE EDITOR QUE TUVO GUILLERMO Cano se puede hablar de los «incanables» de *El Espectador*, libros que fueron engendrados en esa casa editorial y que constituyen una invaluable y algo olvidada biblioteca sobre Colombia. La mayoría de esos títulos surgió de series periodísticas, formato que entusiasmaba al director: cuando algún periodista le ofrecía una historia potente, él le pedía varias entregas. Así cumplía el doble propósito de ahondar en los temas y de mantener enganchados a los lectores.

Eso ocurrió en 1955 con la serie «La verdad sobre mi aventura», en la que Gabriel García Márquez contó las peripecias que vivió el marino Luis Alejandro Velasco durante diez días en una balsa a la deriva, sin agua ni comida. Esa serie salió debido a la obstinación del director, como lo cuenta Gabo en sus memorias, pues consideraba que el naufrago era un «pescado muerto» cuyo protagonismo ya había pasado. Incluso lo entrevistó el corresponsal en Cartagena, Lácidez Orozco, sin llegar a establecer la causa del desastre. Pero un día el jefe le anunció que lo tenía en su oficina dispuesto a firmar un contrato para contar su historia con pelos y detalles.

Por primera y única vez me negué a hacer para el periódico algo que era mi deber. Guillermo Cano se resignó a la realidad y despachó al naufrago sin explicaciones. Más tarde me contó que después de despedirlo en su oficina había empezado

a reflexionar y no logró explicarse a sí mismo lo que acababa de hacer. Entonces le ordenó al portero que le mandara al náufrago de regreso, y me llamó por teléfono con la notificación inapelable de que le había comprado los derechos exclusivos del relato completo.

No era la primera vez ni había de ser la última en que Guillermo se empecinara en un caso perdido y terminara coronado con la razón. Le advertí deprimido, pero con el mejor estilo posible que solo haría el reportaje por obediencia laboral, pero no le pondría mi firma.¹

La serie tuvo catorce entregas y tal acogida que el 28 de abril de 1955 se publicó un *Magazín* con la totalidad de los reportajes. El periódico hizo su agosto con avisos publicitarios, como el de Fécula El León («El marinero salvado por su fortaleza»). Con su habitual gracejo precisó Óscar Alarcón que el libro se publicó en 1970 por sus buenos oficios, ya que recibió una carta de Mercedes Barcha el 8 de diciembre de 1968 en la que le pedía que le enviara los textos de la serie «a la mayor brevedad posible». El susodicho, con toda diligencia y la ayuda de una secretaria, pasó varias noches digitando las crónicas para enviarlas a Barcelona².

Valga agregar que tan apasionante relato le costó el exilio al escritor porque sacó a flote la responsabilidad de la Armada Nacional en el naufragio del destructor Caldas, que no colapsó por una tormenta –como fue la versión oficial– sino por la sobrecarga de contrabando que traía de Alabama, causando la muerte de siete marineros. El único sobreviviente contó el cuento, que indignó al régimen de Rojas Pinilla, y aunque la serie apareció firmada por Velasco, la inteligencia militar supo quién estaba detrás.

Antes, García Márquez había publicado por entregas varios reportajes como los de las marchas de protesta en el Chocó y la tragedia de Media Luna, en Antioquia. De hecho, escribió en sus memorias que

[...] el éxito inicial de los reportajes en serie nos había obligado a buscar pienso para alimentar a una fiera insaciable. La tensión diaria era insostenible, no solo en la identificación y en la búsqueda de los temas,

1 García Márquez, *Vivir para contarla*, 564.

2 Según Óscar Alarcón, «Gabo le entregó los textos a su amiga editora Beatriz de Moura para que se publicaran en forma de libro en Tusquets». Decidió ceder las regalías al marinero Velasco, pero este las perdió tras haberle entablado un juicio al escritor por presunto robo de derechos de autor.

sino en el curso de la escritura, siempre amenazada por los encantos de la ficción.³

Claro que las series venían de tiempo atrás. En 1945 hubo dos que atraparon a los lectores de *El Espectador*: «El epistolario de un joven pobre», de Lucas Caballero Calderón (Lukas), con las hilarantes cartas que le enviaba el hijo a su padre el general pidiéndole dinero para prolongar su estancia como estudiante vago en Europa. La serie superó las cincuenta entregas y terminó entre las solapas de un vendido libro dedicado a Gabriel Cano⁴. Y «Odisea», que Eduardo Zalamea Borda comenzó a publicar en julio de 1945 para mostrar la realidad de la posguerra tras un viaje de dos meses a Europa, al que viajó con Calibán, entre otros periodistas invitados por el Gobierno inglés.

Esta última se anunció en primera plana como la serie de «venturas, aventuras y desventuras de un periodista colombiano en su viaje de Chapinero a Nueva York-Londres-Estocolmo». En las crónicas, Ulises habló de la dieta alimenticia de la posguerra, muy notoria en Londres, donde no había ni whisky y los niños suspiraban por un huevo, pero se desquitó con los opíparos banquetes de Estocolmo. La revelación más sorprendente la hizo en la entrega del 11 de julio, titulada «Ya existe la bomba atómica», con la que dio la chiva mundial obtenida de una fuente de confianza que conoció durante el viaje. El mes siguiente, Estados Unidos destruiría Hiroshima con este invento. Haciendo gala de su humor anglocachaco, Ulises ¡le pidió excusas al presidente Truman por adelantársele!⁵.

EL FESTÍN DOMINICAL DEL MAGAZÍN

Eduardo Zalamea Borda, quien publicó en 1947⁶ los primeros relatos de Álvaro Mutis y de García Márquez (que por eso lo llamaba «papá»), fue el compañero de fórmula de Guillermo Cano en la dirección del nuevo *Dominical* de 1948. Allí este se sintió como Cano en el agua porque la literatura era su

3 García Márquez, *Vivir para contarla*, 545.

4 Ese mismo año de 1945, el heterónimo de Lucas Caballero, Klim, publicó una selección de las crónicas humorísticas de los últimos diez años, que Ulises celebró por su talento para «la tiradera bogotana depurada».

5 A propósito, *El Espectador* publicó una historieta titulada «La edad atómica» a partir de octubre de 1945 para que hasta los lectores más pequeños comprendieran cómo funcionaba la energía atómica.

6 En agosto publicó «Las llamas en derrota», de Mutis, y en septiembre «La tercera resignación», de García Márquez.

pasión. Ulises publicaba la columna «Fin de semana», cereza en el pastel del *Magazín* porque, además de hacer crítica de arte y de libros, se regodeaba con las actrices de Hollywood, los personajes de novelas y las escenas de la vida urbana bogotana, con una prosa refinada que puso alto el listón del periodismo literario. Otto de Greiff escribía sobre música y GOG tenía su columna «Preguntas y respuestas». Ulises asesoraba al joven director y a Rogelio Echavarría en la selección literaria.

Así entró Guillermo Cano en contacto con una pléyade de escritores de distintas generaciones y demostró sus dotes para empaquetar en una revista apetecibles materiales de diversa índole. En ese empeño lo acompañó su maestro Álvaro Pachón de la Torre, a quien dedicó la bella semblanza antes citada. En ella, Guillermo Cano recordó los primeros tiempos del *Dominical* y precisó que fue iniciativa de don Gabriel:

[...] y con mi poquísima experiencia queríamos convertirlo en una gran revista al estilo de las mejores publicaciones norteamericanas. Nosotros preparábamos el material de *El Espectador Dominical*, seleccionándolo de libros y revistas de éxito, y contábamos con la ayuda esporádica de uno que otro periodista de renombre.

Esa fue la dinámica, hasta que un día llegó Pachón de la Torre a ofrecer un folletín titulado «El retrato macabro», y a partir de entonces cada semana apareció con una colaboración llamativamente titulada porque, según su aprendizaje, «se desvelaba por un título»⁷.

Seguramente en esas conversaciones que sostenían, alimentadas con la experiencia que traía Pachón de la Torre del periodismo estadounidense y la fascinación de Guillermo Cano por esas revistas que conoció en sus viajes a Estados Unidos, acabó de cuajar el formato de magazín que combinaba la literatura nacional e internacional con la crónica social, deportiva y femenina; los relatos policiacos, la crítica cultural y la divulgación científica, sumándole un diseño atractivo, despliegue fotográfico e ilustraciones de los artistas y caricaturistas más prometedores del momento: Enrique Grau⁸, Hernán Merino, Hernando y Lucy Tejada.

⁷ «Mi personaje inolvidable: Álvaro Pachón de la Torre», *Dominical*, 29 de marzo de 1953, 5A.

⁸ A propósito de este artista cartagenero, don Guillermo le contó a Sara Marcela Bozzi que, siendo director del *Dominical*, mandaba las bellas ilustraciones de Grau al archivo, de donde misteriosamente desaparecían. ¡Y él lamentaba no habérselas robado! (Bozzi, *Los decanos*, 35).

Dado que la salida del suplemento coincidió con las violentas jornadas del Bogotazo, que se achacó al comunismo internacional, Pachón de la Torre publicó una satírica crónica sobre los cinco años de vida social colombo-rrusa, tras el anuncio del Gobierno colombiano de romper relaciones con la Unión Soviética. La legación rusa, que ocupaba una mansión de Chapinero conocida como La Selva, ofrecía fastuosas fiestas en las que servían pescados traídos del Volga y del mar Negro y diminutos huevos de esturiones en conchas de nácar, todo rociado con vodka y whisky, según narra el cronista, a la sazón empleado de la Legación Británica.

Sobre los funestos hechos que desencadenó el magnicidio de Jorge Eliécer Gaitán, Elvira Salcedo Román entrevistó a Bertha Hernández de Ospina, primera dama de armas tomar para defender al presidente. (Del mismo tema y con más desparpajo le habló doña Bertha en Medellín al periodista político de *El Espectador*, Iáder Giraldo, veinte años después, e insistió en que los comunistas no fueron los causantes de la hecatombe sino los liberales). Guillermo Cano, por su parte, publicó una crónica sobre la destrucción de las librerías de la ciudad y evocó ese eslogan por el que se conocía a Bogotá en el exterior: «la capital del café y de los libros».

Arropado por los lectores, en 1950, el *Magazín Dominical* dio su grito de independencia como empresa autónoma, gerenciada por Alfonso Cano, en la que todos los redactores tenían acciones. El Doctor Pachoncito pasó a codirigirlo con Guillermo Cano, y cuando este último debió asumir la dirección del diario tras los ataques incendiarios del 6 de septiembre de 1952, se quedó solo frente al hebdomadario hasta su muerte trágica, ocurrida en marzo de 1953.

Otras plumas destacables fueron Darío Bautista, Lucio Duzán (cuyo verdadero nombre era Juan María Galvis), Camilo Pardo Umaña, Antonio Panesso Robledo (quien hacía ruborizar a las enciclopedias, según Klim), Eduardo Caballero Calderón, Próspero Morales Pradilla, Eddy Torres, Jorge Zalamea y Elisa Mújica, entre otras lumbreras. En la sección deportiva se engolosinaban Mike Forero y Guillermo Cano, con el apoyo de Carlos Arturo Rueda.

Felipe González Toledo escribía la crónica judicial con ribetes literarios («un Sherlock Holmes de exquisita flema rola», según Germán Pinzón); Paulo E. Forero, la crónica de vida cotidiana, y José Guerra, la cultural. La divulgación científica e histórica corrió por cuenta de Rafael Serrano Camargo y del corresponsal en Nueva York, Félix Martí Ibáñez, español republicano. El corresponsal de La Habana y del Caribe se firmaba con el seudónimo de

Juan Nogales y en París despachaba Uriel Ospina. El médico Arnold Juliao se convirtió en una especie de corresponsal del *Magazín* en las selvas del Amazonas, con reportajes como «El yagé o los sueños de colores», en el que se descubrió digno émulo de José Eustasio Rivera por la exuberancia de las descripciones, la caracterización de los indígenas macunas del Vaupés y la recreación del ritual para tomar el brebaje alucinante que ponía a soñar en colores. Camilo Pardo Umaña (hermano de la popular Emilia) escribía las crónicas históricas sobre haciendas sabaneras y leyendas coloniales. Gustavo Wills Ricaurte, condiscípulo de Guillermo Cano en el Gimnasio Moderno, tenía la columna «Palabras, palabras», que firmaba como Hamlet.

El estilo gráfico de la revista entraba por los ojos y en los primeros años del *Magazín* pasaron por las portadas los mejores fotógrafos del país y de la casa editorial: Alberto Garrido, Daniel Rodríguez, Leo Matiz, Nereo López, Héctor Acebes, Saúl Orduz, los hermanos Cárdenas, Gabriel Carvajal y Alfonso Benavides (estos dos corresponsales en Medellín) y ocasionalmente el decano Luis B. Ramos. Las portadas fueron en blanco y negro hasta que se introdujo el color (todavía defectuoso) en 1952. A partir de entonces se alternaban las fotografías con las ilustraciones a color de Merino. Este último, que ilustraba los cuentos del *Dominical*, fue cocreador del personaje de José Dolores, que apareció por primera vez en la portada del *Magazín* el 23 de enero de 1955. El campesino José Dolores representaba al pueblo colombiano, que cuanto más trabajaba más se empobrecía⁹.

No hay que ir muy lejos para encontrar la historia de los orígenes del *Dominical* porque un autor anónimo la contó detalladamente en la crónica «Vida y milagros de El Espectador Dominical»¹⁰. Allí describió esta escena de la redacción: mientras Rogelio Echavarría preparaba una nota sobre poesía, Felipe González Toledo daba la chiva sobre los juzgados y GOG descubría en su sección de «Preguntas y respuestas» que no hubo nunca once mil vírgenes. Así lo sigue contando el testigo excepcional:

Pero Guillermo Cano tiene a su cargo una responsabilidad especial. Por eso, después de escribir su acostumbrada nota para la sección de «Día

9 Gloria Valencia de Castaño, que presentaba desde 1954 el programa de televisión *Lápiz mágico*, con los caricaturistas Chapete, Merino y Carrizosa, tuvo la idea del personaje. Por este invento, la dictadura le cerró el programa. Pero tanto Merino como Chapete le siguieron dando vida a José Dolores, cada uno a su estilo.

10 *Magazín Dominical*, 24 de octubre de 1948, 15 y 21.

a día», toma unas cuartillas de papel y con ellas hace un cuadernillo de 24 páginas. En la portada escribe con lápiz «Edición Dominical» y luego marca cada una de las páginas con títulos que dicen: «Reportaje Pachón», «Fin de semana», «Cuento traducido por Guzmán», «Pintura», «Literatura», «Novela», «Deportes», «Sociedad», etc. Este cuadernillo, que en el argot periodístico se denomina el «bote», es el esquema o patrón del próximo *Magazín Dominical*. Día por día, a medida que lleguen los originales y pasen a los linotipos, las páginas originarias del «bote» se van a convertir en cada una de esas páginas que usted recorre ávidamente con los ojos en este momento, apreciable lector. El trabajo cobrará especial intensidad en las horas de la noche del jueves y en la mañana del viernes, porque la edición tiene que cerrarse esa tarde, a fin de que circule el sábado temprano. El viernes a las siete de la noche, con el cabello en desorden, enfundado el largo y nervioso cuerpo en una blusa de dril, Guillermo Cano, frente a las platinas, atenderá los últimos detalles de la armada cambiando de lugar los lingotes de plomo para que sea mejor la presentación de un artículo, o consiguiendo un pequeño aviso para tapar el hueco que se presentó en una página. Minutos después comenzará la música asordinada y monocorde de la rotativa complementada a la mañana siguiente por esa otra alegre clarinada de los voceadores, que gritan: *El Espectador Dominical*.

Ahora bien, lo que más le atraía del periódico a Guillermo Cano desde que empezó a empaparse del proceso de producción era la cuestión tipográfica. Así se lo dijo a José Raimundo Sojo, en la mencionada entrevista del *Suplemento Literario* de *El Tiempo*, recién posesionado como director:

Me preocupa muchísimo la presentación del periódico. Por eso, desde que llegué a *El Espectador* me interné en los talleres. Allí aprendí a conocer los corondeles, las bases, los tipos y me familiaricé con las máquinas. Desde entonces siento un especial cariño por los talleres. Son mi ambiente favorito.

OTRAS SERIES DE PELÍCULA

Volviendo a las series, Pachón de la Torre publicó una en 1948 sobre la infiltración nazi y la presencia del Führer en Colombia. Esa idea calenturienta, producto de la Guerra Fría, estaba haciendo carrera en Estados Unidos y el Doctor Pachoncito la estiró en varias entregas, con títulos que debieron

aterrorizar a los parroquianos: «El aeródromo secreto» (en el altiplano de Sumapaz, supuesta propiedad del accionista de SCADTA, Peter von Bauer) y «El avión fantasma» (sobre actividades de la Quinta Columna nazi y japonesa en la costa Pacífica), entre otras.

A comienzos de 1950, los lectores recibieron un regalo espléndido: la publicación en ocho entregas de «Un novelista en Colombia», del inglés Christopher Isherwood, quien llevó un diario de viaje en su recorrido por varios países suramericanos entre 1947 y 1948, y luego publicó *The Condor and the Cows*. Aunque no se da crédito al traductor, bien pudo ser Ulises, porque en su columna «La ciudad y el mundo» (16 de octubre de 1947) contó que había tenido la fortuna de conocer a «la personalidad literaria más interesante que nos haya visitado en mucho tiempo», con quien sostuvo una extensa conversación. En efecto, en una de las crónicas Isherwood dijo que Ulises intentó tirarle de la lengua sobre temas políticos; también apuntó que la integridad de don Luis Cano, a quien conoció en *El Espectador*, lo conmovió a simple vista. Tuvieron que pasar muchos años para que el lector colombiano accediera a *El cóndor y las vacas*, traducido por Nicolás Suescún para la Biblioteca Viajeros por Colombia (1994). Al comparar versiones, se siente más fluidez y color local en la del *Dominical*. Lo cierto es que la serie fue una primicia, con el valor agregado de los subtítulos y las fotografías de Bill Caskey, el irlandés que acompañó a Isherwood en su correría, que no están en la edición de Colcultura.

En 1951, Guillermo Cano se fue tres meses de gira por Europa con Hernando Santos Castillo y su esposa Helena. Además de escribirle una carta diaria a su novia catalana se regodeó con la crónica de viajes, un género característico en su obra narrativa. Por ello, Jesús Zárate Moreno, Zalacaín, festejó en su columna «Pabellón de reposo» la serie de crónicas –una treintena– que publicó en el *Magazín* entre marzo y junio de 1951, y concluyó que cumplían con todos los requisitos: «discreción, exactitud, agilidad, y un ligero toque de sabor humano y pintoresco».

Fue en el curso a su visita al viejo mundo cuando se revelaron en todo su esplendor los atributos intelectuales que muchos intuíamos en él, pero que únicamente sus amigos íntimos habían podido confirmar [...] Un afán ardiente de descubrir el espíritu de Europa lo llevó a penetrar hasta el fondo en el alma de los pueblos que visitaba [...] En ese estilo del periodista viajero que corrobora directamente sus propios temas es en el que Guillermo ha realizado la faena de ensayar y triunfar a la vez.

Entre finales de 1952 y principios de 1953, Manuel Mejía Vallejo, que era corresponsal del *Dominical* en Guatemala, envió una serie de siete crónicas titulada «El hombre que parecía un fantasma», escritas en Ciudad de Guatemala como anticipo de una biografía sobre Porfirio Barba Jacob. Juan Luis Mejía, en el prólogo del libro que se publicó en Medellín con el mismo título (1984), dijo que Mejía Vallejo trató de reconstruir en su viaje a Centroamérica la múltiple y caótica personalidad del poeta a través de las anécdotas de sus amigos para descifrar el misterio de su poesía.

«La generación que se asomó al poder» es la serie de ocho entregas que publicó Eduardo Zalamea Borda en 1953. En ella, Ulises reconstruye la andadura de las tres figuras más relevantes del liberalismo en esa primera mitad del siglo: Alberto Lleras Camargo, Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán. En una frase iluminadora de la penúltima entrega, dice que para los tres políticos el 5 de mayo de 1946 «debió ser el día de mayor tensión y de más honda amargura». Gaitán y Turbay por el duelo que enfrentaron con su funesto desenlace, y el presidente Lleras Camargo porque ni la conciencia del deber cumplido le quitó la pena por la pérdida del poder de su generación.

Cuando subió Gustavo Rojas Pinilla al poder, Carlos Villar Borda contó por entregas en el *Dominical* la vida del general sin ahorrar ditirambos, subido en la ola de patriotismo que inundaba el país, y ese mismo año de 1953 salió publicada la biografía *El presidente libertador* en Editorial Iqueima, aunque, con el avance de la dictadura, el corresponsal de la United Press cayó en desgracia y sufrió persecución.

También de 1953 –el año en que el *Magazín* alcanzó 68.000 ejemplares de circulación– es la serie de crónicas parisinas «De Monserrate a Montparnasse», de Álvaro Pachón de la Torre, quien viajó invitado por Air France poco antes de morir. Allí exhibe ese estilo folletinesco que encantaba a los lectores y que don Guillermo rotuló como «crónica novelada». A la muerte de Pachón de la Torre asumió la dirección el Gato Montaña Camacho, quien murió tres años después. Él firmó el artículo de balance de «el mejor magazín de Colombia», que completó 384 ediciones cuando desapareció en agosto de 1955. En su inventario resalta los más de 5.300 artículos y crónicas que publicó, las portadas y los dibujos de Merino (no menos de 2.000 ilustraciones) y las fotografías de Alberto Garrido y Guillermo Sánchez. Sin dejar de mencionar los *hits* de Pachón de la Torre, que sabía eclipsar a los lectores con sus fantásticas series. Además de los escritores, destacó al personal de los talleres porque el *Dominical* había sido el resultado del trabajo en equipo.

Debido a la cercanía de *El Espectador* con grandes escritores –una tradición que comenzó con don Fidel y continuaron don Luis y don Gabriel, animadores de tertulias y de publicaciones literarias–, se explotó el concepto de la «primicia». Así fue como el *Magazín* publicó en exclusiva capítulos de las novelas de Gabriel García Márquez empezando por *La hojarasca* (1955), de la que Hernando Téllez destacó su densidad poética, hasta llegar a la primicia mundial de *Cien años de soledad*, con un capítulo que se publicó en mayo de 1966, ilustrado por Héctor Osuna, un año antes de que la novela saliera a la luz (en una carta que Gabo le envió a Concho, le dio detalles del «mamotreto» de más de mil cuartillas sobre la familia Buendía).

Diez años después, en 1977, con ocasión de la transmisión de *La mala hora* por televisión, Germán Castro Caycedo publicó en *El Espectador* un reportaje de ocho entregas en el que García Márquez le contó vida y milagros (y que también divulgó en su espacio televisivo *Enviado especial*). En 1975 salieron anticipos de *El otoño del patriarca*. En abril de 1981, Gabo volvió a darles la primicia con el primer capítulo de *Crónica de una muerte anunciada* y, en esa oportunidad, Juan Gossain entrevistó a los protagonistas del relato para realzar el suceso literario¹¹.

Primicias también fueron los epistolarios inéditos que publicó el *Magazín*: del general Uribe Uribe, de Olaya Herrera y de Marco Fidel Suárez. Así mismo, el *Dominical* dio la primicia en mayo de 1965 de *La violencia en Colombia*, de Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna y Germán Guzmán Campos, título imprescindible en la historiografía nacional.

En 1968 publicó la serie «Tripulantes de un barco de papel», del escritor pereirano Lino Gil Jaramillo, con semblanzas de personajes claves en la historia de *El Espectador*: Luis Cano, Barba Jacob, Armando Solano, Luis Eduardo Nieto Caballero, Ricardo Rendón¹², Luis Tejada, José Mar, Eduardo Zalamea Borda, Jorge Zalamea y Luis Vidales. Salió como libro en 1975 y se volvió un clásico. Ese mismo año ofreció un capítulo de la novela que ganó el Premio Esso, *Mateo el flautista*, del escritor costeño y colaborador del *Magazín*, Alberto Duque López, el Tigre.

¹¹ Diez años atrás, Gossain le hizo una serie de entrevistas a García Márquez por su retorno al país.

¹² Rendón empezó a publicar en 1915 sus dibujos y caricaturas en *La Semana*, el primer suplemento cultural de *El Espectador* de Medellín. Y siguió publicando en primera plana hasta que cambió el nombre a *Dominical*, en 1924.

Por supuesto, don Guillermo fue inspirador del *Magazín Dominical* en sus distintas etapas desde 1948. Según escribió José Salgar en 1999, «Guillermo Cano permitió que al *Magazín* llegaran nuevas corrientes intelectuales de protesta como el Nadaísmo de Gonzalo Arango, prolongado hasta hoy por Jotamario». En efecto, Jotamario Arbeláez sostuvo entre 1970 y 1973 la columna «El huevo filosofal» (nombre que habría sido tomado de la charla dada por el poeta dos años antes: «Calientame los huevos, mamá, que me voy para Vietnam»). Se la turnaba con el Monje Loco, Elmo Valencia. Pero mucho antes, desde 1959, Gonzalo Arango colaboraba en el *Magazín*, como también lo hizo su maestro Fernando González.

Después del cierre por la dictadura, el *Magazín Dominical* tuvo un receso de cinco años y reapareció el 17 de julio de 1960 en tamaño universal, como una sección del periódico. Su director durante esos primeros años fue GOG. Luego se perdió el rastro de los directores porque no había bandera de créditos, pero uno de los reporteros más asiduos fue Álvaro Monroy, que acompañó los avances de la televisión en Colombia desde que se inauguró y escribió sobre farándula, publicidad y espectáculos. Publicó una extensa entrevista con Marta Traba el 4 de noviembre de 1962, en la que la argentina sorprendió por su distanciamiento crítico del feminismo al opinar que las mujeres eran un desastre en la política: «actúan por reacciones emotivas, desde un zapatazo hasta la agresión verbal», y lamentó tener solo alumnas en la Escuela de Artes de la Nacional porque consideraba que los hombres tenían más fuerza y seriedad, como Luis Caballero, su único alumno.

A partir de 1963, el *Magazín* anunció un cambio de formato: volvió al tabloide, como lo fue en su mejor época. Mantuvo los temas literarios, la crónica histórica y la información sobre movimientos artísticos con críticos como Walter Engel y Ugo Barti, a cargo de la crítica de cine, que además ilustraba. En enero de 1973 se inició otra etapa del *Magazín Dominical* con nuevo cabezote y nuevo director: Julio Nieto Bernal, quien venía de ser consejero cultural de la embajada de Argentina. A partir de 1977, Miguel Garzón, experimentado periodista cultural del diario desde los sesenta, asumió la dirección y allí permaneció hasta 1983. En el diario, Ana María Urbina quedó encargada de la columna «Arte y parte» y de las fuentes culturales.

Merece recordarse del nonagésimo aniversario del periódico el *Dominical* que hizo las veces de catálogo del Salón de Arte 90 años de *El Espectador*. El evento fue organizado en octubre de 1977 por la galería Arte Independencia, propiedad del empresario de medios Carlos Pinzón, amigo cercano de don Guillermo. Según Sonia Cárdenas, cuñada de Pinzón y encargada de la galería,

ningún catálogo de arte había tenido tanta difusión, y este contó con la presentación del crítico Álvaro Medina a las 46 obras de la muestra, en su mayoría de cotizados artistas que se unieron al festejo.

Del coctel de inauguración, al que asistió Gabriel García Márquez, quedó un amplio registro fotográfico, pero la memoria de Sonia Cárdenas retiene la mejor anécdota:

Don Guillermo estaba parado al lado de la escultura *Acero sobre acero* (60 x 60 x 20 cm) de Feliza Bursztyn, y en medio del tumulto la tumbó y se cayeron las piezas de acero inoxidable una sobre otra. Él, asustado, me pidió que me ocupara del asunto. Al día siguiente me fui para el taller de la artista en Quinta Paredes, cerca de Corferias, y Feliza muy amablemente volvió a soldarla sin cobrar nada.¹³

Su última etapa comenzó en marzo de 1983, cuando el *Magazín* adoptó el formato de revista con 32 páginas a todo color. Asumieron la dirección Fernando Cano y Carlos Duque, con la coordinación de Guillermo González. Este último recuerda de dónde salió la idea:

Una vez estábamos con don Guillermo en la redacción cuando llegó García Márquez y se puso a contar sobre el periódico *El Otro*, que planeaba sacar. Dijo que lo haría con reporteros menores de treinta años, porque los mayores tenían ya muchos vicios. A los pocos días don Guillermo nos llamó a Fernando Cano, a Carlos Duque¹⁴ y a mí, y dijo: «Vamos a adelantárnosle a Gabo», y nos entregó el *Magazín Dominical* para que hiciéramos lo que quisiéramos con él. Después tuve un taller en Buenos Aires con Tomás Eloy Martínez y me contó que le había dicho a Gabo: «O usted sigue escribiendo novelas o va a hacer un periódico, no puede con las dos cosas».¹⁵

A partir del número 74, Fernando Cano quedó como único director y en el número 83 se sumó al equipo Marisol Cano Busquets (hija de Alfonso y María Antonieta). Los directores le imprimieron una llamativa imagen gráfica y ampliaron la agenda temática, propuesta que no fue del agrado de todos los lectores, recuerda Fernando Cano. Llegaron numerosas cartas de los

¹³ Comunicación personal, 13 de marzo de 2025.

¹⁴ Carlos Duque era el diseñador del periódico desde finales de los setenta, el que le puso la línea roja característica del liberalismo.

¹⁵ Comunicación personal, 6 de junio de 2025.

insatisfechos con la nueva orientación editorial, menos enfocada en la literatura y en la cultura clásica. Hubo lectores descontentos por la salida del anterior director Miguel Garzón, y de los columnistas Eduardo Caballero (Swann), Isaías Peña Gutiérrez y Antonio Panesso Robledo. Una de las más molestas fue la Cacica, quien le dedicó un réquiem al suplemento en su columna. Sin embargo, el *Magazín* le publicó una serie sobre compositores vallenatos.

Además del espléndido uso de la fotografía, especialidad de los directores, que se apoyaron en fotógrafos como Abdú Eljaiek y Hernán Díaz, tuvieron despliegue la ilustración y la caricatura, esta última con los «Cartones de Garzón». Para buscar el balance con los textos se incluyeron firmas cotizadas como la de Marta Traba, de quien se publicaron varios artículos en 1983, antes de su accidente mortal. Otras destacadas y asiduas colaboradoras fueron la maestra Beatriz González, la antropóloga Nina S. de Friedemann, la literata Monserrat Ordóñez y la socióloga María Cristina Salazar. Tras la muerte de Guillermo Cano, asumió la dirección Marisol Cano, a quien acompañó el poeta Juan Manuel Roca.

La línea editorial de esos años ochenta estuvo marcada por la cultura en su sentido más antropológico e impulsó el desarrollo de unas políticas culturales que cobraron pleno sentido con la Constitución de 1991. El académico español Jesús Martín-Barbero, colaborador habitual, ayudó a darle un norte a ese periodismo cultural que ponía el oído en las regiones del país y que se apuntaba a los debates contemporáneos de la cultura aunando disciplinas de las ciencias sociales. Con esa visión, una vendedora de arepas de Cartagena podía ser la portada.

Guillermo González, quien fue coordinador editorial desde los inicios del *Magazín*, transitaba de los temas indígenas¹⁶ y de derechos humanos a los culturales con la cobertura de festivales de cine y de teatro. Según él, el *Magazín* fue un consentido de don Guillermo, que nunca llegó a vetarlos. Siempre tuvo un espíritu abierto a todas las tendencias y disciplinas¹⁷. «Uno de los números más escandalosos fue sobre los desaparecidos, y al día siguiente el comandante de las Fuerzas Militares dijo que eso era propaganda

¹⁶ Estuvo en la Sierra Nevada, en Nabusimake, cuando sacaron a los sacerdotes capuchinos. Con Claudia Cano, antropóloga de la familia, Guillermo trabajó varios artículos sobre indígenas.

¹⁷ Palabras en la inauguración de la exposición del *Magazín Dominical*, en la Feria Internacional del Libro de Bogotá 2025.

subversiva, y don Guillermo sacó un editorial respaldándonos porque habíamos dado todas las evidencias»¹⁸.

Para Jacques Gilard (1996), después de las flagrantes violaciones a los derechos humanos que propició el Estatuto de Seguridad, el periódico quiso tomar más distancia de las instituciones políticas y de ciertas prácticas intelectuales alentadas por la clase dirigente. De ahí el elegante tono contestatario que adoptó el *Magazín*.

LAS FUERA DE SERIE

En el apartado de los libros se encuentran tres modalidades editoriales: las series periodísticas que dieron origen a libros de divulgación y de denuncia, las compilaciones de cronistas y columnistas de *El Espectador* y las historias del periódico contadas por quienes fueron arte y parte del diario decano y que en particular evocan a Don Guiller (apodo cariñoso que le tenían en la redacción). Algunos de los prólogos los escribió el director, animador de estas aventuras editoriales.

Con el inicio del Frente Nacional surgió la serie «Los municipios olvidados», que se publicó entre 1958 y 1959¹⁹ en la edición diaria y que fue concebida por Gonzalo González, GOG, y el periodista Marco Tulio Rodríguez como una campaña para volver los ojos sobre esas poblaciones abandonadas por el Estado. Fue el punto de partida de otras campañas de *El Espectador* que acompañaron el propósito del Gobierno de Alberto Lleras Camargo de mirar hacia las regiones más vulnerables a la infiltración comunista²⁰. Esta campaña, por ejemplo, llegó a Cumaral (la tierra de Guadalupe Salcedo en los Llanos Orientales), donde las gentes seguían recordando con orgullo a sus guerrillas. Incluso, como la violencia campeaba en los campos, al llegar

¹⁸ Comunicación personal, 6 de junio de 2025.

¹⁹ *Los municipios olvidados* fue publicado como libro en 1982 por la Asociación Liberal de Integración Social, sin el apoyo de *El Espectador* debido a un conflicto laboral que hubo en 1961 entre las directivas del diario y los empleados sindicalizados, que le costó el despido a Marco Tulio Rodríguez por decisión de don Gabriel Cano.

²⁰ Así mismo, encajó en este proyecto la campaña de alfabetización que lanzó el periódico en marzo de 1961 para celebrar sus 74 años. Con el apoyo de instituciones educativas como el SENA y empresas privadas, llegó a numerosos barrios de la capital y se enfocó en las repartidoras del diario.

a Pulí (Cundinamarca), el alcalde le puso escolta a la comitiva de prensa, según lo refirió Marco Tulio Rodríguez:

Afirman que no es violencia política organizada. Pero sí se puede apreciar que tiene cierto carácter partidista. Nos hablaron de que se está operando una dramática paridad en los muertos. Cae un liberal y el muerto siguiente es conservador. La cadena se repite con alguna frecuencia.

Así, La Chiva de *El Espectador* (el mismo jeep que rodaba con los escarabajos en las vueltas ciclísticas y que recogía los artículos de los colaboradores) empezó a desplazarse por los 32 municipios casi borrados del mapa. La comitiva estaba conformada por el periodista Marco Tulio Rodríguez, el reportero gráfico Carlos García Rozo, un médico y un pedagogo que hacían el diagnóstico de las condiciones de salubridad, educación, servicios públicos e infraestructura. Muchos reportajes concluían con una paradoja dramática: los municipios más ricos en recursos minerales eran los más miserables. Los recorridos, que podían durar uno o varios días, incluían todos los medios de locomoción, dependiendo de si eran pueblos costeros, del interior o de la selva. La misión rodante era recibida con alborozo carnavalero porque rara vez había llegado un medio de comunicación a esas lejanías. Por esa campaña, contó doña Ana María Busquets, se realizó un evento anual en *El Espectador* al que llegaban niños delegados por los distintos municipios para aprender cómo se hacía un periódico, y por eso ella terminó con toda clase de especies exóticas en la finca: guacamayas, azulejos, micos, cabras y venados como «ofrendas» de agradecimiento²¹.

En agosto de 1960, con ocasión del Premio Mergenthaler de la Sociedad Interamericana de Prensa a la serie de los municipios, el editorial de *El Espectador* destacó las calidades profesionales de Marco Tulio Rodríguez, que a sus treinta años habría podido sobresalir en el derecho o en la política, pero prefirió dedicarse al periodismo comprometido. Dos meses después, cuando Marco Tulio recibió el galardón internacional, otro editorial resaltó estas investigaciones «traídas desde el fondo del mapa nacional, que han promovido últimamente debates en el Congreso, citaciones ministeriales, y han creado una atmósfera de interés total en la máxima corporación del país por las desoladas comarcas colombianas». Prueba del vínculo que creó el periódico con las comunidades fue el viaje que hizo desde la selva del Caquetá

²¹ Comunicación personal, 6 de febrero de 2025.

al periódico el cacique coreguaje, porque la única persona que conocía en la capital era «al doctor Marco Tulio Rodríguez».

Iáder Giraldo, recién llegado a la redacción de *El Espectador* en 1960, publicó una serie de cinco entregas titulada «El Túnel de Belén»: un socavón antes ocupado por una fábrica de loza que pasó a ser el refugio de más de 1.500 personas. Así escribió el cronista:

Los habitantes de *El Túnel* escapan de las páginas de Víctor Hugo en las alcantarillas de París y representan –a 12 cuadras de la Plaza de Bolívar– la más cruda escena del neorrealismo italiano en su vida subterránea e infrahumana.

En la última entrega se anunció la visita del alcalde de Bogotá, quien agradeció la campaña de *El Espectador* sobre ese foco de miseria, inseguridad y contaminación. La serie quedó recogida en la antología del autor²².

Otro golpe de circulación lo dio Germán Pinzón con la serie de seis crónicas titulada «Del cielo al infierno», que disparó en ¡20.000 ejemplares! las ventas en un día. El cronista se desplazó a la selva del Caquetá donde se perdieron 22 expedicionarios, que salieron en avión de Gigante (Huila) y no se volvió a tener noticia de ellos, como tampoco del grupo de soldados que fue en su búsqueda. La noticia tuvo repercusión internacional porque entre los expedicionarios viajaba una pareja de estadounidenses, Mark y Sussy Cantrell. Sobre la serie escribió Juan José Hoyos, autor de la antología de Pinzón, *Reportero hasta morir*:

Fiel al método que había desarrollado en reportajes anteriores, Pinzón viajó a la zona y se unió a una nueva comisión de once hombres, que partió de Gigante (Huila) a buscar a los expedicionarios. Como Henry Morton Stanley cuando iba por el río Nilo en busca de Livingstone, Pinzón escribió varios relatos donde contaba lo que iban encontrando a medida que se internaban en la selva.²³

De la serie periodística se saltó a la histórica con el «Diario de la Independencia», publicado entre abril y agosto de 1967, por el sesquicentenario de la gesta. A partir de entonces, su autor, el boyacense Héctor Muñoz Bustamante, se

²² Iáder Giraldo, *Escritos*, Biblioteca de Literatura Colombiana (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1986).

²³ Pinzón, *Reportero hasta morir*, 12.

convirtió en el periodista-historiador de la casa²⁴. Todos los días en primera página se publicó un capítulo de la serie, «escrita como si el periodista estuviera actuando de corresponsal del ejército libertador unas veces y otras como corresponsal de guerra en el ejército español», escribió Guillermo Cano en el prólogo del libro publicado en 1977. Según él, «el autor puso a los lectores en contacto con sus personajes, los grandes de la historia, pero también con los humildes, con los poco conocidos, que también son historia».

Mike Forero Nogués, con músculo periodístico para correr en cualquier pista, publicó nueve entregas de la serie «Colombia por carretera» a finales de 1976. El viaje lo hizo en la famosa Chiva y sin reportero gráfico porque él tomó las fotos. Su propósito era mostrar nuevos caminos para conocer el país y llegar al mar por tierra desde Bucaramanga, una experiencia recomendable para los aventureros porque no faltaban obstáculos en la ruta. En cada crónica cuenta un poco de la historia de la población, las tradiciones y leyendas, los hijos y las hijas ilustres, los atractivos turísticos, las opciones de alojamiento, y conversa con lugareños con esa familiaridad ganada en tantos años de cubrimiento de la Vuelta a Colombia, siempre atento al kilometraje.

Pero no hay duda de que la serie más ambiciosa del periódico fue «Anatomía de un país», publicada entre 1974 y 1978²⁵. Por ella, Alberto Mendoza Morales recibió el Premio Mergenthaler de la Sociedad Interamericana de Prensa en 1975. Fue un éxito de ventas porque llegó a agotar las ediciones del día martes, y eran tantos los mensajes de congratulación provenientes de todo el país que el periódico decidió abrirles un espacio. En agosto de 1977, para celebrar sus noventa años, *El Espectador* sacó una segunda compilación de «Anatomía de un país», y Hernando Giraldo hizo una semblanza en el *Dominical* del tolimense Alberto Mendoza Morales, a quien llamó «cirujano del país»:

[...] porque siempre he visto en el sociólogo, arquitecto y periodista a un médico empeñado en curar y analizar este cuerpo social enfermo y decaído que es Colombia. Como clínico tiene un ojo prodigioso para detectar las causas del mal. Es el gran cirujano que maneja el bisturí con precisión matemática. Y como es generoso en grado sumo, hace las primeras curaciones. Pero no puede pasar de allí. El sistema imperante no se lo permite.

²⁴ En 2007, publicó el libro *Fidel Cano: patriarca del periodismo* (Bogotá: Editora Guadalupe).

²⁵ «Monotonía de un país», la calificaron los críticos mordaces.

Al finalizar la serie, el autor dimensionó la proeza: «El primer año de estudio recorrí 25.000 kilómetros. Fue como haber ido hasta la India. Hoy hay que multiplicar ese kilometraje por tres, de manera que es casi como haberle dado ya dos veces la vuelta a la tierra». Se enorgulleció de haber inspeccionado a pie todo Bogotá y de la participación de más de 5.000 colombianos que contribuyeron con los diagnósticos y las soluciones.

En el marco del mismo aniversario se publicó la serie «Al rescate de la aldea colombiana», la cual se alternó con «Anatomía de ciudades» del citado Alberto Mendoza, autor que repitió récord de ventas con «Anatomía de las regiones», la cual tuvo más de sesenta entregas y terminó impresa en libro. Igualmente, empezó a circular la edición diaria de Antioquia y de la Costa, esta última proyectada para llegar a todos los departamentos y al archipiélago.

La avezada periodista Gloria Pachón de Galán, hija de Álvaro Pachón de la Torre, escribió para *El Espectador* la serie «Se acaba la familia: Investigación sobre la sociedad colombiana», compuesta por 33 informes que demostraron las catastróficas condiciones en las que vivían muchas familias colombianas. En el prólogo, Guillermo Cano dice que en 1978 Gloria Pachón les propuso publicar esa investigación y acogieron la idea con entusiasmo por varias razones:

[...] entre ellas, la certidumbre de que el trabajo periodístico de Gloria iría mucho más allá de las aproximaciones superficiales o tendenciosas a que se nos tiene acostumbrados en el país [...] Conocimos de largo tiempo atrás las calidades y cualidades de periodista completa por preparación universitaria, por vocación de la sangre y por consagración de la inteligencia.

Como parte de la serie salieron dos informes en 1979 sobre las familias de inmigrantes en el país que dejaron un legado, entre ellas la del empresario catalán Juan Busquets, padre de Ana María y María Antonieta. Tras recibir el Premio de Periodismo Simón Bolívar, la serie se volvió libro en 1981.

Después del éxito de «Anatomía de un país», Alberto Mendoza Morales publicó en 1979 otra ambiciosa investigación llamada «Así creció Colombia»: una historia de la planeación desde los tiempos de la Conquista. Sin tomarse una pausa, siguió en 1980 con «La Colombia posible». El escritor, arquitecto especializado en planificación urbana, agradeció a su esposa, la antropóloga alemana Angela Müller-Dango, por ayudarle a recabar la información y a *El Espectador*, periódico que el autor califica de «universidad a distancia en formación», por patrocinarlo.

El otro autor incansable, Héctor Muñoz, volvió a jugársela con la serie histórica de largo aliento «Bolívar en anécdotas», publicada entre marzo y julio de 1983, para conmemorar el bicentenario del nacimiento del Libertador. Luego apareció como libro con portada de Carlos Duque e ilustraciones de Al Donado. Guillermo Cano resaltó en el prólogo que esa serie se había convertido en un texto obligado de estudio en la Cátedra Bolivariana que se estaba impartiendo en los colegios: «*El Espectador* y su periodista-historiador Héctor Muñoz han logrado volver noticia la historia y ese es un fenómeno que se ya se considera dentro y fuera del país», escribió.

De la veta de denuncia característica de *El Espectador* salieron varios de sus títulos invaluable, tanto por la solvencia intelectual de los autores como por el impacto de los temas. Jorge Child y Mario Arango publicaron los libros *Bancarrotas y crisis (1842-1984)* y *Narcotráfico: imperio de la cocaína*. El primero se originó en una serie de quince crónicas titulada «Historia de las bancarrotas colombianas desde Landínez (1842) hasta el año financiero negro de 1982», que se publicó entre septiembre y octubre de 1982, cuando empezó la crisis de Félix Correa, y para el libro adicionaron el desenlace del Grupo Grancolombiano. El segundo título partió de veinte entregas publicadas en 1984 bajo el título «La historia del narcotráfico». Para demostrar la manipulación política del narcotráfico y la doble moral de los Gobiernos de Estados Unidos y de América del Sur con sus campañas antinarcóticos, los autores se remontaron a la época de la Colonia cuando los españoles descubrieron la coca. La serie recibió premio del Círculo de Periodistas de Bogotá, en la modalidad de Prensa, en 1985²⁶.

En 1980, María Teresa Herrán publicó la serie «El sindicalismo por dentro y por fuera», con la que se ganó el Premio Simón Bolívar. En ella quiso mostrar cómo los medios de comunicación en Colombia habían reproducido los prejuicios del sector privado frente a los sindicatos y distorsionado la información relativa a sus luchas. En 1985, Herrán sacó la serie «¿La sociedad de la mentira?», ilustrada por Garzón, en la cual expuso las mentiras de la sociedad colombiana que habían traspasado todos los límites tolerables, según lo confrontó con psiquiatras, sociólogos y otros especialistas. Entre esas mentiras incluía las de los procesos de paz, la evasión fiscal, las drogas

²⁶ Con posterioridad a la muerte de Guillermo Cano, pero resultado de la investigación que él impulsó, Fabio Castillo publicó *Los jinetes de la cocaína*, otro de esos «incansables», que en la portada de la primera edición de 1987 tiene la foto de Pablo Escobar reseñado por la Policía.

y la desinformación. El libro fue publicado en 1986, cuando María Teresa era presidenta del Círculo de Periodistas de Bogotá.

Con motivo del centenario de *El Espectador*, que con tanto entusiasmo preparó el director junto con Gonzalo Mallarino, pero que no alcanzó a celebrar, se publicaron varios libros por entregas: «Los mil protagonistas del siglo XX», «Nuestra fauna», «Espectadores de 100 años», «El deporte en el centenario» y «Espectadores 2000». Este último proyecto respondió al Año Internacional de la Juventud y circuló durante una década bajo la dirección de María Antonieta Busquets. Don Guillermo igualmente comisionó al escritor Antonio Montaña para que fuera a recorrer en flota los pueblos colombianos, en una suerte de *remake* de «Anatomía de un país». Circuló entre 1986 y 1988 y se llamó «Así es Colombia».

Pero el libro más especial para don Guillermo fue *Los decanos*, de Sara Marcela Bozzi, que había sido corresponsal en Cartagena y colaboradora habitual del *Magazín Dominical*. En 1986, ella le ofreció escribir el libro de los cien años del periódico y él aceptó de inmediato. Además de las dos entrevistas largas que sostuvieron, la contactó con Gabriel García Márquez, quien la recibió cálidamente en México para darle la extensa entrevista que cierra el libro.

Como era profesora de la Universidad de Cartagena, Sara Marcela viajaba cada quince días a Bogotá para entrevistarse con el director, zambullirse en el archivo del periódico y entrevistar al clan de los Cano y a José Salgar. El libro, publicado en coedición con la Universidad de Cartagena y la Biblioteca Pública Piloto de Medellín, se presentó el 22 de marzo de 1987 en el paraninfo de la Universidad, que le concedió el *honoris causa* póstumo al director²⁷.

MÁS LIBROS SALIDOS DE LA CASA «MATRIZ»

Quizá el apartado más nutrido –y que no agotará esta relación por lo extenso– es el de las antologías de columnistas y de cronistas del diario en la época de don Guillermo. De Gabriel García Márquez, la estrella de todos los tiempos, está recogida la casi totalidad de su producción en *El Espectador* hasta la última columna dominical que sostuvo entre 1980 y 1984, vecina de la «Libreta de apuntes». Pero aquí nos limitaremos a autores menos laureados.

Además del citado Lucas Caballero Calderón, cuya obra ocupa varios títulos, otro de los escritores de humor más queridos y más leídos del diario

²⁷ Comunicación personal, 23 de mayo de 2025.

fue Alfonso Castillo Gómez²⁸, cuyas leídas columnas están compiladas en *Coctelera* (1966) –columna que duró 32 años– y en *Alkanotas* (1971). Cuando salió esta última antología, Rogelio Echavarría escribió que el éxito del cronista se debía a que era el que

[...] con más desparpajo y cachondeo interpreta el modo tradicional bogotano de ver a la gente y quien, con el lenguaje más vivo y castizo, y con esa gracia heredada pero siempre novedosa hace la crítica más efectiva de las costumbres.²⁹

De Argos se publicaron tres columnas los domingos: «Gazapera», con sus sapientes y amenas lecciones sobre usos del lenguaje; «Cursillo de mitología», para humanizar con su gracia maicera a los dioses del Olimpo, y «Cursillo de historia sagrada». Esta última era narrada por el maestro Feliciano Ríos, el zapatero creado por el escritor caldense Rafael Arango Villegas. Argos dejó recogida en veinticuatro volúmenes la producción periodística de sus últimos trece años de vida³⁰. Así de claro tenía el carácter irrepetible de su obra que, sin someterla a la academia, cumplió con los cánones históricos y gramaticales. Y, por supuesto, con los de los Cano.

De la Biblioteca de El Espectador son los dos libros de Héctor Osuna en los que demuestra sus dotes de regío fisonomista y lúcido intérprete de la coyuntura política. El primero, *Osuna de frente* (1983), ofrece una panorámica de los gobiernos del Frente Nacional desde 1959 y los subsiguientes. En su «Libreta», Guillermo Cano lo consideró el mejor libro del año en Colombia, un libro que demostraba que Osuna «llegó muy joven a alcanzar un sitio en la inmortalidad del periodismo colombiano». En el segundo, *Osuna 84-05* (2005) hay una selección de su serie dominical «Rasgos y rasguños» por la que desfilan personajes reales e imaginarios que encarnan la crónica política semanal. Porque, como dijo su estudioso Miguel Escobar Calle, Osuna no hace historia, hace crónicas que por su carácter seriado se van convirtiendo en historietas, cuya trama siguen los lectores atentos.

²⁸ Según un reporte de 1970, el segundo columnista más leído en Colombia después de Calibán era Castillo Gómez. Le seguía Panesso Robledo, también de *El Espectador*.

²⁹ Rogelio Echavarría, *Mil y una notas*, vol. 1 (Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995), 156.

³⁰ La Universidad de Antioquia publicó varios de ellos.

Émulo de los cronistas de humor fue Óscar Alarcón, quien publicó *En serio y en broma* (1997), una compilación de la columna que comenzó a publicar en 1979; además de «La semana que ya pasó» y los clásicos «Microlingotes», que desde 1981 sirven de postre a *El Espectador* del domingo.

Pangloss publicó en 1975 *La espada en el arado*, una recopilación de sus crónicas y artículos relacionados con Israel, que comenzó a escribir en *El Espectador* desde la guerra de los seis días en 1967. Según Salvador Rozental, autor del prólogo, debido a su defensa de la causa judía, Pangloss había sido amenazado en numerosas ocasiones, «pero se ha mantenido siempre en sus convicciones, enfrentando con heroísmo las amenazas». En 1979 publicó una selección de su columna «La torre de marfil»: *Ensayos sobre el pensamiento y el poder*.

En 1984 salió la voluminosa antología *El personaje y los hechos: Testimonio de un reportero*. Allí se encuentran magistrales crónicas, entrevistas políticas y siluetas parlamentarias en las que Darío Bautista interpela sin genuflexiones a las figuras del poder político y económico, a las que suele referirse con epítetos (a Guillermo León Valencia le decía «el adelantado de Belalcázar» y a Laureano Gómez, «el Restaurador»). A quien deja más mal parado es a Gaitán, cuyos discursos disecciona con escalpelo para mostrar sus sofismas, como se aprecia en esta cita:

«Os hablo a vosotros, los de aquí y a los cientos de miles de hombres humildes que allá en el campo, en el villorrio como en la vereda, me están escuchando a la luz mortecina de una vela». (Que le informen de este descubrimiento extraordinario al gerente de la Energía Eléctrica ahora que estamos en pleno racionamiento de servicio; conectar el radio con el «mecho humilde» no lo soñó nunca Edison)³¹.

En la crónica sobre la censura que se impuso tras el cuartelazo o «sainete» de Pasto, Bautista da muestras de su ironía opita al rendirle homenaje al que fuera presidente de Colombia por 105 minutos: Aníbal Badel, un político de Corozal encargado por el designado Darío Echandía de hacerse cargo de Palacio mientras él iba a pasar revista a las tropas.

Escritos, de Iáder Giraldo, compila piezas memorables entre columnas, entrevistas y reportajes, publicadas en el periódico al que dedicó un sentido elogio en su nonagésimo aniversario:

³¹ Bautista Olaya, *El personaje y los hechos: Testimonio de un reportero*, 81.

Haberse formado para menesteres del periodismo en esa prestigiosa universidad, imprime carácter. Haber sido discípulo del Mono Salgar, en la vasta ciencia reporteril y haber recibido las orientaciones, amonestaciones o congratulaciones de don Gabrielito o de Guillermo Cano, son grados incontrovertibles en la formación profesional, que imponen obligaciones y compromisos.³²

Así mismo, las hijas de Gonzalo González, GOG, publicaron en 2012 un libro póstumo titulado *Laberintos del lenguaje*, en el que se perpetúa su faceta de filólogo, una entre tantas que tuvo el periodista-humanista creador de crucigramas. En el «prólogo», Daniel Samper Pizano destaca el propósito pedagógico de los comentarios recogidos porque GOG fue maestro del lenguaje y dictaba un provechoso cursillo a estudiantes y colegas en el que denunciaba las trampas del lenguaje con humor para que calaran en los lectores. Lo definió como «precoz Wikipedia andante en la sala de redacción de *El Espectador*».

Por su parte, Mariana Serrano Zalamea recogió la obra periodística de su abuelo bajo el título *Ulises en un mar de tinta*, que publicó la Universidad de los Andes en 2015, la única compilación existente de tan brillante escritor. Allí aparecen escritos del *Dominical* entre 1952 y 1955 y una colección de breves «Intermedios», que la compiladora califica de «poética periodística de Ulises» sobre las mujeres, la naturaleza, la escritura, París y temas varios. Termina con una selección de su columna «La ciudad y el mundo», en la que se destaca la del descubrimiento de García Márquez en octubre de 1947, en quien Ulises reconoció una desconcertante madurez prematura.

Otro de los protagonistas de la historia del periódico por más de medio siglo, José Salgar, recogió en su *Coletilla al fin de siglo* (1999) las columnas de «El hombre de la calle», que reviven distintos momentos del periódico (antes y después de la venta al Grupo Santo Domingo, que lo dejó de director encargado hasta hacer el empalme con Rodrigo Pardo) y retratan a sus principales protagonistas, como Guillermo Cano.

Juan Mendoza-Vega, quien durante más de cuarenta años mantuvo su «Columna médica» y sus crónicas científicas, publicó una antología con la Academia Nacional de Medicina, presidida por José Félix Patiño, quien lo calificó de «paradigma del periodismo médico». Una de sus colaboraciones célebres se tituló «Una bala mortal en el cerebro», en la que como neurocirujano analizó la trayectoria de la bala que mató al senador Robert F. Kennedy

³² Giraldo, *Escritos*, 25.

el 6 de junio de 1968. En esos textos se constata no solo la dimensión humanística que le dio Mendoza-Vega al periodismo científico, sino su visión crítica al cuestionar la Ley 100 de 1993 por sus negativos impactos en la seguridad social.

Juan José Hoyos, autor de varias compilaciones de periodismo narrativo editadas por la Universidad de Antioquia, recogió en *Crónica del día* las mejores piezas de Juan Gossain en *El Espectador*, publicadas entre 1968 y 1971. En el prólogo, Hoyos destaca al reportero de San Bernardo del Viento, «que nos narra un país convulsionado, lleno de pobreza y de ilusiones y también lleno de alegría»³³.

De la costa Atlántica sobresalen igualmente Antonio J. Olier y Dino Manco Bermúdez, corresponsales de la edición Costa. El libro de Olier, compilado por Jorge García Usta (1989) se titula *Cincuenta años de cuartillas*. Olier, natural de Tolú, empezó a colaborar en *El Espectador* en 1962 con noticias, reportajes y editoriales sobre su región, como se vio antes.

El barranquillero Dino Manco –hijo de Floro Manco, padre del cine documental en Colombia– publicó dos volúmenes de su columna «Apuntes de la Costa» (1981 y 1990), en los que consignó sus visiones de sociólogo sobre temas de todo orden, con preferencia por los deportes. Con su ágil estilo de periodista radial, denunció los abusos de los que era objeto la Costa, en general, y La Arenosa, en particular, por políticos cachacos. Cita la vez en que un burócrata de los Seguros Sociales de Bogotá fue a la seccional de Barranquilla y se enamoró de un cuadro de Héctor Rojas Herazo, «cipote mojarra», y con la excusa de que lo iba a dañar el óxido se lo llevó.

De los escritores del *Dominical* en su primera época se puede acceder a la antología de Álvaro Pachón de la Torre que hizo José Luis Díaz-Granados: *Crónicas de un Narrador Indiscreto* (2006). Recoge sus últimos escritos en el *Magazín* como un abreboca de su prosa magistral porque su prolífica obra –solo en *El Espectador*– ocuparía varios volúmenes.

En *Trece crónicas* (1973) se encuentran las memorias de un reportero judicial sobre medio siglo de crímenes en Bogotá: Felipe González Toledo. A sus ochenta años decidió hacerle caso a su amigo Rogelio Echavarría y reescribió las crónicas más sonadas en su época, empezando por la del proceso de Gaitán. Y la autora de este libro recogió treinta y tres *Crónicas bogotanas*

³³ Juan Gossain, *Crónica del día*. Compilación y prólogo de Juan José Hoyos (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003), xv.

(2011) en *El Espectador* y en *Sucesos*³⁴, que demuestran la pericia del cronista como paseante urbano que retrató la Bogotá de los años cincuenta cual fotógrafo de cajón.

Imperdible es la antología *Pabellón de reposo*, como se llamaba la columna de Jesús Zárate Moreno, Zalacaín, quien tomó prestado el nombre de una novela de Camilo José Cela y el seudónimo de un personaje de Pío Baroja. Se publicó entre 1948 y 1951 en el *Dominical* y fue recogida en un primer tomo en 2016. El escritor alternaba en su tribuna la crítica literaria con la crónica de costumbres, el ensayo de andar por casa y las semblanzas.

De las mujeres, la periodista más recogida ha sido Emilia Pardo Umaña, que empezó su carrera en *El Espectador*. De la época de don Guillermo, el primer libro que salió de una columna fue el de María Inés Montaña, quien le heredó la gracia narrativa a su madre, doña Inés de Montaña. Cuando se fue a vivir con sus padres a Estados Unidos en 1951 empezó a enviar sus frescas colaboraciones sobre el ambiente cotidiano en un *college*, bajo el título «Diario de una colegiala». Se publicó después como libro, en 1953, prologado por un entusiasta Zalamea Borda que vio en la autora la noble catadura de su madre, y tuvo gran acogida entre lectoras que tenían el sueño americano.

Extrañamente, no hay libros que recojan el legado de Inés de Montaña, vinculada por más de cuarenta años al diario como directora de la sección femenina. Mario Latorre Rueda, exrector de la Universidad Nacional, reparó en algo esta ausencia con su libro *Hombres y mujeres cuentan su vida* (1979) en el que dedica un ensayo a los «correos femeninos» de los diarios bogotanos. Esas cartas desesperadas de hombres y mujeres permitían trazar un retrato de nuestra sociedad. Se enfoca en la sección «I. M. contesta» de Inés de Montaña y en el «Buzón femenino» de la española Tony Llovel en *El Tiempo*.

Como curiosidad, dos crónicas de la serie «Meridiano 82» de la correspondencia en San Andrés Hazel Robinson Abrahams fueron el germen de sendas novelas publicadas a comienzos de este siglo: *No Give Up, Maan!* (*¡No te rindas!*) y *Sail Ahoy!!!* (*¡Vela a la vista!*). Esta última, incluida en la Biblioteca de Escritoras Colombianas, alude al caracol como símbolo de resistencia porque servía para anunciar la llegada de las naves, un incendio o la muerte de alguien. En el prólogo, Adriana Rosas Consuegra dice:

Un hecho histórico que afectó de manera directa al archipiélago caribeño es descrito en *Sail Ahoy!!!* Durante la Segunda Guerra Mundial, los

³⁴ Felipe González Toledo, *Crónicas bogotanas*, con selección y prólogo de Maryluz Vallejo Mejía (Bogotá: Planeta y Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008).

submarinos alemanes bombardearon algunas goletas, y varios isleños perdieron la vida. Este tema lo había tratado la escritora en *El Espectador* el 23 de agosto de 1959, en una crónica que tituló «La goleta *Persistence* cruzó el mar, ilesa, por entre submarinos nazis», en la que escribe sobre el significado de su nombre: Perseverancia, persistencia, o lo que es lo mismo, firmeza en los propósitos o permanencia en la ejecución de algo.³⁵

Se cierra este apartado con los libros que cuentan la historia de *El Espectador*. Además de los citados, está *Apuntes de un espectador*, de Gabriel Cano, con una selección de su obra de medio siglo, y la «autobiografía de un periódico» («Posdata» de don Guillermo para cubrir la década 1967-1977)³⁶. En el ya mencionado *Los decanos* (1987), Sara Marcela Bozzi hizo un acercamiento a la saga familiar mediante entrevistas y selección de textos de las cuatro generaciones para conmemorar los cien años.

Los tres tomos de *Memoria impresa* recogen lo mejor de la producción del *Magazín Dominical* entre 1983 y 1993, con 174 artículos seleccionados por Marisol Cano, Juan Manuel Roca y Claudia Antonia Arcila. El primer volumen se dedicó a la literatura y a la poesía; el segundo a los medios de comunicación, cultura popular, derechos humanos y política, y el tercero a las distintas artes, la arquitectura, el urbanismo y la filosofía.

Y, por supuesto, está la monumental historia gráfica de los *120 años de El Espectador* (2007), de Jorge Cardona, quien estuvo treinta años en el periódico como reportero, editor judicial y editor general. Siempre sacó tiempo para explorar el archivo, del que extrajo tesoros olvidados, que documentó en cientos de libretas.

Ayudan a reconstruir esa memoria del periódico libros autobiográficos como *Perucho*, de Próspero Morales Pradilla, quien ficcionó sus pinitos en *El Espectador*, a cuya redacción ingresó en 1939. Allí, este ingenuo joven de provincia, más dado a los versos que a las noticias, aprendió pronto las artes non sanctas del oficio y cambió su visión romántica de la vida por una más cínica, que le granjeó la simpatía de sus colegas de bohemia. La novela retrata tanto la sala de redacción como los talleres del sótano, donde los linotipos «entonan la gran sinfonía mecánica del periódico» y no tiene pérdida la caracterización que hace del jefe de redacción, quien llegó a ese cargo después de trajinar por todas las secciones:

³⁵ Robinson Abrahams, *Sail Ahoy!!! (¡Vela a la vista!)*, 18.

³⁶ Simultáneamente se publicó esta «Posdata» en un número del *Magazín* para regalar en universidades, colegios y bibliotecas.

Él ha sido reportero, corrector de pruebas, cronista social, linotipista, armador, orientador político, agente de avisos y hasta ha escrito largas cuartillas sobre la moda femenina. Dentro de la jerarquía del diario el jefe de redacción constituye el periodista integral, a quien no se le escapa una noticia, ni pierde nunca el giro de los acontecimientos [...] Otro encargo, casi disimulado, del jefe de redacción es hacer periodistas, buscarles la madera a los principiantes y comenzar a inyectarles dosis exactas de escepticismo y de amor al oficio.³⁷

En *El hechizo del destino*, Flor Romero reconstruye su llegada al periódico a finales de los años cuarenta de la mano de la periodista Elvira Salcedo Román, que la presentó a los Cano. Allí alude al Cano más joven, que pocos años después sería su padrino de boda junto con su esposa y le regalarían el primer cochecito al recién nacido:

Guillermo, a quien llamaban «Concho» –por la admiración que había despertado en él la rejoneadora chilena criada en Perú Conchita Cintrón–, y Álvaro Pachón me habían confiado la página de los niños del *Magazín* y fue así como comencé a fogear la imaginación inventando cuentos para niños, pues encontraba sofocante tener que llenar la página con historias foráneas.³⁸

Y como en la villa de los Cano todos caben, incluso los enemigos, el libro *Yo también fui espectador* ofrece una visión ferozmente crítica y desengañada del reportero cultural José Yepes Lema, que salió del periódico por un conflicto interno.

Más reciente es la novela autobiográfica de Guillermo González Uribe *A pesar de la noche*, que retrata los duros años del Estatuto de Seguridad, cuando Guillo ingresó al periódico. En ella lamenta no una sino varias veces la muerte de don Guillermo, «quien sí creía en mi trabajo y me protegía frente a los sectores más retardatarios» (refiriéndose a otros jefes del periódico que lo rechazaban por «izquierdoso»³⁹). Y escribe esta reveladora semblanza:

³⁷ Próspero Morales Pradilla, *Perucho* (Bogotá: Librería Colombiana, 1945), 26.

³⁸ Romero, *El hechizo del destino*, 23.

³⁹ González Uribe, autor de la columna «Gritos y susurros», que firmaba como Gaspar León, cuenta en su novela que en el otro periódico de la derecha tildaban su trabajo de «vivero del izquierdismo cubano» y definían su contestataria columna como «movida, picante, activa en todos los movimientos en pro de la paz» (Guillermo González Uribe, *A pesar de la noche* [Bogotá: Icono Editorial, 2017], 239).

A su paso, el director deja una estela de respeto. La gente lo quiere, es un hombre bueno y justo, así como enérgico cuando es necesario. Un hombre que no busca cercanías con el poder, que casi no asiste a reuniones sociales. Un ser jovial, alegre, fraternal con aquellos pocos con los que alterna. Pese a las batallas que ha dado y sigue dando, siempre tiene tiempo para comentar un libro o un artículo, escuchar las posiciones de los otros, sonreír frente a los comentarios. Pero en los últimos tiempos se le ve un tanto taciturno. Aunque en las mañanas llega animado y sonriente, a medida que pasa el día se torna silencioso, alicaído, sin mucha esperanza... En el fondo, sabe que está prácticamente solo en esta lucha.⁴⁰

En la novela *Lara*, Nahum Montt reconstruye los últimos días del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, asesinado por enfrentarse a Los Extraditables y en particular a Pablo Escobar, como le ocurriría a don Guillermo Cano dos años después. Por ese paralelismo, Montt recrea escenas de varios encuentros y conversaciones entre ellos, que sin ser amigos creían en el proyecto del Nuevo Liberalismo y se tenían mutua confianza como para intercambiar información. Así evoca Montt la característica presencia del director, que llamaba cariñosamente «¡lagartos!» a algunos de sus reporteros:

Aunque se acercaba a los sesenta, con preinfarto incluido, y a pesar de estar siempre metido en su traje de paño de tres piezas, Cano conservaba el aire juvenil de los adolescentes. Sus cabellos lisos, blancos, que asaltaban su frente en un remolino desparramado, le imprimían aquel aire travieso y elegante, contrastado solo por la piel tostada por el sol, los gestos delicados y esa voz rasgada, suave, profunda; con una dicción tan depurada que cada palabra se cargaba con los años de su madurez.⁴¹

Peor de escalofriante es el relato testimonial *Las llaves del periódico* (2008), de Carlos Mario Correa, corresponsal en Medellín en la época de Pablo Escobar. Aunque ingresó al periódico en 1988, después del asesinato de Guillermo Cano, logra transmitir la pesadilla que vivió esa redacción local, blanco del ensañamiento de «el Doctor» contra *El Espectador* y todo su equipo, que siguió poniendo muertos pese a funcionar en la clandestinidad. Y en el relato biográfico *Las distancias*, sobre el hijo bastardo de Luis Carlos Galán, Sergio Ocampo Madrid recoge el testimonio de Luis Alfonso Galán

⁴⁰ González Uribe, *A pesar de la noche*, 221.

⁴¹ Nahum Montt, *Lara* (Bogotá: Punto de Lectura, 2013), 19.

sobre la conmoción de su padre cuando se enteró de la noticia del asesinato de Guillermo Cano: «Él no solo lo admiraba mucho por su valentía para denunciar a Escobar, sino que sentía un respeto que se había vuelto afecto». Y recuerda que Galán, en su abatimiento, dejó caer esta frase: «Es claro que fue Escobar. Se la tenía jurada por todos los editoriales del viejo contra la mafia»⁴².

Muchos de los escritores hasta aquí mencionados le dedicaron sus libros al director, como se constata en los ejemplares de su biblioteca, ordenada por autores colombianos y extranjeros, con secciones de clásicos, de arte y de deportes. La estantería dedicada a la novela policiaca fue creciendo con los libros que le traía su amigo alcahueta, el capitán Chester A. Calvo, piloto de Avianca, con quien don Guillermo tuvo una estrecha amistad «que se inició en los cielos y se perpetuó en la tierra», como escribió en el homenaje que le hizo en su «Libreta». (El capitán le traía discos y revistas de tango, recuerda Juan Guillermo Cano).

Por supuesto, el autor que ocupa más espacio es Gabriel García Márquez. Cuenta Ana María Busquets que gracias a la deliciosa sopa servida en una calabaza que les ofreció al escritor y a Carmen Balcells en su casa, la editora catalana le pidió la receta a cambio de lo que quisiera. La anfitriona –que la había tomado del libro de Tica de Ciontescu– aprovechó para pedirle los libros que tuviera de García Márquez en otros idiomas.

Otro tesoro intangible de la biblioteca en la que también se encuentran libros de Gabriel Cano son las afectuosas dedicatorias de los escritores más cercanos. Entre ellos, Próspero Morales Pradilla, que en su novela *Más acá* (1950) le escribe: «A Guillermo Cano, periodista, periodista y periodista, con mi inmodificable amistad». Germán Pinzón le dedicó *El terremoto* (Premio Nadaísmo de Novela en 1966): «A Guillermo Cano y como modesta constancia de mi gratitud por los innumerables actos de comprensión humana y de generosidad intelectual con los cuales, tantas veces, ha apoyado mi no menos modesta existencia». Por su parte, Manuel Mejía Vallejo le dedicó la novela *El mundo sigue andando*, en 1984: «Aquí le llega un nuevo libro de este viejo colaborador que sigue admirando su conducta moral. Con afecto irreversible». Flor Romero le dedicó *3 kilates 8 puntos* (Premio Literario Esso en 1964): «A Guillermo Cano un recuerdo de una vieja amistad de los tiempos del “Dominical”. Y con gratitud por su estímulo generoso de siempre».

⁴² Sergio Ocampo Madrid, *Las distancias* (Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2023), 123.

Y entre los autores extranjeros sobresale Isabel Allende, que le dedicó su *Casa de los espíritus* en 1983: «Para Guillermo Cano, agradecida y emocionada por el apoyo que les dio a los espíritus extravagantes de este libro y con el deseo de que algún día podamos cultivar una amistad». En abril de ese año, don Guillermo recomendó en una «Libreta» esa novela, con la que sintió cerca ese «milagro» ocurrido con *Cien años de soledad* desde que empezó a leer. Y consideró que merecía estar incluida en el *boom* latinoamericano.

La joya de la corona que Ana María Busquets guarda en una caja especial es la primera edición de *Cien años de soledad* (Editorial Sudamericana), en cuya dedicatoria se lee: «Para Concho con los derechos de mi lanzamiento: Gabo, 1967». Por supuesto, Guillermo no se lo tomó literalmente, precisa ella con picardía.

Pero la biblioteca que más envidiaba Guillermo Cano era la del Cofrade, y sobre ella escribió su última crónica extensa: «El legado cultural de Palacio Rudas»⁴³. La víspera asistió a la entrega de la biblioteca –una de las más ricas de Colombia– por parte del exministro de Hacienda y de su esposa Magdalena Santofimio a la Biblioteca Luis Ángel Arango, en un acto presidido por el presidente Betancur. La biblioteca, con más de 65.000 volúmenes reunidos en cincuenta años, fue avaluada en 140 millones de pesos, y para ella se dispuso una nueva sede en el norte de Bogotá. Parte de la crónica la dedicó a la casa del bibliómano construida expresamente para albergar la biblioteca, al estilo inglés, de dos pisos, enchapados en madera, con escalera de caracol. Inspirada en la biblioteca de *My Fair Lady*, la obra basada en *Pygmalion*, de Bernard Shaw, acotó Cano, amante de estos detalles.

Dada su pasión por la literatura de ficción y no ficción, cuando se le pregunta a la viuda si él tuvo la tentación de dedicarse a escribir novelas, acaso policiacas, responde que en sus últimos meses quiso hacerlo, pero ella creería que en todo caso habría escrito novelas románticas «porque era un romántico empedernido». No descarta tampoco que se hubiera dedicado a escribir letras de boleros, como las de José Alfredo Jiménez, que declamaba a voz en cuello.

Porque si bien los Cano tenían fama por su pésimo oído musical, Manuel Drezner recuerda que Guillermo disfrutaba de la ópera desde sus años de juventud y solía asistir a las temporadas del Teatro Colón; ya casado, iba con su clan a la zarzuela. En una «Libreta de apuntes», Guillermo Cano le rinde tributo a Pedro Vargas, cuyos discos escuchó en la adolescencia hasta

⁴³ *El Espectador*, 31 de julio de 1986, 1A y sección B (femenina).

rayarlos; lo mismo le pasó con Carlos Gardel, que recitaba cual zorzal cachaco. Ana María cuenta que

[...] siempre que viajaba, llegaba con discos que creía que iban a pegar, por eso se compró todos los de Los Beatles y de Joan Manuel Serrat, y cuando oyó por primera vez «Guantanamera» en París empezó a buscar a Juan Zalamera. Yo le corregía una y otra vez, hasta que lo encontró.

A él con los cantantes le pasaba como con los escritores: sabía cuáles iban a sonar.

En la foto, posiblemente de finales de los setenta, departen don Guillermo con doña Inés de Montaña, Darío Bautista y Alberto Mendoza (de lado). Este último realizó numerosas series sobre las ciudades y regiones de Colombia, en las que siempre enfocó los asuntos ambientales. Su interés por el río Magdalena lo llevó a impulsar la exitosa campaña de La Caracola. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL ECO-LOGISTA



GUILLERMO CANO, ADEMÁS DE LA CAMISETA ROJA DE Santa Fe se puso la verde de las causas ambientales. No le habrá entrado ese interés por la corriente sanguínea, ya que el tema ecológico llegó muy tarde a la discusión pública en Colombia¹. Como dijo Iáder Giraldo, «la cosa ecológica» era vista como una bandera del neoizquierdismo, que empezó con los *hippies* gringos en los años sesenta. Quizá por ello Fidel Cano Isaza, el *hippie* de la familia, se apasionó por esta causa o «cosa» y escribió ocasionalmente sobre el tema.

Las bellas fronteras azules de Colombia –como tituló Hernán Díaz su libro de fotografías– fascinaron a Guillermo Cano desde que era joven, y por ello elogió la obra de Díaz en la «Libreta de apuntes» del 10 de febrero de 1985. Allí cuenta que cuarenta años atrás tuvo

1 Tan poca conciencia había sobre el tema que cuando el periodista Marco Tulio Rodríguez visitó Leticia en la campaña «Municipios olvidados del país», se refirió a la explotación de la fauna del Amazonas por parte del empresario estadounidense de origen griego Mike Tsalickis –quien les compraba animales y pieles a los indígenas y exportaba grandes cargamentos de babillas y micos a Estados Unidos– como si fuera lo más natural.

la oportunidad de viajar a San Andrés en un viejo avión Catalina, cuando ese archipiélago solo existía en los manuales de geografía. Contó que el coronel Herbert Boy iba acompañando al piloto y al baquiano que les señaló dónde acuatizar. Y recordó la isla incontaminada, «pura como una quinceañera», «inviolada todavía por la degradación de la condición humana». Esa isla a la que volvió en muchas ocasiones y sobre la que escribió:

Este anticipo del paraíso, que fue ver desde las alturas a San Andrés, sus playas, sus islotes, sus leves montañas, su orgía de palmeras fue sin duda para mí el comienzo de un amor incancelable por ese pedazo de tierra colombiana.

A su marido, dice Ana María Busquets, lo atormentaban los eventos drásticos de la naturaleza como las heladas que quemaban las cosechas, la deforestación y la escasez del agua. Por eso se encargó de sembrar todo tipo de árboles –especialmente frutales– en Fidelena, la finca familiar (entre Santandercito y Mesitas del Colegio), cerca del Salto del Tequendama, cuya magnífica cascada debió conocer antes de que se convirtiera en «un chorro infecto, una alcantarilla maloliente de la cual huyeron hasta los suicidas», como escribió Swann en una columna de 1979. En medio de la naturaleza, don Guillermo recuperaba el sosiego que le quitaba el vértigo diario de la actualidad. Por ello, bajo una de sus imponentes ceibas reposan sus cenizas con una placa tan discreta como el finado.

Con similar simbolismo, y para redondear esta faceta menos conocida del defensor del medio ambiente, en abril de 1987 la Cámara de Comercio de Bogotá le hizo entrega a la familia de don Guillermo Cano de un bosque en la Autopista Norte para recordarlo siempre entre los árboles.

EL CAPI OSPINA

Quien sí pudo haber seducido a don Guillermo con la variada agenda ecológica fue el capitán Francisco Ospina Navia, a quien veía sagradamente en Santa Marta los fines de año. Los Cano-Busquets no perdonaban esas vacaciones en el Irotama, cuando el hotel apenas tenía cinco cabañas y un entorno agreste. En una «Libreta de apuntes» compartió la emoción de haber regresado a su querido hotel después de quince años:

[...] allí en ese oasis, en esa querencia donde el tiempo parece no haber pasado, aunque signo de que ha pasado es que los cocoteros, las acacias, los almendros, los caobos que vimos sembrar y ayudamos a sembrar en

ese desierto de antaño son hoy árboles maduros que cubren de sombra y protegen el verdor en donde antes era arena quemante.²

Recuerda Ana María que el plan obligado era salir todas las tardes en el bote Bucanero a echar las redes al mar y volver a sacarlas al amanecer para quedarse únicamente con los pescados que no estaban en el acuario del Capi. En la citada «Libreta» lo contó don Guillermo: «El Capi Ospina nos llevó en su barca en una noche estrellada a pescar tiburones con línea, para atraparlos vivos y llevarlos al acuario, curarlos y mostrarlos luego a la gran audiencia». Con él recorrieron prácticamente todos los ríos de la región Caribe y aprendieron a amar ese paisaje costero con nevado al fondo.

La colaboración del Capi en *El Espectador* comenzó en 1964 con temas que lo obsesionaban: el abandono estatal del Parque Tayrona, la extinción de la fauna marina por la pesca con dinamita, la muerte de los manglares debida a la construcción de la Carretera al Mar, la mortandad de los indígenas kogi, la falta de planeación urbanística de El Rodadero, la invasión del turismo venezolano y el impacto del puerto carbonífero del Cerrejón, entre otros.

En sus «Cartas del mar Caribe» (que a veces eran «Desde Santa Marta» o «Desde el Rodadero»), Ospina Navia defendió el patrimonio natural que albergaba el océano Atlántico. Su tribuna le sirvió tanto para denunciar los atropellos a ese ecosistema y criticar la ineficiencia de entidades oficiales como para mover campañas de salvamento. También la usó para promocionar la Fiesta del Mar, creada por este cundinamarqués en 1959.

Por todo ello, Javier Ayala escribió en 1970 que «la leyenda marinera del capitán Francisco Ospina Navia bien hubiera podido inspirar a Hemingway para escribir una novela de título paradójico: *El cachaco y el mar*». Otro cronista emplumado, Hernando Giraldo, le dedicó una semblanza en 1979 a quien llevaba treinta años librando una batalla por su paraíso samario, cuya última amenaza era la plaga de marihuana.

El Capi Francisco Ospina Navia, que es mi consejero náutico y marino de cabecera desde hace muchos años, me dio la primera lección sabia, que jamás olvido, sobre las cosas más elementales, pero más útiles y necesarias sobre el mar: «Al mar hay que tenerle miedo».

Esto escribió Guillermo Cano en su «Libreta de apuntes» del 16 de enero de 1983, en la que honró a ese lobo de mar capaz de librar un duelo con un tiburón gato de cuatro metros para llevárselo a su museo-acuario. Recordó

2 «Un regreso demasiado demorado», *El Espectador*, 4 de octubre de 1981, 2A.

las dos veces en que, junto con Hernando Santos, estuvieron en riesgo de naufragar, una de ellas por temerarios. En la otra ocasión se fueron de paseo en la embarcación de un político local, quien luego dio por radioteléfono la alarma de que estaban perdidos, pero tenía todo calculado para posar de salvador de los influyentes directores, que iban acompañados de sus esposas. Fernando Cano recuerda que su papá contaba mucho la anécdota protagonizada por un Vives.

Con su espíritu aventurero, el Capi cruzó los dos océanos en chalupa: en 1972 salió de Taganga en el cayuco Tayrona y, después de atravesar el canal de Panamá y varios puertos de Centroamérica, arribó a Buenaventura. Sus diarios de a bordo de la que llamó Misión Piragua los publicó en *El Espectador* en una veintena de entregas. Dos años después, repitió la hazaña de pasar de un océano a otro en piragua para promover su viejo sueño de abrir el canal del Atrato. Con estos arrestos, en 1984 emprendió la llamada Expedición Costa a Costa, patrocinada por RCN, de la que el cronista Jorge Manrique hizo un detallado cubrimiento en *El Espectador*.

ESPECTADOR DE DESASTRES ECOLÓGICOS

El otro doliente mayor de los conflictos del medio ambiente fue el periodista boyacense Héctor Muñoz Bustamante, quien sostuvo la columna «La semana ecológica» desde 1970. Gradualmente, estos temas saltaron a las primeras planas de *El Espectador* por la vía de la denuncia, y el diario se volvió adalid de la causa ambiental apoyado por la red de corresponsales. Entre las décadas del setenta y ochenta hubo subienda de titulares de SOS por desastres y tragedias ecológicas en el territorio nacional y en la capital.

En los años setenta cundió el pánico por las canteras que estaban acabando con el equilibrio ecológico de los cerros bogotanos, sin que los Gobiernos le hubieran puesto coto a esa explotación irregular. En 1971, el periódico realizó una campaña «Anti-contaminación», que alcanzó cerca de treinta entregas, realizadas en su mayoría por Álvaro Benavides. De las denuncias que enviaron los lectores se seleccionaron los casos de la campaña. En la última entrega, Benavides concluyó que «por primera vez en el país se denunciaron los focos contaminantes de la atmósfera y las aguas, que ponían en peligro la salud pública, aunque muchos los negaran olímpicamente». Y agradeció a los científicos, técnicos y médicos que ayudaron a aclarar ese nuevo vocabulario de la contaminación.

Con esta campaña, *El Espectador* se adelantó a 1972, declarado Año Anticontaminación en la Cumbre de la Tierra celebrada en Estocolmo, cuando

los Gobiernos decidieron luchar en bloque contra la destrucción del equilibrio biológico.

Detrás de muchos conflictos ambientales persistía la tensión entre el progreso y la preservación, como ocurrió en 1972 cuando Daniel Samper Pizano dio la alerta en *El Tiempo* sobre la construcción de un complejo hotelero en el Parque Nacional Tayrona. *El Espectador* hizo eco con varias notas, entre ellas una entrevista de Hernando Giraldo con la representante a la Cámara Alegría Fonseca, quien dio el debate para frenar el proyecto. Giraldo exaltó la faceta de ambientalista de la parlamentaria de origen campesino y contó cómo se fue a explorar el parque natural para empaparse de sus riquezas e historias, a lomo de mula y acompañada de sus tres pequeños hijos.

Una obra de infraestructura proyectada durante décadas fue la carretera del Darién entre Colombia y Panamá para concluir la vía Panamericana. Con la expresión «un embeleco político-ingenieril», que usó el columnista Pangloss, salió titulado el informe de Alberto Donadío y del científico Federico Medem en el *Magazín Dominical* (29 de diciembre de 1974). Pese a que Colombia y Panamá firmaron un acuerdo con Estados Unidos para construir la carretera que uniría las Américas, y este último Gobierno iba a asumir la tercera parte de su costo, el impacto en el ecosistema del Darién no tenía precio, además de que traería la extinción cultural de miles de indígenas. Según los autores, la vía atravesaría el Parque Nacional Los Katíos, en la frontera con Panamá, y si el presidente López Michelsen había cancelado proyectos como la avenida de los Cerros en Bogotá –afirmaron–, con mayor razón debía posponer la carretera Panamericana.

En 1975, *El Espectador* inició las denuncias sobre pesticidas que estaban causando daños a la salud de los habitantes en varios municipios del Tolima. El 3 de junio, el combativo Héctor Muñoz demostró que la contaminación causada por la fumigación aérea en las plantaciones de algodón de Armero incrementó los partos prematuros, las enfermedades dermatológicas y las malformaciones de los animales. (Tiempo después, en agosto de 1978, Muñoz volvió a reportar varios casos de niños nacidos con deformidades en el sur del Tolima, prueba de que las autoridades no habían tomado las medidas anunciadas³).

3 En 1992, Fidel Cano Isaza dedicó su columna a los tres senadores que protestaron por la fumigación con glifosato desde el aire, a quienes el ministro de Defensa, Rafael Pardo, les hizo un mal chiste: «Les mandaré arroz y café con glifosato».

El mayor desastre ecológico en 1976 fue el naufragio del buque petrolero Saint Peter, cargado con más de treinta mil toneladas de petróleo crudo, frente a Tumaco. En esa ocasión, el Inderena declaró la emergencia ecológica y, junto con la Armada Nacional, hundieron el barco liberiano para impedir la contaminación de aguas y playas. A propósito, el Capi Ospina escribió en su «Carta desde el mar Caribe» del 20 de marzo de 1976:

Las miles de toneladas de petróleo crudo que salen del inmenso vientre del buque «Saint Peter» hundido cerca de Tumaco están matando a miles de alcatraces, piqueros, tijeretas y gaviotas, que por el peso del aceite que se impregna en sus alas no pueden volar a buscar alimento y serán arrastradas por las corrientes a una muerte inexorable [...] Las playas de Tumaco y seguramente las de Bocana y Ladrilleros van a quedar contaminadas por mucho tiempo. ¿Quién paga los perjuicios? ¿Podrá reproducirse la fauna que está desapareciendo? Todo esto sin hablar de lo que ocurrirá a la industria pesquera.

Casi un año después del hundimiento, apareció una gran mancha de petróleo cerca de Tumaco –con la consecuente mortandad de peces– que obligó al Gobierno nacional a decretar la emergencia económica en esas costas. El 1.º de febrero de 1977, Héctor Muñoz publicó un reportaje sobre la catástrofe ecológica, sobre todo en el ecosistema de los manglares, basado en el informe que presentó una comisión científica de la Universidad del Valle.

El conflicto entre el desarrollo y la preservación de los recursos fue patente a mediados de 1977 con el anuncio del cierre temporal de la planta electrolítica Alcalis, debido al mercurio que vertía en la bahía de Cartagena.

Meses antes, Clemente Forero denunció el riesgo que representaban unas siete toneladas de mercurio vertidas en la bahía de Cartagena por la planta electrolítica de soda que operaba allí⁴. Con sus propios métodos de medición demostró que la alta concentración de mercurio en los peces y moluscos de la bahía era tóxica para los humanos y que la planta, que operaba desde 1971, solo instaló los equipos para detectar la contaminación en 1976. Alertó entonces sobre el peligro que corrían, en primer lugar, los pescadores artesanales de la isla de Tierra Bomba y de Pasacaballos y, en segundo lugar, los consumidores. Para ilustrar la gravedad de la situación, Clemente Forero (economista doctorado en la Universidad de Stanford) recordó la enfermedad

4 Clemente Forero, «En la Bahía de Cartagena: Siete toneladas de mercurio», *El Espectador*, 7 de abril de 1977.

que azotó a los habitantes de Minamata (Japón), a comienzos de los años cincuenta, ocasionada por la contaminación con mercurio.

A raíz de esa denuncia, el 31 de mayo de 1977, el Gobierno nacional declaró la emergencia económica en esa costa y la restricción de la pesca tras los estudios realizados por el Inderena, que demostraron los altos niveles de concentración de mercurio en los peces, según declaró su director Julio Carrizosa Umaña⁵. Para Forero⁶, la mayor satisfacción fue ver que otros medios hicieron eco y seguimiento a sus denuncias, empezando por Germán Castro Caycedo⁷, quien advirtió que esa emergencia ecológica estaba «pegada con saliva» porque la resolución emitida por el Inderena fue demandada ante el Consejo de Estado.

Días después, el columnista Juan B. Fernández, decano del periodismo barranquillero, dedicó su columna a la bahía contaminada y dijo que *El Espectador* se había anotado un triunfo al convertirse en vocero de los cartageneros que protestaron por el envenenamiento de su preciada bahía. Destacó la serie de artículos del escritor David Sánchez Juliao sobre las riquezas naturales que estaban en riesgo por la nefasta fábrica.

En agosto de 1979, *El Espectador* entró a la polémica ecológica que inició el periodista Daniel Samper Pizano en *El Tiempo* por la construcción de un terminal alternativo al puerto de Barranquilla y de una gigantesca ciudadela industrial por cuenta del «mico» que metió el ministro de Justicia Hugo Escobar Sierra a una ley de la República. Así lo refrendó el editorial de *El Espectador* del 20 de agosto, titulado «Salamanca: 2.º round». Opinó el editorialista que el «mico» era digno de entrar en los anales de la historia picaresca del parlamento colombiano. Apoyó la posición del Inderena, que pidió defender la riqueza natural de la isla de Salamanca, y concluyó:

Algunos de los promotores de la ciudadela y del puerto, meritorios líderes cívicos, han puesto de presente la posibilidad de que el desarrollo industrial se compagine con la responsabilidad ecológica. Por supuesto, creemos en esa posibilidad, de la cual depende nada menos que el porvenir de la civilización. ¡Lo malo es que nada de eso fue contemplado en el King Kong legislativo! Torpe es sostener que se pretende frenar o

5 Pese al concepto de los expertos, que recomendaban su cierre inmediato, la medida tardó quince años en tomarse por presiones del sector industrial.

6 Comunicación personal, 1.º de junio de 2025.

7 Realizó este programa para *Enviado especial* de RTI Televisión e hizo una versión para *El Espectador*.

asfixiar el desarrollo costeño, el cual, por el contrario, es una prioridad causa nacional.

Al día siguiente, la Cacica publicó un reportaje titulado «Los intereses creados en la Ciudadela de Salamanca». Comenzó enseñando sus credenciales de «costeña integral» con once años de experiencia en *El Espectador* dedicada principalmente a los temas costeños. Aclaró que ni en Daniel Samper Pizano ni en otros periodistas que lo secundaron en la denuncia había el menor asomo de anticosteñismo. En cambio, dejó caer la sospecha de que detrás del proyecto había poderosos industriales barranquilleros que querían sacarse el clavo porque el presidente López Michelsen les había frenado proyectos similares en la isla de Salamanca.

Un mes después, *El Espectador* volvió sobre la polémica y recogió la voz de Ricardo A. Tinoco, fundador del jardín zoológico de Barranquilla, quien confirmó el desequilibrio ecológico que venía sufriendo la isla de Salamanca desde que las aguas del mar habían invadido las ciénagas de agua dulce de la isla por las obras de infraestructura. Dijo que hacia 1972, él le había informado de ese fenómeno al presidente Misael Pastrana Borrero, pero no se tomaron medidas.

Al cabo de unos años, el 11 de febrero de 1983, Juan Guillermo Cano publicó un reportaje titulado «El Parque de Salamanca frente al pelotón de fusilamiento» sobre el deterioro de esta reserva natural, convertida en un cementerio de árboles y arbustos «que murieron de pie» por las obras de la carretera que unía a Barranquilla con Santa Marta. Su denuncia apuntó a que ni el Inderena ni el Ministerio de Obras Públicas ni el gobernador de Magdalena hicieron lo mínimo para evitar el desastre: abrir las compuertas del mar y de la ciénaga para que intercambiaran sus aguas y así se preservara el equilibrio de las especies.

Como se dijo, los corresponsales fueron claves para alertar sobre los riesgos ecológicos en sus regiones. Antonio J. Olier, corresponsal en Cartagena, publicó en noviembre de 1974 un informe sobre «la laguna moribunda», refiriéndose a la ciénaga de la Virgen, tan codiciada por los urbanizadores. Olier consultó al biólogo marino Felipe Hawkins, del departamento de Ciencias del Mar de la Escuela Naval, quien propuso soluciones prácticas para revitalizar esas aguas. En otro informe, titulado «La colonización de los arrecifes», explicó el daño ecológico de la urbanización descontrolada en los arrecifes del Parque Nacional Natural Los Corales, que avivatos se apropiaban para rellenarlos, agrandarlos y construir sobre ellos.

Olier también se ocupó de San Andrés, «La isla abandonada», en septiembre del mismo año, con una documentada radiografía en cuatro entregas sobre el puerto libre y anárquico donde florecían las economías ilícitas. En la primera entrega habló del sanandresano como «forastero en su propia isla», acorralado por los comerciantes y turistas, y de cómo la declaratoria de puerto libre en el régimen de Rojas Pinilla desarregló dramáticamente el *modus vivendi* de los isleños. En otras entregas se refirió a la falta de infraestructura hotelera y de un aeropuerto que respondiera a la creciente demanda; al desorden urbanístico y a la carencia de servicios públicos básicos; en síntesis, al desgobierno de la isla donde la contaminación política era tan grave como la ambiental.

DOLIENTE DEL RÍO MAGDALENA

Si bien a todos los temas expuestos se les dio amplio despliegue, ninguno alertó tanto al periódico como el deterioro del río Magdalena. En defensa de la principal arteria fluvial del país, *El Espectador* marcó dos momentos cumbre, en 1976 y 1981.

La campaña cívica Operación Rescate del río Magdalena comenzó en junio de 1976 con la participación de Alberto Rojas Lemos, Capax (nombre de un pez común en esas aguas), a quien el diario convirtió en héroe nacional mientras lo acompañaba en su odisea por el Magdalena. El leticiano de treinta años recorrió a brazadas el río a lo largo de sus 1.550 kilómetros desde Neiva hasta Barranquilla, del 29 de junio hasta el 20 de julio. Desde que Capax se lanzó al río con el propósito de llamar la atención sobre su olvidado territorio amazónico, fue seguido por los reporteros de *El Espectador* y otros medios que cubrieron las trece etapas de la gesta, además de las empresas e instituciones que se fueron sumando a la campaña por el río Grande de la Magdalena.

El cronista que acompañó la expedición desde el comienzo fue José Yepes Lema, quien no ahorró detalles de color ni momentos dramáticos, como los calambres que sufrió el nadador por causa de las frías aguas, hasta el recibimiento festivo que le hicieron en los pueblos ribereños, todos llenos de necesidades.

Como «un hombre que se ha pasado los últimos quince años de su vida metido en el agua, guiando turistas por los ríos de la selva y domesticando animales para vivir con ellos» definió Alberto Duque López al protagonista de la gesta. «Un hombre curtido por la humedad, musculoso, que a *El Espectador* se presentó con una serpiente enrollada en una bolsa», agregó el cronista. Por

su parte, Mike Forero Nougues habló del característico «nadadito de perro» de este Tarzán de la selva amazónica y ahora «Rey del río Magdalena», que alternaba ocho estilos de natación, inventados por él en las bravías aguas del Amazonas, y que solía llevar un cuchillo entre los dientes por si las moscas.

Durante la competencia en la que Capax estuvo acompañado de Iván González, un pescador monteriano que lo seguía en su pequeño velero, se sembraron unos veinte mil árboles en las orillas del río y en los pueblos del recorrido –donados por el Inderena–, y se realizaron competencias de regatas en las turbias y malolientes aguas.

En marzo de 1976, Héctor Muñoz alertó sobre las afectaciones que traería una represa en Honda o en el Alto Magdalena, que de entrada acabaría con la subienda de peces. Su fuente fue el gerente de Colciencias Efraín Otero Ruiz, quien advirtió que una regulación de los caudales del Magdalena y del Cauca para prevenir inundaciones podría acarrear modificaciones ecológicas y alterar la vida de las comunidades ribereñas. Curiosamente, el periodista preguntó por la posibilidad de bruscos cambios climáticos, un temor todavía inexistente para la opinión pública.

Dos meses después empezó una serie de ocho entregas firmada por Apolinar Díaz Callejas –tan defensor de los derechos humanos como de los recursos naturales– sobre el programa de rehabilitación de las cuencas de los ríos Magdalena y Cauca adelantado por el Instituto Colombiano de Hidrología, Meteorología y Adecuación de Tierras (Himat) con asistencia del Gobierno de Holanda. Basado en las notas de viaje de Salvador Camacho Roldán y de José María Samper por el valle y la cuenca del Magdalena a finales del siglo XIX, el exministro de Agricultura concluyó que la decadencia del río se veía en todos los frentes: como eje del sistema fluvial de transporte, como zona productiva y como espectáculo de la naturaleza. Y aunque de Holanda llegaron tres dragas para mejorar la navegabilidad de sendos ríos, el plan maestro se quedó en agua de borrajas.

En el marco del Octavo Congreso Pro Desarrollo de la Cuenca del Río Magdalena con sede en Neiva, el diario editorializó el 19 de febrero de 1977 bajo el título «El río y la política». Con anterioridad, *El Espectador* manifestó su extrañeza porque el presidente López Michelsen designó como su representante al candidato presidencial Turbay Ayala, con lo que al congreso «se le estaban mezclando aguas negras políticas». El editorialista deslizó sus sospechas sobre un habilidoso manejo de la campaña de Turbay Ayala y remató con esta frase: «¡El Río Magdalena ya está suficientemente contaminado como para que se le quiera agregar –cuando se trataba de buscarle

soluciones a sus problemas— otro ingrediente no biodegradable, como el de la política!».

El segundo editorial del día, titulado «Una política para el río», reconoció que, pese a la utilización política que se quiso hacer del evento, salieron propuestas valiosas para salvar el Magdalena, «que le hace una falta pasmosa al progreso colombiano. Sin él la nacionalidad se queda sin uno de sus elementos articuladores. La obligación del país es el rescate del río padre». Y expresó el editorialista que seguirían abiertas las páginas del periódico para plantear una política para el río, no para hacer política con el río.

Carlos Mauricio Vega, otro periodista sensible a los temas ecológicos, solía publicar informes sobre las causas del deterioro del río Magdalena, como la contaminación que le vertían las aguas del río Bogotá. A finales de 1978, el reciente Gobierno de Turbay Ayala anunció un ambicioso plan para recuperar el Magdalena con una inversión de más de tres mil millones de pesos destinada al dragado y mejoramiento de su cauce. Algunos colaboradores del periódico reaccionaron con prudente escepticismo ante los cantos de sirena.

Debido a las escasas acciones gubernamentales, Héctor Muñoz recogió a mediados de 1979 el llamado de los ecólogos a hacer cumplir el Código de Recursos Naturales Renovables, tan de avanzada en el contexto de América Latina como inútil por no estar reglamentado. Denunció la contaminación que el Magdalena le estaba causando al mar Caribe al arrojarle unos veintitrés millones de toneladas de sedimentos procedentes de más de doscientas fábricas situadas en su cuenca. Frente a este deplorable panorama se propuso la creación del Ministerio de Ecología (que solo se hizo realidad en 1993 como Ministerio del Medio Ambiente).

En 1980, además de que el Gobierno nacional siguió anunciando millonarias inversiones para la canalización del río Magdalena, volvió a convocarse otro foro para seguir lloviendo sobre mojado.

LA CARACOLA

A falta de reales intervenciones, *El Espectador* y Caracol hicieron una alianza para realizar, desde el 4 de abril de 1981, la campaña de La Caracola, que buscaba despertar la conciencia nacional sobre la necesidad de recuperar el río Magdalena. Para ambientarla, don Guillermo escribió en su «Libreta de apuntes» del 15 de marzo una nota titulada «¡Magdalena arriba!», en la que celebró la iniciativa y aclaró que no se trataba de «una aventura sensacionalista», ni perseguía fines económicos, ni significaría un «baño de

popularidad» para quienes se embarcarían en el transbordador. La expedición –precisó– perseguía fines de carácter nacionalista:

[...] porque de lo que se trata es de llamar la atención por la prensa, la radio y la televisión, de la necesidad de rescatar el gran río de Colombia, cuya degradación continua amenaza con arrebatarnos una de las riquezas más valiosas de nuestra naturaleza.

El cronista rutilante de la expedición fue Juan Gossaín –entonces vinculado a la cadena radial–, además de los corresponsales en las distintas regiones. Detrás de la campaña también estuvieron el subdirector del diario José Salgar y Alberto Mendoza Morales, uno de los máximos conocedores del río, como lo demostró en sus series periodísticas. Además, un hidrólogo y un ecólogo acompañaron la expedición para darle peso científico. Azriel Bibliowicz escribió el «Diario de a bordo» y el fotógrafo Jairo Higuera dejó un magnífico testimonio gráfico.

Tras la primera semana de La Caracola, don Guillermo tocó a rebato en su «Libreta de apuntes» del 12 de abril de 1981 para «inyectarle agua al gran río» (retomando la frase del comentarista de Caracol Julio Nieto Bernal):

Es que, en efecto, el río se está muriendo lentamente, agonizando como ciertos seres humanos que de pronto dejan de tener vida natural para pasar a la supervivencia vegetal, por falta de agua. La dimensión real y abrumadora del problema del río Magdalena es que se está quedando sin agua, y que el peligro de muerte radica esencialmente en que todos sus afluentes los ha ido matando el hombre voraz y avaro, que contamina las quebradas y los ríos que llegan al cauce del Río Madre, y los han secado a cambio de un puñado de monedas a trueque de árboles, de la vegetación natural protectora para devastar o sembrar sin técnica ni precaución, regando elementos no biodegradables, sin tratamiento previo alguno, incluyendo entre los criminales responsables a las propias empresas del Estado.

Al río, pues, no se le puede salvar si no se salvan primero sus afluentes. Esta conclusión evidente y elemental de la expedición de *El Espectador* y Caracol muestra que el dragado del río para su navegabilidad, que las defensas construidas en las riberas contra inundaciones, que la misma reforestación de las zonas a lado y lado del cauce del río, no servirán de mucho si se secan las quebradas y los ríos afluentes que dan de beber al Río Madre.

De todas las reminiscencias que se vertieron en el diario y en el *Magazín Dominical* sobre el río, es entrañable la semblanza que hizo Carlos Díaz del capitán Carmelo Núñez Sarmiento, nortesantandereano que navegó por esas aguas durante casi cincuenta años. Cuenta el cronista que el capitán pasó su vida en tres remolcadores, el último de ellos el emblemático David Arango, y gastaba en cada viaje ocho días subiendo y bajando porque en su época la navegabilidad no sufría tantos tropiezos. Entre todas las anécdotas, una la protagonizó Guillermo Cano, que viajó cuando era niño con su familia desde La Dorada hasta Barranquilla:

Todavía –indicó su hija Alicia Núñez de Molina– se usaba el pantalón corto. Mi padre supo que Guillermo se sabía una poesía en la cual se exaltaban las bellezas del Magdalena y lo invitó a que la recitara. Le fue tan bien y le gustó tanto que solo pudo exclamar: «¡Eres un gran declamador!». Y desde esa noche fue contratado como declamador oficial del barco y al pobre Guillermo le tocó repetir la poesía todas las noches. Era el número central de la velada.⁸

Esta anécdota empata con una «Libreta de apuntes» que escribió don Guillermo recién fallecido don Gabriel, titulada «Por qué amamos tanto la tierra colombiana»⁹. Allí celebró que su padre le hubiera tenido pánico al avión, porque eso le permitió a la familia recorrer el país por carretera, pero sobre todo viajar por el río Magdalena:

[...] deteniéndonos en puertos pequeños y grandes, entablando amistad con capitanes y marineros y pescadores y gentes campesinas, jugando cartas en noches de luna llena, viendo a los caimanes dormir al sol en blancas playas, ayudando no pocas veces a desvarar a barcos de la Naviera Colombiana en las épocas de gran sequía, parrandeando con músicos improvisados y hasta actuando en escenarios sin telones ni decorados en la proa, para recitar largos poemas al Salto del Tequendama y al Gran Río que mi padre me enseñó desde muy tempranos años.

Otro nortesantandereano, el escritor Gonzalo Canal Ramírez, celebró la iniciativa de *El Espectador* y Caracol, que llamó ingeniosamente «Teletón del Agua».

8 Carlos Díaz, «Estampas del Magdalena. Carmelo Núñez, un gran conocedor del río», *El Espectador*, 26 de abril de 1981, 4D.

9 Libreta de apuntes, *El Espectador*, 1.º de marzo de 1981, 2A.

Y para más honra dijo que La Caracola se había convertido en una misión tan importante como la Expedición Botánica de José Celestino Mutis.

La primera etapa, titulada «Magdalena arriba», fue un relato de inmersión en el país profundo que duró varios meses para mostrar la realidad de pueblos pescadores sin peces, de lagunas y ciénagas convertidas en basureiros y de numerosas especies en extinción. En la cuarta jornada del 8 de abril, el diarista Bibliowicz escribió que se reunieron en el Cabildo Municipal para escuchar los problemas prioritarios y allí se acusó al Inderena de no ejercer control sobre la ciénaga y el río.

La campaña se movilizó en un remolcador de la Naviera Fluvial Colombiana, que pasó de llamarse Doña Leonor a La Caracola¹⁰ y su símbolo gráfico fue un viejo vapor de los que navegaban por el Magdalena, el cual inspiró años después la portada de *El amor en los tiempos del cólera*, de Gabriel García Márquez. Según Fernando Cano, García Márquez fue el artífice de esta campaña por el Magdalena porque estaba pergeñando su novela y tenía la nostalgia alborotada por el río. Incluso quería estar presente cuando zarpara la embarcación, pero tuvo que salir con cierto afán al exilio, no sin antes dejar lista su columna dominical sobre el río en la que achacó la devastación forestal a la colonización desaforada. Por ello, acotó Bibliowicz, en tres semanas no se podría solucionar el problema, «pero tenemos cien años, ya no de soledad sino de trabajo y de reconstrucción». Por si acaso se olvidaban de algo, en la sección «Tablero de necesidades» quedaban registradas las urgencias de cada poblado.

Pero otra es la versión de Juan Gossain sobre el origen del proyecto: en su crónica preliminar¹¹ dijo que el de la idea fue Yamid Amat, luego se sumó *El Espectador* y la campaña se concretó en un mes. Ahora, quien les advirtió que tuvieran mucho cuidado fue José Salgar. Así lo relata Gossain:

Esta campaña va a crecer demasiado. El país entero se va a meter en el proyecto. Tenemos que evitar las esperanzas exageradas y las desilusiones. Los pueblos ribereños, que siempre han estado abandonados, pueden pensar que el solo viaje de «La Caracola» es el remedio para todos sus males.

¹⁰ En el Museo del Río Magdalena de Honda se encuentra una réplica a escala de este remolcador.

¹¹ Juan Gossain, «Cómo nació y creció la idea de La Caracola. Por eso nos vamos ¡Magdalena arriba!», *El Espectador*, 2 de abril de 1981, sección D.

Los hechos demostrarían, de inmediato, que Salgar tenía razón. De todo el país empezaron a llegar noticias de la solidaridad con que se recibía el proyecto. La bola de nieve estaba creciendo. Fue entonces cuando se invitó al Inderena, como responsable que es de los recursos naturales, para que se incorporara al plan. La Presidencia de la República anunció, a renglón seguido, que el Himat también se unía a nosotros. La empresa privada se sumó con entusiasmo.

Y eso que todavía no se enteraban del mayor desafío: poder navegar en el calendario que tenían previsto, ya que el cauce del río era impredecible, y no faltó la temida encallada. Mientras zarpaba el remolcador, el Inderena organizó sus comités de reforestación en todos los puertos por donde pasaría la caravana y las autoridades de las cabeceras municipales organizaron cabildos abiertos.

Con su particular estilo caribeño, Gossain narró historias casi surrealistas de los pueblos ribereños. Una crónica comienza así:

El Japón solo cuenta con 150 habitantes, mientras que Estados Unidos no tiene acueducto ni luz. Son cosas del río Magdalena, naturalmente, que en medio de tantas desgracias se ha acostumbrado a una curiosa forma del sentido del humor: la de ponerles a sus pueblos nombres estrafalarios.

De otro pueblo, llamado Carpintero –que el río con su fuerza de sierra dividió en dos (el Viejo y el Nuevo)–, los salieron a recibir en balsas y, como cosa rara, no pidieron pupitres para las escuelas ni puesto de salud, sino que les nombraran un inspector, «porque nunca han tenido una autoridad».

Además de escribir para *El Espectador*, el cronista transmitió informes cada hora por las emisoras de la cadena Caracol. Y fue una imagen poderosa de la campaña, aunque una de las fotografías que le tomó Higuera caminando por el río con el agua en las rodillas, en inmediaciones de Neiva, dejó la impresión a los lectores pesimistas de que sería más fácil pavimentar el río que recuperarlo. Por su parte, Osuna dibujó al cronista arrastrando el remolcador, en el que se asoma Azriel Bibliowicz, mientras dice: «Ya casi llegamos a Puerto Salgar», y el Mono le extiende los brazos al otro lado. Tituló esta caricatura «Magdalena arriba».

Tres diarios de a bordo de Azriel Bibliowicz llaman la atención. En el primero reporta la violencia en el Magdalena Medio y cómo La Caracola tuvo que entrar a Barrancabermeja escoltada por una cañonera de la Armada Nacional. Cuenta que cuando tomaban La Caracolita para arribar a los

pueblos se encontraron con lanchas patrulleras del Ejército, que vigilaban la zona asediada por las FARC. En el segundo diario hizo mención de una carta que dirigieron varios políticos del Huila al equipo de La Caracola, disgustados porque no llegaron hasta el nacimiento del río Magdalena. Bibliowicz respondió que uno de los problemas que afrontaron en la campaña fue la intromisión de los políticos, que querían pescar en las populosas aguas del río. Y aclaró que solo llegaron al estrecho donde el río comienza su curso, no al nacimiento en el páramo de las Papas¹² porque los baquianos los disuadieron de la riesgosa maniobra. El tercer diario lo dedicó a las rancherías de pescadores, que llamó «iglús tropicales». Contó cómo estos grupos de pescadores se asentaban durante unos meses en los playones que dejaba el río y luego seguían su trashumancia. Y un detalle clave: el pescado lo guardaban en «neveras», o sea, en cajas de madera que metían al río para mantener los pescados vivos y así venderlos «frescos».

Tras el primer mes de la expedición, el corresponsal Luis Roncallo Fandiño comprobó que las ediciones de *El Espectador* se agotaban en los pueblos de la travesía porque en los colegios las tareas escolares giraban en torno a La Caracola. Tan exitosa fue la campaña que las suscripciones del diario se dispararon durante las trece etapas del recorrido de veintidós días. Roncallo Fandiño publicó una crónica conmovedora sobre los niños trabajadores de las orillas del río, responsables de ayudar en las labores del campo desde el amanecer y de vender toda clase de productos. También escribió sobre las lavanderas del Huila que se fueron del río y, con ellas, sus cantos, sus tertulias y sus leyendas, como la del Mohán.

Carlos Díaz escribió la última crónica en la que consignó lo que fueron esos días de sacrificios, mal dormir, fatiga constante y calor insoportable, pero cómo todo valió la pena. Los ecólogos también tuvieron espacio reservado en la divulgación y uno de ellos, Nicolás Mora Dávila, resaltó el mal manejo que le había dado el país a su principal arteria fluvial. Y no podía faltar la «Carta del Mar Caribe» del Capi Ospina, en la que insistió en la contaminación y la erosión que el Magdalena causaba en esas costas. Dejó esta curiosa coletilla: «Con lo que se va a invertir en el famoso Mundial de

¹² Hasta el páramo de las Papas o páramo del Letrero sí llegó la campaña pionera de los «Municipios olvidados de Colombia» antes mencionada. Marco Tulio Rodríguez registró con solemnidad ese 10 de octubre de 1960, cuando cruzaron «de un brinco» el río padre de Colombia, que en ese nacimiento no tenía más de un metro de ancho.

Fútbol del 86¹³ se podría construir el canal para pequeños barcos, pesqueros y guardacostas por el Chocó».

Los resultados inmediatos de La Caracola fueron los trabajos de canalización del «brazo de Mompós» con la draga enviada por el Ministerio de Obras Públicas y el Foro Nacional sobre la recuperación del río Magdalena realizado en Mompox. La campaña recibió cientos de mensajes de felicitación, muchos de los cuales se publicaron en el periódico, y fue merecedora en 1981 del Premio de Periodismo Simón Bolívar, en la categoría de Investigación.

Por esas ironías negras del destino, en uno de los reportes de La Caracola salió una nota titulada «Centro de recursos naturales crean en la Hacienda Nápoles» de elogio a Pablo Escobar, que un par de años después –cuando llevaba la corbata de parlamentario–, recibió orden de indagatoria por sus vínculos con el narcotráfico. Según el corresponsal de La Dorada Guillermo Rojas Pérez:

[...] si hay personas de las cuales pueda decirse que están haciendo una contribución práctica a la conservación de los recursos naturales es el señor Pablo Escobar Gaviria, propietario de la Hacienda Nápoles, en el municipio antioqueño de Puerto Triunfo, a orillas del río Magdalena.¹⁴

Y agrega que allí se estaba adelantando «un programa casi de fantasía», con la construcción de veinte lagos artificiales sembrados con toda clase de peces, además de hacer el inventario de animales de la hacienda de más de seis mil hectáreas.

La Caracola tuvo una segunda versión llamada La Gran Aventura de *El Espectador* y Caracol, en mayo de 1987, no solo para recuperar el río sino para revivir el tren. Pero ya no estaba don Guillermo para comentar los avatares de la expedición con el Capi Ospina.

MIRADA AL SUR

Cambiando de río, *El Espectador* también le tomó el pulso al Amazonas, que atraviesa el sur del país. En marzo de 1971, Héctor Muñoz escribió sobre la crisis del río debido a la deforestación causada por los colonos colombianos

¹³ Mundial que «sacó del estadio» el presidente Belisario Betancur, pero la plata ahorrada tampoco se vio en estas obras.

¹⁴ Guillermo Rojas Pérez, «Centro de recursos naturales crean en la Hacienda Nápoles», *El Espectador*, 16 de abril de 1981, 10D.

y peruanos. El periodista advirtió que si continuaba la destrucción de los bosques, el río se saldría de cauce «y más tarde, la sedimentación impedirá la navegación y acabará con los peces de esta gran corriente de agua» (pronóstico que se empezó a cumplir en el siglo XXI).

El 8 de enero de 1979, Alberto Galindo, quien fuera jefe de redacción del diario, publicó una columna titulada «Nuestro Amazonas» en la que recogió el memorial de agravios del río azotado por la deforestación, la ganadería extensiva y los plaguicidas que usaba la Marina de Guerra de Estados Unidos.

Al finalizar ese mes, Héctor Muñoz realizó una serie de tres entregas titulada «Rescate de la Amazonia», cuya fuente principal fue el director del Inderena Primitivo Briceño. Y como un bucle, el 18 de junio de 1984, el mismo periodista inició la serie de «Al rescate de los parques naturales», con la revelación de los narcotraficantes que se estaban apoderando del Parque Nacional Natural Amacayacu en el Amazonas, donde estaban imponiendo «la ley de la selva». Aunque aclaró que después del asesinato del ministro de Justicia Lara Bonilla varios de esos mafiosos huyeron del país, aún quedaban algunos que se hacían pasar por agricultores, como Pablo Escobar, que tenía una finca colindante con el parque de donde constantemente entraban y salían avionetas. Por supuesto, el jefe del parque estaba amenazado de muerte. El reportero, que se internó en el Amacayacu, describió tanto su rica fauna y flora como las comunidades indígenas allí asentadas, pero lamentó la falta de apoyo para la investigación científica.

En el sur del país volcaron sus ojos varios reporteros. El muy citado Héctor Muñoz fue uno de los defensores de la amenazada Sierra de La Macarena, declarada reserva nacional en 1948. En diciembre de 1970, en una serie de tres entregas, Muñoz denunció a colonos, cazadores y turistas como sus mayores depredadores. En esa oportunidad acompañó a una comisión de expertos, encabezada por el profesor Jesús María Idrobo del Instituto de Ciencias Naturales, y fueron testigos de la destrucción de hectáreas de bosques debido a las quemas. Así mismo, los científicos comprobaron la pérdida de peces por el uso de la dinamita; de animales como la danta, blanco de los cazadores, y la destrucción del bosque primario. Recordó Idrobo que cuando científicos de Estados Unidos y de la Universidad Nacional realizaron en 1950 el primer inventario de la primera reserva del país, hallaron más de cien especies, de las que solo se conservaban seis.

El *Dominical* adhirió a la cruzada por la preservación de la serranía, y en enero de 1971 le dio portada al informe del científico Armando Dugand Gnecco sobre las catastróficas consecuencias de la deforestación porque

en Colombia estábamos «construyendo desiertos». Y dijo que repetiría los mismos argumentos de hace treinta o cuarenta años, «porque el problema es el mismo (si no peor)».

En abril de 1973, Héctor Muñoz señaló al Inderena y al Incora como los directos responsables de la «masacre» de especies vegetales y animales de La Macarena, porque permitieron la presencia de colonos y de cazadores a partir de 1970, cuando se destinaron quinientas mil hectáreas de la parte baja de la reserva para la colonización. Por ello, los científicos confiaban en que el nuevo gerente del Inderena, Julio Carrizosa Umaña, subsanara los errores cometidos por ese instituto. Pero el 18 de noviembre de 1974, Muñoz volvió a denunciar la destrucción de vida silvestre:

Con el respaldo de antiguos gerentes del Incora y del Inderena, y de algunos políticos ávidos de votos, han sido violadas las leyes que declararon reserva nacional destinada exclusivamente a investigación científica a la Sierra de la Macarena, hoy invadida por colonos y cazadores.

En mayo de 1978, la denuncia de Héctor Muñoz estaba relacionada con la Carretera Marginal de la Selva, que atravesaría la Sierra de La Macarena.

Por ello, en la década siguiente, cuando la polémica por la Sierra de La Macarena se reavivó a causa de un proyecto de ley que cursaba en el Congreso, Guillermo González Uribe, editor y periodista del *Magazín*¹⁵, entrevistó en septiembre de 1983 al profesor Jesús María Idrobo, quien sostenía que en esa reserva se hallaba uno de los más grandes bancos de genes del planeta dada su riqueza en fauna y flora. A la pregunta de si en Colombia existía una política ecológica encaminada a preservar las selvas, respondió: «Sumamente mala. Por el contrario, estamos ampliando la frontera agrícola mediante la destrucción de lo último y lo mejor que queda en el mundo: la selva tipo La Macarena, la selva amazónica, la selva del Chocó».

¹⁵ El renovado *Magazín Dominical* también incluyó los temas ambientales en su agenda. En noviembre de 1985 dio despliegue al foro ecológico internacional que se realizó en Villa de Leyva. Las autoras del informe, Socorro Ramírez y Ana María Echeverri, recogieron la opinión de los expertos sobre las relaciones entre ecología y política. Ángela Posada-Swofford se convirtió en la enviada especial a las profundidades del mar, las cimas de los nevados y otros destinos naturales. Su primera colaboración fue una entrevista con Jacques Cousteau, que estaba realizando una expedición por el río Amazonas.

Para darle seguimiento a la denuncia, Héctor Muñoz tituló «Invasiones a La Macarena» un informe del 17 de noviembre de 1983 sobre la necesidad de rescatar la reserva, invadida por campesinos, guerrilleros y traficantes que se habían dedicado a la tala descontrolada, según el reclamo de científicos de la Universidad Nacional. El 5 de diciembre, Margarita Marino de Botero, la gerente general del Inderena, anunció que tomaría medidas para proteger la reserva y abriría las investigaciones respectivas.

Volteando la mirada al Pacífico, el columnista Antonio Caballero, otro abanderado de los temas ambientales, deploró en la columna titulada «Clientelismo ecológico», de octubre de 1978, la postura del ministro de Justicia para quien la destrucción ecológica de la isla prisión de Gorgona era menos importante que la seguridad de los colombianos, y de ese penal los secuestradores no podían volarse tan fácilmente. Por esos mismos días, Inés de Montaña hizo un reportaje con Cecilia de Robledo, quien se fue a enseñarles a hacer artesanías a los reclusos y se quedó diez años viviendo en el penal, en una especie de «caleta», para documentar el infierno que padecían esos compatriotas. El libro, que tituló *Gorgona, isla prisión*, ayudó a acelerar el cierre de la cárcel que funcionaba desde 1960. En la fotografía, salió Mamá Ceci muy sonriente cargando una boa «cariñosa» en compañía de dos reclusos.

Sobre Gorgona también escribieron Marcela y Claudia Cano Correa, hijas de Fidel Cano Isaza. Marcela, estudiante de Biología, hizo en la isla prisión una pasantía con un compañero y firmaron dos artículos con «ideas para el futuro de Gorgona», en septiembre de 1979. El primer problema que advirtieron fue la deforestación porque en el penal usaban madera para cocinar. En junio de 1986, Claudia publicó varias entregas en *El Espectador* para anunciar, por fin, «la recuperación de un paraíso» en el mar Pacífico, que de penal pasó a Parque Nacional Natural en 1984.

En 1980, Claudia Cano y Patricia Cleves, que permanecieron cuatro meses en la isla de Providencia por su tesis en Antropología, publicaron una serie de tres entregas en la que llamaron la atención sobre esta isla, que para nada era «una sombra de San Andrés». Marcela Cano terminó viviendo en Providencia, donde dirigió por más de veinte años el Natural Nacional Old Providence McBean Lagoon (arrasado por el huracán de 2020).

DIVINO TESORO DEL AGUA

Mucha agua ha corrido en esta historia, pero ninguna tan desastrosa como la que, revuelta con pantano, corrió por las laderas del hasta entonces dormido

volcán del Ruiz, y que causó la tragedia de Armero el 13 de noviembre de 1985. Antonio Caballero advirtió dos meses antes con su habitual ironía: «¡Por fin un cataclismo natural! El nevado del Ruiz humea y echa eructos de ceniza, perturbando las rutas aéreas. Y además sus glaciares se están resquebrajando y es posible que se echen a rodar montaña abajo, provocando espantosos estragos»¹⁶. Y remacha diciendo que al menos asistiremos en Colombia a una catástrofe que no sea provocada por la mano del hombre (que, desafiando su pesimismo, sería la del Palacio de Justicia).

Poco después, sobre la misma alerta escribió don Guillermo en la «Libreta» del 17 de noviembre de 1985. Allí recordó que meses atrás había agradecido a la Providencia «porque el volcán nevado hubiera lanzado con anticipación señales inequívocas de que en sus entrañas se estaba incubando una violenta erupción próxima. Eso nos daba tiempo, decíamos, para mantenernos en estado de alerta ante la posibilidad de una tragedia». Pero más escandalosa –e indignante– fue la revelación que hizo el director a renglón seguido:

Nuestro colaborador Max Henríquez escribió un excelente artículo a este respecto advirtiendo los riesgos ciertos de que el volcán estallara y se produjeran deshielos que provocaran la avenida devastadora de los ríos, con tal violencia con tanta fuerza que las gentes ribereñas y de poblaciones del Tolima y de Caldas podrían correr graves riesgos. Se dijo entonces, por gentes pacatas, que ese artículo científico era alarmista, que causaba pánico económico en Caldas y en el Tolima. La hipersensibilidad de ciertas clases dirigentes, que suelen temer a la verdad, hizo blanco de ataques y de injurias al articulista científico y a este periódico por sus advertencias responsables y objetivas.¹⁷

Por esta contundente columna titulada «Ayer los hombres... Hoy la naturaleza», en la que también hizo pronunciamientos fuertes sobre la toma del Palacio de Justicia, y todas las que publicó en 1986, Guillermo Cano recibió

¹⁶ Antonio Caballero, «Un ejemplo concreto», *El Espectador*, 25 de septiembre de 1985, 2A.

¹⁷ A propósito, Óscar Alarcón recordó que fue Iván Duque Escobar, ministro de Desarrollo de Belisario Betancur, quien –en un debate en el Congreso para prevenir el desastre natural– desestimó las alertas que, según él, se basaban en especulaciones.

el Premio de Periodismo del Círculo de Periodistas de Bogotá el 10 de febrero de 1987. Su último galardón. Póstumo.

Tiempo atrás, inspirado en una visita que hizo a Israel, don Guillermo se refirió en un tono muy personal al «Divino tesoro del agua»:

Profeso por ella toda mi devoción y hacia ella se inclinan todas mis debilidades. Me siento feliz cuando llueve y quisiera salir al descampado a bañarme en la regadera celestial sin importarme un bledo, por el contrario, con placer infinito de que se empapen mis ropas y se cubra de frío mi cuerpo. El murmullo de un río, la visión de un lago, el nacimiento de una quebrada en las montañas, la caída caprichosa de las cascadas, los torbellinos turbulentos de los ríos, todas las manifestaciones del agua me emocionan. Como me causan desolación las tierras desérticas, las montañas descuajadas que se van quedando sin árboles, sin flores y sin pastos, o las llanuras que se incendian con el solo calor de los soles implacables sin que por ellas corran o existan en sus cercanías aguas que calmen su sed y apaguen los fuegos.¹⁸

Tras señalar que el agua era un tesoro tan divino como injustamente repartido en la tierra, terminó haciendo un llamado a no despilfarrarla: «Es como si cada gota que se utiliza inútil y malamente se llevara un hálito de cada vida humana». Coincidentalmente, el 22 de marzo, cuando se celebra el Día Mundial del Agua, es el aniversario de *El Espectador*.

¹⁸ Libreta de apuntes, *El Espectador*, 26 de junio de 1983, 2A.

Mike Forero Nougues (a la derecha), jefe de la sección deportiva por varias décadas, compartió la amistad y la pasión por el deporte con Guillermo Cano. La foto (sin fecha) corresponde a alguna ceremonia del Deportista del Año, la gala por excelencia de *El Espectador*, en la que también se premia el juego limpio. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL PROMOTOR DEPORTIVO



EL PLACER Y EL TRABAJO EN VENTUROSA ALINEACIÓN marcaron el debut de Guillermo Cano en *El Espectador* en 1944. Allí comenzó la crónica taurina y su columna «Templando y mandando» –que a veces firmaba como Conchito, en homenaje a la rejoneadora Conchita Cintrón, que traía enamorada a la afición colombiana–, y que alternaba con Camborio (Antonio Rueda Caro) en la sección de «La fiesta brava». Durante cuatro años hizo su faena periodística mientras su amigo de juventud, Luis Miguel Dominguín, el menor del clan Dominguín refugiado en Bogotá durante la guerra civil española, se volvía diestro en su país.

La columna «Un día para recordar»¹ la dedicó a recordar su afición por los toros, después de un largo retiro, por el cincuentenario de la Plaza La Santamaría. Contó que «el gusanillo taurino» apareció en su sangre, en la que no había antecedentes de tal naturaleza, en su adolescencia. Y le apareció:

[...] con tanta fiebre que no me contentaba con presenciar las corridas y escaparme a los «mentideros taurinos» a escuchar impertinentemente a los «pontífices» que en cafés y cafetines discutían de día y de noche sobre un pase, un mulatazo, una estocada, la mansedumbre o la bravura, la nobleza o el sentido de un toro, sino que poco a poco me hice –lo que algunos llaman pomposamente– aficionado práctico.

1 Libreta de apuntes, *El Espectador*, 8 de febrero de 1981, 2A.

Desde su tendido, Mike Forero Nogués narró estos inicios del jefe y amigo en el periodismo deportivo:

Su afición por los toros le llevó a vivir esa dorada adolescencia, que él supo vivir con alma, vida y sombrero. Para su corazón, siempre generoso, no había términos medios. Vivía los toros a todo o nada. Esa primera fiebre lo llevó a ser redactor taurino, ejercicio que lo ayudó a pulir su pluma. Más tarde hizo ensayos en el campo de los deportes. Yo no era periodista deportivo profesional porque en los años cuarenta eso era imposible. Pero ya desde entonces me nombraron jefe de educación física del Ministerio de Educación Nacional, y un buen día la secretaria me anunció: «Hay un reportero que quiere hablar con usted». Frente a frente, por primera vez, tuve al joven Guillermo Cano, ejercitándose en el difícil arte de la entrevista. El deporte fue, cuando todavía no había facultades de periodismo, una gran escuela. Si en ese campo uno metía la pata, nadie se preocupaba.²

Según Jorge Cardona:

[...] desde sus días de colegial en el Gimnasio Moderno sus carpetas de alumno certificaron su interés por el deporte. No fue muy bueno en los idiomas, pero se destacó como asistente del profesor Numael Hernández³, a quien llamó el «Ángel salvador de los deportes».⁴

Esta fiebre deportiva rompió el termómetro con la creación del Independiente Santa Fe, en febrero de 1941, en el Café Rhin (frente a la plazoleta de Santa Fe que inspiró el nombre del equipo). Dos años antes, varios de sus fundadores disputaron un encuentro memorable en la celebración de los veinticinco años del plantel educativo. Ese equipo de exalumnos y aficionados de otras plazas se volvió su divisa personal y familiar.

Su primer fogueo internacional lo tuvo en Caracas, a donde asistió como delegado del periódico al Congreso Interamericano de Prensa realizado en 1945. Allí aprovechó para ver un partido de béisbol entre Venezuela y Puerto Rico. En la crónica «El béisbol, un deporte popular», Guillermo Cano exaltó las condiciones del *pitcher* colombiano Carlos «Petaca» Rodríguez,

2 Mike Forero Nogués, «Guillermo Cano, alma y nervio de los deportes», Sermones laicos, *El Espectador*, 18 de diciembre de 1986.

3 Autor del *Manual de gimnasia educativa* en 1962.

4 Comunicación personal, 7 de abril de 2025.

reconocido en Venezuela. (La evolución deportiva le dio la razón cuando ese mismo *pitcher* encabezó la novena que en 1947 ganó el mundial de béisbol aficionado en Cartagena). Así que tenía el brazo caliente cuando viajó a Barranquilla, en diciembre de 1946, como enviado especial a los V Juegos Centroamericanos y del Caribe, acompañado de GOG.

La figura colombiana de estos juegos, donde Cuba barrió con la medallaría, fue el nadador Luis Eduardo González, el Tiburón, quien se colgó dos oros. Y aunque hubo otras medallas para Colombia, el despliegue fue para las preseas doradas que ganaron los equipos de béisbol y fútbol. La primera medalla le permitió escribir una crónica para destacar al entusiasta público barranquillero y, la de fútbol, para exaltar a sus jugadores.

A propósito de estos juegos, Carlos Mario Correa, estudioso de la faceta de cronista de Guillermo Cano, hizo esta oportuna observación:

[...] fue testigo excepcional de cómo la competencia deportiva lleva incluida un ardiente juego de intereses que se vive a plenitud en los hospedajes, las pistas, los podios, las graderías –entre ellas la de prensa– y las calles, y por eso, creemos que desde esta experiencia empezó a darle vueltas a la idea de que «los Juegos no son juegos» o de que son «algo más que juegos...» que expuso veintiséis años más tarde.⁵

En La Arenosa, el enviado especial de veintiún años también ganó un maestro y amigo para toda la vida: Mike Forero Nogués. Como vicepresidente del Comité Olímpico Colombiano, Forero fue el artífice del éxito de esos juegos y en noviembre de 1947, cuando dejó el Comité, se vinculó de lleno a *El Espectador*. Allí permaneció más de treinta y cinco años como una especie de embajador volante porque recorrió el mundo cubriendo justas deportivas. Muchos de esos viajes se los perdió Rufino Acosta, su compañero de fatigas, quien le cogió «terronera» a viajar en avión después de una mala experiencia en un *jet* Constellations. Sobre Mike dice Rufino a boca llena: «El mejor periodista deportivo que ha parido este país».

5 Sobre esta faceta de cronista escribió Carlos Mario Correa el capítulo «El sentido profundo de lo cotidiano», del libro *Tinta indeleble: Guillermo Cano, vida y obra* (Bogotá: Alfaguara, 2012), 167, acompañado de una antología con los textos de juventud.

COPAS ENTRE COLEGAS

A todas estas, los periodistas vivían el ambiente deportivo en la cotidianidad y protagonizaban sus victorias gremiales. La llegada de Guillermo Cano al periódico coincidió con la apertura del Club San Francisco, en la Calle Real, en donde *El Espectador* organizó el campeonato de bolos de la prensa, que pronto se volvió una institución capitalina. Conchito tumbaba sus conos, sin pretender superar a campeones como Lucio Duzán, Guillermo Lanao y GOG.

GOG no solo era un sabelotodo capaz de responder en su columna a cualquier pregunta de los lectores, sino un multideportista: corredor de 100 metros planos, campeón de salto largo, ajedrez y bolos. García Márquez cuenta en sus memorias que como GOG tenía la manía de estudiarlo todo, en un campeonato de bolos «se dedicó a estudiar en un manual las leyes físicas del juego en vez de practicar como nosotros en las canchas hasta el amanecer, y fue el campeón del año»⁶. Fue tal el auge de los bolos que en los años cincuenta el Círculo de Periodistas de Bogotá empezó a organizar campeonatos. Y la bolera San Francisco estaba tan acreditada, que el presidente-periodista Alberto Lleras Camargo presidió la premiación de un torneo.

En esa época también se puso en boga el tejo o turmequé. Los dos campos más conocidos fueron el Villamil –en donde jugaron políticos como Jorge Eliécer Gaitán, poetas como León de Greiff y periodistas como GOG y García Márquez– y el campo La Meta, al norte de la ciudad, donde se organizaban torneos a los que acudía el personal de periódicos y emisoras. En el equipo de *El Espectador*, liderado por Luis de Castro, Alfonso Cano, Guillermo García, Alberto Garrido y Mike Forero, Conchito se echaba sus tejos con discreto lucimiento. Lo importante era participar porque estos torneos contribuyeron a fomentar un espíritu de colegaje sin color político. Además, durante los campeonatos, la atención se desplazaba de las chivas a los marcadores, y esa era la verdadera primicia.

Los campeonatos de ajedrez fueron célebres en El Automático, café de la bohemia donde los periodistas de *El Tiempo* y *El Espectador* se tomaban unas copas y se juntaban a jugar partidas. Salvo Flor Romero, allí las mujeres eran especies exóticas. Guillermo Cano siguió jugando toda la vida y quedaron fotos que lo atestiguan, de cigarrillo en mano, mirando fijamente el tablero: gambito de director.

Este diario, en 1954, también tuvo la audacia de organizar una competencia de *cross-country*, con un recorrido de unos 3.500 metros por la quebrada

6 García Márquez, *Vivir para contarla*, 516.

topografía del Parque Nacional. La competencia de atletismo tuvo tanta acogida que se inscribieron 125 participantes entre veteranos y novatos. La largada fue en el Parque de la Independencia y Guillermo Cano dio el pistoletazo.

Y si bien el director no fomentó el toreo entre sus colegas, tuvo tendido especial en las temporadas, junto con su amigo Hernando Santos, de manera que *El Espectador* y *El Tiempo* les dieron generosa cobertura a las corridas. Sonia Cárdenas cuenta que su cuñado Carlos Pinzón solía ir con Guillermo Cano al «circo de toros», pero también se reunían con los «maletillas» –como les decían a los muchachos que aspiraban a ser toreros– en La Taberna del Toro. Ellos les ayudaban a los «maletillas» con contactos y patrocinios para que pudieran hacer sus pinitos en las corridas.

Antonio Andraus recuerda que para don Guillermo siempre fue sagrado el espacio destinado a las temporadas taurinas de todo el país. Con dos semanas de antelación se pasaba por la redacción de deportes a recomendarles la publicación de las notas que enviaran los corresponsales. En ello hacía de su capa un sayo⁷.

EL DOMINICAL DEPORTIVO

El *padre padrone* de la escuela de periodismo deportivo de *El Espectador* fue Mike Forero Nougues, licenciado en Educación Física de la Universidad Nacional (Bogotá), bacteriólogo de la Universidad de Jefferson (Estados Unidos) y periodista nacido en Piedecuesta (Santander) en 1919⁸. Antes de él, los reporteros tenían sus «palomitas» en el deporte, pero todavía no era una especialidad. José Salgar se volvió el primer redactor de la fuente porque después de desempeñar oficios varios en el periódico, don Luis Cano lo puso a escribir notas deportivas.

Esa primera etapa de la historia deportiva de *El Espectador* la cuenta así Mike Forero Nougues:

Nuestra sección de deportes, por allá en los años cuarenta, tuvo tres redactores: Carlos Arturo Rueda, Guillermo Cano y yo, y francamente los dos –Carlos Arturo y el suscrito– nos sentíamos en el curubito teniendo a Canito dándole a los deportes, todos en torno de un escritorio inolvidable: un mueble largo con una especie de cúbilos, que le daba cabida a toda la redacción del periódico. Allí escribíamos con la velocidad del

⁷ Comunicación personal, 27 de mayo de 2025.

⁸ El jefe de la sección deportiva fue presidente del Círculo de Cronistas Deportivos de Bogotá (Cicrodeportes) antes de ingresar a Coldeportes.

rayo, sin problemas. Si alguien no recordaba un nombre o una fecha, bastaba gritar y preguntar e inmediatamente se obtenía la respuesta. Esa redacción sustituía la mejor enciclopedia.⁹

Junto con Forero Nougés, ingenioso cronista y hábil titulador, Guillermo Cano introdujo las páginas deportivas en el *Dominical* a partir de 1948. También metía mano Álvaro Pachón de la Torre, un hinchazo furibundo del fútbol. Tras su muerte accidental, en 1953, Carlos Arturo Rueda recordó que él se pasaba escuchando las transmisiones nacionales e internacionales (sobre todo del fútbol brasileño) y aunque nunca asistía al estadio, seguía los juegos, minuto a minuto, y se sabía la vida y milagros de los jugadores. Consideraba que el Deportivo Cali era el mejor cuadro, a despecho de sus compañeros santafereños. Resaltó dos «jugosas crónicas» que publicó en el *Dominical*: la de Heraldo Ferreyro, que debutó en el Santa Fe metiéndole un gol a Millonarios, y la de José Kaor Dokú «por su criollismo ajaponesado».

Las llamativas portadas con ilustraciones de Hernán Merino o fotografías de Guillermo Sánchez y Alberto Garrido invitaron a los lectores a coleccionar estos números. Allí ambientaron el primer campeonato profesional de fútbol colombiano de 1948. Además de las figuras locales, las páginas del *Dominical* empezaron a alojar a las estrellas de El Dorado del fútbol, muchas de las cuales llegaron de Argentina debido a una huelga que los dejó cesantes.

Ulises, por su parte, puso a las musas de bastoneras a celebrar el triunfo de Santa Fe en el campeonato de agosto de 1948. «Llor a los valientes campeones», tituló la crónica: «Son veintidós gotas de mercurio –once rojas, once azules– las que corren por el campo detrás de una burbuja de aire encerrada en una esfera de cuero». En julio de 1949 volvió a recrear con su poética prosa el clásico nacional de fútbol Santa Fe-Millonarios: «Espectáculo colmado de fuerza y de gracia, dinámico ejercicio del músculo y de la inteligencia, plástico alarde corporal, es de sobra explicable que el fútbol se apodere totalmente, con avasallante rigor, del cálido entusiasmo de las muchedumbres».

Dado el interés de los editores y los lectores por la sección, desde el 11 de junio de 1950 empezó a circular el *Dominical Deportivo* junto con el exitoso *Magazín*. Al suplemento le metieron la ficha los santafereños de la casa: Cano, Forero Nougés, Ulises y Pachón de la Torre.

Una de sus «sesiones» más originales fue la de los «Psicoanálisis deportivos» en la que Mike Forero llevó al diván a divos del deporte y los sometió

9 «Guillermo Cano: alma y nervio de los deportes», Sermones laicos, *El Espectador*, 18 de diciembre de 1986.

a interrogatorios rápidos, cronometrados. Por allí pasó el ego del argentino Alfredo Di Stéfano, el delantero del equipo Millonarios más cotizado en Colombia, que venía de brillar en el River Plate¹⁰. Lo que logró sonsacarle al hermético personaje es que Millonarios era para él un equipo segundón, pero le pagaba bien. Otro psicoanálisis fue para el Platillo Volador, como le decían al arquero de Unión Magdalena Ricardo Cardoso. «Soy negro ciento por ciento y me enorgullezco de eso», le dijo al reportero mientras le enseñaba sus blancas palmas de las manos con las que atrapaba las bolas más difíciles.

Los pedalistas también ocuparon el podio del suplemento deportivo con numerosas portadas de eventos nacionales e internacionales. En los VI Juegos Deportivos Centroamericanos y del Caribe realizados en Guatemala en 1950, en la modalidad de 4.000 metros persecución por equipos, el oro fue para Efraín Forero, Jaime Tarquino, Efraín Rozo y Luis Ortiz. Al año siguiente, el mismo Efraín Forero, apodado el Zipa, ganó la primera Vuelta a Colombia en Bicicleta, que se realizó en el centro del país en enero de 1951. Este evento, iniciativa de *El Tiempo*, se convirtió en la prueba favorita de la afición nacional. Con humor destilado en las montañas, Rocío Vélez de Piedrahita, corresponsal en Medellín, escribió la crónica de la V Vuelta a Colombia para lectores que nunca se hubieran montado en una bicicleta: «Los que van a morir te saludan». En ella menciona los múltiples nombres del campeón Ramón Hoyos Vallejo: el Conde de Marinilla, el Campeonazo, el Escarabajo de la Montaña y el Marqués de Hoyos.

Forero Nogués, quien lideraba la famosa Chiva de *El Espectador*, siguió los avatares de la primera competencia con sus compañeros de fórmula: Guillermo Cano y el costarricense Carlos Arturo Rueda. En un balance preliminar, cumplidas cinco etapas de la vuelta, la crónica de Rueda se desliza con aceitada prosa. Cuenta la gesta de treinta y cinco muchachos que partieron de Bogotá para tomar las carreteras centrales del país en una competencia nunca antes vista. Aunque los participantes se habían fogueado en el exterior, debutaban en Colombia, donde el fútbol tenía acaparada la atención. Hasta que dos locos del ciclismo, Donald Raskin y Guillermo Pignalosa se volvieron paladines de este deporte. En el *jeep* donde iban los organizadores y los jueces, el periodista ayudaba a repartir bebida y comida a los ciclistas, que más parecían ir de paseo, por la solidaridad entre ellos.

En 1951 también salió el libro *El campeón*, de Mike Forero y Pierre Fedeli (árbitro de la Dimayor), que fue comentado en el *Deportivo* y en la prensa

10 *Dominical Deportivo*, 19 de abril de 1953, 19.

nacional porque la literatura especializada en fútbol era una rareza. Allí Forero publicó una crónica sobre el desarrollo del fútbol suramericano y en especial del colombiano.

Durante esa década del cincuenta, la Vuelta a Colombia en Bicicleta y el campeonato profesional de fútbol constituyeron la columna vertebral del periodismo deportivo en *El Espectador* y en todos los otros medios impresos y radiales del país.

EL EQUIPO TRIUNFADOR

Con la apertura del Hipódromo de Techo en Bogotá, en 1954, empezó el auge de la hípica, que se prolongó hasta avanzados los setenta con las famosas apuestas en las carreras de caballo del 5 y 6. Los equinos que capturaron los titulares fueron Triguero (de cuya «vida íntima» escribió Germán Pinzón) y Capuchino, el Imbatible.

Guillermo «el Mago» Dávila y Mariano San Ildefonso (un republicano catalán exiliado) escribían la sección de hípica y contagiaron del entusiasmo por las carreras al propio Guillermo Cano, quien compró –junto con Enrique Alvarado– un potro llamado Pasto de Oro, que apenas ganó una carrera. Pronto, todos los miembros del consejo editorial del periódico (don Guillermo, José Salgar, Guillermo Lanao y Enrique Alvarado) tenían equinos de competencia. Fernando Cano cuenta que los caballos de su papá se llamaban Mona Belle y Pasto de Oro:

El Mago Dávila fue el que lo convenció de comprarlos y ponerlos a correr. La leyenda dice que Pasto de Oro siempre llegaba de último y que la única vez que ganó fue porque en el momento de iniciar la carrera hubo un temblor de tierra y el caballo se desbocó.

En conversación con Jorge Cardona, Enrique Alvarado recordó esas épocas:

«Era un tiempo de pronósticos diarios y una afición sin límite. Alrededor de Mariano San Ildefonso se creó un fogón de amigos de la hípica que nos llevó a ilusionarnos como propietarios y apostadores». Alvarado siempre admitió que el único que sabía montar los caballos era Luis Palomino, pero que los que conocían de hípica en el periódico eran Mike Forero, Lucio Duzán, Alfonso Palacio Rudas y Guillermo «el Mago» Dávila¹¹.

¹¹ Jorge Cardona, «Falleció el periodista Enrique Alvarado», *El Espectador*, 22 de septiembre de 2019.

En el pico del interés nacional por el ciclismo, el cronista todoterreno Gabriel García Márquez publicó desde junio de 1955 la serie «El triple campeón revela sus secretos», con catorce entregas sobre el ciclista Ramón Hoyos Vallejo, que salió en la edición diaria y luego fue recogida en libro¹². En los créditos aparece una curiosa fórmula: «Por Ramón Hoyos Vallejo relatado a Gabriel García Márquez», que se explica por la primera persona que adoptó el autor, según se aprecia desde este primer magistral párrafo:

El 9 de febrero de 1939 llegó a la escuela rural de «Chorro Hondo» –a 10 kilómetros de Marinilla, Antioquia– un niño de siete años, tímido, mon-
tuno, completamente embarrado y chorreando agua sucia por todos los
lados. Ese niño era yo, Ramón Hoyos Vallejo, y ese es mi recuerdo más
antiguo: mi primer día en una escuela pintada de blanco entre frescos
naranjos, a donde me llevaron mis hermanos mayores, Juan de Dios
–que ahora es propietario de un café– y José, que ahora es chofer de
taxi. Me llevaron porque yo me empeciné con la idea de que ya estaba
en edad de aprender a leer y a escribir, cuando a duras penas había
aprendido a caminar. Y fue precisamente esa mañana cuando sentí el
incontrolable impulso de batir mi primer récord: cuando me llevaban
a la escuela traté de saltar una quebrada –habiendo podido pasar por
el puentecillo– y caí desparrado dentro del agua.

En cada entrega del reportaje, acompañada de abundante material gráfico, el redactor hizo una bitácora de su trabajo en cinco días de entrevista, con etapas de hasta cinco horas ininterrumpidas. Allí registró sus impresiones sobre el campeón que vivió un verdadero ascenso en su vida. Aclara que respetó su lenguaje, conservando el sabor local, y con conciencia del método escribió:

Se tomaron cincuenta y dos cuartillas de notas en total, y veintinueve tazas de tinto, de las cuales el redactor no tomó ninguna. Se perdió la cuenta de los cigarrillos, porque el redactor encendía un cigarrillo con la colilla del anterior, y en este periodo de descanso Ramón Hoyos está fumando un promedio de dieciocho cigarrillos cada dos días.

En la última entrega contó el drama por la pérdida de su madre y de una hermana en la tragedia de Media Luna, una vereda cercana a Medellín, sobre la que escribió García Márquez en 1954 para *El Espectador*.

12 Gabriel García Márquez, *Entre cachacos 2*, Obra periodística, vol. 4 (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1983), 573-660.

Pero el apunte mundial fue la preocupación del campeón por la ortografía. «Es como si Hoyos pensara: un campeón de ciclismo debe tener buena ortografía». Enterado de que el redactor había publicado una novela, Hoyos le preguntó intrigado:

–¿Cómo hizo usted para aprender la ortografía?

Honestamente, el redactor le respondió:

–Eso no se aprende nunca. Los errores los corrige el linotipista.

Las carreras de automóviles, tan en boga en los años cincuenta, atrajeron a periodistas como Germán Pinzón, que fue copiloto de Alfredo «el Gringo» Camacho, y tituló su crónica «¡Un periodista a 230 kilómetros por hora!», la cual resumía el vértigo de la aventura en un Mercedes Benz para competir por el Premio Automovilístico de Bogotá, que ganó el Gringo.

A finales de los sesenta, el saleroso cronista Melanio Porto Ariza, Meporto, enviaba colaboraciones espontáneas desde Cartagena y fungía como apoderado de Rodrigo Valdés. Su retrato del púgil Caraballo –deportista del año de *El Espectador* en 1962– titulado «De Chambacú a Tokio» es digno de figurar en una antología de periodismo deportivo, con el valor agregado de la caricatura a color de Osuna. Basta una frase como prueba: «Para Bernardo Caraballo, quien antes de subir al cuadrilátero se peina con brillantina y se pone bastante Yodora debajo del brazo, los olores tienen un gran significado»¹³. Otro corresponsal de Cartagena, Antonio J. Olier, dijo que Caraballo, oriundo de Bocachica, le ganó su primera pelea a la miseria cuando se fue a vivir a Bocagrande.

Pero el dueño del *ring* era Antonio Andraus, quien también escribía sobre béisbol. Desde 1969 fue corresponsal del periódico en Cartagena y lo enviaron a cubrir un Campeonato Mundial de Béisbol Amateur en Santo Domingo con Isaías González, y al año siguiente estuvo en los Juegos Bolivarianos en Maracaibo. En 1971 –después de integrar el equipo de los V Juegos Panamericanos– quedó vinculado de planta al periódico. Fue enviado especial a los eventos internacionales más relevantes, donde a veces se doblaba en reportero gráfico, con excelente ojo. Desde 1970, cubrió en Cartagena la Serie Mundial de Béisbol Aficionado y en cada crónica aprovechaba para contar un poco de historia del deporte de la pelota chica, por este estilo:

¹³ *El Deportivo*, 16 de julio de 1967, sección C, 1.

El béisbol, que llegó a estas murallas [de Cartagena] por ahí en 1903 con los hermanos Gonzalo e Ibrahim Zúñiga, ha sido y será, quién sabe por cuánto tiempo más, la pasión de los costeños y en especial de los cartageneros.¹⁴

Tan apasionados eran los cartageneros por el deporte, contó Andraus, que en 1946 prefirieron que les construyeran el estadio en lugar del alcantarillado, cuyas obras se tardaron años. También denunció «la miseria del boxeo colombiano», y entre 1971 y 1972 escribió varias entregas para demostrar la falta que le hacía un coliseo a Cartagena, donde el gimnasio de Coldeportes, en la avenida Pedro de Heredia, era conocido como «la caldera del diablo» entre los pugilistas.

Andraus cubrió la victoria de Antonio Cervantes, Kid Pambelé, en octubre de 1972, cuando se consagró como campeón mundial en el peso wélter de la Asociación Mundial de Boxeo. Dos años después, la gloria le correspondió al púgil cartagenero Rodrigo Valdés. En adelante, la lista de campeones en el *ring* fue notoria y le permitió su lucimiento a Andraus, quien estuvo en Ciudad de Panamá en 1975, cuando Pambelé por novena vez defendió la corona de campeón mundial de los pesos wélter ligero. En 1976 escribió largas series sobre «El título de Monzón» y sobre «El título de Valdés», y cubrió la gran pelea entre el argentino y el colombiano en Montecarlo, donde el príncipe Rainier y la princesa Grace Kelly vieron caer al último de rodillas. Derrotado.

«Bates y manillas» se llamaba su columna, que fue un referente en los setenta para los amantes del béisbol, y en ella tocó muchas veces la campana porque este deporte, siempre mendicante, no podía representar al país en competencias internacionales por falta de apoyo. Ello pese a que le dio el primer triunfo a Colombia en el exterior, en 1947, en la categoría de béisbol aficionado. En 1978, Andraus recibió el premio al mejor periodista deportivo de la Asociación Mundial de Boxeo¹⁵.

Otro periodista destacado en los setenta fue Carlos Eduardo Tapias, quien escribía sobre ciclismo y atletismo. No se perdía corrida de San Silvestre, competencia en la que Colombia empezó a participar en 1960 y que, según el reportero, «fue como pasar de la mula al jet». Para 1975, Colombia había

¹⁴ Antonio Andraus, «Don Blas de Lezo sabía béisbol», *El Espectador*, 2 de diciembre de 1976, 8B.

¹⁵ Se pensionó en 1997 y se radicó en Estados Unidos como vicepresidente de prensa en la Asociación Mundial de Boxeo, y allí continúa cubriendo las Grandes Ligas.

aportado dos campeones: Víctor Mora y Álvaro Mejía. Al primero, Tapias le siguió los pasos hasta que impuso en Cali, en 1973, la nueva marca suramericana para los 10.000 metros planos, que superó la del hasta entonces mejor fondista, Álvaro Mejía.

A este último, que sería el Deportista del Año 1967, Mike Forero le hizo un amplio reportaje cuando ganó la carrera de San Silvestre en São Paulo, en 1966. En la entrevista se mostró como un campeón con los pies en la tierra, que tenía calculada su victoria. Y el periodista no se frenó para preguntarle por sus enfermedades, noviazgos, filiación política, credo, frustraciones y rutinas. Con toda espontaneidad, Mejía le contó que cuando corría para entrenarse le tomaban del pelo: «Me llaman loco, me gritan entre otras cosas: “¡Corra, que ya casi llega!... ¡Corra que lo alcanzan!”. Nos tratan de idiotas por correr».

Guillermo Cano volvió a surgir como cronista deportivo en 1972 con el cubrimiento de los Juegos Olímpicos de Múnich, en los que Colombia obtuvo sus primeras tres medallas olímpicas en la historia¹⁶. En ese viaje lo acompañó su esposa Ana María, la única periodista colombiana acreditada, y fueron testigos de la masacre de once atletas judíos por terroristas palestinos en el llamado «Septiembre negro». Tras el ataque se sumaron notas luctuosas a las analíticas y de color que habían enviado sobre las justas. «Los Juegos ya no son juegos. La Medalla de Hierro la ganó la violencia», tituló el director su reportaje del 5 de septiembre en el que sintetizó la tragedia de la manera más gráfica:

De pronto, en la madrugada, los disparos de fogueo que le dieran gloria a un campeón colombiano¹⁷, se escucharon de otra manera. No rompían figuras de papel ni se clavaban en los círculos dibujados. Eran tiros de verdad. Que herían y mataban. De ese instante en adelante la Olimpiada de Múnich entró en una dolorosa, prolongada, terrible agonía.

Mike Forero, que iba en la comitiva, también tuvo que cambiarse la camiseta de redactor deportivo por la de judicial, repitiendo el horror que vivió en los Juegos Olímpicos de México de 1968, escenario de la matanza de Tlatelolco. En 1974 volvió a Alemania, a cubrir el Campeonato Mundial de Fútbol en

¹⁶ La de plata, que obtuvo el barranquillero Helmut Bellingrodt en tiro al jabalí. Los boxeadores Clemente Rojas y Calixto Pérez se llevaron el bronce.

¹⁷ Se refiere a Bellingrodt, quien repetiría medalla de plata en las olimpiadas de Los Ángeles en 1984, cuando también sería elegido Deportista del Año.

Frankfurt, donde la psicosis de terrorismo competía con la desorganización del evento, que el cronista describió con socarronería.

En esos trágicos juegos se selló la amistad del director y de Mike Forero con Fidel Mendoza Carrasquilla, miembro del Comité Olímpico Colombiano. Era tan buen conversador que siempre que iba a la sección deportiva a llevar su columna y saludar a Mike, se dejaba caer don Guillermo y se armaba una tertulia amenizada por la labia del prestigioso médico de Turbaco. Su columna se llamaba «Poco a poco», y en señal de protesta dejó de publicarla cuando mataron a su amigo.

La *Revista del Deporte*, que salía los miércoles, empezó a circular en 1979. Integraban el equipo Fernando Cano, Ricardo Cano, Antonio Andraus y Rufino Acosta. Al comienzo tuvo muy buena acogida, pero se acabó pocos años después por falta de respaldo publicitario.

En 1983, Antonio Andraus y Rufino Acosta, además de coordinar la sección deportiva diaria, pasaron a codirigir la gran revista del *Lunes Deportivo*. Reemplazaron a Fernando Cano, que asumió la dirección del *Magazín Dominical*. En esa responsabilidad los acompañó el asesor Mike Forero, que como buen maestro dejó numerosos discípulos en los medios y un libro imprescindible: *La enciclopedia del fútbol* (1970). También fue el inventor de los «juicios al deporte» en los años setenta, para armar polémica entre jueces, fiscales, acusadores y defensores. Modalidad que tuvo fuerte repercusión en la radio. Lo más destacable fue su cruzada por la educación física y la práctica del deporte en los colegios y escuelas, semilleros de las nuevas generaciones¹⁸.

En veteranía, a Mike Forero lo seguía Rufino Acosta¹⁹, samario de adopción, que empezó como corresponsal de *El Espectador* en 1964 porque el director de *El Informador*, Hugo Jaramillo, lo puso en contacto con Isaías González. Al año siguiente se vino a la capital para estudiar Derecho en el Externado de Colombia y buscó a Mike Forero en *El Espectador*. Como ya conocían su trabajo, le asignaron turnos dominicales. Su primera responsabilidad en deportes fue la Serie Mundial Amateur de Béisbol, que se realizó por primera vez en Cartagena en 1965, y él era el único que conocía el deporte. Para más inri, Colombia obtuvo el título.

¹⁸ Sobre el tema publicó su segundo libro: *Historia de tres mundos: Cuerpo, cultura y movimiento* (2004). Lo increíble es que no existe ninguna compilación de sus trabajos periodísticos, que desplegarían la historia del deporte colombiano durante cuatro décadas.

¹⁹ Comunicación personal, 29 de mayo de 2025.

En adelante se hizo cargo de todos los deportes, pero del que menos sabía un día Don Guiller le dijo: «Rufa, vaya al aeropuerto a entrevistar al Cordobés». Salió tan lucida la entrevista «que don Gabrielito puso en el muro: ¿es un novato o es un veterano?». Al parecer, le cayó en gracia al personaje, que era un gitano rebelde, muy agudo. Cuando Rufino le preguntó quién creía que era el número uno, respondió: «Yo no sé de matemáticas»: título que salió a ocho coles.

Rufino estuvo más de veinte años feliz, haciendo reportería, hasta que lo pusieron de jefe, «porque en esa universidad se hacía el curso completo». En la otra universidad terminó la carrera de Derecho, que no ejerció, pero sí escribía sobre temas jurídicos en una columna de *El Vespertino* y eventualmente en «Día a día».

En los años ochenta integraron el equipo deportivo Alberto Galvis Ramírez, Fernando Tovar, Juan Pablo Ferro y Rafael Mendoza. En 1981 fueron testigos del desembarco de los ciclistas colombianos en Europa que compitieron en el Tour de L'Avenir. Al equipo Café de Colombia le dedicaron un despliegue nunca visto, que se compensó con el triunfo de José Patrocinio Jiménez, quien alcanzó el tercer lugar en el podio. María Jimena Duzán, que pasaba una temporada en París, también se apuntó a acompañar a los escarabajos y a celebrar su triunfo.

Galvis Ramírez, de la familia fundadora del diario *Vanguardia Liberal*, fue el historiador del deporte, que contribuyó a enriquecer la historia deportiva con libros como *El deporte en el centenario*, de una exitosa serie de *El Espectador*, publicada en 52 domingos de 1987 y muchísimos otros que no alcanzó a leer don Guillermo Cano.

En la serie titulada «El nacimiento de un ciclista» de 1982, Galvis Ramírez retrató a ese pelotón de campesinos boyacenses que pedaleaban en su diario rebusque, como lo fueron Rafael Antonio Niño y José Patrocinio Jiménez. Y hasta aportó la cifra de unos diez mil ciclistas que aspiraban a la gloria, pero solo diez lograban apoyo en su carrera. Después llegaban a la ciudad y se volvían mensajeros. La ruta contraria de un Cochise, que empezó en la ciudad como mensajero y luego se volvió ciclista. Una de esas crónicas la tituló «Balada del escarabajo», en honor al tolimense Alirio Chizabas, quien además de ciclista era cantante de baladas. Por esta serie ganó el premio de la Asociación Colombiana de Reporteros Deportivos y una mención de honor del Premio de Periodismo Simón Bolívar. En la nota que le hizo Germán Hernández se lee que el periodista deportivo era un entusiasta de la cultura:

Galvis es también poeta, cuentista, libretista de cine, guitarrista y aficionado a la música folclórica. En *El Espectador* es quien organiza las semanas culturales, y en el campo deportivo su verdadera afición es el atletismo.²⁰

Rafael Mendoza²¹ fue el as en ciclismo y pudo regodearse a partir de 1984 con Lucho Herrera y Fabio Parra, astros en la Vuelta a España y en el Tour de Francia. Durante años acompañó todas las vueltas ciclistas nacionales y varias internacionales. Seguía con dedicación la trayectoria de los pedalistas y tenía permanente contacto con directivos y técnicos. Más adelante, Mendoza cubrió las grandes carreras de Europa y los mundiales.

También pasaron por la sección Jaime Ortiz Alvear, que tuvo la columna de atletismo «Plusmarquista»; Óscar Restrepo (Trapito) e Iván Mejía Álvarez (que luego triunfaron en la radio), y un periodista experto en automovilismo, Juan Carlos Salgado, «quien era el ángel guardián de un joven que aparecía con su padre en la redacción para pedir apoyo porque quería llegar a Fórmula Uno: Juan Pablo Montoya», recuerda Rufino Acosta.

Mención especial merece el equipo de reporteros gráficos, que respondió al reclamo de fotografías de gran formato, en color y blanco y negro, de impacto visual e informativo. Por ello se dice que la modernidad gráfica de *El Espectador* empezó en sus páginas deportivas.

Eventualmente, cronistas de otras secciones y columnistas, haciendo gala de versatilidad, se volvieron enviados especiales de eventos deportivos. Alberto Duque López cambió la crónica cinematográfica por la ciclistica en la Vuelta a Colombia de 1975. María Jimena repitió la experiencia de corresponsal con el Tour de Francia de 1985, cuando publicó la serie «De carrera con el Tour» en la que festejó especialmente las dos etapas que ganó Lucho Herrera. Ese 1985, con las expectativas altas por la representación colombiana, *El Espectador* mandó la mayor delegación al Tour de Francia con Forero Nogués y Rafael Mendoza, y los fotógrafos Francisco Carranza y Jairo Higuera. Los enviados especiales se quedaron tres meses en Europa para cubrir la Vuelta a España y el Giro de Italia.

Los Ángeles 84 fueron las primeras Olimpiadas para Antonio Andraus, que ya tenía experiencia con otros eventos internacionales. Pero también apareció como enviada especial Gloria Pachón de Galán. Su particular

²⁰ Germán Hernández, «Premio de periodismo a El Espectador», *El Espectador*, 31 de julio de 1982.

²¹ Fallecido el 11 de marzo de 2025, a los 84 años.

enfoque en las deportistas y en la participación de América Latina (con la sentida ausencia de Cuba), demostró que lejos de ser una *amateur* en la materia, conocía la historia de las distintas disciplinas y de los Juegos desde 1932, cuando Colombia participó por primera vez, en la misma ciudad.

No podía quedar por fuera de esta nómina estelar Álvaro Donado, Al Donado, quien alternaba las caricaturas con los fotomontajes de humor ingenioso.

Precisamente uno de los rasgos característicos del estilo que impuso *El Espectador* en la sección deportiva fue la juguetona titulación. El más veterano, Rufino Acosta, dice que cuando estaba buscando un título, Don Guillér se paseaba por la sección preguntando y las cogía en el aire. Así fue con la eliminación de Brasil en el Mundial de 1974, cuando Elías Rodríguez mencionó algo con Tostao, la figura del cuadro auriverde, y el director de una tituló: «Tostao Brasil». Mike Forero Nougues llevaba el liderato con títulos como «¡No hay duda, es Niño!» y «Niño no gatea... vuela» sobre el triunfo de Rafael Antonio en la Vuelta a Colombia de 1975. Galvis no se quedaba atrás: «El que es Pacho repite», tituló cuando Francisco «Pacho» Rodríguez ganó una segunda etapa en la Vuelta a España de 1985; «Con Lora volvió la alegría», de Andraus sobre el triunfo del Happy Lora en Miami en 1985; «Ah jeroz pa' echar pata», tituló Alberto Galvis la semblanza de Héctor Moreno, el marchista que fue elegido Deportista del Año 1982.

HITOS Y EVENTOS CON «MARCA»

Que el director fuera apasionado por los deportes, en especial el fútbol, la hípica, el béisbol, el boxeo y el ajedrez, hacía que la sección deportiva fuera la consentida en la redacción. Sus periodistas tenían el privilegio de viajar a todos los eventos importantes nacionales e internacionales. Ese mismo protagonismo la llevó a funcionar como incubadora de programas y eventos para estimular la práctica y la afición deportivas.

En 1960, por iniciativa de Guillermo Cano y Mike Forero, la sección creó el reconocimiento al Deportista del Año, la gran gala del periódico hasta hoy²². Todo empezó con una convocatoria a los lectores que tuvo enorme acogida en el país. A la pregunta «¿Quién es el mejor deportista del año?», el público escogió, a través de sus cartas, al doble campeón de la Vuelta a Colombia, el pedalista Rubén Darío Gómez, conocido como el Tigrillo de Pereira, con

²² A partir del nuevo milenio, Hernán Peláez Restrepo se convirtió en el presentador insigne.

cerca de cuatro mil votos. El ganador, según los expertos, debería representar no solo el esfuerzo físico sino también el don de gentes, «básico para un caballero del deporte». Curiosamente, una dama ganó en 1961: la nadadora Ingrid Berg, ganadora de seis medallas de oro y dos de plata ese año en distintos certámenes. Con el tiempo se unieron varios patrocinadores y la Asociación Colombiana de Reporteros Deportivos.

Ese 1962 fue el año de la primera participación del seleccionado colombiano en un Mundial, el de Chile, que cubrió Mike Forero. Colombia terminó con un sorprendente empate 4-4 con Rusia, que dejó el sabor de la victoria porque el barranquillero Marcos Coll hizo el único gol olímpico en la historia de los mundiales. En su caricatura del 5 de junio, titulada «La cortina de telaraña», Pepón comparó la política con la mala actuación del arquero de URSS, conocido como la Araña Negra. Un golazo del humor.

Cuando el Club Independiente Santa Fe celebró sus 25 años en diciembre de 1966, y tras conquistar ese campeonato, *El Espectador* le rindió honores con un editorial de aplauso a los dirigentes por su tesonera gestión y una evocación especial a Ulises:

No ocultamos, aunque no sea costumbre nuestra parcializarnos en cuestiones deportivas, que el Santa Fe es el equipo de nuestras simpatías y todos aquí en esta casa recordamos al inolvidable Ulises que le dedicó al club Albi Rojo lo más limpio de su pasión y de su afecto.

Al coronarse campeón en 1971 (por quinta vez), la nota editorial del «Día a día» volvió a recordar a Ulises, «que debió bajar del cielo con la estrella roja para entregarla en la inolvidable noche deportiva del jueves, a su amado Independiente Santa Fe».

Forero Nogués se inventó la Vuelta Ciclistica a la Juventud en 1967, que don Guillermo apoyó con entusiasmo (y que desde 1968 ha seguido invicta hasta hoy). Un hito deportivo auspiciado por el periódico con el patrocinio de Bavaria para renovar las figuras de esta disciplina tan silvestre en Colombia. Juan Guillermo Cano recuerda una anécdota muy curiosa que vivió cuando se inauguró la primera vuelta: don Guillermo los llevó a él, que tendría unos trece años, y a un amigo suyo a la ceremonia. «En esas, un policía le dio dos bolillazos a su papá por colarse; mi amigo empujó al agente y le dijo muy enfático: “¡Deje de pegarle, que este va en la largada!”»²³.

²³ Comunicación personal, 8 de abril de 2025.

En 1968, la tripulación de La Chiva para cubrir la XVIII Vuelta a Colombia estaba liderada por Mike Forero, «veterano de mil guerras» en cuestiones ciclisticas, además de técnico en la materia, y Carlos Murcia, que se enfocaría en la parte humana. Como columnista asistía el entrenador de los españoles Juan Crespo Hita, con su encabritado y pintoresco estilo, que venía comentando desde años atrás el evento en *El Espectador*. Y en el equipo gráfico los Sánchez: José del Carmen y Guillermo.

En mayo de 1969, Coldeportes rindió homenaje a *El Espectador* por la labor realizada en favor de la Vuelta a Colombia, el principal evento deportivo nacional, que convocaba a miles de familias a volcarse a las carreteras por donde pasaban fugazmente los pedalistas y a los niños los sacaba a las calles para jugar con tapas de gaseosa simulando las competencias. Recibió la placa de plata el jefe de redacción, Guillermo Lanao, el Niño. Para ese entonces, otro Niño, Rafael Antonio, era el ciclista que más veces había ganado la Vuelta a Colombia.

En el Mundial de Fútbol México 70 hubo una polémica por los arbitrajes, que para los seleccionados latinoamericanos eran parcializados y en cambio los europeos los consideraban justos. Entonces, Guillermo Cano escribió una serie de artículos en defensa de los árbitros europeos:

Escribí varios artículos que cayeron como gotas de hielo sobre los aficionados colombianos y me hicieron merecedor de aquello que suele ser tan común y corriente en las corridas de toros cuando el soberano público se divide contra un torero, unos de parte de la madre y otros de parte del padre. Usaba entonces el seudónimo de «Analítico», el mismo que ahora llevarán mis crónicas desde el Mundial de España-82.²⁴

En los setenta se reactivaron los campeonatos de ajedrez, realizados en la Plaza de Bolívar. En 1970, Mike Forero, experto en «sicilianas», se coronó ajedrecista del año en representación de su periódico. Un año después, *El Espectador* retó a sus lectores ajedrecistas a una gran partida por correspondencia, que se desarrolló durante varios meses. El jugador número uno del periódico era el maestro Juan Minaya, con las fichas blancas. El público jugó con las fichas negras y envió sus jugadas en el cupón que salía en el diario abanderado del juego ciencia. En 1986, Minaya continuaba con su columna «Aprendamos ajedrez», al lado de la historieta «Aprenda tenis con Björn Borg».

²⁴ «Quién gana y quién pierde», *El Espectador*, 14 de junio de 1982.

Del interés de don Guillermo por el ajedrez da testimonio Antonio Andraus, quien recuerda que cuando se celebró el Campeonato Mundial de Ajedrez de 1972, que enfrentó a dos leyendas, el estadounidense Bobby Fischer y el ruso Boris Spassky, el director pidió un cubrimiento especial y contrató al maestro Juan Minaya para analizar las jugadas.

Como Fischer perdió el primer juego y no se presentó al segundo, don Guillermo preguntó, como solía hacerlo: «¿Ustedes quién creen que va a ganar?». Mike respondió que Sparky. Cuando Fischer coronó el campeonato, don Guillermo muy sonriente se nos acercó y dijo: «¡Michael, vio que ganó Fischer!». Y se llevó el punto.

La realización de los VI Juegos Panamericanos de 1971 en Cali fue un hito en el panorama deportivo nacional y un desafío para el equipo de *El Espectador*, al que se sumó Inés de Montaña. Del certamen inaugurado por el presidente Misael Pastrana quedó registro filmográfico con *Cali, ciudad de América*, de Diego León Giraldo (1972). Allí se contemplan los flamantes escenarios deportivos y un balance de las dieciocho pruebas, en las que repitieron oro el ciclista Cochise Rodríguez y el pesista Juan Romero. También salen varias tomas de Álvaro Mejía, que no corrió con suerte. En contraposición a esta película oficial, Luis Ospina y Carlos Mayolo hicieron el documental *Oiga, vea* (1971), que mostró la otra cara del certamen con la pobreza circundante, las medidas del estado de sitio para reprimir el movimiento universitario —que tenía su epicentro en la Universidad del Valle— y el acceso restringido al pueblo por los costos de las entradas. Claro que la televisora nacional por primera vez transmitió un evento de esta envergadura.

En su columna «Aire libre», Mike Forero concluyó que había valido la pena invertir esos veinte millones de dólares en el evento porque el pueblo se beneficiaría de los escenarios deportivos y la Villa Olímpica quedaría para residencias estudiantiles de la Universidad del Valle. Además, *El Espectador* fue reconocido por hacer el mejor cubrimiento en Colombia.

Y como don Guillermo también metía mano en *El Vespertino*, al tabloide dirigido entonces por José Salgar y Álvaro Monroy se le abonan sus méritos como ganador del Premio Mergenthaler, en 1973, por la llamada Olimpiada de los Carasucias: una justa deportiva con la participación de centenares de «chinos de la calle» para apoyar su rehabilitación. Los promotores de la campaña, en la que participaron unos cien niños de la calle entrenados por la Policía Infantil, fueron los periodistas Guillermo García y Jairo Gómez.

En junio de 1974, *El Espectador* y *El Vespertino* iniciaron La Pequeña Copa Mundo, popularizada como el Mundialito, torneo en el que participaban dieciséis colegios privados de Bogotá, cada uno de los cuales representaba a los finalistas de la Copa Mundo que se realizaba simultáneamente en Alemania. Los árbitros de los cotejos eran del Colegio de Fútbol de la Liga de Bogotá. Don Guillermo fue el más entusiasta con esta iniciativa, que estimulaba el balompié entre las nuevas generaciones. Además de diseñar la logística, el periódico aportó los uniformes de cada país y les dio amplio despliegue a los encuentros, que se jugaban en las mismas fechas del Mundial (que por primera vez se transmitían a color en la televisión nacional).

En la celebración de los veinte años de *El Espectador* en los Juegos Olímpicos –porque el periódico empezó a asistir a los de Melbourne (Australia), en 1956– Mike Forero hizo un recuento histórico de las olimpiadas lleno de detalles curiosos y nutrido de su experiencia como enviado especial en seis ocasiones, además de haber narrado cuatro mundiales de fútbol, entre otros torneos internacionales y nacionales.

En la antesala del Mundial del 78 en Argentina, *El Espectador* contrató la serie gráfica sobre fútbol «¡Sea Ud. el árbitro!» a International Press Service. En ella se presentaban situaciones corrientes en los partidos de fútbol, que debían resolver los lectores. Salía los martes y tuvo su hinchada.

Con la ida ese año de Mike Forero a Coldeportes (1978), Rufino Acosta se hizo cargo de la sección deportiva y sostuvo la columna «Ángulo deportivo», que sustituyó a «Aire libre» de Forero Nogués²⁵. En esa escuela, Rufino Acosta tuvo discípulos como Fernando Tovar, Carlos E. Tapias y Alberto Galvis Ramírez, además de los jóvenes corresponsales.

Forero Nogués estuvo cuatro años «en préstamo», en los que alcanzó a dejar establecida una política deportiva y los estatutos del deporte para profesionales y aficionados. En su cargo lo reemplazó el abogado y periodista Julio Nieto Bernal (que había sido director del *Magazín Dominical* de *El Espectador* unos años atrás). Forero Nogués regresó a su casa periodística con la columna «Sermones laicos», en la que mantuvo su prédica por el juego limpio. Eventualmente hacía entrevistas a grandes figuras, como a Pelé (a quien había entrevistado en 1967 cuando vino a Bogotá con su equipo Santos a enfrentarse a Millos), y era consultor internacional en temas deportivos. Mantuvo su pulso deportivo y su imagen de gran señor con sombrero tirolés y pipa londinense hasta avanzada edad.

²⁵ Siguió como editor de la sección hasta que se pensionó, en 1998.

En 1982, Guillermo Cano volvió a su salsa –hirviente en verano– como enviado especial al Mundial de España 82, en compañía de Rufino Acosta. Con el seudónimo de Analítico escribió a diario sus impresiones desde el terreno de juego bajo el título «Tiros libres 82» para un total de dieciocho entregas. En su primera crónica hizo un examen de los ganadores y los perdedores en el evento mundialista. Entre los primeros, la FIFA, la televisión y la radio; entre los segundos, las ciudades y el país sede. Al final quedó aburrido porque en España no se hizo «justicia futbolística»: Italia se quedó con el título que se merecía Brasil.

Rufino Acosta, que hacía parte de la comitiva, le sirvió de puente al director con la oficina de prensa, a la que solo entraban los acreditados. Luego se encargaba de transmitir las notas de Analítico por télex a Bogotá²⁶.

«PITAZOS» EDITORIALES

Desde los Olímpicos de Múnich 72, decepcionado por el pobre desempeño de la selección colombiana de fútbol, que no daba pie con bola en competencias internacionales, Guillermo Cano atribuyó el fracaso a la falta de una jefatura única, un entrenador único, pero sobre todo de una política deportiva a la que se plegaran los dirigentes. Para quitarle hierro al drama mencionó como «droga calmante» la eliminación de Brasil, el coloso.

Dado que *El Espectador* fue un medio crítico con la falta de apoyo gubernamental al deporte, la ineficiencia del Instituto Colombiano de la Juventud y el Deporte (Coldeportes) y la falta de infraestructura, fue significativo el fichaje de Mike Forero Nogués por el presidente Turbay Ayala para que asumiera la dirección del instituto. Con Mike compartía el director sus disgustos por la corrupción en el fútbol nacional e internacional y en sus organismos supremos: la FIFA y la Dimayor.

Por todo ello, sobre los XI Juegos Nacionales de Neiva dijo que el licenciado Mike Forero los había rescatado del naufragio con su eficaz dirección. Desde la piscina de la Hostería Matamundos, Guillermo Cano escribió «Juegos son juegos», la «Libreta» del 7 de diciembre de 1980, con una valoración tanto de los escenarios deportivos de Neiva como del desempeño de los jóvenes deportistas, favorecidos por la política de Mike Forero de limitar a veinte años la edad máxima de los participantes. En esa paradisiaca mañana hasta se permitió sus requiebros líricos en torno a los mamoncillos en cosecha, «que dejan caer centenares de sus frutos, para endulzar el paladar

²⁶ Comunicación personal, 31 de mayo de 2025.

con su jugosa carne naranja-roja como labios sensuales de mujer atractivamente maquillada».

Como suele ocurrir con los amores, el fútbol le causaba enormes desencuentros, en particular las sucesivas derrotas de Colombia en la Copa Libertadores de América porque las de Santa Fe las asimilaba con estoicismo. Cuenta Antonio Andraus que «cuando Santa Fe perdía contra Millonarios al día siguiente no se le podía hablar a don Guillermo, que pasaba cabizbajo a encerrarse en su oficina»²⁷. Ilustrativa resulta «Intervención muy personal...», la «Libreta» del 18 de enero de 1981, en la que dejó una minibiografía de sus aficiones y debilidades futboleras:

No hemos sido jamás ajenos a los problemas, avances, retrocesos y escándalos alrededor del fútbol, un deporte que practicamos hasta que las articulaciones fatigadas ya no dieron más. Fui, soy y seré santaferense. Concurrimos al Campín cuando nuestra divisa conquistó el primer título profesional por allá en 1948.

En esa columna también lamentó los escándalos en que estaba envuelto el fútbol profesional colombiano y «por carambola, todo el deporte colombiano». Urgió a Coldeportes, dirigido por su amigo Mike Forero, «a limpiar lo que desde dentro y desde fuera se dice que está podrido». Admitió que su intervención iba a ser polémica, sobre todo por los intereses creados. Al respecto, Andraus comenta que el director se empezó a alejar del fútbol y dejó de asistir al estadio cuando se dio cuenta de que la mafia se lo estaba tomando.

En la «Libreta» del 2 de diciembre de ese año 1981, don Guillermo habló sobre la prueba más descarada de la penetración del fútbol en Colombia por el narcotráfico: durante un partido que se celebraba en el estadio Pascual Guerrero de Cali entre América y Atlético Nacional, el recién creado grupo narcoparamilitar Muerte a Secuestradores (MAS) lanzó panfletos desde un helicóptero. En ellos anunciaba el inicio de la búsqueda de los secuestradores de toda laya.

Las sospechas de don Guillermo coincidieron con las del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, quien en agosto de 1983 denunció que seis equipos de fútbol eran propiedad de la mafia, entre ellos, el Deportivo Independiente Medellín, el América de Cali y el Independiente Santa Fe. *El Espectador*, que había clamado por sanear el fútbol, apoyó editorialmente al ministro, que fue asesinado en 1984. Los tres años siguientes (85, 86 y 87),

²⁷ Comunicación personal, 27 de mayo de 2025.

el América de Cali –propiedad de los Rodríguez Orejuela del Cartel de Cali– llegó a la final de la Copa Libertadores y en las tres ocasiones quedó subcampeón. La última «victoria» no tuvo que sufrirla don Guillermo Cano, quien se sentía orgulloso del Premio al Juego Limpio que concedía *El Espectador* en su gala del Deportista del Año.

Esa pasión futbolera, en todo caso, no le impidió reconocer que el deporte nacional era el ciclismo, como se lee en la «Libreta de apuntes» del 21 de julio de 1985, en el contexto de la Vuelta a Francia. Allí, Lucho Herrera se consagró como escalador y Fabio Parra ganó una etapa. Para él, el ciclismo era el deporte nacional por su base popular, su constante renovación y su práctica masiva. Se alegraba de que en medio de la mediocridad deportiva hubiera un deporte que estuviera conquistando el respeto mundial y compensara la mala fama de Colombia por la coca. Destacó su inteligente dirigencia deportiva, que con el respaldo del sector privado lo mantenía incontaminado. Y pidió verdadero apoyo del sector oficial para este deporte que alegraba a los colombianos en horas tan ingratas de la realidad nacional.

Así mismo, le rindió homenaje al «Gran *Cochise*» (cuatro veces Deportista del Año de *El Espectador*, que también lo declaró deportista del siglo xx):

Indudablemente *Cochise* influyó en las nuevas generaciones de ciclistas colombianos. Su ejemplo está vivo como conquistador de gloria deportiva para Colombia y sin duda tiene que ver con el estímulo de superación creado en los Patrocinios, Herreras, Parras y Rodríguez de hoy.

Valga recordar que el periódico respaldó a Martín Emilio, *Cochise*, cuando fue vetado por el Comité Olímpico Internacional para competir en los Olímpicos de Múnich 72, en una época en que solo se admitían deportistas aficionados. La razón fue haber usado la camiseta de un equipo profesional europeo en un evento ciclistico para acompañar a un corredor danés. El hecho ocurrió en 1970, en México, donde *Cochise* batió la marca mundial de la hora en pista. Quien insistió en que *Cochise* incurrió en un supuesto acto de profesionalismo sin haber competido y sin haber cobrado por lucir esa marca fue el directivo y periodista barranquillero Édgar A. Senior. Mike Forero Nogués y Óscar Restrepo Pérez –también de la sección deportiva– publicaron una serie para denunciar el montaje del denunciante. A raíz de la injusta descalificación, *Cochise* pronunció la famosa frase: «En este país la gente se muere más de envidia que de cáncer». Y conste que lo dijo «el campeón de la humildad», como lo llamó Mike Forero.

Volviendo al fútbol y a la algarabía que se armó con el Mundial del 86 en Colombia, aprobado en el gobierno de López Michelsen, la posición editorial del diario terminó siendo la de arquero para evitar ese gol que le saldría tan costoso al país. Casualmente, quien dio la chiva en *El Espectador* a finales de 1973 de que Colombia tenía todas las opciones para ser sede del Mundial 86 fue Mike Forero, quien estaba en Barcelona invitado por la FIFA, cuyo vicepresidente era Alfonso Senior. Al cabo de un tiempo, y después de haber echado globos como lo hicieron tantos compatriotas, el director de Coldeportes llevó el tema al Congreso y se armó un debate nacional. En octubre de 1979, Mike Forero declaró que Colombia no merecía el Mundial 86 «porque lo que se quiere montar es un puro espectáculo, un puro negocio... Porque Colombia no puede organizar su fútbol...».

También los columnistas metieron sus tribunas en la cancha. Algunos con optimismo, como Rufino Acosta, quien escribió en su columna «Ángulo» en julio de 1980, que Turbay Ayala, «el presidente deportista» (que esquiaba en mar abierto), presentaría una ley en el Congreso que destrabaría la cita mundialista.

Antes de que se posesionara Belisario Betancur, quien echó tierra al evento, la Cacica escribió el 24 de abril de 1982 con una de sus habituales gambetas retóricas:

Jaime Michelsen Uribe anunció que sí habrá Mundial 86. El «pequeño» problemita que había sobre cómo financiarlo quedó resuelto totalmente al asumir el combo de don Jaime la responsabilidad de su realización. Bien por los fanáticos y aficionados. Queda, sin embargo, el más grave y cabezón problema por resolver y sobre el cual tendrán que devanarse los sesos los futbolólogos del país. Y es este: ¿A qué grupo político o financiero le corresponde hacer el saque en el primer partido?²⁸

Cuando finalmente se realizó el Mundial del 86 en México, don Guillermo le dedicó la «Libreta de apuntes» del 8 de junio de 1986 porque, según él, era imposible sustraerse al espectáculo. Hizo una «calificación previa» del Mundial en su primer tercio y su conclusión no fue muy favorable a la calidad de fútbol de las veinticuatro selecciones vistas porque «se han cuidado más de lo que han dado, como si estuvieran jugando un poco al gato y al ratón, a que me coges y no me coges evitando arriesgar demasiado». También

²⁸ La FIFA no aceptó que la empresa privada se hiciera cargo del Mundial, evento por el que debía responder el Gobierno del país sede.

lamentó la falta de figuras sobresalientes; salvo un Maradona, con su inolvidable gol para empatar el partido con Italia, no se habían lucido los astros.

Destacó como interesante la presencia de jugadores jóvenes en las selecciones, una generación de relevo alentadora para él. De igual forma, don Guillermo concebía su selección periodística: con maestros que iban cediendo su lugar a los nuevos talentos.

EN OLOR DE SANTIDAD DEPORTIVA

Coinciden periodistas de distintas generaciones en que si bien don Guillermo hacía frecuentes recorridos por la redacción para hablar con todos los reporteros y jefes, la sección en la que rondaba por más tiempo era la deportiva. También era *vox populi* desde los tiempos de don Gabrielito –quien llamaba esta sección el Instituto Descentralizado de Deportes– que funcionaba como una rueda suelta del periódico. Y así lo hacía de maravillas, porque el equipo estaba sincronizado con el director.

Quizás una de las pocas discrepancias que tuvo don Guillermo con deportes la explica Rufino Acosta:

Nosotros no éramos partidarios de la nacionalización de los futbolistas, que se puso en práctica cuando Mike impulsó una política de límite de jugadores extranjeros en el fútbol profesional. Entonces, para burlar la ley, se inventaron las naturalizaciones. Pero don Guillermo defendía al inmigrante y al jugador foráneo. «No sabes lo que es sentirse rechazado en la tierra que no es la de uno», solía decir.

Sus pupilos afirmaban que Guillermo Cano vivió y murió en olor de santidad deportiva. Y si pertenecía a la orden de clausura de los Cano, como afirmó Alberto Donadio, la expresión cobra mayor sentido.

De su trasegar en los estadios como espectador y periodista, el Premio Postobón al Periodismo Deportivo recogió póstumamente en *Crónicas de fútbol* sus escritos deportivos. En la foto de portada aparece el director concentrado en una jugada de fútbol, foto que le tomaron en el partido que jugó con sus discípulos del Gimnasio Moderno para conmemorar los 25 años de la Dienorme (División Enorme del Fútbol, en traviesa alusión a la Dimayor) en 1975. Estaban todos los sobrevivientes de los dos equipos, Los Churros (al que pertenecía Guillermo Cano y cuya madrina era Gloria Valencia de Castaño) y Nogal (del que Ana María Busquets fue madrina, y que ganó el campeonato de 1950).

Según recuerda Fernando Cano, «la familia en pleno fue a verlo en el partido, pero ya mi papá jugaba muy poco». La que sí se lució con la crónica del nostálgico encuentro fue Ana María Busquets. Cuenta Fernando que su papá también era muy apasionado por el equipo de la redacción, y por eso cuando se iban a la finca mandaba el carro del periódico a recoger a sus hijos mayores para que no faltaran al partido.

Los últimos deportistas a los que Guillermo Cano les entregó el reconocimiento de *El Espectador* fueron Lucho Herrera en 1985, por sus conquistas en Europa, y el boxeador cordobés Miguel «Happy» Lora en 1986, por su campeonato mundial del peso gallo.

El 17 de diciembre de 1986, con el ánimo contrito porque la víspera había muerto su corresponsal en Miami, Amparo Hurtado de Paz, en trágicas circunstancias, don Guillermo se anotó en la «polla» futbolera del partido América-Cali. El reportero Héctor Hernández le preguntó tímidamente a Fernando Cano si la iban a hacer y él le dio a entender que mejor no. Pero después le dijo que Don Guiller había autorizado la «polla». Al llevársela a su oficina, el jefe le dio los trescientos pesos. «Cuando se dieron a conocer los marcadores, Fernando Cano exclamó: “¡Pobre Don Guiller, le tocó un marcador muy malo, dizque 3-3!” [...] ¡Ese miércoles no era su día de suerte, sin lugar a dudas!», remató Héctor Hernández su nota póstuma.

Para redondear la ironía, mientras se disputaba la final del campeonato colombiano, en la que el América de Cali se coronó pentacampeón, fue asesinado Guillermo Cano por sicarios al servicio del Cartel de Medellín. Así quedaron conectados el deporte y la criminalidad en la historia del periódico. Y Guillermo Cano, periodista deportivo por esencia, se volvió judicial por ese *fatum* del país. Su sensibilidad extrema por la justicia osciló de una portería a otra.

Del equipo investigativo de *El Espectador* que apoyó a Guillermo Cano en sus batallas contra los mafiosos y los corruptos, aparecen de izquierda a derecha en primera fila: Hernán Unas, Fabio Castillo y Francisco Carranza, rodeando a García Márquez y al director. Sentado, Fernando Cano. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL SABUESO JUDICIAL



EL GRAN LECTOR QUE FUE GUILLERMO CANO SENTÍA debilidad por la novela policiaca. Quizás esa afición agudizó su olfato de investigador y conocedor de la oscura condición humana. Así mismo, lo llevó a fomentar la crónica judicial, escrita con rigor y sensibilidad, que devoraban los lectores en un país atravesado por todas las formas de violencia. Este género marcó una época dorada en *El Espectador* entre los años cuarenta y sesenta.

No menos destacable fue la escuela del periódico en materia de investigación judicial pura y dura, basada en el análisis de expedientes y enriquecida con la reportería. Tan eficaz que en muchos casos los reporteros judiciales, siempre bajo la presión de informar, se anticipaban a los hallazgos de los peritos. Claro que con el detectivismo las relaciones pasaban de la rivalidad a la camaradería porque algunos detectives fueron valiosas fuentes. Por ello, Luis de Castro, veterano reportero judicial del diario, le rindió homenaje al fallecido jefe de detectives, Jesús Sarmiento Pérez (Pilín)¹, «uno de los más sagaces y hábiles que haya tenido el país», quien guiaba la investigación criminal con malicia indígena, esclareciendo complejos enigmas policiacos, como fue el asesinato del abogado José Uriel Zapata por agentes del régimen militar.

¹ Luis de Castro, «Murió Pilín», *El Espectador*, 13 de mayo de 1975, 1A.

Con el Jefe Supremo Rojas Pinilla surgió el Servicio de Inteligencia Colombiano, que *El Independiente* tuvo en la mira por sus métodos violentos para combatir a los enemigos del régimen. Los agentes secretos llegaban de sorpresa al periódico a buscar material subversivo y explosivos. Por ello, tras la caída del dictador, el 10 de mayo de 1957, don Gabriel Cano firmó en las páginas editoriales una serie titulada «Lo que no pudo publicarse en su día», incluyendo los atropellos del Servicio de Inteligencia. Por su parte, los cronistas judiciales de *El Independiente*² sacaron a la luz historias oscuras para someter al «tribunal de la opinión pública».

Una de esas noticias represadas fue la orden que dio Rojas Pinilla, recién posesionado, para liberar de la cárcel de Buga a León María Lozano, el Cóndor, jefe de la banda criminal de Los Pájaros, que actuaba en el Valle del Cauca. Como evidencia de los vínculos entre ellos, el periódico publicó una foto de 1952 en la que aparecen juntos y sonrientes el entonces comandante de las Fuerzas Armadas general Rojas Pinilla y León María Lozano.

También se exhumó informativamente el caso del mencionado abogado José Uriel Zapata, torturado hasta morir por agentes del Servicio de Inteligencia, quienes luego arrojaron el cadáver al Salto del Tequendama, a finales de 1953. Cuando cayó el régimen, su viuda pidió al Estado una indemnización porque el asesinato había quedado en la impunidad, como tantos otros.

Bajo el nuevo Gobierno de la Junta Militar, Guadalupe Salcedo cayó muerto el 5 de junio de 1957, en circunstancias confusas, en un tiroteo en el sur de Bogotá. El líder guerrillero, que entregó las armas en el proceso de pacificación de los Llanos Orientales –en tiempos de Rojas Pinilla– y recibió el indulto, siempre estuvo en la mira de las autoridades. El periodista Camilo Monroy narró la persecución de que fue objeto el taxi en el que viajaba Salcedo por dos radiopatrullas de la Policía en el sur de la ciudad. Según el comunicado oficial, los ocupantes del taxi iniciaron la balacera. Días después salió una noticia con revelaciones de testigos, quienes afirmaron que Guadalupe venía de paso a Bogotá desde los Llanos y fue recibido en un bar por sus simpatizantes; en medio de la animación, tomó una guitarra para cantar coplas llaneras. Ese ambiente atrajo a unos agentes de Policía, que volvieron con una patrulla del Ejército con veinte hombres. Les ordenaron retirarse del lugar y luego les tendieron la emboscada.

² *El Espectador* reapareció en junio de 1958, en vísperas del restablecimiento de la democracia.

El corresponsal en Ibagué Guillermo Ortega Linares informó sobre el asesinato de Héctor Echeverry Cárdenas por un desconocido que le dio varios disparos en la cabeza, el 14 de junio de 1957. El director del diario liberal *Tribuna* de Ibagué fue un combativo periodista que denunció al Servicio de Inteligencia Colombiano como autor de crímenes nunca esclarecidos, y a las autoridades que cometían atropellos en algunos municipios tolimenses³. Tras su muerte se decretó paro cívico en Ibagué y el presidente electo Alberto Lleras Camargo lamentó el asesinato de su copartidario. El editorial del 15 de junio de *El Independiente* se refirió a la profesión más arriesgada en Colombia, y lamentó que el crimen ocurriera cuando se creía superada la era de la barbarie.

La Colonia Penal de Araracuara, en las selvas del Caquetá, fue otro escenario oculto de la dictadura a donde fueron a parar cientos de presos políticos. Germán Pinzón habló con los veinte abogados que estaban defendiendo a unos tres mil presos políticos, así como con las damas de alta sociedad que desde 1954 crearon un Comité de Solidaridad para atender sus necesidades básicas.

En ese difícil tránsito a la democracia, con focos de violencia en varias regiones del país, el periódico dio amplio despliegue a la supresión del Servicio de Inteligencia en el nuevo Gobierno de Lleras Camargo y a la creación del Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) en 1960. Esta entidad fue clave para hacer cumplir el estado de sitio en los gobiernos del Frente Nacional, dado el contexto internacional de la Guerra Fría y nacional de la insurrección guerrillera, que llevaron a los organismos de inteligencia a buscar comunistas hasta debajo de las piedras.

En la época de Lleras Restrepo, el general Luis Etilio Leyva fue el protagonista de la campaña contrainsurgente, que saltó a la prensa internacional con el escándalo de la expulsión de Marta Traba en 1967. Otro caso que documentó el periodista Héctor Muñoz fue el del funcionario búlgaro Stefan Popov, a quien el Gobierno colombiano le decretó orden de expulsión. Muñoz se solidarizó con el agregado comercial, que residía en Bogotá desde hacía tres años con su esposa. Sobre la acusación de estar ayudando a la guerrilla colombiana ripostó al periodista: «Es una calumnia, es una injusticia y una provocación para que se suspendan las relaciones comerciales de los dos

3 Echeverry Cárdenas fue reemplazado en su tribuna por Flavio de Castro, hermano de don Luis, que mantuvo la línea de denuncia.

países». Popov apeló ante el presidente Lleras Restrepo y su canciller para que le revocaran la medida, pero no tuvo éxito⁴.

No escaparon a esta persecución macartista los *hippies* nativos y foráneos, intelectuales y artistas. Cuando vino a Colombia el poeta ruso Evgeni Evtushenko, declaró con ironía en una entrevista que le hizo Iáder Giraldo: «Soy muy famoso para ser espía»⁵; también aclaró que no era comunista porque él amaba el peligro y en su país todo el mundo era comunista con o sin carnet. Celebró, además, que se hubieran reanudado las relaciones colombo-soviéticas, que permitieron su visita y dar un único recital en Bogotá en la Ciudad Universitaria.

En el gobierno de Pastrana le tocó el turno al cantante argentino Piero por sus sospechosas canciones de protesta, en especial «Los americanos». Así informó *El Espectador*:

Piero recibió una terminante notificación del DAS en el sentido de que no debía asistir al concierto donde se impartían consignas subversivas y se incitaba a alterar el orden público. Al enterarse la muchedumbre de esta situación se registraron brotes de violencia en los predios del Parque El Salitre.⁶

Días después se canceló el concierto que iba a dar en el Teatro Camilo Torres de la Universidad de Antioquia. Al año siguiente, el temerario cantante volvió a Colombia, pero tan pronto aterrizó en el aeropuerto Eldorado fue devuelto a su país por agentes del DAS. Lo acusaban de participar en la política colombiana por aparecer en unos volantes con la candidata presidencial de la Alianza Nacional Popular (Anapo), María Eugenia Rojas.

La profesora de literatura Carol O'Flynn, del colegio Marymount, fue expulsada por actividades subversivas. «No somos marxistas, dicen las profesoras del Marymount»⁷, tituló *El Espectador* la noticia sobre el cierre temporal del colegio, señalado de tener a «extranjeras perniciosas» y de colaborar con los curas rebeldes. En esa misma edición salió la foto del sacerdote español Domingo Laín, expulsado del país por injerencia en asuntos internos y por sus vínculos –esos sí comprobados– con el ELN.

Pese a sus excesos, el DAS se volvió una fuente imprescindible para los reporteros judiciales, sobre todo en lo relacionado con el tráfico de drogas,

4 Héctor Muñoz, *El Espectador*, 6 de octubre de 1966, 1.

5 Iáder Giraldo, *El Espectador*, 17 de febrero de 1968, 1 y 5A.

6 *El Espectador*, 30 de septiembre de 1972, 4A.

7 *El Espectador*, 19 de abril de 1971, 1A.

que adquirió dimensión internacional desde comienzos de los setenta, cuando Estados Unidos empezó a deportar colombianos por transporte ilícito y tráfico de marihuana en ese país. Así lo contó Luis de Castro en una crónica titulada «Tráfico de idiotas útiles» de marzo de 1972.

Ahora bien, cuando el general José Joaquín Matallana asumió la dirección del DAS en 1974, comisionado por el presidente López Michelsen para «moralizar y organizar» la institución, le concedió al reportero judicial Hernán Unas la primera entrevista, publicada el 1.º de septiembre. Manifestó que había llamado a generales y miembros de las Fuerzas Armadas en retiro porque ya tenían experiencia, pero que «bajo ningún punto de vista puede pensarse que existe el propósito de militarizar el DAS».

A partir del Gobierno de Julio César Turbay Ayala, este organismo actuó en paralelo con la Brigada de Institutos Militares⁸ para la ejecución de torturas, desapariciones y allanamientos, entre otros delitos amparados por el Estatuto de Seguridad, decretado en septiembre de 1978, tan pronto inició ese mandato. Como dice el experimentado periodista judicial Jorge Cardona, «el Estatuto de Seguridad es la obra maestra del estado de sitio porque a las disposiciones ya establecidas les sumó casi un código».

Desde entonces, el diario asumió una postura de defensa de los derechos humanos, connatural a su ideario, y empezó a abogar por un país que viviera sin estado de sitio ni jurídico, ni intelectual ni castrense. En el editorial «Torturas en Colombia», del 13 de noviembre de 1978, se lee la categórica afirmación: «Tenemos la evidencia casi plena de que en Colombia ha habido torturas, y como periodistas ni podíamos cerrar nuestras páginas para denunciar el hecho, ni podemos callar nuestra enardecida protesta».

Así mismo, desde que empezaron a tomar fuerza los carteles de la droga, Guillermo Cano advirtió la indefensión de la Justicia y en ello fue visionario. Él se erigió en un defensor a ultranza de los jueces, hasta la batalla final con los narcos y con los alzados en armas. Por ello «A sangre y fuego», el gigantesco titular del 7 de noviembre de 1985 sobre la toma del Palacio de Justicia fue más que una sinécdoque.

En la última etapa de vida de Guillermo Cano, el tema primordial de la agenda judicial fue la extradición. Este tratado, firmado con Estados Unidos en 1979, le costó la vida al ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla, víctima de Los Extraditables. Finalmente, lo tumbó la Corte Suprema de Justicia el 12 de diciembre de 1986, cinco días antes del asesinato del director.

8 Unidad militar del Ejército Nacional de Colombia, creada en el Gobierno de López Pumarejo en 1938, y que operó hasta 1995.

Ahora bien, en el enfoque jurídico del periódico influyeron los miembros del consejo editorial inmersos en el mundo del derecho, quienes litigaban o eran cercanos a las cortes, y que analizaban los hechos del «Revés y el derecho» (como se llamaba la columna del abogado y diplomático Fabio Lozano Simonelli). Incluso hubo reporteros de la sección con título de abogado: Guillermo García, quien llegó a ser conjuéz; Luis de Castro, quien en cuarenta años de ejercicio profesional oficiaba como todo un penalista, y Héctor Giraldo, periodista y abogado del periódico.

Así explica Jorge Cardona el carácter de esta escuela judicial:

Más allá de los asuntos de policía o de baranda, las historias de bandidos y los casos de corrupción, desde los gobiernos del Frente Nacional, especialmente de Guillermo Valencia y de Carlos Lleras, la preocupación común del país fue la justicia. Por ello también la insistencia del estado de sitio con dos normas inequívocas: la concesión de facultades a las Fuerzas Militares para juzgar civiles en cortes marciales, que se sostuvo hasta 1987, y los consabidos decretos para censurar los periódicos, la radio y la televisión, al amparo del artículo 42 de la prensa solo en tiempos de paz.

La escuela donde yo me formé fue la de las altas cortes, los juzgados y los tribunales de donde salían las sentencias, los fallos y los expedientes; mis fuentes eran los fiscales, los jueces, los abogados y los magistrados, al igual que las del maestro Luis de Castro. Y las de grandes investigadores como Héctor Hernández –quien llegó a brillar en el periódico–, Fabio Castillo e Ignacio Gómez. En los tiempos de Cano, solo un reportero cubría Policía, fuentes militares y organismos de inteligencia: Hernán Unas. Los demás deambulaban por los juzgados (primero en el edificio Maizena y después en Paloquemao y en el Palacio de Justicia).⁹

LOS GALGOS DEL CANÓDROMO

Antes de empezar a recorrer estaciones de Policía, juzgados y comisarías para buscar la crónica del día y hablar con sus contactos, los primeros reporteros judiciales de esta tradición se embebieron en los cafés aledaños al periódico, como El Automático, donde discutían temas de actualidad y se solazaban en la tertulia literaria. «Eran días de periodistas ávidos de aventura y color para

⁹ Comunicación personal, 10 de mayo de 2025.

sus crónicas, que en materia judicial obligaban al reportero a convertirse en detective, perito de criminalística o ciencia forense o amanuense de estrado público con alma de sabueso»¹⁰, escribió Jorge Cardona.

En *El Espectador* y luego en *El Independiente y Sucesos*, Felipe González Toledo –«el inventor de la crónica roja» para García Márquez– escribió las más apasionantes historias de sangre, sin añadirle drama al drama, con la contención de un pupilo de Edgar Allan Poe. Sus investigaciones podían durar meses porque avanzaban al ritmo lento del aparato judicial, pero a veces se adelantaba con sus chivas. Sobresalió en el gremio por su elevado sentido ético, ya que se cuidaba de jugar con la honra ajena y de hacer juzgamientos sin evidencias.

González Toledo llevó a la cumbre la crónica judicial el 9 de abril de 1948 cuando descubrió la identidad de Juan Roa Sierra, cuyo cadáver semi-desnudo con una corbata anudada al cuello fue arrastrado por la multitud a lo largo de la carrera Séptima hasta el Palacio de Nariño¹¹. El cronista llegó a la droguería Granada en el instante en que el asesino era sacado de allí. Al día siguiente, González Toledo se fue a la oficina de cedula para buscar la tarjeta de identidad de Roa Sierra, al cual le había alcanzado a ver el rostro desfigurado. Al cotejar con las huellas que le había tomado el fotógrafo Manuel H al cadáver, quedó plenamente identificado.

Un año después, el 10 de abril de 1949, González Toledo publicó una crónica en el *Dominical* titulada «Por qué fracasó la investigación», en la que hizo un recuento de las investigaciones fallidas de Ricardo Jordán Jiménez, magistrado de la Corte Suprema de Justicia. El delegado del presidente Ospina Pérez orientó las pesquisas del detectivismo y de la misión del Scotland Yard contratada por el Gobierno. Pero cerró el caso sin tener suficientes pruebas, como dijo el cronista, quien siempre dudó de que el joven desempleado y con una psique desequilibrada hubiese actuado solo en el magnicidio.

En 1952, el caso más estremecedor que cubrió González Toledo fue el del capitán retirado de la Policía Tito Orozco, salvajemente asesinado en El Boquerón (Boyacá), por orden del coronel Daniel Cuervo Araos, después de que lo detuvieran por presuntos vínculos con la guerrilla de Guadalupe

10 Jorge Cardona, «Colombia: encrucijada de violencia sin color», *Chasqui* 60 (diciembre 1997): 25.

11 En mayo de 1956, el mismo cronista publicó en *Sucesos* «El cadáver de las dos corbatas», con nuevas pruebas sobre el proceso de Juan Roa Sierra, incluido el detalle de la segunda corbata.

Salcedo. Su viuda, Edelmira Prada, se pasó años buscando el cadáver de su marido. Tocó todas las puertas exigiendo una investigación judicial del caso, cuyo expediente alimentó con sus propias pesquisas hasta que cayó la dictadura y se dedicó a contar su historia en los medios¹².

En esos años, González Toledo no paró de escribir, alternando la crónica de policía y la crónica urbana, con prosa ágil y fino espíritu de observación, hasta convertirse en el capo de la crónica judicial¹³. Fue el primer colega y maestro que tuvo Guillermo Cano cuando entró al periódico a cubrir comisarías y tribunales. Otras de sus célebres crónicas seriadas fueron la de Nepomuceno Matallana (el Doctor Mata, apócope que le puso el cronista al falso abogado que asesinaba a sus clientes y los sepultaba en parajes perdidos) y la de Teresita la descuartizada, la dueña de una cantina, cuyo cadáver apareció troceado en un riachuelo, amén de los suicidas del Salto del Tequendama.

En 1955, Gabriel García Márquez mandó de Italia una serie a manera de folletín que le dio en la vena del gusto a Guillermo Cano, según se comprueba en su correspondencia a raíz del «affaire Montesi»¹⁴. Este relato judicial con ribetes melodramáticos fue reconstruido por el corresponsal a partir del sumario de la joven romana Wilma Montesi, asesinada en 1953 en una confusa trama de drogas y orgías con hombres poderosos. García Márquez rescató del expediente detalles que habrán escandalizado a muchos lectores, como cuando se habla del periodo posmenstrual de la víctima. Así se lee en una de las cartas que dirigió Gabo a «Chin» en su periplo europeo¹⁵. Por la repercusión que tuvo en Italia y en el mundo, fue llamado «el proceso del siglo», más por lo mediático que por lo judicial. Y nunca se resolvió el misterio.

Herederero inmediato de González Toledo, que al cerrar *Sucesos* se vinculó a *El Tiempo*, fue Germán Pinzón. Entre 1955 y 1960 publicó crónicas inolvidables, como la del rescate de los sobrevivientes del avión HK-1001, que se accidentó en la Sierra de La Macarena. El periodista sostuvo un diálogo sobrecogedor con el valiente niño de nueve años que cuidó a su hermana

¹² En 2006, Arturo Alape publicó la novela *Cadáver insepulto*, basada en la investigación de Felipe González Toledo.

¹³ En 1989, el Círculo de Periodistas de Bogotá, que presidió por varios años, le entregó la condecoración Guillermo Cano.

¹⁴ Colección Guillermo Cano, Harry Ransom Center, Universidad de Texas.

¹⁵ La antología que recoge esta serie se tituló *El escándalo del siglo*, y salió publicada por Random House en 2018 con prólogo de Jon Lee Anderson.

menor y soportó las heridas y el hambre durante la semana en que se los tragó la selva. También firmó la crónica seriada sobre el asalto de Efraín González en Puente Nacional (Santander). Como solía hacerlo, se enfocó en las víctimas, en especial en los niños, y hasta dialogó con los pequeños heridos. En la crónica cuenta que mientras avanzaba el entierro con once ataúdes por el pueblo se escuchaban los voladores y la pólvora que quemaban los bandidos para celebrar.

En 1957, el equipo judicial en pleno de *El Independiente*, liderado por González Toledo, cubrió la muerte de Víctor Hugo Barragán, famoso hampón que huyó de la cárcel y fue acribillado junto con su hermano menor y sus secuaces por el Ejército en el sur de Bogotá. Pinzón publicó la crónica de «Los últimos sesenta segundos de Víctor Hugo Barragán», que con su estilo novelado contrasta con las sobrias notas de los otros reporteros. Basta leer estas líneas del momento final del asesino: «Los ojos de Barragán quedaron abiertos al sol ácido sin notarlo, al ojo ciclópeo, al globo único y amarillo, tercos, sin notarlo. Mirando vaga a indiferentemente, alejados, remotos». El perfil de la novia del occiso, Lizana Góngora, se escribió solo.

En la generación de relevo estuvieron Luis de Castro, Guillermo García Guaje, Pablo Augusto Torres y Hernán Unas, entre los más destacados.

Luis de Castro se inició en *El Liberal* junto con su hermano Flavio (a quienes Germán Castro Caycedo llamó sus maestros) y Álvaro Pachón de la Torre. Cubrió el Bogotazo al lado del fotógrafo Parmenio Rodríguez, quien murió impactado por una bala. Después de la caída de Rojas Pinilla, entró a *El Espectador* como editor judicial y durante cincuenta años abarcó todas las modalidades de la criminalidad hasta llegar a las más sofisticadas de la corrupción financiera y retorcidas del narcotráfico. Y le quedaba tiempo para crear crucigramas porque era un cultor de la lengua.

En 1959 recibió una medalla de oro y dos mil pesos del Premio Marco Fidel Suárez por su trabajo «De lo que no tenían, operan en el Seguro Social a sus pacientes». Allí contó el cruce de cirugías que les hicieron a dos pacientes: al que iban a operar de una hernia inguinal le sacaron las hemorroides. El recién llegado Héctor Osuna lo dibujó caminando muy orondo con una chiva al lado, que también lucía su medalla. Casualmente, diez años después reveló el caso de un paciente que albergó durante cinco años unas pinzas quirúrgicas que dejaron olvidadas en su vientre cuando lo operaron en el Hospital Militar Central, error médico que lo dejó con secuelas crónicas y por el cual la familia demandó al Estado. A todos los temas el cronista les daba un tratamiento riguroso y consultaba a expertos y científicos.

En los años sesenta, cuando los secuestros y el bandolerismo se tomaron las primeras planas, Luis de Castro se ocupó en *El Espectador* de los más sonados plagios. Entre ellos, los del exministro y empresario Harold Eder y del millonario ganadero Oliverio Lara, los dos muertos en cautiverio en 1965. Ese año también fue abatido el bandolero Efraín González en el sur de Bogotá, en una acción militar comandada por el coronel Matallana, que duró casi cinco horas y dejó cinco militares muertos y varios heridos. El equipo de redactores –integrado por Pablo Augusto Torres, Álvaro García, Jairo Gómez y Carlos Murcia y por los reporteros gráficos Carlos García, Alfredo Pontón y Humberto Rojas– estuvo en el lugar de los hechos e hizo una cronología de «la Hora 0» del bandolero. El relato, con amplísimo despliegue, salió primero en *El Vespertino* y al otro día en *El Espectador*. Esa del 10 de junio de 1965 fue la edición más vendida en toda la historia del periódico, con 650.000 ejemplares.

Antes habían sido ultimados célebres bandidos como Desquite, Sangrenegra, el Capitán Venganza y Chispas –este último había asesinado cerca de seiscientas personas–. Luis de Castro y sus colegas narraron el fin de sus tenebrosas vidas apegados a los hechos, sin heroizarlos, como estilaban muchos colegas, y usando básicamente fuentes oficiales para no dar lugar a fabulaciones de lugareños. «Tomaron por un desfiladero gritando: ¡alcáncenos si son tan machos!», tituló Luis de Castro la noticia de la muerte de Desquite en el Tolima, en marzo de 1964.

En una antología de su obra periodística –que inexplicablemente no ha sido recogida–, además de los trabajos mencionados, no podrían faltar sus investigaciones sobre estafas y fraudes financieros. En noviembre de 1971 empezó a hacerle seguimiento al llamado Fondo Fantasma del Conejo Sánchez, porque el representante legal en Colombia del grupo financiero que cometió estafas por más de quinientos millones de pesos era Alberto Sánchez Rojas. El folleto publicitario de la Pan American International Finance Group se anunciaba con la fábula de «La coneja pobre millonaria», que invitaba a los ciudadanos latinoamericanos a invertir en dólares en el exterior. El pícaro fue multado con trece millones de pesos.

En marzo de 1972, Luis de Castro le hizo seguimiento a una red de estafas internacionales en la que participaron dos colombianos y dos estadounidenses. El 7 de abril reportó que «la estafa más grande del mundo», con base de operaciones en Bogotá, dejó veinte mil afectados. La resumió con este atractivo gancho:

Un cuento chino, un fabuloso cuento chino que recorrió el Asia, América, Europa y posiblemente Oceanía, se convirtió en camino franco para es-fumar, ocultar o transferir 250 millones de dólares y poner la primera piedra del monumento al «Gran Iluso Desconocido» que entregó su dinero dizque para invertir en inmuebles en los Estados Unidos a una sociedad que tenía su asiento legal en las Bahamas.

Otra serie emblemática fue «Colombia y la yerba maldita», publicada en marzo de 1976, en la que Don Luigi –como lo llamaban en la redacción– demostró cómo se estaba expandiendo el cultivo y tráfico de marihuana en la costa Atlántica y cómo Colombia empezaba a disputarle el mercado del llamado «cáñamo indio» a México. En la segunda entrega entrevistó al psiquiatra José Francisco Socarrás, quien planteó la urgencia de hacer campañas masivas para frenar la adicción a la yerba por sus efectos nocivos para la salud física y mental. Y advirtió que las «maffias» [sic] estaban buscando liberar ese mercado para acrecentar sus ganancias. El cronista visitó el Parque Tayrona, donde se registraba el mayor movimiento de embarques al exterior, y contó cómo operaban las autoridades para combatir el tráfico a escala nacional e internacional.

A propósito de esta serie, el periódico sacó un editorial titulado «¿Qué hacemos con la marihuana?», por tratarse de uno de los problemas más graves que enfrentaba la sociedad colombiana. El director concluyó:

Parodiando al Tuerto López¹⁶, hay que pensar muy seriamente qué hacemos con esta marihuana... Porque más grave que su consumo interno es el grado de descomposición moral, el insondable abismo de corrupción a que nos está llevando su producción, su cultivo y su venta.

Valga recordar una crónica de González Toledo de treinta años atrás, cuando el periódico lo envió a Barranquilla a investigar un uxoricidio y terminó escribiendo además sobre la penetración de la marihuana en la ciudad portuaria. Contó que «en esos tiempos solo teníamos noticia de la perniciosa yerba por la canción de “La Cucaracha”». Luego se enteró de que la marihuana era el mismo cáñamo indio y que al fumarlo producía efectos tóxicos y alucinantes¹⁷.

¹⁶ Se refiere a los versos «Y yo, desde mi ventana, limpiando un fusil, me digo: –¿Qué hago con este fusil?», del poema «Tarde de verano».

¹⁷ Felipe González Toledo, *20 crónicas policíacas* (Bogotá: Planeta, 1994), 165.

En la década de los setenta, Luis de Castro siguió escribiendo sobre secuestros y sobre la captura de criminales como Humberto «el Ganso» Ariza, predecesor de Víctor Carranza en la guerra de las esmeraldas, y de Néstor «el Mono» Trejos, el criminal más peligroso del país. Siguiendo su método, Luis de Castro revisó el historial de Trejos en el archivo del periódico y contó cómo pasó de ser un asaltante de bancos a miembro de la banda que secuestró al empresario antioqueño Diego Echavarría Misas, entre otras antiproezas del hampón criollo de trayectoria internacional. Después de varias fugas de la cárcel y de haber operado en México, fue capturado en Nueva York con tres kilos de cocaína.

Contemporáneo de don Luis –quien se retiró en 1998– fue el santandereano Guillermo García Guaje, periodista y abogado, que aportó su doble formación al análisis de procesos y de expedientes judiciales. Prueba de su especialidad es la serie que publicó entre 1971 y 1972 sobre «Las leyes olvidadas» de la República, así como le metió el bisturí jurídico al Código Penal y sacó un libro sobre el tema. En 1958 llegó a *El Espectador* recomendado por Mike Forero Nogués con experiencia como cronista judicial en varios medios. Y como solía decir, se retiró del periódico después de cuarenta años «por pena cumplida».

En un amplio perfil que le hizo Mauricio Díaz Gómez, dice:

Guillermo no olvida que la máxima de los Cano era que uno no se podía negar a cubrir cualquier frente. Pero el mayor énfasis no era el delito, el homicidio, era la crónica que tenía un tratamiento diferente a la noticia, había que entrar en el mundo de los personajes.¹⁸

Esa humanización la lograba García Guaje sin abusar de los recursos retóricos. Su rutina era su religión, según Díaz Gómez: «Guillermo asistía sagradamente todas las mañanas a los diferentes juzgados, tribunales y comisarías para hacerles seguimiento a casos importantes»¹⁹.

En sus inicios publicó su historia más conocida del niño de la tula: un huérfano de la guerra de Corea al que adoptaron unos soldados del Batallón Colombia y se trajeron camuflado para que no se los quitaran. Escribió sobre la intoxicación masiva con pan envenado en Chiquinquirá, que mató a más de setenta personas, la mitad niños, en 1967. En 1970 siguió el caso de

¹⁸ Díaz Gómez y Villegas Oloya, *Entre la tinta y la sangre: Cinco autores de crónica roja* (Manizales: Hoyos Editores, 2008), 107.

¹⁹ Mauricio Díaz Gómez y Alejandro Villegas Oloya, *Entre la tinta y la sangre: Cinco autores de crónica roja*, 109.

Bobby Moore, capitán del equipo de fútbol inglés en los Juegos Olímpicos de México, acusado del robo de un costoso brazalete por la dependienta de una joyería del Hotel Tequendama. El «pitazo final» de los jueces, dijo el cronista, fue la libertad condicional.

Tras las controvertidas elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970 (que parieron el grupo guerrillero), entrevistó al registrador nacional del Estado Civil, Ricardo Jordán Jiménez, quien afirmó categórico: «Nadie ha podido demostrar fraude». Después de hacer una descripción de su oficina, presidida por el Sagrado Corazón de Jesús, García apuntó: «Por una extraña coincidencia el doctor Jordán Jiménez el 19 de abril de 1948, hace 22 años, inició la investigación por la muerte de su amigo, el doctor Jorge Eliécer Gaitán». Y como esa vez, dijo el funcionario, le habían llegado amenazas. Tampoco se le quedó por fuera el famoso crimen del apartamento 301, cuya víctima fue Myriam Guerrero de Mantilla, una dama ligera de cascos. Ocurrido en 1963, pasó a los anales de la crónica judicial.

En su última época, Guillermo García sostuvo la columna «Apuntes del redactor», que le encargó don Gabriel Cano. Tras el holocausto del Palacio de Justicia, escribió una desgarradora columna sobre los magistrados inmolados, que fueron sus maestros, como Carlos Medellín: «No hablemos de paz. No. No hablemos de democracia. No hablemos de instituciones salvadas. No. Hablemos de quienes eran hombres buenos. Hablemos de lo que eran».

Álvaro García estuvo desde comienzos de los sesenta en el periódico y en mayo de 1964 fue enviado a cubrir el ataque militar de Marquetalia, punto de arranque de la violencia subversiva en el país con la creación de las FARC por Manuel Marulanda, Tirofijo. Antes de pasarse a la fuente política, reportó el asalto y saqueo de la Caja Agraria en Simacota (Santander), en 1965. Allí, los guerrilleros del ELN mataron a cinco militares y se robaron cerca de 65.000 pesos: toda una fortuna. García viajó con el fotógrafo Guillermo Sánchez e hicieron la reconstrucción de los hechos para el reportaje gráfico, una práctica de la investigación forense adoptada por los periodistas.

Por su parte, el corresponsal en Medellín Rodrigo Pareja reportó la Operación Anorí del Ejército Nacional contra el ELN, en agosto de 1973, que duró cuarenta días y en la que dieron de baja a más de treinta guerrilleros y fueron capturados los hermanos Vásquez Castaño. «El Waterloo del ELN», como la define Jorge Cardona.

Hernán Unas cubrió la fuente judicial entre 1966 y 1981. Óscar Alarcón recuerda que «Unas iba con su uniforme a la redacción porque trabajaba en la Oficina de Comunicaciones de la Policía. Cuando se retiró, pidió puesto en *El*

Espectador y entró a cubrir judiciales». Por su familiaridad con las comisarías de Policía, Unas encontró a un personaje singular en 1971: el comisario José Ignacio Cadena Escobar, que el 9 de abril de 1948 se jugó la vida levantando los cadáveres de Jorge Eliécer Gaitán y de su asesino Juan Roa Sierra. Sin embargo, acababa de ser destituido en una «purga» de la institución después de treinta años de servicio. Este le recordó al cronista escenas escalofriantes del Bogotazo, como las decenas de levantamientos que hizo y las pilas de cadáveres que vio en el Cementerio Central, por lo menos unos cinco mil muertos: «Entre los montones de víctimas reconocí a varias coperas de la avenida Jiménez y la carrera Séptima, lo mismo que numerosos loteros y lustrabotas a quienes conocía».

En 1972 asistió al Consejo Verbal de Guerra que se le siguió al ya mencionado Humberto Ariza, el Ganso, y sus veinte secuaces, capturados en Boyacá y enviados a la isla prisión de Gorgona. El proceso fue ordenado por el general Luis Carlos Camacho Leyva, director de la Brigada de Institutos Militares (y futuro ministro de Defensa de Turbay Ayala). Por cierto, para Unas, los Consejos de Guerra eran una «oportuna panacea para restablecer el orden», como tituló la entrevista con un juez de instrucción criminal que defendió la justicia castrense del estado de sitio, en 1973.

En octubre de 1975 escribió sobre el proceso por el asesinato del general Ramón Arturo Rincón Quiñones, que desencadenó una gigantesca operación militar dirigida por el general Fernando Landazábal Reyes, comandante de la Brigada de Institutos Militares. El crimen lo cometió un comando del ELN, cuyos miembros huyeron de Bogotá, así que las acciones del Ejército se encaminaron a buscar a sus cómplices y auxiliadores en la capital. Entre las doscientas personas capturadas estaban el productor de cine Carlos Álvarez, su esposa Julia Sabogal y el escritor Óscar Dueñas (autor de la obra *Tupamaros*) y su esposa, que luego fueron absueltos.

Uno de los últimos trabajos del reportero en 1981 fue sobre el desplazamiento de los campesinos de Guayabero (Meta), expulsados por las FARC de sus tierras. En sus refugios habló con varias viudas y huérfanos sobrevivientes de las masacres de la guerrilla. Valga precisar que viajó a la zona en un avión de la Fuerza Aérea y todo el tiempo estuvo acompañado por militares, una práctica normal en la época.

Jairo Gómez, a quien le decían el Ciego Evaristo por las gruesas gafas que usaba, fue por largo tiempo «datero». Hacía recorridos en La Chiva del periódico por comisarías e inspecciones de Policía y les pasaba los datos a sus colegas de la sección. Eventualmente tomaba fotos y escribía reportajes

de buena factura, como el de la matanza de dieciséis indígenas cuibas en La Rubiera (entonces intendencia de Arauca), zona fronteriza con Venezuela. En enero de 1968, Gómez viajó al lugar con el reportero gráfico Guillermo Sánchez y narró la espeluznante masacre cometida por un grupo de colombianos y venezolanos, convencidos de que los indígenas no eran seres humanos²⁰. Entre los colombianos había dos mujeres, que prepararon la comilona para atraer a los indígenas inermes, en su mayoría niños. Y allí los cazaron como animales. «No es raro matar a esa plaga», confesaron las mujeres, acostumbradas a ver las cacerías de aborígenes que se hacían en el hato ganadero.

Por esas ironías del destino, Jairo Gómez fue la primera víctima de Campo Elías Delgado en la matanza del restaurante Pozzeto, en Bogotá. Cayó muerto, y encima quedó chiviado, unos días antes del asesinato de don Guillermo.

JUICIO AL ESTATUTO DE SEGURIDAD

Como *El Juicio*, exitoso programa de televisión de los años setenta, moderado por el colomboespañol José Fernández Gómez y emitido por RTI, el periódico montó un tribunal para juzgar los abusos cometidos por las Fuerzas Militares durante el gobierno de Turbay Ayala. Para ello se apoyó en el equipo de curtidos redactores judiciales, al que se sumaron dos jóvenes con bríos: Antonio Morales Riveira y Guillermo González Uribe.

Este último entró en octubre de 1977 y empezó cubriendo Bogotá, educativas, sindicales y cultura porque en esa época eran muy toderos. Pero un día, Don Luigi preguntó quién podía cubrir un consejo de guerra contra miembros del ELN, y Guillermo González –que tenía afinidad por los derechos humanos– se apuntó. Eso fue en octubre de 1979, y desde entonces empezó a seguir los consejos de guerra y sus principales fuentes eran abogados del Comité de Defensa de Derechos Humanos, con Manuel Cepeda y Alfredo Vásquez Carrizosa, entre otros. Gracias a esos contactos, cuando cubrió la toma de la Embajada de República Dominicana y clavó su carpa en el campamento de los periodistas (Villa Chiva), consiguió declaraciones exclusivas de secuestrados y secuestradores. Hasta recibió una bonificación de *El Espectador* por sus buenos oficios. «Cubrí todas las denuncias de

²⁰ Tiempo después, en abril de 1973, Hernán Unas volvió a escribir sobre el genocidio de La Rubiera.

torturas, que le tenía que pasar directamente a don Guillermo porque los jefes las colgaban»²¹.

Entre los editorialistas sobresalió el excanciller Alfredo Vásquez Carrizosa, colaborador desde los años sesenta y quien –como líder de los Derechos Humanos– mantuvo una defensa vertical de la causa. En los inicios del Estatuto, denunció la práctica salvaje de torturas a partir de la denuncia hecha al periódico por un grupo de estudiantes detenidos en la cárcel La Modelo. «Que esto acontezca en otras partes, ya lo sabemos. Pero que suceda en Colombia, bajo la rectoría de un mandatario liberal, es algo que no cabe en la imaginación», exclamó en su columna²². Pidió al presidente y a sus ministros enderezar el rumbo porque sabía que no tenían alma de torturadores. Pero el tiempo demostró que sí. De ahí el despliegue que le dio *El Espectador* al Primer Foro sobre Derechos Humanos, realizado en marzo de 1979, que dio origen al Comité Permanente por la Defensa de los Derechos Humanos, presidido por Vásquez Carrizosa.

Los Caballero (Klim, Swann y Antonio), curados de espantos, tampoco se quedaron atrás. Klim blandió saetas contra Von Holocaust, ministro de Defensa de Harmano Gulito, como los bautizó el mordaz humorista. Y no se debe olvidar que Antonio hacía parte del equipo de la revista *Alternativa*, la oveja más negra de la manada periodística (a la que le pusieron una bomba en 1981, en hechos atribuidos al DAS).

Desde su columna dominical de *El Espectador* (1980-1984), Gabriel García Márquez, que estaba en el ojo de la inteligencia militar por sus posturas de izquierda –y por sus supuestos vínculos con el M-19–, publicó un par de columnas con la fuerza de misiles verbales para explicar las razones de su exilio mexicano. En la primera recordó un episodio revelador de esa historia reciente:

Hace años, después del robo de las armas del cantón Norte, centenares de presuntos miembros del M-19 denunciaron torturas y malos tratos. Una comisión de Amnistía Internacional comprobó que muchas de las denuncias eran ciertas. El Gobierno del doctor Turbay Ayala, sin embargo, negó de plano todos los cargos, fundándose sobre todo en la falta de crédito de los guerrilleros. No obstante, bastó con que un solo prisionero

²¹ Comunicación personal, 6 de junio de 2025.

²² Alfredo Vásquez Carrizosa, «La tortura», *El Espectador*, 5 de noviembre de 1978, 2A.

declarara que fue entrenado en Cuba para que el Gobierno rompiera sus relaciones con ese país, como si se tratara de una verdad revelada.²³

En la segunda, titulada «Punto final a un incidente ingrato», del 8 de abril de 1981, desmintió los motivos que dieron algunos funcionarios del Gobierno para explicar su salida de Colombia:

El primero es que me fui de Colombia para darle una mayor resonancia publicitaria a mi próximo libro. El segundo es que lo hice en apoyo de una campaña internacional para desprestigiar al país. Ambas acusaciones son tan frívolas, además de contradictorias, que uno se pregunta escandalizado si de veras habrá alguien con dos dedos de frente en el rincón de nuestros destinos.

[...] En realidad el Gobierno se ha atrincherado en esas dos acusaciones pueriles, porque en el fondo sabe que mi sentido de la responsabilidad me impedirá revelar los nombres de quienes me previnieron a tiempo. Sé que la trampa estaba puesta y que mi condición de escritor no me iba a servir de nada, porque se trataba precisamente de demostrar que para las fuerzas de represión de Colombia no hay valores intocables. O como dijo el general Camacho cuando apresaron a Luis Vidales: «Aquí no hay poeta que valga».

Entre las numerosas columnas que dedicó María Jimena Duzán al siniestro Estatuto, en la titulada «Prohibido ser comunista» planteó que no era lo mismo «ajusticiar a alguien por ser traficante que por ser izquierdista. A no ser, claro está, que sea el macartismo el antídoto escogido por nuestras Fuerzas Militares para combatir la subversión y el terrorismo»²⁴.

Pero fue con el caricaturista Héctor Osuna, con quien Guillermo Cano trabajó al alimón para atacar por todos los flancos ese aparato represivo. El primero llevaba al friso de «Rasgos y rasguños» las denuncias del segundo. Al Gobierno de Turbay Ayala lo representó con los caballos de Usaquén, testigos de los atropellos que se cometían en esa guarnición militar.

El Espectador se manifestó en contra de los allanamientos y las detenciones arbitrarias del poeta Luis Vidales, la escultora Feliza Bursztyn, el ajedrecista Boris de Greiff (hijo del poeta León de Greiff), la pianista Teresita Gómez, la periodista Consuelo Salgar de Montejo, entre otros inculpad

²³ Gabriel García Márquez, «Breve nota de adiós al olor de la guayaba», *El Espectador*, 3 de abril de 1981, 2A.

²⁴ María Jimena Duzán, Mi hora cero, *El Espectador*, 7 de febrero de 1979, 2A.

por la Brigada de Institutos Militares de tener vínculos con el M-19. Pero se quedó solo –como parecía su designio– en la denuncia por la arbitraria detención de dos sacerdotes jesuitas acusados por la inteligencia militar de ser cómplices del asesinato del exministro Rafael Pardo Buelvas, ocurrido en septiembre de 1978. A propósito de esa injusta detención por varios meses, la Cacica –otra de las columnistas que le hizo coro al director en su defensa de los derechos humanos– entrevistó a Alfredo Vásquez Carrizosa en agosto de 1980. Este mencionó la campaña periodística que desató *El Siglo* contra los jesuitas y cómo el ministro de Justicia Hugo Escobar Sierra «demostró especial saña en su papel de fiscal; pero los liberó la justicia ordinaria después de haber sido condenados por ese rarísimo tribunal integrado por un periódico y un ministro». Por haber metido las narices en la reserva del sumario, los caricaturistas sintetizaron el abuso del ministro con esta frase salida del magín de Osuna: «la reserva del samario».

De la excolaboradora de *El Espectador* Margarita Vidal se reprodujo el 8 de noviembre de 1979 la entrevista publicada en *Cromos* que le hizo al expresidente Darío Echandía, quien sin cargar agua en la boca afirmó que el país estaba en una dictadura militar, y que el general Luis Carlos Camacho Leyva era el dictador. Las declaraciones suscitaron apoyos al patricio liberal, entre ellos el de Klim, que tituló su columna «La erupción de un volcán llamado Darío». Elogió a la entrevistadora capaz de penetrar el refugio del maestro, apartado del mundanal, y ponerlo a botar lava sobre el país político ante su grabadora. Echandía, apodado el Maestro, atacó a su paisano Santofimio por corrupto, al general Camacho Leyva por dictador y aunque del presidente Turbay prefirió no hablar porque era su amigo, dijo que no tenía más remedio que firmar los decretos al general. Pero, en últimas, el culpable de que el país estuviera bajo la Ley Marcial era López Michelsen, según Echandía.

También hubo un editorial titulado «El Maestro no está solo», que lamentó reacciones groseras contra el patriarca liberal:

Particular repudio merecen las declaraciones del ministro de Defensa, general Camacho Leyva, haciendo torpe mofa de que el insigne expresidente hubiese concedido su reportaje al calor de un grato whisky [...] «El vino ilumina los espíritus», se dice en el Evangelio. Lo que daña a los pueblos son los espíritus mal iluminado.

Prueba en todo caso de que el «lobo» –metáfora que usaba don Guillermo para referirse al Gobierno torturador– estuvo enseñoreado en esos tenebrosos años del Estatuto de Seguridad fue el fallo del Consejo de Estado

proferido en 1985. En él se demostró que la médica Olga López de Roldán había sido sometida a torturas en las instalaciones militares junto con su hijita, y el Estado quedaba obligado a su indemnización. Don Guillermo, que se leyó el fallo de cabo a rabo, tituló «Una novela de horror» su «Libreta» del 14 de julio de 1985 sobre este caso.

EL DESPLUME DEL ÁGUILA

Aparte de la crónica judicial o de sucesos, *El Espectador* marcó un hito en el periodismo investigativo colombiano con sus persistentes denuncias sobre corrupción. En esas cruzadas perdió su patrimonio, pero ganó credibilidad por revelar lo que otros medios prefirieron callar. De todos los escándalos que cubrió el periódico en la época de don Guillermo, el más sonado fue el del Grupo Grancolombiano –conglomerado económico y financiero de más de treinta empresas–, por la defraudación a miles de ahorradores y porque el culpable era un intocable: Jaime Michelsen Uribe, llamado el Águila (apodo que le cayó del cielo al caricaturista Osuna).

El origen del escándalo de los autopréstamos está en las denuncias que hizo Hernán Echavarría Olózoga, primer director de la Comisión Nacional de Valores, creada en el gobierno de Turbay Ayala. Como recordó Antonio Caballero en una columna, el entonces presidente rechazó las afirmaciones de Echavarría Olózoga de que para él eran archiconocidos los desmanes del Grupo Grancolombiano²⁵. Pero ante el tamaño del fraude, ni el presidente pudo proteger al amigo banquero, como tampoco le valió el respaldo del gremio empresarial.

Ahora bien, el autor intelectual de la denuncia fue el columnista de la casa Hernando Agudelo Villa, exministro de Hacienda de Lleras Camargo, de Desarrollo Económico de Pastrana y excandidato presidencial. Agudelo Villa, colaborador del periódico desde 1965, empezó a denunciar a mediados de 1978 los malos manejos del Banco de Colombia, propiedad del grupo financiero, y pidió la intervención de la Procuraduría. Cuando Jaime Michelsen lo denunció penalmente por calumnia e injuria, él respondió: «El debate está planteado y lo llevaremos hasta las últimas consecuencias. No soy hombre de juicios temerarios: tengo una tradición pública que respetar y cuando hago aseveraciones es porque estoy en capacidad de probarlas». Dos años después, su caso fue sobreseído por el Tribunal Superior de Bogotá. En 1981, Agudelo Villa publicó el libro *Los zarpazos financieros: El*

²⁵ Antonio Caballero, «Moral de la mafia», *El Espectador*, 18 de marzo de 1984.

Grupo Grancolombiano ante la justicia, en el que retomó los planteamientos de sus columnas en *El Espectador*.

A Agudelo Villa lo secundó otro paisa, el senador William Jaramillo Gómez, también columnista de *El Espectador*, quien en 1982 lideró el debate en el Congreso, el cual sirvió de antesala al cubrimiento periodístico. No hay que olvidar que en el trasfondo del escándalo estaba la vieja pelea entre el grupo antioqueño y la banca cachaca.

Servido el escándalo, el director armó un equipo muy bien articulado, como recuerda Juan Guillermo Cano, uno de sus miembros: «Allí estaba Fabio Castillo a la cabeza, que cubría los frentes económico, político y judicial; hacía la investigación documental y nos daba línea en las asignaciones». El último equipo de reporteros que formó don Guillermo, llamado el «kínder» (salvo por el veterano Luis de Castro), estaba conformado por Fabio Castillo, Juan Guillermo Cano, los tres Héctores (Rodríguez, Hernández y Giraldo Gálvez), Ignacio Gómez y Édgar Caldas.

A Fabio Castillo lo sonsacó don Guillermo del diario *El Siglo* y en 1979 empezó a trabajar en *El Espectador*. Según María Isabel Naranjo, la periodista que lo sacó de su anonimato

[...] con veinte años recién cumplidos, ya tenía un premio Simón Bolívar, una escuela de libertad en *El Siglo* y se intuía en sus temas un sentido de la justicia que más tarde lo llevaría a enfrentarse cara a cara con los narcotraficantes de Colombia.²⁶

Por su parte, Héctor Giraldo Gálvez trabajó como abogado en el Grupo Grancolombiano y, cuando lo echaron, don Guillermo lo contrató con triple función: periodista judicial, abogado del periódico y de la familia²⁷. La confianza ya se la había ganado porque ingresó al periódico en 1965 para escribir el «Consultorio laboral».

Con más de un centenar de entregas entre abril y noviembre de 1982, la Unidad Investigativa de *El Espectador* reveló el entramado de los fondos Grancolombiano y Bolivariano y los autopréstamos en el Banco de Colombia. Por la envergadura del trabajo, recibió los premios de la Sociedad Interamericana de Prensa y del Círculo de Periodistas de Bogotá, en 1984.

²⁶ María Isabel Naranjo, «Reportero sin rostro», *Universo Centro* 54 (abril 2014). <https://www.universocentro.com/NUMERO54/Reporterosinrostro.aspx>

²⁷ Su asesinato, ocurrido el 29 de marzo de 1989, fue considerado un golpe al corazón del proceso judicial de Guillermo Cano porque fue él quien adelantó la investigación.

El 30 de noviembre de 1983, Fabio Castillo recapituló los hallazgos de la investigación sobre este hito de la corrupción en Colombia en cuatro entregas:

El segundo semestre de 1982 pasará de seguro a la historia colombiana como la época del crack financiero más anunciado, pero que, no obstante, casi desploma el sistema bancario como un castillo de naipes. En cuestión de semanas, se intervinieron 17 instituciones crediticias que afectaron a 81.728 ahorradores privados causándoles pérdidas que de manera extraoficial se estiman en más de \$ 10.000 millones. En la generalidad de los casos, la quiebra se produjo por autopréstamos, conocidos en los círculos económicos como préstamos incestuosos para apoderarse de empresas y generar una gran concentración de capital.

En la última entrega se enfocó en María Mayorga, la empleada doméstica de un ejecutivo del Grupo, que figuraba como una de las principales accionistas y no sabía ni qué era una acción.

Con humor socarrón, el director tituló «San Luis Gonzaga» el editorial del 15 de febrero de 1984, sobre el cinismo de Jaime Michelsen Uribe, «quien recibió los favores de dos gobiernos que se parecían al Grupo Grancolombiano en sus procedimientos», porque un tercer Gobierno se limitó a cumplir su deber constitucional. Y remachó:

Encontramos interesante... que el doctor Michelsen anuncie... que va a pisar otros callitos y que entre los dueños de las patitas figuren los medios de comunicación, pues estamos dispuestos, en lo que a nosotros respecta, a reiterar una vez más que no tememos protuberancias extirpables ni en los pies, ni en las manos, ni en la conciencia.

Y como casi todos los medios cojeaban del mismo pie, en la «Libreta» del 19 de febrero de 1984, titulada «Los coletazos del Grupo...», don Guillermo lamentó que los medios de comunicación le siguieran poniendo el altavoz al exbanquero colombiano que se encontraba en su exilio dorado en Miami²⁸ para eludir la acción penal:

Durante hora y media de transmisión radial, por la cadena Caracol, el señor Michelsen de sindicado se convierte en sindicador para amenazar al Gobierno colombiano con que tendrá que rendir a la justicia por haberle puesto punto final al escandaloso manejo de los dineros de los

²⁸ Casualmente, ese año se celebraron los Juegos Olímpicos en Los Ángeles, cuyo símbolo fue el Águila Sam.

ahorradores del Banco de Colombia mediante préstamos a las empresas del grupo, que son propiedad suya, de los suyos y de sus compañeros de directiva en el banco matriz.

Solo con la noticia de enero de 1986 de que Michelsen Uribe –refugiado en Miami desde hacía tres años– sería llamado a juicio, *El Espectador* dio por terminada su faena.

BATALLA CONTRA LOS CAPOS

Como un sabueso que no suelta su presa, Guillermo Cano se propuso des-enmascarar a sus más siniestros enemigos, los narcotraficantes, que a comienzos de los ochenta fungían de Honorables Padres de la Patria. Haber pasado de inmediato del poderoso banquero al capo más temido se entiende con esta memoria que hace Fabio Castillo, el periodista de confianza del director en esta nueva misión:

La controversia dura del narcotráfico empezó en 1982, o sea, fin del gobierno de Julio César Turbay e inicio de Belisario Betancur. En ese momento es cuando arranca Luis Carlos Galán a denunciar el tema de los «dineros calientes». Aquí siempre nos inventamos eufemismos, pero se trataba de la presencia de dineros de la mafia en la política. En Bogotá nadie se atrevía a hablar de la mafia porque pensábamos que era un fenómeno guajiro, y Juan Gossáin ya la había radiografiado en *La mala hierba*²⁹ de una forma tan sabrosa que nos quedó que eso era de los costeños, que no era serio, que no era nada. Hasta que llega Galán y empieza a denunciar que esta gente está comprando los partidos. Don Guillermo nos explicaba que para él era exactamente lo mismo investigar al Grupo Grancolombiano que investigar a la mafia porque eran dos manifestaciones de un mismo fenómeno: el uno era un señor muy rico queriendo comprar todos los poderes, y los otros, los mafiosos, eran unos nuevos ricos queriendo también comprarlo todo; luego, los dos eran un fenómeno antidemocrático. Por lo tanto, políticamente era válido y periodísticamente oportuno investigarlos y seguirlos.³⁰

²⁹ La revelación la hizo el periodista José Cervantes Angulo en el libro *La noche de las luciérnagas* (1980), rigurosamente documentado con archivos de la DEA. La novela de Gossáin salió el año siguiente.

³⁰ Naranjo, *Universo Centro*. <https://www.universocentro.com/NUMERO54/Reporterosinrostro.aspx>

A los narcos, don Guillermo les dedicó numerosas columnas en su «Libreta», como la del 21 de agosto de 1983, en la que aludió a esos «personajes de dudosa ortografía» y urgió a un debate público para evitar la infiltración de los dineros calientes del narcotráfico en las instituciones del Estado. En particular se refirió a Evaristo Porras y, con su característico humor negro, lo dejó reseñado en una larga pregunta retórica:

¿Cuántos colombianos sabían que un tal señor Porras era traficante de cocaína, preso en Lima, libre misteriosamente, y ahora negociante radicado en Medellín, con una fortuna *milyunanochesca* supuesta o realmente *amnistiada*, que gira cheque por un millón de pesos para comprar una mercancía, pero que según dice su *otro yo* en la Cámara de Representantes, era para agradecer a un ciudadano el que hubiera decidido oponerse al tratado de extradición de los narcotraficantes, cuando todo el país sabe y conoce que ese ciudadano [Rodrigo Lara Bonilla] ha sido frontal defensor de todo cuanto se haga y se pueda hacer para que los delincuentes del narcotráfico paguen con la cárcel su delito infame?

Para entonces, el director se proponía sacar a la luz el prontuario de Pablo Escobar, cuya cara estaba seguro de haber visto en una noticia judicial publicada por ellos años atrás. Todo empezó cuando una fuente del DAS le sugirió a Luis de Castro que buscara en los archivos porque *El Espectador* había informado alguna vez sobre Pablo Escobar como traficante de drogas. De Castro le comentó a don Guillermo Cano y este a Fabio Castillo. Los tres, cual mosqueteros, hicieron la búsqueda.

El 25 de agosto de 1983 salió la noticia titulada «En 1976 Escobar estuvo preso», con la respectiva foto del suplente del santofimista Jairo Ortega Ramírez a la Cámara de Representantes. Según la noticia del 11 de junio de 1976 de Rodrigo Pareja, corresponsal en Medellín, Escobar Gaviria fue capturado por agentes del DAS junto con otros cinco sujetos en el municipio de Itagüí con un alijo de cocaína. El otro corresponsal en Medellín, José Guillermo Herrera, enfrentó varios procesos judiciales por las noticias que publicó en *El Espectador*. Cuando empezó la guerra del narcotráfico contra el periódico, tuvo que venirse a Bogotá y luego salir del país. Su entonces colega en *El Tiempo*, el escritor Juan José Hoyos, recuerda:

José Guillermo fue el alfil de don Guillermo Cano en la batalla de *El Espectador* contra el narcotráfico y en particular contra Pablo Escobar. Él, que era un gran investigador de los archivos judiciales, desenterró

una historia judicial archivada en un juzgado de Itagüí: el viejo proceso contra Pablo Escobar y su primo Gustavo Gaviria en el que pudo constatar cómo Escobar estuvo condenado y preso por el asesinato de dos agentes del Departamento de Seguridad y Control de Medellín, que al parecer lo habían extorsionado y detenido la primera vez que estuvo preso por el delito de tráfico de drogas. Ese hecho que divulgó en forma exclusiva *El Espectador* fue el que dio lugar a la larga guerra entre el narcotráfico y el periódico. José Guillermo publicó todo eso sin firmar, sin darse aires porque era una persona muy sencilla y discreta.³¹

Con esta publicación, el director se ganó el odio a muerte del poderoso capo. Por si fuera poco, armado de valor, puso los reflectores en otros Corleones de la mafia criolla, como Carlos Lehder, del Cartel de Medellín, y Evaristo Porras, del Cartel del Amazonas. Este último intentó manchar el nombre del ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla con el supuesto endoso de un cheque de un millón de pesos a su campaña para el Senado por el Nuevo Liberalismo (cheque al que se refirió antes don Guillermo).

Ese día, en primera plana de *El Espectador* fue noticia el enfriamiento del debate en el Congreso sobre los «dineros calientes» en la política promovido por el parlamentario de dudosa honra Jairo Ortega. Allí, Lara Bonilla se mostró dispuesto a responder «a cualquier clase de celada o trampa». El redactor político Carlos Murcia tituló la noticia del frustrado debate que encabezaba el Nuevo Liberalismo: «La Corte de los jueces no debe ser reemplazada por la corte de los narcotraficantes».

El 4 de septiembre de 1983, en la seguidilla de la «Libreta» contra los narcos, el director publicó «Las cintas del Congreso 86», una sátira futurista donde transcribe las cintas (grabaciones) del Congreso del 7 de agosto de 1986, cuando los barones de la droga fungen de Honorables Senadores. Lo inquietante de esta original pieza es que habla de cómo se quemaron los archivos del Congreso cuando todavía no había ocurrido la toma del Palacio de Justicia y el posterior incendio. Sin mencionar la ironía de que para cuando terminó esa legislatura ya habían asesinado al director.

El pulso del ministro Lara Bonilla con los capos terminó la noche del 30 de abril de 1984, cuando fue acribillado en su auto mientras se dirigía a su casa en el norte de Bogotá. A él le atribuyó don Guillermo un «perfil del coraje», por haberse impuesto una misión histórica como la defensa del Tratado de Extradición, que se estaba embolatando con la complicidad del Gobierno.

³¹ Comunicación personal, 29 de marzo de 2025.

Al otro día del asesinato, el citado corresponsal José Guillermo Herrera encontró el prontuario del abatido asesino Iván Darío Guisao en los archivos de criminología de Itagüí, y se pudo concluir que el atentado había sido fraguado en ese municipio antioqueño. El sicario tenía cinco falsas identidades; el conductor de la moto, Byron de Jesús Velásquez, fue capturado. En el entierro, el presidente Betancur anunció que no les daría tregua a los narcotraficantes y aplicaría la extradición. Decisión que apoyaba el periódico, como se vio en el despliegue editorial e informativo que dio a los llamados extraditables, quienes huyeron del país en bandada tras el asesinato del ministro.

En agosto de 1984, Estados Unidos pidió la extradición de Pablo Escobar y de Jorge Luis Ochoa. Y en octubre, el juez superior de Bogotá Tulio Manuel Castro Gil llamó a juicio a Pablo Escobar y a otros sindicados por el asesinato de Lara Bonilla. En el editorial del 31 de octubre se preguntó el director: «¿Podrán los organismos de seguridad aprehender a los enjuiciados y ponerlos a disposición del juez que los requiere?». Pregunta que obtendría respuesta en julio del año siguiente, cuando fue asesinado el juez Castro Gil en Bogotá y el director volvió a escribir sobre la desprotección de la justicia.

«Votos drogados» llamó Guillermo Cano a los que buscaba Pablo Escobar en las elecciones de Mitaca de 1984 para concejales y diputados. «Y ya tenemos al siniestro Pablo Escobar Gaviria anunciando a todo timbal su regreso a la política», escribió en la «Libreta» en la que remató con el símil: «La mafia se creció como la espuma». Y no menos temerario fue con la «Libreta» titulada «El golpe de Yará»³², del 25 de marzo de 1984:

La élite, el curubito del narcotráfico está comprometido con el hallazgo del Yará. El señor Pablo Escobar, el Clan Ochoa, el tal señor Porras, vuelven a aparecer a raíz de este hallazgo entre los comprometidos en el narcotráfico. El país entero sabe de sus riquezas *milyunanochescas* de las cuales hacen uso agresivo en varias regiones de Colombia. Pero ni la justicia, ni el castigo, ni siquiera la investigación los llega a rozar. Siguen tan campantes como el Johnnie Walker... Caen los pequeños peces, los peones, las mulas, los jóvenes narcoguerrilleros. Los padrinos, los capos, la élite, continúan libres. Y hasta se burlan de la extradición que, en vista de que aquí ninguna justicia puede con ellos, es lo único que realmente los pondría a temblar.

³² Yará, el mayor centro productor de coca en el mundo.

No les faltaba tampoco a los narcotraficantes el brazo militar para consolidar su poder. El ya mencionado MAS, la organización paramilitar financiada por narcotraficantes, ganaderos y terratenientes para enfrentar la subversión, fue creado por el Cartel de Medellín cuando el M-19 secuestró a Martha Nieves Ochoa, hermana de los Ochoa, a finales de 1981. Entonces, Guillermo Cano apoyó al procurador Carlos Jiménez Gómez en su intento de exterminar a este grupo ilegal apoyado también por miembros del Ejército Nacional. El germen del paramilitarismo en Colombia.

Por su parte, Osuna representó en la caricatura titulada «Cuaresma» una escena en la que el procurador investido de sacerdote pone el signo de la cruz a varios miembros de las Fuerzas Armadas, a propósito del informe que presentó el alto funcionario para desenmascarar al MAS. Entre la concurrencia se ve a Sor Palacio –que simboliza el Gobierno de Belisario Betancur– pensando: «Yo me hago poner el signo de menos...». Y como monaguillo aparece el periodista Fabio Castillo, entonces jefe de prensa de la Procuraduría.

Según el periodista judicial Ignacio Gómez, Guillermo Cano fue el primer reportero en hablar de parapolítica³³, el que advirtió la penetración del narcotráfico en el poder legislativo. Y no era menos preocupante que el MAS vigilara a varios periodistas, como lo demostró el boletín amenazante de la organización clandestina que recibió María Jimena Duzán en septiembre de 1982. Allí se le recordó el atentado con bomba en su residencia del que la hizo víctima y acusó a la periodista:

[...] de haberse autosecuestrado con el objeto de viajar a las áreas rurales con el único fin de auspiciar la propaganda a los grupos subversivos [...] Así es, señora María Jimena Duzán, que piense bien lo que está haciendo, desista de sus propósitos personales, dedíquese de lleno y con profesionalismo a su carrera o el MAS le tomará cuentas.³⁴

Medio centenar de periodistas reaccionaron contra esa amenaza y pidieron al Gobierno de Betancur dismantelar al grupo, que había desencadenado una nueva ola de violencia.

En la «Libreta de apuntes» del 14 de octubre de 1984, Cano volvió a escribir sobre el ejército particular del Padrino, «que lo mismo sirve al comercio

³³ Ignacio Gómez, «30 años sin Guillermo Cano», 15 de diciembre de 2016. Entrevista disponible en YouTube.

³⁴ «Nuevas amenazas del MAS», *El Espectador*, 28 de septiembre de 1982, 12A.

ilegal de los estupefacientes, a las vendettas entre delincuentes, que ahora pasa a aparecer ante la opinión pública como rescatador de secuestrados».

El último hecho que estremeció al país y a don Guillermo fue la toma del Palacio de Justicia, que confirmó la premonición del director sobre la vulnerabilidad del poder judicial con once magistrados titulares asesinados. En la «Libreta» sobre «la nefanda jornada novembrina» se refirió al «desastre institucional que significa la profanación de nuestra justicia, el holocausto en que fueron salvajemente inmolados los magistrados de la Corte Suprema, con su presidente ilustre en primer lugar de la lista de sacrificados». Allí se preguntó «¿hasta qué extremos de indefensión se mantuvo a la Corte Suprema y al Consejo de Estado sabiendo, como se sabía, que estaban condenados a muerte por el narcotráfico y por la guerrilla?». Y recordó que el «siniestro criminal Carlos Lehder, narcotraficante confeso, ya había dicho que se iba a unir a la guerrilla para acabar con la Corte Suprema de Justicia».

Un mes después del trágico evento, María Teresa Herrán y María Jimena Duzán entrevistaron al nuevo presidente de la Corte, Fernando Uribe Restrepo, quien declaró: «La justicia es la rama seca. Por eso se quemó tan fácil». Un año después, el que cayó abatido fue el director de *El Espectador*, que había presentido su final porque, como le dijo a Cecilia Orozco en su última entrevista, después de aclararle que no había recibido ninguna amenaza directa del narcotráfico: «Yo salgo aquí del periódico por las noches y no sé qué va a pasar... Es una amenaza que todos los periodistas tenemos encima»³⁵.

³⁵ Cecilia Orozco, *El Espectador*, 15 de diciembre de 1986.

Guillermo Cano apostrofió el periodismo colombiano en importantes eventos internacionales como el coloquio «La prensa entre las Américas», realizado en la Universidad de Maryland, en junio de 1975. En la foto está con George Reedy, exsecretario de Prensa del presidente Lyndon Johnson y decano de Periodismo de la Universidad de Wisconsin. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



EL DEFENSOR DE LA LIBERTAD DE PRENSA



EN 1944, CUANDO ESTABA ASIMILANDO LAS PRIMERAS lecciones de periodismo en el periódico familiar, Guillermo Cano supo lo que era la censura de prensa en el fragor del golpe militar al presidente Alfonso López Pumarejo en Pasto. «Y ese fue apenas un remedo de lo que es una censura», escribió en su madurez.

Al año siguiente asistió como delegado de *El Espectador* al Tercer Congreso Interamericano de Prensa, que se realizó en Caracas, en el cual se aprobaron los estatutos de la Sociedad Interamericana de Prensa. En cuatro informes, el enviado especial recogió las propuestas relevantes del encuentro, como la de crear una agencia noticiosa para América Latina que, por supuesto, puso nerviosa a la delegación de Estados Unidos. Entre pinceladas del ambiente nocturno caraqueño y el relato del regreso a Bogotá en medio de una tormenta que sacudió pavorosamente el avión, mencionó los temas álgidos que se discutieron, como la censura de prensa en las dictaduras –en contraste, señaló él, con la plena libertad de que se gozaba en Colombia–, la escasez de papel y la distribución de los periódicos en la región. En su última nota se refirió a la designación de Bogotá como sede del siguiente congreso: una honrosa designación, pero preocupante por

la precaria infraestructura hotelera de la capital del país, que solo contaba con el Hotel Granada.

El espíritu gremial de los periodistas criollos encontró asidero en el Círculo de Periodistas de Bogotá, creado a comienzos de 1946, con la finalidad de defender la libertad de prensa. En su fundación participaron más de setenta colegas, entre ellos varios de los más reputados periodistas de *El Espectador*: Eduardo Zalamea Borda, Álvaro Pachón de la Torre, Darío Bautista, Felipe González Toledo, Flor Romero de Nohra, Alfonso Castillo Gómez y Luis Elías Rodríguez. Todos ocuparon cargos directivos en el organismo, que gozó de gran credibilidad, así como prestigiosos fueron sus premios anuales¹.

Con el Bogotazo se puso a prueba la solidaridad de los colegas, que actuaron en bloque para defender a los periodistas acusados de encender la mecha revolucionaria: los «radioamotinados». Después del 9 de abril se impuso la censura «de entrecasa», como la llamó Javier Darío Restrepo, quien se refirió a un acuerdo no formal que adoptaron los periódicos para seleccionar la información que no encendiera las pasiones ni atrajera la censura. Fue el primero de cuatro pactos de la época que relacionó Restrepo, recordado padre de la ética:

El de 1950, firmado por directores reunidos en Medellín; el de 1953, durante el Primer Congreso de Prensa; el de 1956, después de la matanza de la Plaza de Santamaría y de la explosión de los camiones militares en Cali; y, finalmente, bajo el Frente Nacional el de 1962, cuando 39 directores deliberaron sobre el papel de la prensa frente a la violencia [...] «Fue un acuerdo de olvido histórico», comentó el escritor Arturo Alape.²

Lo cierto es que el oasis de libertad de prensa en Colombia al que se había referido Guillermo Cano se esfumó a partir del 9 de noviembre de 1949, cuando el presidente Mariano Ospina Pérez cerró el Congreso, decretó el estado de sitio y la censura de prensa mediante el Decreto 3521. Ese día se decomisó la edición del periódico que estaba lista para circular y, en una

1 Más adelante participaron en la junta directiva y en la dirección del organismo Mike Forero Nogués, Alfonso Castillo Gómez, Guillermo Lanao, Óscar Alarcón y su esposa Patricia Lozano, por mencionar algunos.

2 Javier Darío Restrepo, «Periodismo y libertad: Censuras y autocensuras», en *70 años de periodismo en Colombia* (Bogotá: Círculo de Periodistas de Bogotá, 2015), 35.

fotografía de la primera plana del 10 de noviembre, se ve a un grupo de agentes en la entrada del periódico a cargo de la vigilancia. Guillermo Cano, que había viajado a Cartagena con Elvira Salcedo Román y el fotógrafo Alberto Garrido, terminó cubriendo el Concurso Nacional de Belleza como si fuera la coronación anticipada de la reina Isabel, para tapar con crónicas menudas los vacíos de información causados por la censura.

Guillermo Cano asumió la dirección del periódico en 1952 con un bautizo de fuego, literalmente, tras los ataques incendiarios a *El Espectador*, ocurridos a ojos vistas de las autoridades. Poco después envió a sus colaboradores una circular donde recomendaba que cumplieran «las siete virtudes capitales del periodista: veracidad, imparcialidad, responsabilidad, oportunidad, claridad, brevedad y asiduidad»³. Por ello, Mike Forero Nougues sostuvo en sus «Sermones laicos»⁴ que el código de honor que asimiló en esos años de formación moral se limitaba a estas siete virtudes del periodista, escritas al respaldo del carnet de la empresa. Después de trabajar veinte años en *El Espectador*, había entendido que lo prioritario era la objetividad, «es decir, el ejercicio independiente del periodismo sin escuchar o atender insinuaciones que puedan desviar la verdad de los hechos»⁵.

Un año después, la revista *Semana* tituló con entusiasmo «La censura quedó atrás» un informe sobre la entrevista que tuvieron cuatro periodistas liberales con el presidente Gustavo Rojas Pinilla⁶ para manifestarle las inquietudes del sector con las medidas de censura y para solicitar la revocatoria de suspensión temporal de *El Siglo*. Por *El Espectador* asistieron Guillermo Cano y Eduardo Zalamea Borda y por *El Tiempo*, Roberto García-Peña y el gerente Abdón Espinosa Valderrama. En dicha reunión, el jefe de la Oficina de Información y Propaganda del Estado Jorge Luis Arango anunció que levantaría las sanciones al diario laureanista y que convocaría a una asamblea de periodistas para moderar la censura.

En noviembre de 1953 se celebró el Primer Congreso Nacional de la Prensa con una nutrida participación de ciento cincuenta periodistas. Lo presidió

³ *Semana*, 16 de noviembre de 1953, 25.

⁴ Llamada así en recuerdo de la columna que tuvo su papá Guillermo Forero Franco en un periódico limeño, y este a su vez le había rendido homenaje a don Fidel Cano, que llamó así la suya en los inicios de *El Espectador*.

⁵ Mike Forero Nougues, «La vida por... ¡una noticia!», *Sermones laicos*, *El Espectador*, 23 de septiembre de 1986, 3A.

⁶ «La censura quedó atrás», *Semana*, 12 de octubre de 1953, 24-25.

García-Peña y en representación de *El Espectador* fueron Guillermo Cano –quien ya empezaba a perfilarse como un líder gremial–, Luis Gabriel Cano, Eduardo Zalamea Borda, Darío Bautista, José Mar, Gonzalo González y Luis Eduardo Nieto Caballero. En ese escenario, periodistas conservadores y liberales de distintas facciones dialogaron civilizadamente. El Jefe Supremo hizo la graciosa concesión de levantar la censura por una semana y algunos delegados hasta le llevaron una serenata a su casa en agradecimiento. De ese congreso, que refrendó el artículo 42 de la Constitución (según el cual la prensa era libre en tiempo de paz, pero responsable con arreglo a las leyes), salieron una declaración sobre libertad de prensa y un código moral del periodista que se quedaron en los titulares.

LAS COMADREJAS DEL RÉGIMEN

Lejos de cumplir la promesa que hizo, el Gobierno de Rojas Pinilla arreció la censura con la prensa de oposición. La llamada «luna de miel» que tuvieron los diaristas con el régimen militar se empezó a amargar con la matanza de los estudiantes, ocurrida en junio de 1954, casi en sintonía con la inauguración de la televisión, excepcional distracción. Con su estilo impresionista rememoró Germán Pinzón los hechos en una carta que le mandó a Guillermo Cano:

En esa honrosa mañana llena de balas y gases para los estudiantes en que cogieron preso a tu hermano Fidel, y marchamos hasta unos calabozos de la Alcaldía, con don Gabriel Cano adelante, resuelto a ahorrarle el trabajo al gobierno, llevándole de una vez toda su familia para que la metiera a la cárcel, don Gabriel de primero, naturalmente; los que no habían visto a la Dignidad, cuando la vieron se espantaron.⁷

Para contrarrestar la censura económica que venía aplicando el régimen, Guillermo Cano propuso crear un Fondo Pro Libertad de Prensa. Paradójicamente, las multas ilegales y los impuestos imposibles de pagar obligaron al cierre de *El Espectador*. Su reemplazo, *El Independiente*, fue suspendido tras cumplir su primer mes. Así continuó su azarosa resistencia hasta que cayó la dictadura, el 10 de mayo de 1957, cuando una multitud se paró frente al edificio Monserrate reclamando a los Cano y sacó en andas a don Gabriel mientras sus hijos contemplaban la escena.

7 Germán Pinzón, «La valentía de la verdad», *Magazín Dominical*, 21 de marzo de 1982, 3.

Pero a finales de ese mes, el edificio Monserrate volvió a ser impactado por explosivos, en hechos que se repitieron con bárbara tozudez ahora en la sede de *El Independiente*. Esta vez, además de dañar la fachada y las instalaciones, hubo una afectación simbólica: cayeron, unas encima de otras, las letras de *El Espectador* que rodeaban la curva del edificio. La proa del «barco de papel».

Restablecida la democracia, en uno de sus textos cumbres Guillermo Cano declaró haber pertenecido como ciudadano a la generación del «estado de sitio» y como periodista a la del «periodismo sitiado»⁸. Fueron ocho años de censura de prensa que privaron a los lectores de información completa, pero que también los entrenaron para leer entre líneas las frases de doble sentido, habilidad estilística que desarrollaron los periodistas para burlar a los censores, llamados «comadreja» por el cronista Pinzón.

El editorial del 15 de mayo de 1957 le dio la bienvenida a Carlos J. Villar Borda, a quien le cancelaron su patente de corresponsal por reportar la masacre de la plaza de toros en un despacho de la United Press International. Tuvo que expatriarse en Venezuela y regresó al país cuando la Junta Militar lo eximió de culpas.

Recién restaurada la democracia, *El Independiente* retomó el capital acumulado de su independencia y adoptó el lema llerista de «Información, información, información: el país necesita más información sobre todas las cosas». Salió, por ejemplo, una entrevista que Plinio Apuleyo Mendoza le hizo en Caracas al expresidente argentino Juan Domingo Perón, que Rojas Pinilla impidió publicar un mes atrás.

El 3 de junio de 1957, Germán Pinzón publicó un reportaje titulado «Una visita al “pueblo prohibido” de Cunday» a partir del relato de Hernando Garavito Muñoz, abogado defensor de los presos políticos. En esa población tolimense, la dictadura abrió en 1954 un campo de concentración en el cual logró infiltrarse el abogado y relató las condiciones infrahumanas en que vivían hombres, mujeres y niños. En su mayoría eran campesinos, que llegaron engañados en busca de trabajo y les dieron tratamiento de guerrilleros. Una realidad estremecedora y desconocida para la opinión pública. Y un reportaje que trajo a la memoria el de García Márquez, que sí pudo divulgarse, en mayo de 1955, sobre los tres mil niños desplazados de Villarrica (Tolima), que enviaron a instituciones de beneficencia.

⁸ «El “periodismo sitiado”», *El Espectador*, 30 de mayo de 1958.

En *El Independiente* también publicó Pinzón un reportaje con el guerrillero liberal Juan de la Cruz Varela, titulado «Ternera a la guerrillera en Sumapaz» a mediados de 1957. Varela, al mando de cuatro mil hombres, recibió una comitiva oficial presidida por el gobernador de Cundinamarca, Carlos Holguín, para hablar de paz después del 10 de mayo. Al reportero le asombró ese «hombrecillo pequeño, suave y paternal» que tuvo en jaque a las Fuerzas Armadas.

En julio de 1957, durante el Tercer Congreso de Prensa que pidió abolir todas las restricciones a la libertad de prensa, Guillermo Cano quedó elegido en la Comisión Nacional de Prensa. Por su parte, desde el inicio del gobierno de Alberto Lleras Camargo, *El Espectador* siguió maniobrando para mantener el balance informativo en medio de las milimétricas alianzas políticas del Frente Nacional y del estado de sitio. Y es que el artículo 42 de la Constitución acompañó a Guillermo Cano en todo su ejercicio periodístico porque nunca hubo paz en Colombia. A los presidentes del Frente Nacional cercanos al periódico como los Lleras, *El Espectador* los apoyó con lealtad y entusiasmo, y más a Lleras Camargo, exdirector de *El Independiente*.

OTROS «FRENTE» DE TENSIÓN

Con el Gobierno de Lleras Restrepo hubo una fricción, más que por la militarización de la Universidad, por la expulsión de Marta Traba ordenada por el jefe del DAS, el general Luis Etilio Leyva. Por cierto, entre los firmantes de la carta enviada al presidente para que revocara el decreto de expulsión de la directora de Extensión Cultural figuraban varios colaboradores del periódico: Gabriel García Márquez, Eduardo Caballero Calderón, Alfonso Palacio Rudas y Fabio Lozano Simonelli. En su «Columna libre», Hernando Giraldo se manifestó en contra de la medida «desproporcionada e inelegante», aunque no compartía el «proselitismo castrista» de Traba. *El Espectador* editorializó con una defensa vigorosa de la crítica argentina y desmontó las motivaciones de la resolución del DAS, considerando que si bien era una «personalidad controvertida, casi tanto como sus tesis políticas o sus dogmas artísticos», merecía consideración especial por el valioso aporte que le había hecho al país de acogida. Ante todo, el periódico defendía su libertad de expresión como intelectual, así fuera extranjera.

Según recuerda Óscar Alarcón, la crítica de arte y cofundadora del Museo de Arte Moderno de Bogotá

[...] hizo algunos comentarios sobre la situación social del país que no fueron del agrado del primer mandatario. Él, que era como un Renault 4,

chiquito y echao pa'lante, anunció que la expulsaba de Colombia. Ella era muy querida por el mundo intelectual de la época. Y todos a una protestaron por la determinación de Lleras.⁹

Hubo otros dos roces del periódico con el presidente Lleras Restrepo. El primero, cuando el mandatario sugirió una evasión de impuestos de *El Espectador* a la luz de un decreto expedido en 1967. El diario, que ya había saldado un episodio parecido en el régimen de Rojas Pinilla –con multas que obligaron a don Gabriel a cerrar el periódico (como dan fe los editoriales «El tesoro del pirata» y «La isla del tesoro»)–, sacó un editorial de protesta ante lo que calificó de «propaganda negativa a *El Espectador*» del presidente Carlos Lleras Restrepo. El segundo fue a raíz de la campaña «La gran vergüenza», que adelantó *El Espectador* por el deplorable estado de la vía del aeropuerto Eldorado, puerta de entrada de la capital, en víspera de la visita del papa Pablo VI. Como dijo Guillermo Cano en su «Posdata a la autobiografía de un periódico», la campaña creó discrepancias cordiales con el presidente Lleras Restrepo, quien, en una alocución televisada de septiembre de 1967, dijo que apenas era una «minivergüenza».

La pieza editorial que marcó la distancia entre *El Espectador* y el Gobierno de Misael Pastrana Borrero, último del Frente Nacional, fue «El presidente y la prensa», de agosto de 1971. En ella se le recordó al mandatario que este periódico había sido el único que se la jugó con su Gobierno desde que sugirió su candidatura presidencial, pero que tampoco tenía vocación de áulico incondicional.

También se presentó una molesta injerencia del brigadier general Luis Carlos Camacho Leyva, comandante de la Brigada de Instituciones Militares, en la línea editorial del diario. Según el editorial del 11 de octubre de 1971, el alto militar envió una carta de protesta desobligante y «en mal lenguaje castrense» por un escrito de Pangloss sobre un fallo de un Consejo de Guerra, en relación con el juzgamiento de civiles por la justicia penal militar. En dicha carta vinculó irresponsablemente a los periodistas con la subversión.

Las relaciones del periódico con el Gobierno de López Michelsen sí fueron sostenidamente hostiles, más cuando este impulsó y aprobó el Estatuto del Periodista. Y hubo manifestaciones de censura de parte de funcionarios como el ministro de Justicia Alberto Santofimio Botero, quien declaró «muy orondo como Rinrín renacuajo» que Jaime Soto, director de un programa de televisión, maltrataba el castellano: «No sabía que ese señor [Jaime Soto]

⁹ Óscar Alarcón, *El Espectador*, 3 de agosto de 2021.

aún estuviera usufructuando un canal en la televisión oficial». Subrayó el editorialista cómo Santofimio, de ministro de Justicia, pasó a ser censor de los comentaristas de televisión, función que desde luego no le competía¹⁰.

Al año siguiente, el editorial fue un grito indignado de protesta desde el título: «¿Por qué no, de una vez, la censura a la prensa?», que arrancó así:

En poco más de un mes el presidente de la República, doctor Alfonso López Michelsen, con el coro amplificado de su ministro de Gobierno, Rafael Pardo Buelvas, ha hecho objeto a la prensa escrita del país –sin excepciones– de airadas críticas y censuras dentro de las cuales están implícitas serias y muy graves amenazas a la libertad.

No ha habido, en las últimas semanas, un solo discurso del señor presidente, en que este no dedique gran parte de su verba a sindicar a los periódicos y a los periodistas de calumniadores, de falseadores de la verdad, de enriquecerse a costa del costo de la vida, de hacer utilidades criticando al Gobierno para aumentar lectores, de entrar a saco en la vida privada de las personas, de ser los responsables de la escasez y de la carestía y, en fin, de ser reos convictos de todos los males presentes y de aquellos que puedan ocurrir en el futuro.¹¹

Curiosamente, recalcó el editorialista, esa andanada oficial estaba dirigida a la prensa escrita, y quedaban excluidas las grandes cadenas radiales (como Caracol, de la que el mandatario era accionista). Por ello se preguntó por qué de una vez el Ejecutivo no apelaba a los instrumentos legales del estado de sitio para implantar la censura en periódicos incómodos como *El Espectador*.

Pese a la defensa ardiente que siempre hizo la Cacica de su compadre del Festival Vallenato, nunca se le quemó incienso a López Michelsen desde la sección editorial. Klim, víctima de la censura en *El Tiempo* por denunciar el escándalo de la familia presidencial con la carretera de la hacienda La Libertad, retornó en 1977 a su casa original, *El Espectador*. Con su sabia labia resumió lo que significó ese periodo presidencial para los medios independientes: «Durante la época melancólica del Mandato Claro hubo libertad de prensa... Libertad de prensa para todo, sí, menos para investigar y debatir públicamente los negocios y la conducta del presidente y su familia»¹².

¹⁰ «El soberbio censor», *El Espectador*, 13 de junio de 1975, 2A.

¹¹ «¿Por qué no, de una vez, la censura a la prensa?», *El Espectador*, 28 de marzo de 1977, 2A.

¹² Ponencia de Klim sobre el Gobierno y la opinión. *El Espectador*, 13 de octubre de 1978, 1A-8A.

Como se colige, al concluir el Frente Nacional, la censura ya no provino tanto del Estado sino de otros poderes económicos en la legalidad y en la ilegalidad.

ENTRE DOS MALES

Se vio en el capítulo «El sabueso judicial» que el Decreto 1923 del 6 de septiembre de 1978, conocido como Estatuto de Seguridad, contemplaba trece severas restricciones a la libertad de información. Unos meses después, Luis Carlos Galán, Enrique Santos Calderón, María Isabel García y Cristóbal González publicaron un informe sobre los delitos de opinión y la censura de los medios de comunicación en el *Magazín Dominical* del 15 de abril de 1979. Allí recordaron que el estamento militar se le quejó al expresidente Alfonso López Michelsen por supuestas campañas de prensa contra las Fuerzas Armadas, exhortándolo a la censura de prensa.

En el informe reportaron las sanciones y multas a emisoras de radio y espacios de televisión, al igual que la detención arbitraria de tres colegas justo cuando el presidente Turbay Ayala había invitado a Palacio a celebrar el Día del Periodista. En cuanto a la prensa escrita, los autores del informe dijeron que no estaba cobijada por el Estatuto de Seguridad, pero la prensa de oposición, considerada subversiva *per se*, fue objeto de hostigamiento, como ocurrió con el semanario *Voz Proletaria* y la revista *Alternativa*. Al director de esta última, Enrique Santos Calderón, le pusieron una bomba en su casa. Concluyeron que el Estatuto del Periodista se quedó en letra muerta frente al Estatuto de Seguridad porque para las autoridades esa tarjeta profesional no valía nada.

Como se vio, Gabriel García Márquez, fundador de *Alternativa* y escritor habitual, terminó exiliándose en México, en marzo de 1981, debido al acoso de la justicia militar. Antes de partir, dijo: «Volveré cuando se pruebe que contra mí no había nada».

En este ambiente de censura, Osuna rechazó en 1979 el reconocimiento a la Vida y Obra del Premio de Periodismo Simón Bolívar –cuya ceremonia preside el presidente– en un gesto de protesta por la politización del premio –que había desconocido el trabajo de otros compañeros del periódico–, además de ser un crítico pertinaz del Estatuto de Seguridad, por lo que declaró en entrevista con Yamid Amat que «los periodistas no pueden estar recibiendo calificación oficial». Eso sí, pidió que el monto económico del premio fuera destinado a alguna institución benéfica. Con su talante provocador, en esos días de julio publicó dos caricaturas: una titulada «El diario

de oposición», en la que aparecen cuatro directores de periódicos galardonados, pero está vacía la silla de don Gabriel Cano, a quien le escamotearon el premio en los últimos años. En la otra, «Caballitos de batalla», dos caballos –uno de ellos premiado– sostienen este mordiente diálogo mientras los observa un soldado:

–Le dieron premio a ese joven que nos pinta.

–... Yo con ganas de conocerlo... ¡Y nada que lo traen aquí!

Por denunciar sin tregua esos ataques a los derechos humanos perpetrados con patente de corso, *El Espectador* fue atacado por el estamento y la prensa oficial. Hernando Santos, el otrora amigo de Guillermo Cano –con quien navegó, asistió a corridas de toros, compartió vacaciones en familia y con sus respectivas esposas aparecieron bailando gogó en una portada de *Cromos* en 1967–, tachó a *El Espectador* de ser «brazo desarmado de la subversión». Así resume Fernando Cano ese proceso de distanciamiento:

Para mi papá fue muy duro porque era muy amigo de sus pocos amigos. Pero la responsabilidad como director del periódico y su compromiso con los lectores era más importante. Cuando comprendió que quienes se habían apoderado del Partido Liberal se olvidaron de sus principios y de su filosofía de servicio a la ciudadanía, no tuvo problema en distanciarse. Aunque ya había tenido diferencias con *El Tiempo* porque condenó en notas editoriales a *El Espectador* por recibir publicidad política en la campaña Pastrana-Rojas, las mayores desavenencias se presentaron durante el gobierno de Turbay Ayala, cuando *El Tiempo* apoyaba candentemente cualquier acto de ese gobierno y él condenaba las violaciones a los derechos humanos, el clientelismo y la corrupción. Las reuniones, paseos y llamadas se acabaron y fueron pocas las veces en que se volvieron a ver.¹³

Bajo la misma marquesina del Gobierno de Turbay Ayala, protector del banquero Jaime Michelsen, comenzó la lucha más desigual y solitaria de *El Espectador* contra el Grupo Grancolombiano, que terminó estrangulando las finanzas del periódico. Por esa pelea de toche con guayaba madura (Águila en este caso) fue significativo el homenaje que le hizo el Nuevo Liberalismo a Guillermo Cano en Medellín, el 27 de agosto de 1982, presidido por Iván Marulanda, jefe del movimiento en Antioquia.

¹³ Comunicación personal, 2 de mayo de 2025.

Guillermo Cano se manifestó en contra de esa forma de censura económica que en el gobierno de Turbay Ayala se conoció como la «tenaza económica»: «No vendemos, no hipotecamos, no cedemos nuestra conciencia ni nuestra dignidad a cambio de un puñado de billetes. Eso no está dentro de nuestros presupuestos», escribió en la «Libreta de apuntes» del 4 de abril de 1982. Respaldada por la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) y la Federación Nacional de Comerciales (Fenalco), la medida buscaba que la publicidad destinada a los medios «propendiera por la defensa de la libre empresa y las ideas democráticas».

El director, entonces, prefirió perder los anuncios antes que la credibilidad del diario, como tituló una remarcable «Libreta de apuntes»¹⁴. Allí mencionó la tenaza económica que le aplicaron los detractores, «con todo el poder casi omnímodo de dinero de que disponían –dinero por lo demás ajeno y sagrado–, para tratar de obligarnos a que calláramos lo que sabíamos». Mencionó cómo los implicados montaron un aparato publicitario para decirles a los colombianos que *El Espectador* había perdido toda su credibilidad. Pero se equivocaron, dijo, «porque la credibilidad de *El Espectador*, antes que disminuir fue creciendo en audiencia, como en el poema eterno de Jorge Zalamea».

El verbo ‘callar’ también lo conjugó Guillermo Cano al comienzo de la investigación, en el editorial del 16 de mayo de 1982, titulado «Que los periódicos callen...». Allí afirmó:

El Tiempo pidió en su editorial que las investigaciones contra el Grupo Grancolombiano «se saquen de las páginas de los periódicos». Esa solicitud de *El Tiempo* va dirigida, obviamente, a *El Espectador*, porque ellos saben que la delictuosa operación de los Fondos Bolivariano y Grancolombiano nunca ha estado realmente en la mayoría de la prensa. Saben que la radio, la televisión e importantes periódicos están participando, con la boca llena, en la conjura del silencio encabezada por «El Grupo» para ponerse a salvo con el botín.

La columnista María Jimena Duzán adhirió a esta postura editorial hablando de la «grancolombianización de los medios» a comienzos de 1982.

En el editorial del 25 de mayo de 1983, titulado «*El Espectador* y Michelsen», Guillermo Cano retomó el tema y advirtió que el banquero, alertado por sus

14 «La credibilidad de un periódico», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 17 de julio de 1983.

informantes de que la Comisión Nacional de Valores les impondría una cuantiosa multa a sus fondos, quiso ganar de mano al primer mandatario. «Jaime Michelsen Uribe convocó a los medios de comunicación que domina (y los cuales en tres años han eludido el tema) para dar unas declaraciones cuyo cinismo y premeditación dejaron atónitos al país». Y ante la insinuación de que la multa que le impusieron había sido influida por el odio de *El Espectador*, el director aclaró que en la campaña para informar sobre los actos dolosos del Grupo «no hubo odio sino sed de justicia». «Indignación patriótica», «dolor y pena porque nunca en la historia del periodismo colombiano un hombre había manipulado en tal forma a los medios de comunicación para impedir que la opinión pública se enterara de sus delitos». Y finalizó con este clamor:

Nuestros lectores saben cómo, en su propósito de acallar nuestra voz, el Grupo Grancolombiano apeló a los medios más innobles, a los medios más indeseables, entre ellos, cortar el crédito en sus bancos a las personas que anunciaran en *El Espectador*; negar prórrogas de sus obligaciones a las personas que asistieron al homenaje de respaldo que se nos brindó en Medellín; ordenar a todas las compañías dominadas, próxima o remotamente por ellos, que retiraran sus anuncios de nuestro periódico; publicar anuncios pagados en todos los medios de comunicación para tratar de afectar nuestra circulación, y poner en tela de juicio nuestra honestidad y nuestra credibilidad.

Ante la censura económica aplicada por el Águila protestaron el Círculo de Periodistas de Bogotá y la ministra de Comunicaciones Noemí Sanín Posada, que en diciembre de 1985 le envió una carta al presidente de la ANDI Fabio Echeverri Correa, advirtiéndole sobre los peligros de la coacción económica para la libertad de prensa.

Por su parte, el periodista Daniel Samper Pizano afirmó que existía «un complot gremial para bloquear por hambre publicitaria a algunos medios de prensa». Fue de las pocas voces solidarias en *El Tiempo* porque mientras *El Espectador* dejaba sus restos en las prensas, el diario de los Santos se ofreció para limpiar la imagen de Jaime Michelsen. En un reportaje, el banquero contó que Lucio Duzán fue quien manejó la publicidad del Banco de Colombia y del Grupo Grancolombiano y que lo estimaba mucho¹⁵. Menos mal a Duzán no le tocó vivir este escándalo.

¹⁵ Jaime Michelsen Uribe, «Yo soy chivo expiatorio, profesional y sin título», *El Tiempo*, 18 de julio 1984, 7.

Por convertir su «Libreta de apuntes» en un tribunal de ética donde se juzgaba la inmoralidad de los poderosos, *El Espectador* fue señalado por *El Tiempo* y el estamento oficial de «Diario de la oposición». Peor aún, el exministro de Justicia Hugo Escobar Sierra le dijo en una carta de 1980 a Guillermo Cano que su diario se había convertido en «vocero de la subversión». Varios medios lo acusaron de adelantar una «campana de martirologio».

BATALLAS ENCONADAS

Contra la prensa sensacionalista

Con el mismo ardor que pregonó las siete virtudes capitales antes vistas, Guillermo Cano sancionó el pecado capital de la prensa: el sensacionalismo. Periodismo «pornográfico», como también lo calificó Gabriel Cano.

Lejos estaban los tiempos en que el poeta Porfirio Barba Jacob, en una breve temporada como jefe de redacción del periódico, se inventó a un fantasma que puso a circular por los barrios de Bogotá. Ese folletín sensacional elevó las ventas del periódico hasta que llegó don Luis Cano a poner orden en la casa, tras amonestar a su hermano Gabriel, cómplice del travieso y amarillista bardo. Como diría Felipe González Toledo, esta historia no hizo cama en la memoria de Guillermo Cano, quien dio línea a sus colegas del país y del exterior para el manejo de la crónica de sucesos.

Recién cumplidos los ochenta años, *El Espectador* anunció el 11 de mayo de 1967 que limitaría y expurgaría la crónica roja para contrarrestar esa tendencia sensacionalista. La decisión, cuyo propósito era presentar las noticias judiciales sin detalles escabrosos e innecesarios, recibió un alud de mensajes aprobatorios. El mes siguiente se reunieron en Barranquilla los directores de diarios de todo el país y firmaron un pacto para dar el mismo tratamiento ético a la información judicial. «Después de deliberar por dos días, por unanimidad, suscribimos el llamado Pacto de Barranquilla, que está vigente, y al cual se ha ceñido estrechamente durante estos diez años *El Espectador*», escribió don Guillermo en su «Posdata a la autobiografía de un periódico»¹⁶.

El presidente Carlos Lleras Restrepo envió un mensaje de adhesión a la Asociación de Diarios Colombianos reunida en Barranquilla y aplaudió la fórmula de autorregulación para desestimular la publicidad de hechos delictivos. Instaló la reunión el brigadier general Camacho Leyva (futuro y temido ministro de Defensa de Turbay Ayala), quien aplaudió el hecho de que se

¹⁶ Cano Villegas, *Apuntes de un espectador*, 449.

frenara la propaganda periodística que convertía al delincuente en «un héroe siniestro».

En su editorial, *El Espectador* celebró la Declaración de Barranquilla:

[...] para retornar todos a una presentación escueta de las noticias, que preserve el derecho de los ciudadanos a estar adecuadamente informados, pero cuide también de que no se ofrezcan pormenores reñidos con el buen gusto o con superiores intereses de la comunidad.

Valga conectar este pacto con el escándalo que protagonizó el periodista mexicano Mario Renato Menéndez, director del semanario sensacionalista *Sucesos para Todos*. Después de seguir el caso del periodista reportado como desaparecido por su Gobierno, en marzo de 1967, los medios se llevaron la sorpresa de que había participado en un «autosequestro» del ELN para entrevistar a los cabecillas de esta guerrilla, los Vásquez Castaño, con quienes posó sonriente en las fotos.

Otra coincidencia es que García Márquez trabajó como asesor técnico en este exitoso semanario a comienzos de los sesenta, cuando se radicó en Ciudad de México, aunque nunca firmó artículos. En una de las cartas que le envió a su amigo Concho¹⁷, le ofreció la exclusiva en Colombia de estas crónicas y del material fotográfico. Contó también que le pidió a Menéndez Rodríguez una entrevista sobre su aventura para *El Espectador*, periódico con el que el mexicano estaba muy agradecido por el editorial de apoyo que publicó sobre su caso.

En efecto, al reaparecer el periodista mexicano, después de veintiocho días de haber salido del Hotel Tequendama donde dejó parte de su equipaje, *El Espectador* editorializó con tono condescendiente. Planteó que la actividad del periodista mexicano podía prestarse a múltiples interpretaciones por entrevistar a líderes alzados en armas en los países latinoamericanos, pero cuestionó la imaginación desbordada de los medios que le atribuyeron al azteca hasta la participación en un asalto terrorista. Según el editorialista, Menéndez no era más que «un periodista profesional, valeroso y sin duda arriesgado hasta extremos muy notorios»¹⁸. Contrastó este editorial (posiblemente consensuado con García Márquez) con posiciones de columnistas como Lucio Duzán, quien cuestionó al mexicano por confundir a Colombia con dictaduras como la de Duvalier en Haití y Somoza en Nicaragua. Y con-

¹⁷ Colección Guillermo Cano, Harry Ransom Center, Universidad de Texas.

¹⁸ «Periodismo legítimo», *El Espectador*, 27 de marzo de 1967, 2A.

trastó, por supuesto, con el seguimiento hecho por los periodistas judiciales Luis de Castro y Hernán Unas, quienes allegaron pruebas comprometedoras sobre la presencia del mexicano en el asalto del tren pagador del Magdalena Medio.

Muchos años después, el cuestionado personaje reapareció en *El Espectador*. «Mario Menéndez, un periodista con “mala espalda”» fue el titular de la nota de Hernán Unas, del 11 de abril de 1980. Aludió a la entrevista que le hizo Menéndez Rodríguez al asesinado obispo de El Salvador, monseñor Óscar Romero, para un diario de Managua, que *El Espectador* reprodujo en la edición del domingo. Unas resaltó que lo más curioso de la actividad periodística del mexicano era que los protagonistas de sus crónicas terminaban casi siempre de forma trágica. Recapituló las aventuras de Menéndez Rodríguez con el ELN en Colombia, trece años atrás, cuando se volvió periodista *non grato*. Pero la información que dio a la inteligencia militar fue muy útil para desarticular las redes urbanas del grupo insurrecto. Recordó Unas que el mexicano le manifestó, cuando iban en el mismo ascensor a las dependencias del DAS donde lo pondrían preso: «A mí me acusan de todo, hasta de ser agente de la CIA».

En 1975, cuando el sumo pontífice se pronunció en contra del material degradante en la prensa y pidió mayor responsabilidad a los periodistas, *El Espectador* lideró otra campaña para frenar el amarillismo y realizó la cuarta encuesta entre los lectores sobre su interés por la prensa sensacionalista. Recogió voces a favor y en contra, como la de la directora del tabloide sensacionalista *El Bogotano* Consuelo Salgar de Montejó, quien tildó de hipócritas y puritanos a los críticos de este tipo de periodismo.

También ese año, don Guillermo Cano participó en el coloquio «La prensa entre las Américas», celebrado en la Universidad de Maryland en Washington sobre el que escribió un extenso reporte¹⁹. El tema crucial fue el derecho a saber frente al derecho a la privacidad, que dividió a los periodistas norteamericanos y a los latinoamericanos. Los primeros no concebían ninguna limitación, mientras los segundos creían que había ciertas barreras de la privacidad que no deberían traspasarse. Pero estuvieron de acuerdo en que solo la prensa podía decidir esos límites, no los Gobiernos ni otros poderes. Sobre ese mandato de contar toda la verdad, escribió don Guillermo:

Cuando los medios de comunicación usan, o, mejor dicho, abusan del derecho a divulgar la verdad, penetrando como chacales en la vida

¹⁹ «El periodismo frente a la vida privada», *El Espectador*, 15 de junio de 1975, 10A.

privada de las personas, sobre todo del común de las gentes –porque hay ciertas diferencias entre el hombre de la calle y el hombre público que hacen a este último más vulnerable en el escrutinio de sus actos públicos y privados– ¿no se estarán colocando en una situación peligrosa? Por eso me pregunto si cuando la prensa destruye deliberada e irresponsablemente la privacidad de las personas, ¿no estará creando ella misma un clima, un ambiente favorable entre la opinión pública, entre los legisladores, entre los gobernantes, para que se restrinja la libertad de prensa?

El 14 de mayo de 1975, el jurista Alfonso Reyes Echandía²⁰ habló en su columna sobre prensa amarilla y criminalidad bajo la tesis de que podía ser utilizada para magnificar el mundo del delito. Señaló cómo el despliegue fotográfico de esa prensa sensacionalista «halaga la vanidad del criminal e incita, por ley de imitación y contagio social, a delincuentes potenciales hacia el camino del crimen». Recordó, como el director, que «quienes alimentan esa basura periodística, olvidaron en mala hora la famosa Declaración de Barranquilla. Por fortuna, *El Espectador* ha querido, en loable campaña, volver por los fueros de la buena prensa y rescatar la imagen del periodismo auténtico».

Tiempo después, don Guillermo sancionó el cubrimiento dado por los medios al terremoto de Popayán del Jueves Santo de 1983:

[...] por el espectáculo deprimente y hasta repugnante de unas «guerras de guerrillas» verbales por la radio, de una competencia desmedida, sin prudencia ni respeto, por convertirse en «los dueños del terremoto», en los más audaces e imaginativos acaparadores de la solidaridad, en los más expresivos amplificadores del dolor nacional.

Concluyó, indignado, que la mayoría de los medios se adueñó de la catástrofe y la convirtió en un circo²¹.

Contra los secuestros

Otra deriva del sensacionalismo sobre la que editorializó el director fue el tratamiento que debería dar la prensa a los secuestros, una discusión tan cíclica como las sucesivas olas de secuestros en Colombia. En la «Libreta de apuntes» del 20 de marzo de 1983, titulada «La prensa escrita y los secuestros», planteó

²⁰ Magistrado que murió diez años después, en la toma del Palacio de Justicia.

²¹ «Los dueños del terremoto», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 10 de abril de 1983, 2A.

unas pautas de acuerdo para no publicar ninguna noticia de un secuestro sin confirmar plenamente las circunstancias en que ocurrió con las autoridades o los familiares. «El apresuramiento por salir adelante con una noticia falsa o parcialmente inexacta puede tener consecuencias imprevisibles», dijo. Propuso que al menos la prensa escrita se abstuviera de dar cifras exactas que los secuestradores pedían por el rescate. Así mismo, recomendó no dar información detallada sobre los testigos del secuestro o de los informantes para no ponerlos en riesgo, ni adjetivar a las víctimas y victimarios. En últimas, la intención de la propuesta era frenar el sensacionalismo aparejado al fenómeno del secuestro. Pero se quedó en borrador.

Al año siguiente, don Guillermo se refirió a los «secuestros» de periodistas para usarlos de correos de sus mensajes a cambio de su liberación. El director se oponía a esa manipulación informativa con la consiguiente propaganda subversiva, pero varios de sus periodistas y amigos pasaron por ese trance²². El columnista Antonio Caballero contextualizó así el fenómeno tan común en la época:

Con la paz de Belisario toda una cara oscura y oculta del país, la de la guerrilla política, y más globalmente la de la política no tradicional, empezó a salir de las sombras: vimos a los guerrilleros hablando en la televisión, la radio y los periódicos.²³

A comienzos de 1982, María Jimena Duzán –recién llegada de un sabático parisino– recibió una invitación para entrevistar a los altos mandos del M-19 sobre la amnistía y las elecciones, pero ella se abstuvo de responder. Poco después, mientras esperaba un taxi para ir al diario, la secuestraron y la enviaron en un avión a Pasto; de allí la llevaron selva adentro hasta donde estaba Jaime Bateman. En los días que permaneció en el campamento con ciento ochenta combatientes, María Jimena se dedicó a entrevistar a los distintos mandos, entre campesinos, profesionales y universitarios; al gran comandante y a

²² Aunque no estaba vinculado al periódico, Germán Castro Caycedo se fue directamente para *El Espectador* a hablar con don Guillermo tan pronto fue liberado tras dos días de secuestro, en abril de 1980. En este periódico publicó el relato «36 horas de un periodista con el M-19» y el reportaje con Jaime Bateman en el que salió la propuesta de la reunión en Panamá.

²³ Antonio Caballero, «Libertad de prensa», *El Espectador*, 9 de diciembre de 1985, 2A.

un guerrillero de doce años, que cargaba un fusil más grande que él. Ni en su familia ni en el diario tuvieron noticias de ella, salvo que la tenía el M-19.

Al regreso habló con su colega Alexandra Pineda, quien vivió la misma experiencia un año atrás. En su detallado relato contó que María Jimena tenía los bluyines manchados de barro de la selva del Caquetá, donde estuvo esa larga semana, y traía una propuesta de diálogo del M-19 para la Comisión de Paz. Al tiempo que la periodista aterrizó en Bogotá, el columnista Fabio Lozano Simonelli recibió en su casa un paquete con los rollos de fotografía y los casetes como pruebas del hecho (además de las picaduras que le dejaron los mosquitos y zancudos, según contó la columnista de vuelta a su escritorio). Apenas repuesta de sustos, escribió la historia de su cautiverio en varias entregas, incluidas las entrevistas con fotografías. Y en esos mismos días volvió a ser víctima, pero esta vez del MAS, que puso un petardo en su residencia a la medianoche, con el objeto de intimidarla a ella y a su casa editorial, justo cuando comenzó a publicar la serie sobre el M-19. En «Mi hora cero» manifestó su extrañeza porque el presidente Turbay no hizo la más mínima declaración de repudio a las acciones terroristas de ese grupo narcoparamilitar, responsable de iniciar la guerra sucia.

En la «Libreta» del 14 de mayo de 1984 «Libertad y libertinaje», don Guillermo volvió sobre el tema a propósito de la carta de un lector disgustado con la propaganda excesiva que los medios le estaban dando a los movimientos subversivos. El director invitó a la autocrítica para responderle al único tribunal de ética legítimo: la opinión pública. Con motivo de la utilización que estaba haciendo la subversión «armada y desarmada» de los periodistas con comunicados, ruedas de prensa y montaje de asaltos, sentenció que «buena es la libertad, pero pésimo el libertinaje». Recordando el viejo Pacto de Barranquilla, reescribió la doctrina del periódico al respecto:

Nuestro diario ha procurado mantener en un sitio determinado de discreta notoriedad los hechos de sangre cotidianos, y solo acontecimientos de una gravedad superior nos obligan a divulgarlos con especiales características de trascendencia –el asesinato de un ministro, un delito tan atroz que se sale de todas las normas de equilibrio noticioso– recurrimos a los despliegues informativos y noticiosos y de comentarios que la misma opinión pública demanda y exige, puesto que la indignación es compartida por todos.

Reconoció, así mismo, que esa postura reñía con la llamada «chiva» en el ámbito periodístico, pero contrarrestaba la manipulación. En esa «Libreta» también dejó consignada la directriz frente a los narcotraficantes, su némesis:

A estos les hemos dado un tratamiento especial en el sentido de que hemos procurado señalarlos, ante la opinión pública, en toda la abyección de sus actos puesto que son profesionales del delito. Jamás los hemos exaltado como Robins Hoods²⁴, que gastan su pecaminosa fortuna en complacer con dádivas de beneficencia ciertas obras públicas: adquisiciones de techo para los más necesitados, iluminación de estadios y parques y otras triquiñuelas mafiosas para embrujar incautos. Nuestros lectores son testigos de que hemos luchado contra el narcotráfico sin que nos tiemble ni la voz ni la pluma, porque estamos convencidos de que la degradación moral del país mucho tiene que ver con el auge de las mafias y del comercio de los estupefacientes.

Contra el Estatuto del Periodista

El Estatuto del Periodista le produjo tanta erisipela a don Guillermo como el Estatuto de Seguridad. Por el respeto profundo que le inspiraba la profesión, Guillermo Cano fue uno de los enemigos declarados de la Ley 51 del Periodista, que sancionó el presidente López Michelsen²⁵ el 18 de diciembre de 1975. Irónicamente, su paternidad se atribuye a Hernán Gallego, periodista político de *El Espectador*. Entre el equipo editorial hubo varios detractores, como Pangloss, quien dedicó varias columnas al tema. Gallego le respondió con una carta de tono airado, en nombre de la Asociación Colombiana de Periodistas, en la que lamentaba que sabios como él no entendieran las ventajas de la profesionalización.

El expresidente Carlos Lleras Restrepo, en el discurso que dio en el Círculo de Periodistas de Bogotá en noviembre de 1975, rechazó la aprobación del Estatuto de Prensa y toda reglamentación que impidiera la libre expresión. Dijo que él mismo, que había sido reportero y director de periódicos y revistas, no llenaba los requisitos para ser acreditado.

En la «Libreta de apuntes» del 8 de diciembre de 1985, titulada «El eserpento sigue vivo», don Guillermo reveló que se estaba trabajando

[...] muy activa pero sigilosamente, como si sus promotores le temieran al debate público, en el eserpento de un nuevo Estatuto de Prensa que

²⁴ En alusión a la portada que le dio la revista *Semana* a Pablo Escobar, el Robin Hood colombiano, en mayo de 1983.

²⁵ Se dice que este estatuto fue la venganza de Felipe López, secretario de la presidencia, por el escándalo que montó la prensa con la hacienda La Libertad de la familia López Caballero.

sustituiría al actualmente vigente desde los tiempos de López Michelsen cuando, para desgracia de la profesión, se institucionalizó y legalizó la famosa tarjeta del periodista profesional que hoy es el *hazmerreír* de todo el mundo.

Esta postura del director la refutó el presidente de Fedeprensa, Juan Castillo Muñoz, en una extensa carta publicada en el diario.

Contra los medios oficiales

«El noticiero oficial» se tituló el editorial del 29 de octubre de 1976 de *El Espectador*, que retomó los argumentos irrefutables del jurista Fernando Hinestrosa, representante del Gobierno en Inravisión, contra el proyecto de noticiero televisado oficial. Se recordó el nefasto *Diario Oficial* durante la dictadura, que dejó de promulgar leyes y decretos para hacer propaganda estatal. «La presencia diaria del Gobierno en la difusión de las noticias a través de un medio del colosal alcance de la televisión, se nos ocurre nociva», sin descontar la millonada que costaría el noticiero a los contribuyentes. Y sentenció: «La “institucionalización” de un espacio noticioso no es sino burocratización de un oficio tan delicado y tan noble como lo es el de informar bien, y tergiversación del sentido liberal y democrático de la función periodística».

El 13 de abril de 1977, el editorial «Prensa y democracia» trajo a colación los temas tratados en el congreso de la Asociación de Diarios Colombianos celebrado en Cartagena. Con base en el discurso de Otto Morales Benítez, presidente de la entidad, *El Espectador* cuestionó al Gobierno de López Michelsen por ponerles competencia a los medios de comunicación con periódicos, teleperiódicos y radioperiódicos oficiales porque «no se concibe la prensa escrita por empleados públicos».

Pero esta propaganda estatal no fue invención de Rojas Pinilla, sino de Laureano Gómez en *El Siglo*. Así lo recordó *El Espectador* en una nota editorial del 23 de septiembre de 1977 con la llamada Operación K, que consistió en editar una serie de costosas separatas, financiadas con avisos oficiales. La alusión se debió a una separata similar que publicó el diario *El Pueblo* de Cali, para celebrar el primer año de gobierno de Carlos Holguín Sardi. A la nota replicó Álvaro Gómez Hurtado en *El Siglo* con un violento editorial.

En *El Espectador* salió publicada la ponencia que dio Klim en un congreso de abogados javerianos celebrado en Cali, con el balance del Mandato Claro

en términos de libertad de expresión²⁶. En ella señaló que la televisión era el medio donde estaba más recortada porque el Estado se reservaba el derecho de adjudicar los canales a sus simpatizantes, de tal manera que la crítica se veía desplazada por la adulación de los interesados en ganar la siguiente licitación. «Hoy en día, por esta circunstancia, la mayoría de los noticieros son tan solo sumisas estaciones repetidoras del telenoticiero oficial», dijo Klim.

Esta maquinaria de autopropaganda que combatió *El Espectador* continuó en el gobierno de Turbay Ayala. En la «Libreta» titulada «Noticiero Oficial Militar en TV»²⁷, el director dijo que «con excepción de *El Espectador*, ninguno de los otros diarios de Bogotá ni sus comentaristas mencionaron la propuesta del Gobierno Turbay Ayala de crear un noticiero militar de televisión, como se informó en la *Revista del Ejército*». Y recordó que, en el gobierno de López Michelsen, «también con benévolo silencio de los colegas», se creó el Noticiero Oficial de Televisión.

Por lo anterior, urgía un Estatuto de Televisión, como sostuvo María Teresa Herrán en su columna «Ocurrencias», de julio de 1983. Aunque el Gobierno de Belisario Betancur trataba de frenar la adjudicación de noticieros por cuotas políticas, había muchos vacíos en el sistema de licitación pública, como la falta de canales regionales, lo que ahondaba el centralismo.

LA LIBERTAD EMPIEZA POR CASA

En esta defensa de la libertad de prensa, una de las más sintonizadas con el director fue María Teresa Herrán, abogada, experta en derecho a la información y vocera de las agremiaciones periodísticas. Desde su tribuna «Ocurrencias» abordó críticamente el periodismo colombiano y recogió en congresos nacionales e internacionales temas de debate tendientes a mejorar la calidad informativa.

En una de las entregas de su serie «La sociedad de la mentira», Herrán rectificó las afirmaciones del ministro de Defensa, general Miguel Vega Uribe, ante el Congreso de la República por sostener que el inmolado presidente de la Corte Suprema de Justicia Alfonso Reyes Echandía había solicitado el retiro de la vigilancia especial al Palacio de Justicia. Así mismo, negó que los medios de comunicación fueran los responsables de la guerra informativa

²⁶ «Ponencia de Klim sobre el Gobierno y la opinión, en Cali», *El Espectador*, 13 de octubre de 1978, 1 y 8A.

²⁷ «Noticiero Oficial Militar en TV», Libreta de apuntes, *El Espectador*, 27 de julio de 1980, 2A.

después de los hechos del 5 y 6 de noviembre y citó a varios colegas, entre ellos Enrique Santos Calderón, Olga Behar (poco antes de salir al exilio) y Margarita Vidal, delegada del presidente Belisario Betancur en la Comisión de Paz. Todos reconocieron que había una guerra de desinformación propiciada en gran parte por las fuentes oficiales, que daban diferentes versiones sobre los hechos.

Entretanto, el presidente Betancur prometió una y otra vez a los periodistas defender la libertad de expresión. Su frase célebre fue que prefería mil veces los excesos de la libertad de prensa que la censura a los medios de comunicación. Ese diciembre de 1985, María Teresa Herrán tomó la vocería de un grupo de periodistas que fue a Palacio para quejarse por los atropellos recientes a los medios y por los asesinatos de periodistas que habían quedado en la impunidad. El mandatario pidió disculpas por el allanamiento de que fue objeto Olga Behar, que estaba escribiendo un libro sobre el proceso de paz. También prometió actuar frente al «cerco económico» que venían sufriendo de tiempo atrás algunos medios, como *El Espectador*.

Recapitulando, todas las batallas de don Guillermo fueron por la libertad, lo que convirtió a *El Espectador* en un bastión, como escribió Antonio Caballero:

«No una propiedad material de una familia –lo definió alguna vez, y en otra voz la declaración hubiera sido petulante– sino un patrimonio espiritual de Colombia y los colombianos». Y por eso sus adversarios fueron siempre los prepotentes, los arrogantes del poder. No transaba con los poderosos ni entraba en componendas con ellos por el mero hecho de que lo fueran, a riesgo de poner en juego no solo su propia vida, como en esta última vez, sino la propia existencia del periódico. Porque entendía que un patrimonio espiritual solo se mantiene en la medida en que se usa.²⁸

Además de ser defensor de la libertad de prensa en general, Guillermo Cano lo fue de la libertad de periodistas y de colaboradores en particular. Por ello, el sentimiento compartido entre colegas de distintas generaciones es que en *El Espectador* respiraron un ambiente de absoluto respeto y libertad.

Días antes de ser asesinado, don Guillermo le concedió una entrevista a Cecilia Orozco, del Círculo de Periodistas de Bogotá, sobre la libertad de prensa. A la pregunta de si tenían temas vedados, ya fuera por autocontrol

²⁸ «La muerte natural de don Guillermo Cano», *Semana*, 23 de diciembre de 1986. Las cursivas son del autor.

o por presiones externas, él respondió que había la autocensura normal que aplicaba el periódico para no incurrir en injuria, calumnia ni lenguaje soez. Pero respetaban todos los puntos de vista de los colaboradores²⁹.

En otra de sus últimas entrevistas en profundidad, don Guillermo le comentó a Sara Marcela Bozzi:

Yo como director soy muy respetuoso de mis periodistas. Creo en ellos y por eso, mientras no injurien a nadie, yo no me atrevo ni a cambiarles una coma, una palabra. ¡Claro, hay veces que pienso que no tienen razón, pero tienen todo el derecho a expresarse!³⁰

Como siempre les pedía pruebas para respaldar sus afirmaciones, respetaba la versión que tuvieran de los hechos siempre que fueran más allá de los comunicados oficiales: «Le creo a aquellos que me han dado garantía de su palabra», dijo.

Ni siquiera con los temas políticos, tan sensibles en la línea editorial de un periódico, se alteraba ese principio. Un episodio protagonizado por Juan Gossain lo ilustra perfectamente:

Carlos Lleras Restrepo, presidente de la república, nombra a Alfonso López Michelsen canciller de Colombia. Un día me llama el doctor López y me dice que quiere hablar conmigo. Me cuenta que no iba a haber ninguna unión liberal y que había aceptado el cargo solo para colaborar. Era oro en polvo en materia periodística. Me voy a *El Espectador* a escribir mi nota. Como a las cuatro de la tarde me llama López y me dice: «Es bueno hacerle una advertencia, usted tiene que publicar la información como averiguada por usted, en boca mía no». Le dije: «Lo que le da valor a la entrevista es la identificación. Entonces no publiquemos nada». «Yo hablo con Guillermo Cano», me responde López. Pensé: «Virgen santísima, me metí en la grande». Voy donde Guillermo y me dice: «Llamó el canciller López y me pidió que publicáramos la entrevista que le dio a usted, pero sin mencionarlo a él. ¿Usted qué piensa?». Le dije que era mejor no publicar nada, que no era ético. Se paró y me dijo: «Eso es exactamente lo que hay que decir. Nunca se deje manipular de un entrevistado».³¹

²⁹ Cecilia Orozco, *El Espectador*, 15 de diciembre de 1986.

³⁰ Bozzi, *Los decanos*, 26.

³¹ Cabrera, «Gossain, el hombre que decidió dejar de ser el periodista más famoso», *Revista Bocas* 57.

Incluso cuando un columnista contravenía la doctrina del periódico, el director respetaba sus fueros. Fue el caso de Hernando Giraldo, que expresó abiertamente sus simpatías por Francisco Franco, el dictador abominado por los Cano y los Busquets Nel-lo, familia que huyó de Barcelona por su causa. Doña Ana María no se quedó callada y le replicó varias columnas en distintos momentos. Este llamado a somatén –en referencia a la milicia popular catalana–, se debió a elogiosos comentarios de Giraldo al caudillo.

En una «Columna libre» de febrero de 1969, Giraldo calificó a Franco de «superhombre», que por fin puso a trabajar a los perezosos españoles y lo comparó con el Cid Campeador. Ana María Busquets le replicó en su columna con una carta de tono indignado: «¡Atreverse a establecer semejanza entre el Cid y Franco! Si sus cenizas reposaran de verdad en algún lugar de España, el Cid se habría levantado y, en el primer jet de Avianca, estaría arreglando cuentas con usted». Y concluyó muy digna: «Me encanta que en el periódico del bisabuelo, del abuelo, del tío abuelo y del padre de mis hijos, haya personas que escriben a diario lo que quieren, aunque en su caso, ofenda». El aludido respondió con coqueta galantería: «“Manos blancas no ofenden”, admirada Ana María Busquets de Cano». Y prometió seguir escribiendo «españoladas» tan solo por darse el gusto «de una cierta sonrisa en un rostro tan bello como el suyo».

Don Guillermo le hizo eco a su esposa con dos notas de «Día a día», en las que oblicuamente desmintió al columnista sin censurarlo. Se refirió a la censura en España que no solo afectaba a los medios de comunicación, sino a todas las formas de expresión, como el idioma catalán, los libros y la música, como fue la mordaza a Joan Manuel Serrat y a Raimon por cantar en catalán.

Años después, en octubre de 1975, se repitió el rifirrafe entre los dos columnistas porque después de un viaje a España, Giraldo llegó exultante a compartir sus gratas impresiones. Ana María le respondió con dos cartas cuyos títulos dicen todo: «¡Fue, vivió y no vio...!» y «Franco y los fusilamientos». Por su parte, Giraldo reconoció la liberalidad de *El Espectador*, que sirve de fehaciente testimonio: «“Columna libre”, a pesar de que muchas veces ha chocado con el pensamiento y hasta con la gramática de los dueños y directores de *El Espectador*, ha logrado subsistir durante más de once años».

Tras el asesinato del director, el mismo Giraldo narró algo muy personal en su columna del 22 de diciembre de 1986. Cuando Jaime Michelsen salió del país, «derrotado por sus excesivas ambiciones», al columnista le pareció decente escribir una crónica para mostrarlo con todas sus virtudes de esposo, padre, amigo y «gentil caballero»:

Le envié la crónica a Guillermo, convencido de que no saldría publicada. Y con toda la razón, pues en ella enaltecía yo al peor enemigo de *El Espectador*. Grande fue la sorpresa cuando al domingo siguiente aparecía la crónica, sin quitarle una coma. Ese es el talante liberal que le infundió al periódico don Fidel, y al que han sido fieles sus nobles descendientes.

Óscar Alarcón recuerda que cuando estudiaba Derecho y cubría política, en marzo de 1976, hizo una serie que tituló «Las leyes que no se cumplen» sobre las playas que al ser propiedad de la nación estaban vedadas a los extranjeros y a los colombianos. Cuando salió la primera de tres entregas, el gerente Luis Gabriel Cano lo llamó para decirle que él era propietario de una casa en las islas del Rosario. Preocupado, Alarcón se fue a hablar con don Guillermo, quien le dijo que siguiera tranquilo con la serie, que los negocios de su hermano nada tenían que ver con el periódico.

En la campaña que adelantó Antonio Caballero, con la determinación de un kamikaze, por la legalización de las drogas, el director se apartó y hasta expresó su indignación moral, pero nunca lo calló.

Por todo ello, en los homenajes que le hizo el diario tras su asesinato, Héctor Muñoz, el periodista-historiador tan de la entraña de don Guillermo, afirmó:

Guillermo Cano, sin miedo y sin mancha, llevó diariamente en alto la bandera de la absoluta libertad de expresión y de opinión. Mi Maestro –nuestro maestro– en las permanentes faenas periodísticas y en la vida particular, jamás vaciló en criticar duramente y con claridad todo lo que consideraba perjudicial para el país. Predicaba que la prensa no puede «abogar por controles mínimos, medios o máximos. Se abre el boquete para controlar la prensa y por esa ligerísima herida penetrará, tarde o temprano, como ha sucedido en muchas partes, el virus contra la libertad de expresión».³²

Y como la libertad empieza por casa, a la entrada de la redacción del periódico hay una frase que condensa el espíritu de Guillermo Cano:

³² Héctor Muñoz, «Don Guillermo Cano también murió de dolor de patria», *El Espectador*, 18 de diciembre de 1986, 12A. El mismo autor publicó en 2007 la biografía de Fidel Cano, el patriarca del periodismo.

Este periódico no tiene lectores cautivos, prisioneros. Nuestra misión es la de someternos a una elección diaria, libre y democrática donde cada quien a su libre albedrío puede escoger si nos lee, o deja de leernos. La verdadera libertad está en decir la verdad como cada uno la entiende, respetando la verdad de los demás.

Esta frase salió de la respuesta dada por el director a un lector molesto con un editorial del periódico. Convencido de su argumento, el quejoso renovó sus votos como suscriptor.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Adames, Luis Carlos. *Periodistas, violencias y censuras*. Bogotá: Fundación Universidad Central, 1999.

Alarcón Núñez, Óscar. *En serio y en broma*. Bogotá: Plaza & Janés, 1997.

Bautista Olaya, Darío. *El personaje y los hechos: Testimonio de un reportero*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1984.

Bozzi, Sara Marcela. *Los decanos*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto y Universidad de Cartagena, 1987.

Caballero, Antonio. *Quince años de mal agüero: 1981-1996, artículos de prensa*. Medellín: La Hoja, 1996.

Cano Isaza, Guillermo. *Apuntes para siempre*. Prólogo de Héctor Abad Faciolince. Bogotá: Aguilar, 2016.

– *Crónicas de fútbol*. Bogotá: Premio Postobón al Periodismo Deportivo, 1989.

– *Tinta indeleble: Guillermo Cano, vida y obra*. Edición de Marisol Cano. Bogotá: Aguilar y Fundación Guillermo Cano Isaza, 2012.

Cano, Marisol y Juan Manuel Roca, comp. *Memoria impresa: Antología del Magazín Dominical de El Espectador*. 3 vols. Medellín: Cooperativa Editorial del Magisterio y Editorial Universidad de Antioquia, 1998.

Cano Villegas, Gabriel. *Apuntes de un espectador*. Medellín: Biblioteca Pública Piloto, 1979.

Cardona, Jorge. *120 años de El Espectador*. Bogotá: Aguilar, 2007.

- CPB (Círculo de Periodistas de Bogotá). *70 años de periodismo en Colombia*. Bogotá: Círculo de Periodistas de Bogotá, 2015.
- Crónicas de otras muertes y otras vidas: Selecciones de «Sucesos»*. Recopilación, prólogo y notas de Rogelio Echavarría. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1993.
- Díaz-Granados, José Luis, comp. *Crónicas de un Narrador Indiscreto: Obra selecta de Álvaro Pachón de la Torre*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.
- Díaz Gómez, Mauricio, y Alejandro Villegas Oloya. *Entre la tinta y la sangre: Cinco autores de crónica roja*. Manizales: Hoyos Editores, 2008.
- Donadio, Alberto. *Guillermo Cano, el periodista y su libreta*. Medellín: Hombre Nuevo Editores, 2011.
- Duzán, María Jimena. *Crónicas que matan*. Bogotá: Tercer Mundo Editores, 1992.
- Echavarría, Rogelio. *Mil y una notas*. Santafé de Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1995.
- García Márquez, Gabriel. *Entre cachacos 2*, Obra periodística, vol. 4. Recopilación y prólogo de Jacques Gilard. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1983.
- *Notas de prensa 1961-1984*, Obra periodística, vol. 5. Madrid: Mondadori, 1991.
- *Vivir para contarla*. Bogotá: Editorial Norma, 2002.
- Gil Jaramillo, Lino. *Tripulantes de un barco de papel*. Medellín: Beta, 1975.
- Giraldo, Iáder. *Escritos*. Biblioteca de Literatura Colombiana. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1986.
- González Toledo, Felipe. *20 crónicas policiacas*. Bogotá: Planeta, 1994.
- *Crónicas bogotanas*. Selección y prólogo de Maryluz Vallejo Mejía. Bogotá: Planeta y Alcaldía Mayor de Bogotá, 2008.
- González Uribe, Guillermo. *A pesar de la noche*. Bogotá: Icono Editorial, 2017.
- Gossain, Juan. *Crónica del día*. Compilación y prólogo de Juan José Hoyos. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2003.
- Manco Bermúdez, Dino. *Apuntes de la Costa*, vol. 2. Barranquilla, 1990.
- Manrique Grisales, Jorge. *Oficio de reportero*. Bogotá: Sello Editorial Javeriano, 2015.
- Márceles Daconte, Eduardo. *Nereo López: Testigo de su tiempo*. Barranquilla: Caza de Libros, 2025.
- Mendoza-Vega, Juan. *Cuarenta años de periodismo médico: Crónicas y columna médica*. Bogotá: Academia Nacional de Medicina, 2002.
- Montt, Nahum. *Lara*. Bogotá: Punto de Lectura, 2013.
- Morales Pradilla, Próspero. *Perucho*. Bogotá: Librería Colombiana, 1945.
- Ocampo Madrid, Sergio. *Las distancias*. Bogotá: Fondo de Cultura Económica, 2023.
- Olier, Antonio J. *Antonio J. Olier: Cincuenta años en cuartillas*. Selección y prólogo de Jorge García Usta. Cartagena, 1989.

Osuna, Héctor. «La caricatura en Colombia». En *Caricatura*, editado por Seminario Internacional de Caricatura y Periodismo, 145-154. Quito: Ediciones Ciespal, 1987.

– *Osuna 84-05*. Biblioteca de El Espectador. Bogotá: Aguilar, 2005.

– *Osuna de frente*. Con prólogo de Gabriel García Márquez. Biblioteca de El Espectador. Bogotá: El Áncora Editores, 1983.

Pinzón, Germán. *Reportero hasta morir*. Compilación y prólogo de Juan José Hoyos. Bogotá: Planeta, 1999.

Rodríguez, Marco Tulio. *Los municipios olvidados*. Bogotá: Asociación Liberal de Integración Social, 1982.

Robinson Abrahams, Hazel. *Sail Ahoy!!! (Vela a la vista!)*. Bogotá: Ministerio de Cultura, 2021.

Romero, Flor. *El hechizo del destino*. Bogotá: Planeta, 2009.

Salgar, José. *Coletilla al fin de siglo: José Salgar, el hombre de la calle*. Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 1999.

Serrano Zalamea, Mariana. *Ulises en un mar de tinta*. Bogotá: Editorial Uniandes, 2015.

Vallejo Mejía, Maryluz. *Una historia todavía verde: Una crónica del periodismo ambiental en Colombia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2021.

Vallejo Mejía, Maryluz. *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia (1880-1980)*. Bogotá: Planeta, 2006.

Zárate Moreno, Jesús. *Pabellón de reposo*. Vol. 1, *Miscelánea 1948-1951: Crónicas y relatos de Zalacaín*. Bucaramanga: Editorial Universidad Industrial de Santander, 2016.

Publicaciones periódicas

Alarcón Núñez, Óscar. «Consuelo Araújonoguera, la juglar de los juglares». *Gaceta* 59 (enero-febrero 2002).

Cabrera, María Alexandra. «Gossain, el hombre que decidió dejar de ser el periodista más famoso», *Revista Bocas* 57 (octubre 2016).

Cardona, Jorge. «Colombia: encrucijada de violencia sin color». *Chasqui* 60 (diciembre 1997).

Gilard, Jacques. «Magazín Dominical de *El Espectador* (Bogotá), 1978-1989: Responsabilidad ante la historia». En *América: Cahiers du CRICCAL* 15-16. *Le discours culturel dans les revues latino-américaines* (1970-1990): 199-212.

Blogs y sitios web

Alarcón Núñez, Óscar. «El Guillermo Cano que yo conocí», *El Diario Alternativo* (blog). <https://www.eldiarioalternativo.org/copia-de-inicio-1>

Gómez G., Ignacio. «Encuentros con el maestro», *El Diario Alternativo* (blog). <https://revistacorrientes.com/encuentros-con-el-maestro/>

Colectivo El Globoscopio. *Historieta colombiana de Prensa. La historia de la historieta por Pablo Guerra*. <http://www.elgloboscopio.com/2017/04/historieta-colombiana-de-prensa-la.html>

Naranjo, María Isabel. «Reportero sin rostro». *Universo Centro* 54. <https://www.universocentro.com/NUMERO54/Reporterosinrostro.aspx>

Romero Salamanca, Guillermo. «Athala Morris. Entre la diplomacia y las corresponsalias». *Pantallazos* (blog). <https://www.pantallazosnoticias.com.co/athala-morris-entre-la-diplomacia-y-las-corresponsalias/>

Velásquez, Alexander. «Otro día del periodista sin don Guillermo». *El Espectador* (blog). <https://blogs.elespectador.com/actualidad/cura-de-reposo/don-guillermo-cano-mar>



Fotografía de la familia Cano Busquets.

Epílogo

EL ABUELO QUE NO CONOCÍ

MARÍA JOSÉ MEDELLÍN CANO

*Para Adriana y Carlos, para que guarden
un pedacito de nuestra historia*

A PESAR DEL DOLOR, EL ÁRBOL DE NAVIDAD Y LA SALA DE LA CASA PERMANECIERON llenos de regalos. Era Nochebuena y mientras algunos seguían vestidos de negro, consumidos por el horror del asesinato de mi abuelo, Guillermo Cano Isaza, la decisión familiar fue contundente: las cinco nietas del director tenían derecho a celebrar. Quien se empeñó en promoverlo fue Ana María Busquets Nel-lo, mi abuela, quien apenas asimilaba el vacío y la desesperanza de la pérdida de su esposo. Para esa noche dispuso construir una pequeña tienda de madera atiborrada de dulces, panes y pandeyucas y la instaló en la sala. La bautizó La Tienda del Avi, del abuelo. Ellas, que habitaron el rincón más cálido de su corazón, ese día celebraron su fiesta predilecta.

Las «monitas», como él les decía, son hoy mis cinco primas mayores. En ellas pensó don Guillermo en el momento de su último encargo. «Cómprales unas luces de bengala y un globo», le pidió a su hijo mayor, Juan Guillermo Cano, entre los trajines del periódico en la tarde del 17 de diciembre de 1986. Pero ni las luces de bengala ni el globo llegaron a casa esa noche. Mi abuelo tampoco. A la quinta generación de los Cano –a la que pertenezco– nos arrebataron con trece disparos los mimos del abuelo y la cadencia de su voz pausada, contando cuentos al borde de las cunas. Ellas al menos guardaron un leve testimonio de esos arrullos y relatos. Las once nietas y nietos que llegamos después nos fuimos enterando de esos momentos tiernos y afortunados.

Nací seis años después de su magnicidio y todavía pienso cuando lo refiero, ¿será mejor llamarlo Avi Guillermo? ¿O solo Avi? Así lo llaman sus «monitas». Lo que conozco de él en familia pertenece a un legado que a través del tiempo se ha completado con anécdotas de quienes sí tuvieron el privilegio de sus abrazos, de gozar su amor y de acompañar su vida valerosa e irreprochable. Con generosidad, a retazos desde sus reservas, unos y otros siguen compartiendo fragmentos de ese Guillermo Cano que revive en la oralidad y en los escritos. Esas remembranzas permiten armar el rompecabezas del esposo, padre, abuelo, hermano y tío que se fue a destiempo. Ellos replicaron sus enseñanzas y primero colmaron mis bolsillos de frunas y después me enseñaron a amar y trabajar por una Colombia como él la soñó: «Más igualitaria, más justa, más honesta y más próspera».

EL COMIENZO

No tengo clara la primera referencia personal de mi abuelo materno Guillermo ni cuáles fueron los términos que usaron los adultos para contarme las razones de su ausencia. Tampoco conocí a mi abuelo paterno, Carlos Medellín Forero, magistrado de la Corte Suprema de Justicia, y una de las víctimas del holocausto del Palacio de Justicia del miércoles y jueves 6 y 7 de noviembre de 1985. En medio del dolor, unos y otros encontraron la manera de explicar lo inexplicable: «Ellos están en el cielo y te cuidan todos los días». Una respuesta común de once palabras que resultó suficiente en esos tiempos de preguntas sobre los abuelos ausentes. Aunque no sé bien cómo extrañar a alguien a quien no conocí, sí tengo la certeza sobre cuándo empecé a intuir su presencia en mi vida.

Don Guillermo amaba la Navidad. Le encantaba la reunión familiar alrededor del pesebre y los regalos, la pólvora y los globos. A pesar de que murió asesinado el segundo día de la Novena de Aguinaldos del año 1986, el

encuentro de generaciones nunca ha dejado de hacerse en su memoria. Cada 17 de diciembre volvemos a convertirnos en su refugio. Tanto le gustaba la Navidad que en uno de los escritos de su «Libreta de apuntes» admitió que si pudiera detener el tiempo, lo habría hecho para eternizar la Nochebuena. Yo tenía doce años cuando leí ese texto y coincidió con el instante en el que empecé a entender su memoria y también el esfuerzo de mi abuela, mis tíos y mi mamá para que el peso del dolor no recayera en nosotros.

El otro golpe de realidad fue la lectura del texto «Carta al Niño Dios», publicado por mi tío Fernando Cano Busquets en la Navidad de 1986, siete días después del asesinato de su padre:

Mis dos pequeñas y santas diablitas esperan que no sea demasiado tarde para escribirle la carta al Niño Dios. Las cogió la Nochebuena, pero es que los estruendos que escucharon después de rezar la novena no fueron los sonidos de alegres voladores navideños, sino los disparos arteros y asesinos que terminaron con la vida de su abuelo.

Una ruda evidencia de que el Avi Guillermo no murió por el azar de un accidente o producto de una larga enfermedad. Lo hizo por su convicción de que alguien debía defender a los jueces sin medias tintas, como fue siempre su medida.

LA PRIMERA INVESTIGACIÓN

Hablar de *El Espectador* en casa siempre fue un pretexto para conversar en extenso sobre la familia. Por eso nunca faltaron las palabras de admiración y elogio para sus artífices. El fundador Fidel Cano Gutiérrez, quien pagó con cierres, multas, prisión y hasta con la excomunión de la Iglesia católica su opción por el periodismo libre. Su hijo Luis Cano, quien tomó las riendas del diario tras su trasteo a Bogotá a principios del siglo XX y, a punta de vitoriosos editoriales, lideró el ascenso de las ideas liberales en Colombia. Y su hermano Gabriel –padre de Luis Gabriel, Guillermo, Alfonso y Fidel–, quien con innata vocación gerencial siempre tuvo a la mano suficientes avisos publicitarios para enrutar el barco sobre confiables aguas económicas.

Don Guillermo heredó esa tradición familiar y, a sus 27 años, en septiembre de 1952, asumió como director del diario. Así escribió entonces su amigo Álvaro Pachón de la Torre:

Estaba predestinado a ser depositario de la limpia tradición de sus mayores, y para recibir con mano firme, desflecadas tal vez por la tormenta,

pero jamás abatidas o manchadas, las banderas que hoy, como hace más de medio siglo, continúan ondeando muy alto ante los huracanos vientos de la historia.

En esas vueltas de la vida, mi abuelo ya había pedido la mano de mi abuela, pero don Juan Busquets, el bisabuelo, tan catalán como el pan con tomate, puso una condición inflexible: «La niña tiene que terminar el colegio». El abuelo Guillermo le llevaba diez años a Ana María Busquets.

Los sucesos que antecedieron a la formalización de su matrimonio se cuentan todavía como sabrosas anécdotas. Además de su maravillosa historia de amor, ese recuento de galanteos permite entender desde lo íntimo por qué Guillermo Cano resultó tan buen periodista. A Ana María Busquets la conoció a principios de los años cincuenta, aunque ella no recuerda con exactitud dónde ocurrió el primer encuentro. Pudo haber sido durante un torneo *amateur* de fútbol, donde la joven de cabello y ojos claros oficiaba como madrina del equipo El Nogal, y él, todo un ariete con piernas de garza y rebuscador de goles, fungía como delantero en Los Churros, y quedó flechado. Los Churros perdieron el torneo, pero ambos empezaron a encontrarse con frecuencia.

«A donde yo iba, él se aparecía. En toros, en el cine, en fútbol o en el teatro. Aparecía hasta en la sopa», cuenta ella. Esos encuentros no eran una casualidad, sino fruto de las labores de reportería de un periodista enamorado y recursivo. Recuerda la abuela entre risas:

Un día se apareció en el colegio con un fotógrafo del periódico. A las profesoras les explicó que estaba haciendo un reportaje sobre las actividades académicas de los colegios de Bogotá. Era puro cuento, la verdad era que estaba detrás de mí.

Durante su ejercicio de minuciosa investigación, como nos sucede a los periodistas, a don Guillermo también le dieron mal unos datos. Una fuente le informó que ella se había ido a pasar vacaciones a Apulo (Cundinamarca), pero otra se equivocó respecto al lugar preciso.

El joven reportero convocó a un grupo de amigos y viajó a la veraniega población con un solo propósito: darle una serenata a su elegida. Al llegar al lugar, confirmó en la recepción del hotel que una señorita de apellido Busquets era huésped, pero le dieron mal la habitación. En la noche, los jóvenes llegaron y dieron la serenata, pero nadie salió a agradecer. «A la mañana siguiente, todos los huéspedes comentamos lo bonita de la serenata,

pero con cierto pesar porque duró muy poco y nadie salió al balcón a dar la cara». A su vez, don Guillermo imaginó que don Juan Busquets se había molestado y a su enamorada no la habían dejado salir. Finalmente, la serenata se dio en una habitación equivocada, a lo mejor vacía, porque nadie se dio por enterado.

En adelante no volvió a equivocarse. Meses después de la serenata fallida, ella fue operada de apendicitis y en esa ocasión llegó puntual y a la habitación correcta. «Cuando me asomé por la ventana, vi el canasto de flores más hermoso que haya visto. Una cantidad de pensamientos», recuerda la abuela. En reciente charla en la Feria del Libro de Bogotá, Fernando Cano Busquets ratificó el diagnóstico familiar:

La mejor investigación de don Guillermo fue conquistar a mi mamá. Averiguó la ruta del bus del colegio y supo hacerse amigo de sus amigas para saber a qué cine iba a ir. A través de técnicas de investigación alcanzó su objetivo. Su historia de amor es también un ejemplo de periodismo persistente, y ese amor fue el mismo que tuvo por el país.

EL TIEMPO DE LOS HIJOS

Los abuelos se casaron a las 10:30 de la mañana del 6 de abril de 1953 en la capilla de Nuestra Señora del Recuerdo del Nuevo Gimnasio. Fue un matrimonio sencillo porque después de la despedida de solteros, organizada por los empleados del periódico días antes, tres compañeros de don Guillermo fallecieron en un accidente de tránsito: Álvaro Pachón de la Torre, Gustavo Wills y Álvaro Umaña. A cambio de fiesta, hubo pastel y champaña. Al viaje de luna de miel no le faltó su contratiempo: una neumonía mal tratada obligó a don Guillermo a aplicarse una inyección de penicilina en Barranquilla y ventosas sobre el pecho. Tres días duró la pausa. Después continuaron el periplo, con estaciones en Estados Unidos, Francia, España y México.

El día que regresaron del viaje, el sábado 13 de junio de 1953, se enteraron a cuentagotas del súbito relevo en la presidencia de Colombia. Tres mandatarios se sucedieron en el poder en pocas horas: Roberto Urdaneta, Laureano Gómez y Gustavo Rojas Pinilla, y fueron protagonistas de «un golpe de opinión» de hondas repercusiones políticas. Guillermo Cano y Ana María Busquets regresaron ese día al país a constituir un hogar en tiempos de tormenta. Pero ese fue el resguardo personal mientras la libertad empezó a ser estrecha en Colombia y el periodismo continuó cercado por los decretos de estado de sitio y la censura de prensa. El primer hijo, Juan Guillermo, llegó

en 1954, y en los doce años siguientes se sumaron Fernando, Ana María, María José y Camilo.

En la medida en que ellos fueron creciendo, se acostumbraron a que don Guillermo no hablaba del trabajo en los momentos de convivencia familiar. Prefería conversar sobre las series de televisión, los grupos musicales de moda o los equipos de fútbol. Antes que referirse a los enredos del periodismo, escuchaba a unos y otros. Además, siempre fue un hombre de rutinas: a primera hora, los periódicos y la radio mientras tomaba el desayuno en la cama. Luego orientaba una larga jornada de trabajo a doble turno junto a sus colegas, con la debida pausa para almorzar en casa y disfrutar de una siesta. Regresaba al diario y no volvía antes de las siete de la noche. La abuela y sus hijos lo esperaban para departir juntos en la mesa sin hablar de noticias.

Ese encuentro era sagrado. Ni él mismo contestaba al teléfono tras sentarse a la mesa. Nunca quebrantó esa regla. La respetó desde los tiempos de dificultades durante la dictadura de Rojas Pinilla en los años cincuenta hasta los días del bloqueo publicitario del Grupo Grancolombiano tres décadas después. Los informes del periódico denunciaron las maniobras abusivas en la banca y el mercado bursátil que provocaron la crisis financiera en los años ochenta y, a través del editorial «La tenaza económica», detallaron cómo ese grupo económico lo convirtió en bloqueo publicitario contra el diario, pero el asunto nunca llegó a la mesa familiar. Tampoco se asomaron las primeras amenazas del narcotráfico. Una premisa de su vida fue blindar su hogar de los agites del periodismo.

En un escrito reciente sobre mi abuelo, Fernando Cano Busquets recordó que a su casa

[...] parecía no entrar la realidad de las calles, tal vez porque su padre no quería que así fuera y porque resultó la estrategia más amorosa para proteger a su familia. Era una especie de antídoto para ejercer como un padre del común y gozar un buen libro, una película de televisión (le gustaban *Columbo*, *Los Vengadores* y el *Agente 86*), o explayarse en una corta siesta después del almuerzo, siempre tomado de la mano de alguna de sus nietas.

La abuela Ana María confirma que, más allá de la intimidad del hogar, don Guillermo siempre fue un hombre de pocas palabras. Una particularidad de su ADN que muchos integrantes de la familia Cano hemos heredado.

«Él llegaba a la casa, comíamos hacia las siete de la noche y cuando alguno le preguntaba cómo le había ido en el día, o qué pasaba en el país,

para tratar de conocer los detalles de la última chiva, su respuesta siempre fue igual: “Todo bien. Nada raro”, agrega Ana María. «¿Cómo no iba a saber algo más el director del periódico más importante del país?», insiste. Al día siguiente, los titulares daban las respuestas. «Pero Guillermo, ¿por qué no me cuentas esas cosas?», le reclamaba su esposa. Pero lo que don Guillermo callaba en familia, lo escribió en sus columnas o en las cartas que se cruzó con amigos y colegas como Gabriel García Márquez, quien antes de ser premio nobel de literatura fue su colega en la redacción de *El Espectador*.

«Mi papá no era de muchas palabras. Pero cuando quería recalcar algo nos enviaba notas escritas a mano. Eso sí, cuando se sentía orgulloso, encontraba la forma de expresarlo», cuenta su hija Ana María. Como ella, ninguno de sus hijos recuerda haberlo visto bravo, salvo cuando discutía por teléfono con los jefes del cierre del periódico por las metidas de pata. Eso sí, «nunca alzaba la voz, aunque no ocultaba su molestia ante las intervenciones sin argumentos o cuando no leíamos el periódico», agrega su hija. «Tampoco lo vi molesto o demasiado eufórico. Ni siquiera cuando no nos iba bien en el colegio. Sus intereses fueron otros: inculcarnos su amor por los libros, los viajes, las polémicas sanas y el respeto familiar», añade su hija María José.

ENTRE DERECHOS Y LIBERTADES

Fiel a esos mismos principios, Guillermo Cano nunca forzó ni obligó a nadie a seguir sus puntos de vista, ni con la mirada, ni con los gestos, ni con las palabras. Quienes supieron interpretar su silencio se quedaron con sus principales lecciones de vida. En los círculos de la memoria, esos momentos constituyen auténticos tesoros de la vida familiar. Fue un devorador de libros y así quiso que crecieran sus hijos. «Recuerdo las idas a comprar libros, pues en un solo día podía adquirir hasta quince volúmenes, que luego leía uno tras otro en la finca de Fidelena, en su biblioteca personal o en su cama», recalca María José. Los libros fueron sus tesoros y alguna vez los definió como «un sedante para las mentes cansadas con los problemas cotidianos».

¿Qué libro podría haber escrito?, indago a Fernando Cano y él responde sin dudas: «Creo que habría sido una novela policiaca». Esa preferencia explica sus virtudes como sabueso judicial en un país de enredos ilegales y alta criminalidad como Colombia. Sin embargo, más allá de esa fascinación por las historias de suspenso e intrigas, su amor por la lectura no alteró los gustos de los demás. Cada quien leyó lo que quiso. Eso sí, esa regla siempre tuvo una excepción: sus hijos debían leer *El Espectador*. «A él le interesaba que nosotros estuviéramos informados. Eso sí, cuando acababa un libro, entraba

a su biblioteca y lo sacaba para mí», recuerda mi mamá, María José, tan lectora como su padre, quien replicó con sus hijos esas mismas enseñanzas.

Y resalta que sus mejores lecciones fueron sus actos. A través de ellos, don Guillermo desarrolló una vida coherente basada en el deber de construir un país y un mundo mejor. Por eso el afán de que sus hijos comprendieran la realidad más allá de los titulares. En 1966, por ejemplo, al término de un viaje a la Alemania dividida, Guillermo Cano escribió a sus hijos una carta que, 59 años después, ellos atesoran en sus corazones.

Hoy estuvimos detrás del muro de Berlín, donde no pudimos ver a los niños reír. Posiblemente se ríen a escondidas, pero esa no es la risa de los niños. Y pensé que es maravilloso que ustedes puedan reírse sin esconderse...

Y reiteró enfático: «Es necesario que ustedes aprendan la increíble dificultad de saber lo importante que es poder reírse sin esconderse».

Los quiero tanto que lo único que jamás quiero para ustedes es un muro que nos obligue a esconder la risa. Pero como eso puede pasar y pasa, hay que trabajar y estudiar mucho para estar siempre listos a oponernos a los muros que no nos dejan reír... Besos desde este otro Berlín libre, donde puedo decirles que los adoro y que siento sus risas y las nuestras, sin ni siquiera tener que jugar a las escondidas.

En esa carta resumió sus nociones de libertad, responsabilidad y amor con la misma sutileza con la que inculcó a sus hijos querer a Colombia. «Nos enseñó a voltear la mirada hacia las regiones que los demás olvidan, a respetar el trabajo de los campesinos, a escuchar a los ahorradores estafados, a permanecer vigilantes ante las violaciones a los derechos humanos».

Una certeza de nación que enarboló como una causa aparte del periódico, más allá de sus dificultades personales. Sintió tan adentro los problemas del país y fue tan grande su urgencia por superarlos, que ni siquiera un infarto prematuro en 1975, a sus cincuenta años, logró interrumpir su arrojo por la verdad o atenuó su disciplina periodística. Más allá de revelar una condición médica no tratada o de obligarlo a darse ciertos gustos a escondidas –un cigarrillo de más o un whisky a bordo–, ese infarto y algunos otros apremios prematuros por los niveles de azúcar obraron como señales de tiempos complicados, aunque los males de Colombia siempre fueron mayores, pues la nación ya transitaba por un laberinto sin retorno.

Con dosis diaria de insulina y las secuelas del infarto, mi abuela ofició como enfermera y nutricionista. Le aumentó las porciones de vegetales y de frutas y le redujo el pan con mantequilla que siempre fue su principal deleite. Esa tradición de la gastronomía europea se volvió parte de su dieta habitual y por eso fue difícil acomodar esa dosis de antojo a su nuevo régimen de salud. En cambio, el whisky lo fue dejando poco a poco hasta la abstención absoluta. En cuanto al placer de fumarse un cigarrillo Kool mentolado, nunca perdió la ocasión de disfrutarlo a solas, acompañado de una Coca-Cola fría. Sutiles irreverencias frente a la realidad porque al final tuvo que cambiar el pan con mantequilla por las galletas de soda y esa modificación se volvió una tradición familiar.

Hoy, esas saltinas no faltan en la mesa de mi abuela y constituyen un símbolo de memoria de quien nunca quebrantó la regla de oro familiar: no se habla en ese escenario de los problemas del país. Es su legado, y en esa misma medida tampoco compartió su miedo cuando llegaron las primeras amenazas de los carteles de la droga. Ante los consejos y las advertencias sobre la peligrosidad de los capos, su respuesta fue idéntica: «Hay que defender la vida de los jueces, los magistrados, los policías y los investigadores que defienden la democracia». El precio fue convivir con la certeza que compartió a la periodista Cecilia Orozco durante su última entrevista: «Salgo del periódico y no sé qué va a pasar».

Veinticuatro horas después de esa premonición, don Guillermo Cano fue asesinado. No hubo tiempo de protegerlo ni de llorarlo. *El Espectador* debió seguir sin su centro de gravedad. Lo que vino después fue tan infame como su muerte violenta. El abogado y periodista Héctor Giraldo, quien representaba legalmente a la familia, fue acribillado en marzo de 1989. No había que poner más vidas en riesgo y los Cano tomaron la decisión de no contratar más abogados. La jueza Consuelo Sánchez se atrevió a sindicarse a Pablo Escobar y debió exiliarse para salvar su vida. El magistrado Carlos Valencia García respaldó la investigación y murió asesinado a la salida de su despacho. En septiembre de ese mismo año, un camión bomba fue detonado contra el periódico.

No hubo víctimas mortales pero sí graves destrozos. La resistencia de *El Espectador* recibió el respaldo de muchos periódicos del mundo, pero más de una vez debió dejar en blanco sus editoriales para lograr atención del Gobierno Barco ante la arremetida inclemente de la mafia. Antes de terminar el fatídico año 1989 asesinaron en Medellín a los gerentes Martha Luz López y Miguel Soler. Meses después corrió la misma suerte Hernando

Tavera. El corresponsal en esa ciudad Carlos Mario Correa se vio obligado a reportar desde una oficina secreta. En Bogotá, mientras la redacción se acostumbraba al asedio, la familia aprendió a usar chalecos antibalas y a moverse escoltada. Los directores Juan Guillermo y Fernando Cano tuvieron que dejar el país con sus hijos.

Entre la incertidumbre del regreso y la distancia de los carros bomba que explotaron a Colombia, prevaleció la memoria de su padre y sus insistencias: no declinar en la defensa de los derechos humanos y no perder nunca la capacidad de reír. Con la ilusión de un país en paz, su vida, «digna de ser vivida», como la describió el escritor Antonio Caballero, representó para el periodismo, su familia y *El Espectador* independencia, dignidad y coraje, las virtudes exaltadas en el Premio Unesco/Guillermo Cano a la Libertad de Prensa. Hasta que Pablo Escobar cayó abatido en el tejado de una casa en Medellín, dinamitó los esfuerzos por la verdad sobre el asesinato de Guillermo Cano. Su última víctima fue la jueza sin rostro Rocío Vélez en septiembre de 1992.

Aquellos fueron días difíciles para Colombia, pero en *El Espectador* fueron posibles gracias a la herencia viva de don Guillermo Cano en todas las secciones del periódico. Desde la rotativa, la armada o el archivo hasta el laboratorio de fotografía, los clasificados y la redacción. Entre los recuerdos de unos y otros y las evocaciones de la familia y los amigos, su ejemplo fue la razón de persistir en una época en la que la vida no tuvo precio. Se hizo periodismo desde el paradigma de sus acciones, sus desvelos por Colombia o su pasión por revelar los temas vetados hasta el recuento feliz de sus licencias en el fútbol o la tauromaquia, sin objetividad alguna ante sus divisas predilectas de Santa Fe y Barcelona, con desfogue aparte para poner en su sitio a los árbitros de turno.

De cada viaje a la casa de campo de Fidelena en el Tequendama, Santa Marta o Pradomar en el Caribe o Barcelona en España quedaron fotografías y evocaciones de los hilos que teje la vida junto a la familia y los amigos. Los jueves en casa de mi abuela siguen apareciendo, en una clara demostración de la prevalencia de la vida sobre la muerte. Algo similar sucede con sus escritos. Volver a leerlos es entender cómo se defienden los derechos. Con la misma vocación que tuvo su abuelo, el fundador Fidel Cano, a quien no conoció, pero dedicó un texto en el que resaltó «su valerosa resistencia a la tiranía; su irrenunciable fidelidad a la libertad; su inmovible honradez de periodista; su purísimo estilo de escritor y su irreprochable comportamiento familiar».

Ese escrito se publicó en 1977 porque *El Espectador* llegaba a sus noventa años de historia y así contribuyó Guillermo Cano al aniversario. Se tituló «El abuelo que no conocí» y se publicó en el *Magazín Dominical* del 20 de marzo. Ahora me corresponde recobrar ese título y escribir de mi abuelo Guillermo Cano, a quien no pude conocer. El peso de su importancia en el periodismo colombiano es abrumador, pero como buen lector de historias de espías y misterios, el abuelo dejó buenas pistas para interpretarlo. Su punto de partida fue el retrato de su abuelo, a quien se acostumbró a ver desde los dieciocho años como un «insomne vigilante de todos y de todo». Hoy, el retrato que guía mi homenaje es el de mi abuelo en blanco y negro que vigila la redacción de *El Espectador*.

A la abuela Ana María no le gusta esa fotografía porque, según ella, él quedó con el ceño fruncido, como muy serio. Además, esa fue la imagen que acompañó la edición más triste en la historia del periódico, la de la dolorosa noticia de su asesinato el día anterior, miércoles 17 de diciembre de 1986. Ella insiste en que, lejos de esa expresión adusta o solemne, su esposo siempre fue un hombre sencillo y feliz. Yo le creo, y después de escuchar a quienes compartieron su hogar, sé que, por encima del periodista cumplidor de sus deberes con Colombia, don Guillermo Cano fue un hombre enamorado de las cosas simples. Lo ratifica su hijo menor Camilo Cano cuando recalca que de su padre aprendió el valor de la humildad y la capacidad de gozar cada momento.

«Hay que saber que nunca seremos más que cualquier otro ser humano y entender a las personas como son. Respetarlos con firmeza y convicción, y resaltar el buen trato en las relaciones con los demás». Esas fueron enseñanzas de don Guillermo Cano que Camilo Cano reivindica como supremos valores de vida. Cuando le pregunto qué quiere que sus hijos y sus sobrinos no olviden del abuelo, agrega convencido: «El compromiso con el país por encima de todo, más allá de cualquier beneficio personal. La búsqueda del bienestar colectivo como un objetivo de vida y lucha». Lo escucho y entiendo que los silencios de mi abuelo o su entusiasmo para promover sanas controversias en torno al fútbol, la música o la moda, más que defectos, fueron aciertos.

Esa fue su manera de conectarse con las nuevas generaciones y dejar su testimonio de aprender escuchando. Ni él ni yo tuvimos la fortuna de «recibir el abrazo del abuelo, de gozar de su amor; de disfrutar sus caricias y sus besos y sus mimos; de oírle contar un cuento al borde de la cuna y sobre todo de conocerlo», como escribió don Guillermo. Como él, tuve el privilegio

de conocerlo a través del periódico. Pero, por sobre todas las cosas, aprendí a conocerlo gracias a la prolongación de su espíritu y su sangre. Lo advierto en las palabras de mi abuela y de sus hijos, quienes siguieron adelante, y en los escritos que guardan su herencia «ciertamente la más hermosa y la máspreciada que sea posible recibir». Él mismo se encargó de definirlo para todos: «No es la propiedad material de una familia sino un patrimonio espiritual de Colombia y de los colombianos».

Héctor Osuna, fiel intérprete de la línea editorial del periódico con sus geniales «Rasgos y rasguños», tuvo formación artística y fue un reconocido retratista. En la foto, el director y el caricaturista contemplan un cuadro de Obregón, en el Salón de Arte 90 años de *El Espectador*, realizado en octubre de 1977. Cortesía *El Espectador* / Comunican S. A.



OSUNA, EL CRÍTICO GRÁFICO



HÉCTOR OSUNA EMPEZÓ A HACER CARICATURA POLÍTICA en *El Siglo* de Bogotá y, antes de cumplir el año en ese periódico, se presentó un día a *El Espectador* con sus dibujos, sin ninguna recomendación. Guillermo Cano y Eduardo Zalamea Borda intuyeron su talento y don Gabriel Cano publicó al otro día su primera obra. Su serie de caricaturas, que inicialmente se llamó «Monerías», pasó a llamarse en 1966 «Rasgos y rasguños», friso dominical que sesenta años después sigue representando la línea editorial gráfica del diario.

Nacido en Medellín, terminó el bachillerato en el Colegio San Bartolomé La Merced en Bogotá y estuvo a punto de ordenarse sacerdote, pero optó por predicar desde el púlpito de la prensa. Se graduó de abogado en la Universidad del Rosario; aunque no ejerció, le sirvió para enfrentar los litigios morales de su oficio de caricaturista. Y se especializó en dibujo y pintura en la Academia de Estudios Artísticos de Madrid, formación que le permitió convertirse en ilustrador de distintas secciones del diario, especialmente del *Magazín Dominical*, que alojó lo mejor de su obra pictórica vertida en retratos a color y en blanco y negro.

Su sentido insobornable de la independencia y de la lealtad lo llevó a rechazar en 1979 el Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar a la Vida y Obra, en protesta por la politización del certamen, que desde su creación en 1975 había premiado a cuatro directores de periódicos, ignorando a don Gabriel Cano, el decano de la prensa en Colombia. Posición coherente, además, con su crítica implacable al Estatuto de Seguridad del Gobierno de Julio César Turbay Ayala. (El mensaje caló porque en 1980, poco antes de su muerte, Gabriel Cano recibió la distinción. Y en 2014 se le volvió a conceder a Héctor Osuna, que esa vez sí aceptó, aunque se abstuvo de estar presente en la ceremonia).

En una carta dirigida a Guillermo Cano, Osuna agradeció las honrosas palabras que el director le dedicó en el discurso de recepción del premio a don Gabriel Cano. Y en pocas líneas expresó su credo profesional:

No espera muy solemnes consagraciones el caricaturista, siempre burador y crítico. Menos cuando todavía le aguarda y tienta, solo Dios sabe por cuánto tiempo, este oficio de la antiolemonidad, apto para divertir, holgar y expresar en trazos una verdad subjetiva, ni humilde ni jactanciosa, dicha desde el piso llano del humor, disputable por esencia, y que bien puede ser tomada a la ligera sin ofensa para su autor.

Los términos en que usted se ha expresado son generosos en extremo y hasta podrían comprometerlo peligrosamente con mis inopinados apuntes y decires, con mi desarmada beligerancia; y seguramente no los van a compartir quienes en una u otra forma han sido tocados por mi pluma en la refriega de las opiniones. Halaga, sin embargo, encontrar personas que, a diferencia de ocasionales críticos del crítico gráfico, se muestran capaces de soportarlo sin llamar a somatén ni convocar a desagravios.¹

En Héctor Osuna encontró Guillermo Cano al aliado ideal para atacar por todos los flancos a sus enemigos acérrimos: los banqueros corruptos, los políticos y militares violadores de los derechos humanos y los narcotraficantes con corbata de congresistas. El caricaturista, de filiación conservadora, interpretaba con geniales trazos y agudos diálogos las denuncias del director, liberal hasta la médula, en la misma valiente partitura, particularmente la de la «Libreta de apuntes». En un encuentro internacional de caricaturistas realizado en Ecuador en 1987, Osuna dijo que se enteró por su jefe

¹ *El Espectador*, 24 de agosto de 1980.

[...] de muchas presiones políticas de directorios y de sectores gremiales e influyentes en la vida nacional que quisieron condicionar la caricatura, inclusive poner en riesgo la suerte del caricaturista, no la personal sino la suerte profesional del caricaturista; para eso tuve, en Guillermo Cano, un hombre que defendió mis puntos de vista, mi criterio y mi posición periodística en el periódico.²

Tampoco se libró de una bomba de escaso poder que pusieron en su automóvil hacia 1983 por meterse con el paramilitarismo.

De la Biblioteca de El Espectador son los dos libros de Héctor Osuna en los que demuestra sus dotes de regío fisonomista y lúcido analista de la coyuntura política nacional. El primero, *Osuna de frente* (1983), ofrece una panorámica de los Gobiernos del Frente Nacional desde 1959 hasta los albores del de Belisario Betancur. En el segundo, *Osuna 84-05* (2005), hay una selección de su serie dominical «Rasgos y rasguños» por la que desfilan personajes reales e imaginarios de la escena nacional, como los caballos del Estatuto de Seguridad, la perra dalmata Lara del presidente López, la jirafa del zoológico de Pablo Escobar, Lilín (su hijo imaginario), Epifanía (Pifis, hermana de Lilín) y Sor Palacio, autora apócrifa del prólogo.

Tras el asesinato de su jefe y amigo, Osuna publicó una ristra de dibujos con el impacto emocional de un réquiem. En uno de ellos, Lilín pregunta por qué nadie protegía a don Guillermo, y su papá responde: «Es que él no era del Gobierno; él solo decía la verdad...».

Con la larga y prolífica obra de Héctor Osuna se pueden repasar las últimas siete décadas del acontecer político en Colombia desde su mirada escrutadora y su gracia inimitable.

² Héctor Osuna, «La caricatura en Colombia», en *Caricatura*, ed. Seminario Internacional de Caricatura y Periodismo (Quito: Ediciones Ciespal, 1987), 145-154.

EL PERIODISTA ENTRE PLUMÍFEROS

«El Espectador 90 años», *El Espectador* / Comunican S. A.,
11 de marzo de 1977, Héctor Osuna



Guillermo Cano recibe lecciones de su padre frente a la vieja imprenta. Atrás están doña Inés de Montaña, el Mono Salgar y, de pie, Darío Bautista, maestros en la redacción.

EL CAZATALENTOS

«Alivio por el regreso», *El Espectador* / Comunican S. A.,
6 de marzo de 1982, Héctor Osuna



Al volver de su «secuestro» por el M-19, la joven cronista María Jimena Duzán responde a la pregunta del caricaturista Héctor Osuna. Atrás, un sorprendido Guillermo Cano toma apuntes en su «Libreta».

EL EDITOR DE «INCANABLES»

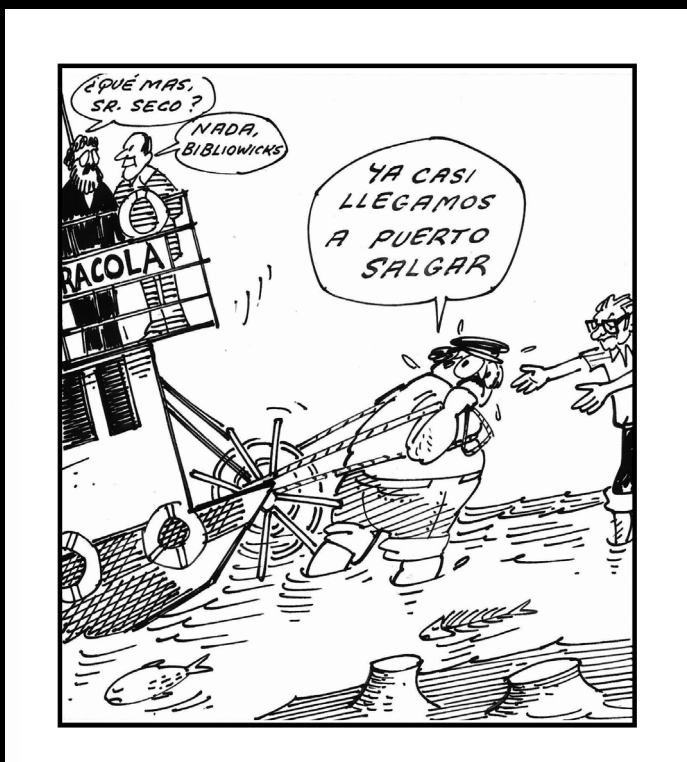
Magazín Dominical, 12 de marzo de 1972,
Héctor Osuna



Portada de Osuna para ilustrar el cuento «El ahogado más hermoso del mundo», primicia del suplemento.

EL ECOLOGISTA

«Magdalena arriba», *El Espectador* / Comunican S. A.,
12 de abril de 1981, Héctor Osuna



La campaña de La Caracola por el rescate del río Magdalena estuvo a punto de encallar. Juan Gossain –el cronista estrella en la alianza de Caracol-El Espectador– arrastra el remolcador y, al otro lado, lo espera el subdirector José Salgar. Arriba conversan el cronista Azriel Bibliowicz y el presidente de la Naviera Colombiana Humberto Muñoz Ruiz, el «Sr. Seco».

EL PROMOTOR DEPORTIVO

«Folclore», *El Espectador* / Comunican S. A.,
1.º de mayo de 1982, Héctor Osuna



El banquero Jaime Michelsen, a quien Osuna representó como el Águila –insignia del Grupo Grancolombiano–, anunció el respaldo económico al Mundial de 1986, con el beneplácito del presidente Turbay Ayala, quien creó una entidad para recaudar fondos.

EL SABUESO JUDICIAL

«Cuaresma», *El Espectador* / Comunican S. A.,
27 de febrero de 1983, Héctor Osuna



El procurador Carlos Jiménez Gómez imparte la cruz de ceniza a los miembros del primer grupo paramilitar: el MAS. Fabio Castillo, periodista de la sección judicial que fue jefe de prensa de la Procuraduría, sirve de monaguillo y atrás Sor Palacio confiesa su decisión.

EL DEFENSOR DE LA LIBERTAD DE PRENSA

«El hijo pródigo», *El Espectador* / Comunican S. A.,
25 de abril de 1977, Héctor Osuna



Cuando *El Tiempo* le pidió a Klim que dejara en paz al presidente López Michelsen, el popular columnista regresó a su casa original por la carretera del escándalo de La Libertad. Un sonriente Guillermo Cano, entre otros colegas, observan la bienvenida que le da Gabriel Cano.

EPÍLOGO: EL ABUELO QUE NO CONOCÍ

Guillermo Cano, 21 de diciembre de 1986,
Héctor Osuna



Vallejo Mejía, Maryluz, autora

El maestro / investigación y textos, Maryluz Vallejo Mejía ; asistencia de investigación, Sergio Garnica [y otros tres] ; coordinación editorial, Diego Pérez Medina ; edición de textos, Jesús Goyeneche Wilches ; diseño de colección y dirección de arte, Camila Cardeñosa Echeverri ; asistencia editorial, David Niño Moros ; diagramación, Fiorella Ferroni Polchlopek ; fotografías, Centro de Documentación El Espectador. -- Primera edición. -- Bogotá : Ministerio de las Culturas, las Artes y los Saberes : Biblioteca Nacional de Colombia : El Espectador, 2025. Incluye bibliografía y webgrafía.

1 recurso en línea : archivo de texto: PDF. --
(El País de Guillermo Cano)

Incluye bibliografía y webgrafía.

ISBN 978-628-7666-64-1

1. Cano, Guillermo, 1925-1986 - Crítica e interpretación 2. Cano, Guillermo, 1925-1986 - Pensamiento filosófico 3. El Espectador - Historia - Siglo XX 4. Periodistas colombianos - Siglo XX - Biografías

CDD: 920.5861 ed. 23

CO-BoBN- a1153210

GUILLERMO CANO ISAZA

Nació en Bogotá el 12 de agosto de 1925. Estudió en el Gimnasio Moderno y, tan pronto se graduó de bachiller, entró a trabajar en *El Espectador*, donde aprendió rápidamente a diagramar, a corregir pruebas, a leer al revés, a untarse de tinta. En 1952 asumió la dirección del periódico, y tuvo que enfrentarse de inmediato a la censura.

Durante las tres décadas que estuvo al frente del diario, expandió su influencia hacia todos los rincones del país, recibió reconocimientos nacionales e internacionales, descubrió incontables talentos y, ante todo, se erigió como férreo defensor de los derechos humanos, hasta el 17 de diciembre de 1986, cuando fue asesinado por sicarios al salir de las oficinas del periódico.

A cien años de su nacimiento, el legado de Guillermo Cano Isaza inicia con su ejemplo de vida: vivió y murió en cumplimiento de su deber periodístico, pues nunca declinó en su lucha contra las fuerzas que amedrentaban a la sociedad colombiana. Casi cuarenta años después de su muerte, su voz aún se escucha fuerte.

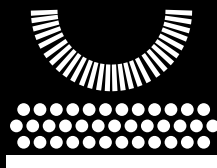
MARYLUZ VALLEJO MEJÍA

Comunicadora social y periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, su ciudad natal, donde fue reportera y editora cultural de *El Mundo*. Comenzó su carrera docente en la Universidad de Navarra (España), donde se doctoró en Ciencias de la Información. En la Facultad de Comunicación de la Universidad de Antioquia coordinó el área de Periodismo y la especialización en Periodismo Investigativo. Durante veinte años fue profesora titular de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana, donde creó la maestría en Periodismo Científico; fue cofundadora y directora de la revista *Directo Bogotá*. Ha publicado los libros *La crónica en Colombia: Medio siglo de oro* (1997); *A plomo herido: Una crónica del periodismo en Colombia, 1898 1980* (2006); *Antología de notas ligeras colombianas* (en coautoría con Daniel Samper Pizano, 2011); *Tinta indeleble: Guillermo Cano, vida y obra* (en coautoría, 2012); *Una historia todavía verde: El periodismo ambiental en Colombia* (2021); *Xenofobia al rojo vivo* (2022), y *Eduardo Santos: Estrictamente confidencial* (2024), además de varias antologías de crónica.

Horas antes de morir, Guillermo Cano
escribió «Así como hay fenómenos que
compulsan al desaliento y la desesperanza,
no vacilo un instante en señalar que el
talante colombiano será capaz de avanzar
hacia una sociedad mas igualitaria, más
justa, más honesta y más próspera».

Esta colección se terminó de imprimir en
agosto de 2025 como homenaje
al Centenario Guillermo Cano.

Las familias tipográficas que se utilizaron
en el libro *El maestro* son Bagatela,
Swear Display y Neue Haas Grotesk .



EL PAÍS DE

Guillermo Cano

1925 2025

